# HERALDOS DEL PORVENIR




THE LIBRARY OF CONGRESS
1800



# HERALDOS DEL PORVENIR




«Guarda: ¿qué hay de la noche?»
«La mañana viene.»

# HERALDOS DEL PORVENIR

SIGNIFICADO DE LOS PROBLEMAS SOCIALES Y POLÍTICOS DE HOY DÍA Y EL PRONÓSTICO DE LOS GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA

POR

ASA OSCAR TAIT

VERSIÓN CASTELLANA

1917

SOCIEDAD INTERNACIONAL DE TRATADOS

Apartado, 492 - BARCELONA (España)



Imp. J. HORTA, Gerona, 11
BARCELONA

# ÍNDICE

Capítulo | Página

# LISTA DE GRABADOS

# PRÓLOGO

La época actual es fecunda en acontecimientos que unos tras otros sobrevienen y nos estrujan y anonadan. Son grandes, colosales, diversos y múltiples acontecimientos, algunos de ellos de trascendental importancia. No nacen de una sola fuente. Brotan por doquiera. Son acontecimientos políticos y sociales de potencia bastante algunos de ellos para subvertir el mundo. Hay sucesos celestes y terrestres ante los cuales permanecen los científicos tan ansiosos como avergonzados. Hay progresos psíquicos y ocultistas que están extraviando a las multitudes. Hay violentas revoluciones y reacciones en los mundos moral y religioso.

El hombre de negocios no puede mantenerse a compás de los nuevos adelantos, pues apenas comienza a estudiar uno, cuando ha de afrontar otros más apremiantes y al parecer de mayor importancia, que abruman al alma pensadora.

¿Visteis alguna vez un gran edificio en construcción cuyos materiales de armadura se prepararon en gran parte antes de transportarlos a la obra? ¿O habéis visto alguna vez desembarcar una voluminosa y compleja máquina, como la prensa óctuple de Hoe, embalada en diversidad de cajas que luego se abrieron en el mismo local en donde había de instalarse la máquina?

Ante aquel cúmulo de materiales, ya del edificio, ya de la máquina, el profano y el novel quedan confusos, y lo mismo le sucedería al profesional si no supiera que cada parte y cada pieza tienen su peculiar signo, número y marbete correspondientes a escru-

pulosos, pormenorizados y exactos planos cuyas seguras indicaciones evitan toda confusión. El plano señala el número y tamaño de cada pieza o elemento constructivo, y la pieza responde siempre cumplidamente a la indicación, sin necesidad de retocarla. Todas se ajustan en su señalado lugar y contribuyen a la perfecta y útil construcción de la obra.

Los abundantísimos acontecimientos de la época son los materiales para construir un claro, poderoso y convincente mensaje que entregar al mundo en estos tiempos. El libro de Dios, la Biblia, es el plano divino a cuya luminosa indicación hallan su apropiado lugar todos estos graves y numerosos acontecimientos, desde los groseramente materiales hasta los sutilmente espirituales y declaran su significado en el gran mensaje del día. Sin la Palabra profética resultan caóticos o confusos estos acontecimientos. A la luz de la Palabra se armonizan con el vibrante diapasón del creciente coro de todo lo creado: Cristo, el Rey, viene.

Esta última refundición de los «Heraldos del Porvenir» es una potente ayuda para los peregrinos de la tierra. Nos descubre el significado de abrumadores sucesos y corrobora la verdad de la Biblia que nos revela todos estos acontecimientos como presagios de la venida de Cristo, como precursores del eterno día.

¡Que Dios bendiga su celeste y armonizadora misión!

Milton C. Wilcox

*Mountain View, California,*
18 *de febrero de* 1915.




## CAPÍTULO PRIMERO

ESTA generación se ve obligada a afrontar importantísimos problemas, que han estremecido a los mayores ingenios. Estos problemas, de orden social, político y moral, amenazan la entraña de nuestra civilización. La índole de semejantes dificultades no es esencialmente nueva; no obstante, debido a los medios de comunicación entre las naciones y a la facilidad de los viajes, se presentan en forma nunca vista, hasta la fecha, en época alguna de la historia. Obsérvase una convicción más y más creciente, a menudo expresada, de que algún acontecimiento extraordinario ha proyectado su sombra en el mundo. ¿Cuál será la realidad presagiada por ella? Todos nos lo preguntamos seriamente.

El gran atescramiento de riquezas realizado por unos cuantos hombres en cada nación del mundo resulta sin parangón en la historia. Las consiguientes murmuraciones de las clases descontentas llaman extrañamente la atención y recuerdan los trastor-

nos de Francia cuando estalló la gran Revolución y el Reinado del Terror.

Cada uno de los trescientos sesenta y cinco días del año vienen llenos los periódicos de dolorosas gacetillas de crímenes. El asesinato se puede decir que es el plato del día. El robo atrevido y arrogante de los salteadores, tanto como el de menor cuantía, nos tienen a todos aterrorizados, o por lo menos en perpetuo recelo. Los defraudadores, los que no cumplen con su deber, los sobornadores y los fáciles al cohecho alarman por su gran número. Millones y millones de dólares se roban anualmente merced al fraude y a las más viles artimañas.

Hombres y mujeres se dedican temerariamente a la caza del dinero; todos corren locamente y sin descanso tras los enervantes placeres, y se entregan a la disipación; emplean todas sus energías en satisfacer el afán de figurar en sociedad; y en esta verdadera carrera en que se empeñan a cual más, sufren continuos descalabros. De ahí la lista diaria de suicidios y crímenes a que apelan tantos desgraciados como supremo refugio contra la desesperación de que ellos mismos fueron causantes.

Las grandes ciudades en particular y muchísimas otras subalternas, son teatro de inmoralidades y vicios. La embriaguez arroja año tras año a muchedumbres a los más hondos abismos del vicio y de la degradación. Las casas de prostitución envilecen las calles, y a toda esta vergüenza descarada se añade la crónica diaria de rupturas matrimoniales y todo

el horroroso séquito de inmundicias que no son para siquiera nombrarlas.

Estos cánceres sociales han infectado de tal modo las fuentes de la sociedad, que muchos llegan a la conclusión de que la honradez y la inalterable probidad ya no son más que fantasías de soñadores. El dios dinero ejerce tan absoluto poder en el ánimo, que se susurra por lo bajo que « todo hombre tiene su precio ». « Tratésele como debe tratársele, y ofrezcásele la breva conveniente y veréis cómo se ablanda. »

En todas partes se desata la gente en burlas, al pensar tan sólo en que pueda haber alguien que sea acendradamente virtuoso, puro, honrado y probo.

Reformadores ha habido que, llenos de generosos bríos, han indagado la causa de todo este mal que se nos ha venido encima como un diluvio. Han procurado cerrar las casas de tolerancia y los antros del vicio y del crimen. Pero a raíz de la cruzada, han tropezado con la asombrosa dificultad de que los encargados de hacer cumplir las leyes estaban en connivencia con los mismos criminales, y esto, si no en todos los casos, en muchos, y desgraciadamente en muchos de ellos.

Resultado de ello es, que el arresto y detención del criminal se haga más y más difícil. Y aun si esto se consigue, los trámites y el papeleo del enjuiciamiento malogran el propósito de la ley y hacen de los tribunales de justicia una irrisión.



«Vemos formados en línea de batalla los mayores ejércitos que el mundo haya visto jamás.»

Consecuentemente, las turbas se insolentan y se vuelven más ingobernables (1).

Por demás se sabe, sin que nadie lo rebata, que la política ha degenerado en negocio vergonzoso, de que se valen muchos para sacar piltrafa. Desde las más humildes oficinas de aldeas y ciudades hasta muchos de los más encumbrados puestos del estado y de la nación, el cohecho y el fraude contribuyen a la elección del candidato que promete ser más *generoso* en el reparto de los « despojos del cargo » entre sus amigos políticos.

Y no obstante, en vez de una actitud de vigorosa y general indignación y de protesta contra semejante estado de cosas, imperan la inercia y la indiferencia. Aun cuando se consigue de cuando en cuando, merced a un esfuerzo honrado y enérgico, llevar ante la justicia a los transgresores de la ley, se protesta con no menor energía, porque al intentar el castigo de los « primates de los negocios » se causa perjuicio a los negocios mismos. No se trata de saber si la deshonra y el fraude están consumando la ruina del mundo,

(1) Esto se aplica principalmente a los países de América y con mayor razón a los de habla castellana y portuguesa.

sino de saber cómo hay que prepararse para pescar el mayor número de dólares.

Se nos ha venido prometiendo que el campo de la política produciría estadistas y diplomáticos que, merced a sus facultades en materia de arbitraje más bien que por los argumentos de las armas, podrían asegurar la paz de las naciones. Y efectivamente ha sido un pensamiento amorosamente abrigado — y todos deberían aprobar un tan humanitario sentimiento — el que la civilización de principios del siglo XX constituiría un baluarte seguro que cerraría definitivamente el paso a las barbaries de la guerra. Pero en vez de la realización de tan elevadas esperanzas, oímos rumores de guerra, y vemos formados en línea de batalla los mayores ejércitos que el mundo haya visto jamás y rondar por los mares de ambos hemisferios los buques de guerra más formidables de que la historia haya hecho mención. Las armas modernas de guerra bastan a infundir terror en los ánimos más intrépidos, y no obstante su poder destructor, no faltan hombres y mujeres,



«La sociedad se ha dividido en facciones y banderías que luchan porfiadamente por la hegemonía.»

muchísimos por cierto, que ansían cambiar los ideales de la paz por los azares del moderno campo de batalla.

Nótase una mala inteligencia general entre las naciones, que ponen en actividad todos sus recursos para aumentar el número de fortalezas, de ejércitos y de armadas. La horrenda tempestad de guerra desde 1914, les ha abierto los ojos a miles de personas que ahora ven cuán fácil cosa es hacer estallar la guerra general entre varias naciones.

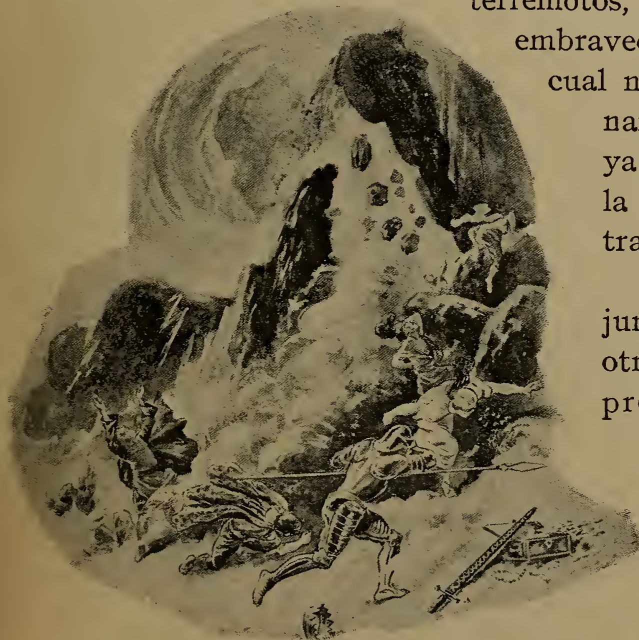
El carácter tan súbito del origen del conflicto a que se han arrojado las naciones del mundo entero y que ha llegado a un ardor extraordinario, como también las insulsas frivolidades que enardecen con frecuencia el humor belicoso de los hombres, son prueba evidente del carácter volcánico del tal conflicto; y el cuadro de tan atroz carnicería llena el alma de horror, de desmayo y de perplejidad.

Pero a las perplejidades engendradas por la guerra declarada entre las naciones, viene a añadirse el sinnúmero de partidos que amagan dar al traste con la vida nacional de reinos, imperios y repúblicas. La sociedad se ha dividido en facciones y banderías que luchan porfiadamente por la hegemonía, y esta lucha se traduce en notable intensificación e incremento de tan belicosa animosidad. Todas las potencias beligerantes han de luchar con elementos revolucionarios que dan rienda suelta a su descontento en forma de revueltas intestinas; y tarea por demás ruda es para aquéllas el contener estas manifestaciones en

provecho del conflicto internacional, cuyas exigencias les es más y más difícil afrontar.

Y mientras esto pasa en el mundo social y político con caracteres y rasgos tan extraños y tan preñados de perplejidades, he aquí que la tierra misma, la « vieja madre tierra », desentendiéndose de su consabida apacibilidad, toma parte también en el general disturbio. Tornados y huracanes, terremotos y desbordamientos del mar y actividades volcánicas, ya no son sucesos que sobrevengan de cuando en cuando ni peculiares de tal o cual región. Son tempestades que barren tierras, montes que estallan, terremotos, mares que se embravecen; todo lo cual nos dice terminantemente que ya pasaron para la tierra los días tranquilos.

Estas cosas, juntamente con otras que se le presentarán al lector por sí mismas, inducen a muchos espíritus acongojados a preguntarse:

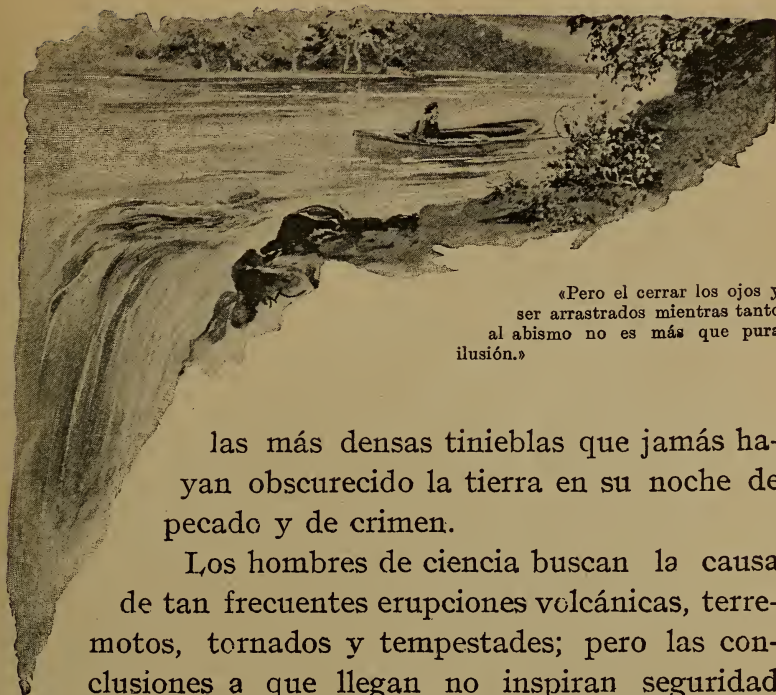


«Terremotos y desbordamientos del mar... ya no son sucesos que sobrevengan de cuando en cuando.»

« ¿A dónde va a parar el mundo? ¿Qué resultará de todos estos peligros amenazadores? » Publícanse libros y libros que discuten el asunto en sus diversos aspectos; revistas y diarios tratan exclusivamente del modo en que podrían remediarse estos males sociales y políticos de la actualidad, y no hay casi orador o escritor que no deje muchas veces su campo de acción, su ramo especial, para dar avisos, consejos o indicaciones sobre el peligro común.

No obstante, a despecho de todas estas discusiones y de todos los relatos que se hacen de los crímenes, las dificultades subsisten y van en aumento. Como lo insinúa el editor de un gran diario: « Se ponen en conocimiento los crímenes, se señala con el dedo a los criminales, pero como si tal cosa ». Crímenes y criminales siguen ocupando la atención del público con toda desfachatez. Muchos pensadores y hombres de refinada educación afirman con toda formalidad que si no se logra contener este diluvio de crímenes, trastornos y descontentos, el mundo entero se verá sumido en una revolución que por lo sangrienta dejará muy atrás los más fatídicos recuerdos de la historia.

Estos vaticinios no son meras afirmaciones teóricas, sino fieles comprobaciones de hechos. Vivimos entre los más deslumbrantes resplandores de la mayor civilización y cultura que jamás hayan favorecido y adornado al mundo. Pero ya despuntan en el horizonte los celajes precursores de las nubes que amenazan envolver el conjunto de las naciones en



«Pero el cerrar los ojos y ser arrastrados mientras tanto al abismo no es más que pura ilusión.»

las más densas tinieblas que jamás hayan obscurecido la tierra en su noche de pecado y de crimen.

Los hombres de ciencia buscan la causa de tan frecuentes erupciones volcánicas, terremotos, tornados y tempestades; pero las conclusiones a que llegan no inspiran seguridad alguna. En presencia de las sublimes y tremendas convulsiones de la naturaleza, la mano y el espíritu del hombre quedan impotentes. Hay que buscar el poder omnipotente que equilibra los grandes mundos en el espacio. Esto solo basta para infundirnos calma y confianza, y para fortalecer nuestro ánimo cuando las más sólidas instituciones humanas se entrechocan como granos de arena y cuando las mismas montañas de granito se bambolean a impulsos de las fuerzas que en su seno se agitan. Los terremotos y las conmociones de los elementos, así como las inestables condiciones de

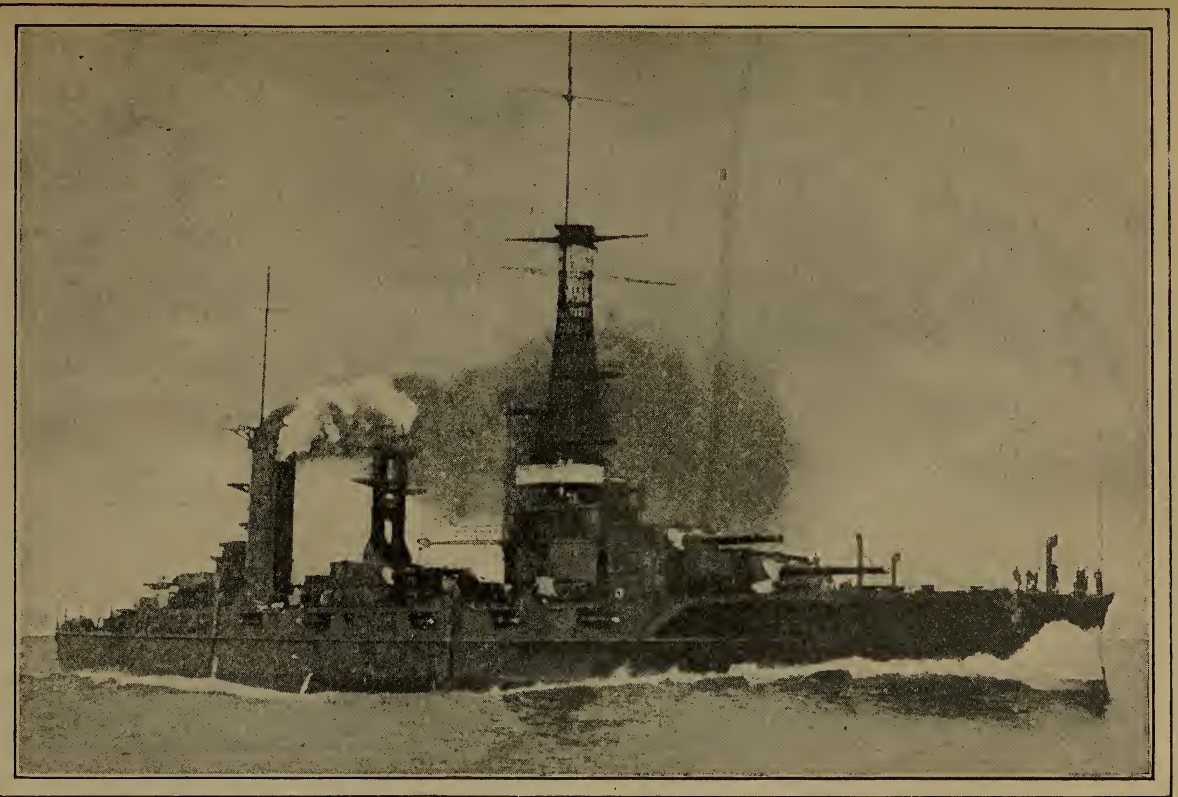
la sociedad nos obligan a convencernos, mal que nos pese, de que en esta tierra no tenemos habitación segura.

No hay que negar que estas condiciones tan patentes en el mundo entero y en la actualidad, presentan un lóbrego espectáculo. Bien podemos vendarnos los ojos para no verlo; pero el cerrar los ojos y ser arrastrados mientras tanto al abismo no es más que pura ilusión de seguridad, que hace aún más segura nuestra ruina.

No obstante, a pesar de todo presagio y previsión, hay un día que se acerca. Hay heraldos que nos pregonan infaliblemente la aurora de un día en que todo mundo deslumbrante del universo arrojará espléndidos destellos.



Crucero inglés «Infatigable»



**El primer Dreadnought argentino**

Este acorazado es el primer dreadnought de la escuadra argentina y constituye una de las más poderosas unidades del mundo.



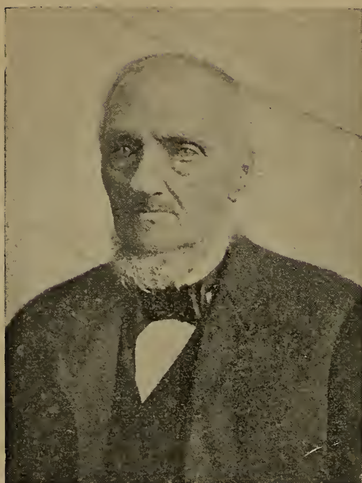

CAPÍTULO II

TODOS reconocen que los problemas que el mundo tiene ahora que afrontar son tales como nunca los había conocido la humanidad. La historia de este mundo es una continua crónica de batallas entre el bien y el mal, y entre el tirano y el opresor por una parte y el amante de la libertad y de los fueros civiles y religiosos por otra. Naciones que se hicieron crueles y opresoras las hemos visto sucumbir vencidas por corazones generosos animados por los prin-




cipios de libertad y de amor al derecho y a la justicia. Pero en otros tiempos, estos conflictos quedaban limitados en áreas reducidas. Los medios de comunicación y las facilidades de los viajes eran tan escasos que bien podía una región o una pequeña nación verse envuelta en algún conflicto y ganar victorias antes que otra región del mundo tuviera siquiera conocimiento de lo ocurrido.

Siglo tras siglo, este o aquel país lindaba con territorios nuevos a donde podían acudir los oprimidos y los afligidos y los aventureros, según el caso. La vida del explorador con todas sus exigencias y peripecias, resguardaba a los hombres de la lujuria y del vicio que hacen degenerar la raza, y muchas



**Eduardo Entwistle**
**El primer maquinista ferroviario**

El padre de Eduardo Entwistle era maquinista de taller y por esta circunstancia pudo familiarizarse su hijo con las máquinas desde la niñez. A los catorce años entró de aprendiz en los talleres del duque de Bridgewater por un período de siete años; pero al cumplir los diez y seis y medio se presentó Jorge Stephenson a pedirle al contramaestre un hombre capaz de conducir la locomotora *Rocket*. Respondió el contramaestre diciendo que no disponía de ningún hombre para el caso; pero que si quería obtener el consentimiento del mayordomo del duque, podría proporcionarle «al muchacho que trabajaba en el torno», con la seguridad de que quedaría satisfecho. Obtuvo Stephenson el consentimiento, y el lunes siguiente inauguraba el primer servicio ferroviario de viajeros con Entwistle por maquinista.

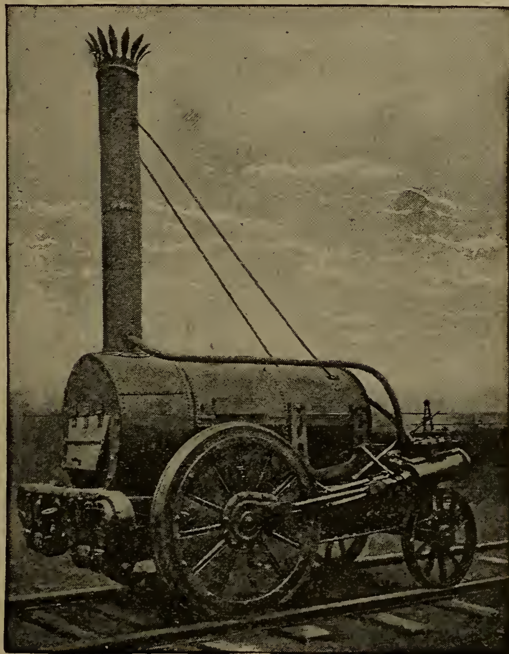
Durante dos años guió Entwistle la locomotora *Rocket* y después fué cuatro años maquinista de un barco de vapor, hasta que por último marchó a los Estados Unidos para ser nuevamente maquinista ferroviario. Desempeñó su oficio por espacio de sesenta años. La presente fotografía se obtuvo en su casa de Des Moines (Iowa). Una sola vida ha presenciado el enorme desenvolvimiento ferroviario que hoy alcanza el mundo, pues Entwistle nació en 1815 y murió en 1909.

y repetidas veces la historia nos ha presentado el caso de tribus fronterizas suficientemente vigorizadas para derrotar a las naciones debilitadas por la lujuria; y así se formaron nuevas civilizaciones y se iniciaron nuevas tendencias de regeneración.

Pero los dos o tres últimos siglos han presenciado un notable despertamiento. El mundo ha sido explorado, y todas sus tierras han caído en poder de las diferentes naciones, y los medios de comunicación han llegado a ser tales, que doquiera surge un problema, pronto se transmite a todas las demás regiones del mundo. Tan maravillosos han sido los cambios y los desarrollos en el curso del siglo pasado, que a los hombres que murieron hace cincuenta años, si pudieran volver a la vida, les costaría no poco

convencerse de que se habían despertado en el mismo planeta en que vivieran.

Eduardo W. Byrn tenía razón al decir: «Los cincuenta últimos años representan una época de inventos y de adelantos únicos en la historia del mundo. Se trata de algo más que de un mero crecimiento normal o de un desarrollo natural. Hemos comprobado una gigantesca oleada de ingenio y de recursos de tan estupenda amplitud, de tan compleja diversidad, de tan profundo pensamiento, de tan productiva riqueza y de tan benéficos resultados, que la mente se siente perpleja al procurar darse cuenta exacta de ella. Y efectivamente, esta edad parece ser más bien una gran productora de descubrimientos que un incremento de crecimiento... Las condicio-



**El «Rocket» (Cohete)**

Primera locomotora que prestó servicio ferroviario y que condujo Entwistle.

nes negativas de este período abarcan tan pasmoso vacío, que nos quedamos cortos y apocados al pensar en lo que podría significar para la moderna civilización la supresión de tan poderosos factores de su existencia. »

Si volvemos cien años atrás, vemos al mundo hacer tantas cosas como en los mil años anteriores. El modo más rápido de efectuar viajes era el de a caballo por tierra y en buque de vela por mar. No conocían los hombres otro medio más rápido de transmisión del pensamiento que el caballo y el buque de vela. El trabajo en la hacienda, en la tienda y en cualquiera otra parte, se hacía a mano. Aun las regiones limítrofes estaban tan lejos unas de otras, que los amigos mas íntimos y los parientes más cercanos se comunicaban raramente unos con otros.

Y así sucedía en el mundo entero hasta hace cien años. Sobrevino entonces un cambio repentino. Han pasado unas cuantas décadas, y los hombres lo hacen todo mediante métodos en gran manera perfeccionados, y todo el mundo se relaciona como en un vecindario.

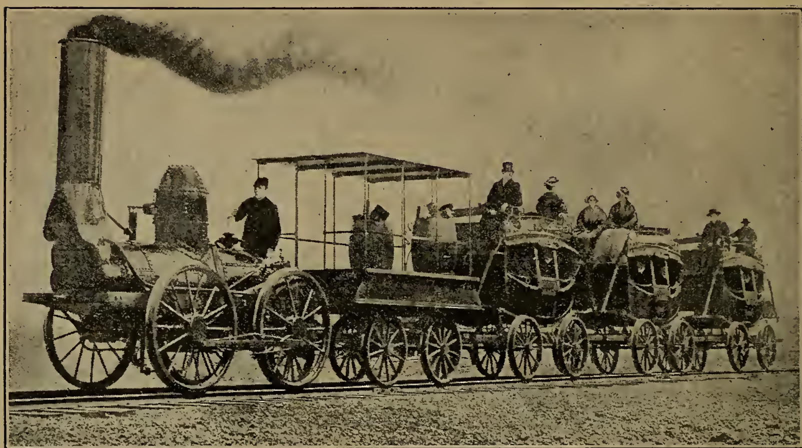
Viven aún personas que han sido testigos presenciales del desarrollo del ferrocarril, de la navegación por vapor, del telégrafo con hilos y sin ellos, de las máquinas de imprimir y de todos los demás inventos de esta época. Asi se revolucionó el mundo en sus fases materiales, en el corto espacio de tiempo de una generación. Merced a estos agentes, todas las

partes del mundo quedan relacionadas unas con otras; de aquí que muchos de nuestros actuales problemas se conviertan en el acto en problemas del mundo, y que uno de los puntos principales del pensamiento contemporáneo sea la gran cuestión del internacionalismo. Nos dicen que nuestras dificultades han de ventilarse por congresos internacionales y que nuestros derechos han de ser amparados por la política internacional. Los caudillos del pensamiento reconocen que de no llegar a ser efectivos los convenios internacionales, las leyes internacionales y los tribunales internacionales, las perspectivas no son nada halagüeñas.

Los progresos materiales de nuestros tiempos, capaces de tanto bien, han probado ser también capaces de esparcir cualquier forma de mal o de desorden por todas las regiones del planeta. Cuando la diligencia era nuestro más rápido medio de comunicación, y cuando las noticias y los despachos no podían mandarse sino a fuerza de relevar correos y mudar tiros de caballos, toda revolución a punto de estallar, todo peligro cualquiera, quedaba forzosamente localizado en su gran parte.



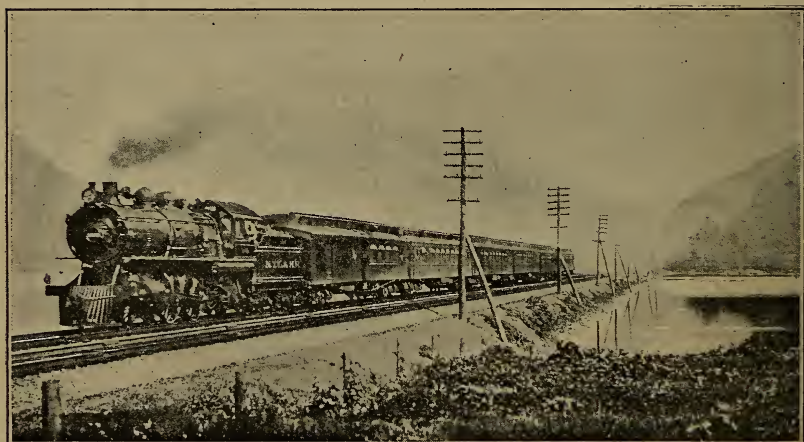
Transportes terrestres en mitad del siglo XIX.



**La locomotora y tren Dewitt Clinton**

El primer tren ferroviario de Nueva York. En aquel entonces sólo se concebía el ómnibus. Los pasajeros de este tren se veían muy molestados por las chispas que saltaban de la máquina y caían sobre sus ropas.

(*Fotografía cedida por la New York Central Railroad*)



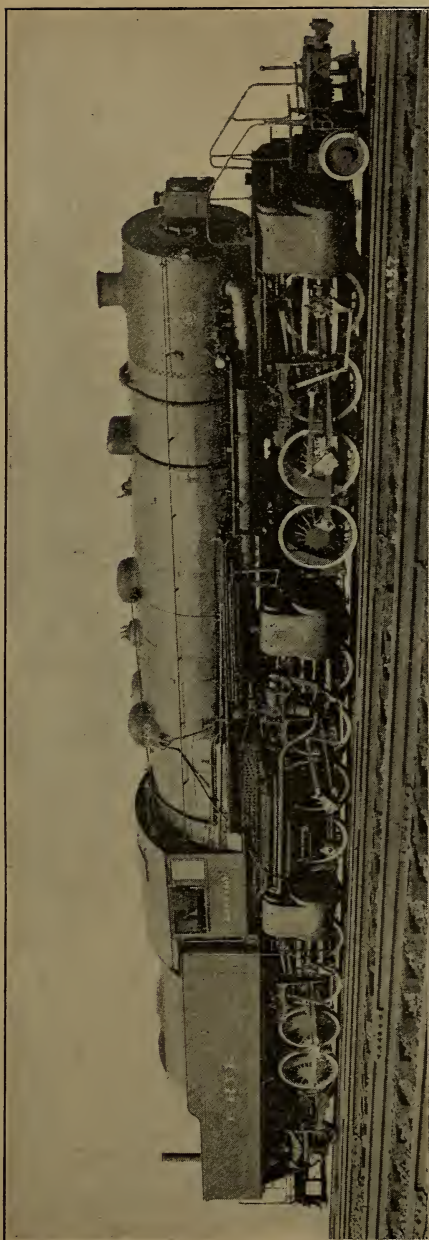
**El «Siglo veinte limitado»**

Fotografiado en la comarca montañosa del Hudson mientras marchaba a noventa millas por hora, y unas cien millas más al interior de doade circulaba el tren Dewit Clinton. Recorre el trayecto de Nueva York a Chicago (980 millas) en diez y ocho horas.

(*Fotografía cedida por la New York Central Railroad*)

Ahora, empero, en cuanto el opresor surge en alguna parte, todos lo saben en el acto y la oposición se organiza de un extremo a otro de la tierra y puede efectuarse en las condiciones actuales una revolución *mundial*.

El doctor Josías Strong cuenta el siguiente suceso que viene a ilustrar lo dicho sobre la diferencia entre las condicio-



**La locomotora más potente del mundo**

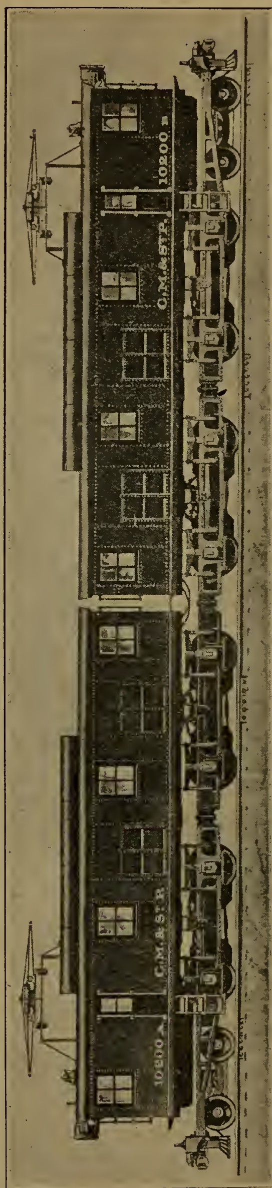
Nótese que en a sección del ténder hay ruedas a uno y otro lado, además de las ocho por lado en la locomotora propiamente dicha; sobre las ruedas cargan 377 toneladas de peso; los camiones delantero y trasero pesan 45 toneladas; y la locomotora con su ténder 422 toneladas. Al ponerla en servicio reemplazó a otras tres locomotoras. Se enciende mecánicamente.

(*Fotografía cedida por la Baldwin Locomotive Works*)

nes de la vida a principios del siglo XIX y las de principios del siglo XX. Dice:

« El malogrado Guillermo E. Dodge me refirió que su abuelo, residente en Nueva York, pidió una vez las oraciones de su iglesia por tener que hacer un largo y peligroso viaje a Rochester. El inglés, amigo mío, en el curso de su viaje alrededor del mundo de levante a poniente, fué alcanzado por un telegrama de negocios en Seattle. Determiné — dijo, — volver a toda prisa a Londres para hablar allí con mis socios. »

Ahora bien:

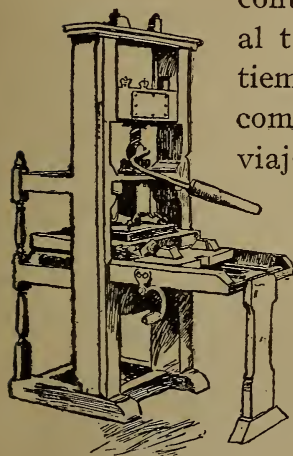



**Locomotora eléctrica**

Esta nueva locomotora eléctrica, instalada en la sección de las Montañas Rocosas del ferrocarril de Chicago, Milwaukee y San Pablo, es la más potente de todas cuantas locomotoras eléctricas o de vapor existen hoy día. Es la primera que recibe una corriente continua de tres mil voltios. El mismo tren entraña su fuerza impulsora sin necesidad de cargar carbón, tomar agua, limpiar incrustaciones, etc. En tiempo de nieves, cuando la locomotora de vapor está en peores condiciones, la eléctrica está en las más ventajosas. Por medio de un sistema de palancas eléctricas, en vez de malgastar fuerza en las bajas temperaturas del ambiente, se restituye energía a la línea.

*(Fotografía cedida por Electric News Service)*

este regreso a Londres, de tres millas al través de los montes, gargantas, ríos y llanuras de un continente; mas otras tres mil millas al través del Océano, sumaban menos tiempo, menos quebrantos y menos incomodidades que el «largo y peligroso» viaje de Nueva York a Rochester. Este último representaba el principio del siglo XIX, mientras que el otro el principio del siglo XX.»

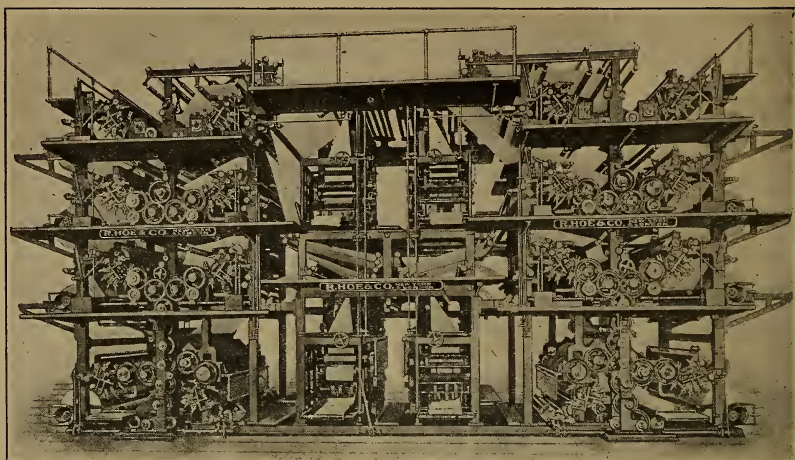

Vieja prensa de Franklin.

El profesor Sidney L. Gulick, hablando de «la moderna posesión de los secretos de la naturaleza», dice «que con este dominio de la fuerza ha venido la supresión del espacio».

Hablando del desarrollo alcanzado en nuestra generación, dice muy acertadamente el *Scientific American*:

«El mundo material ha adelantado tan de prisa... y a paso tan acelerado, que la humanidad ha perdido casi una de sus mas importantes facultades, tan necesaria para su felicidad, es a saber, la de la sorpresa... Los progresos más maravillosos se consideran como cosas naturales. No nos representamos cual debiéramos el estado


«Imagínese cuál no sería la sorpresa de Franklin.»




**Doble óctuple prensa tipográfica de Hoe**

Esta ingeniosísima máqnina tiene capacidad para sacar doscientos mil ejemplares por hora, o tres mil trescientos por minuto de cualquiera de los grandes diarios de ocho páginas.

*(Cedida por la «Columbus Memorial Libray» de Washington)*

de cosas de hace cincuenta años, y todas las mejoras materiales de que hoy día gozamos las consideramos como parte de la vida ordinaria y nada más... No es posible dar cuenta acabada de los adelantos realizados en una generación, por ser tanto lo que se ha hecho.»

En relación con lo dicho acerca del desarrollo de los medios de comunicación, habría que dar también particular atención al alto grado de perfección que ha alcanzado la imprenta. Si bien es verdad que ésta existía ya desde hacía siglos, cabíale a la segunda mitad del siglo XIX hacer de ella una de las bellas artes, y realizar al mismo tiempo ingeniosas y rápidas prensas capaces de imprimir millones de páginas

en un sólo día. La vieja prensa de mano de Franklin, con unos cuantos perfeccionamientos y modificaciones, era lo mejorcito de lo producido a principios del siglo XIX; pero ya la primer mitad de dicho siglo comprobó varios adelantos muy notables, aunque éstos no eran más que presagios de lo que iba a realizarse en los cuarenta o cincuenta últimos años.

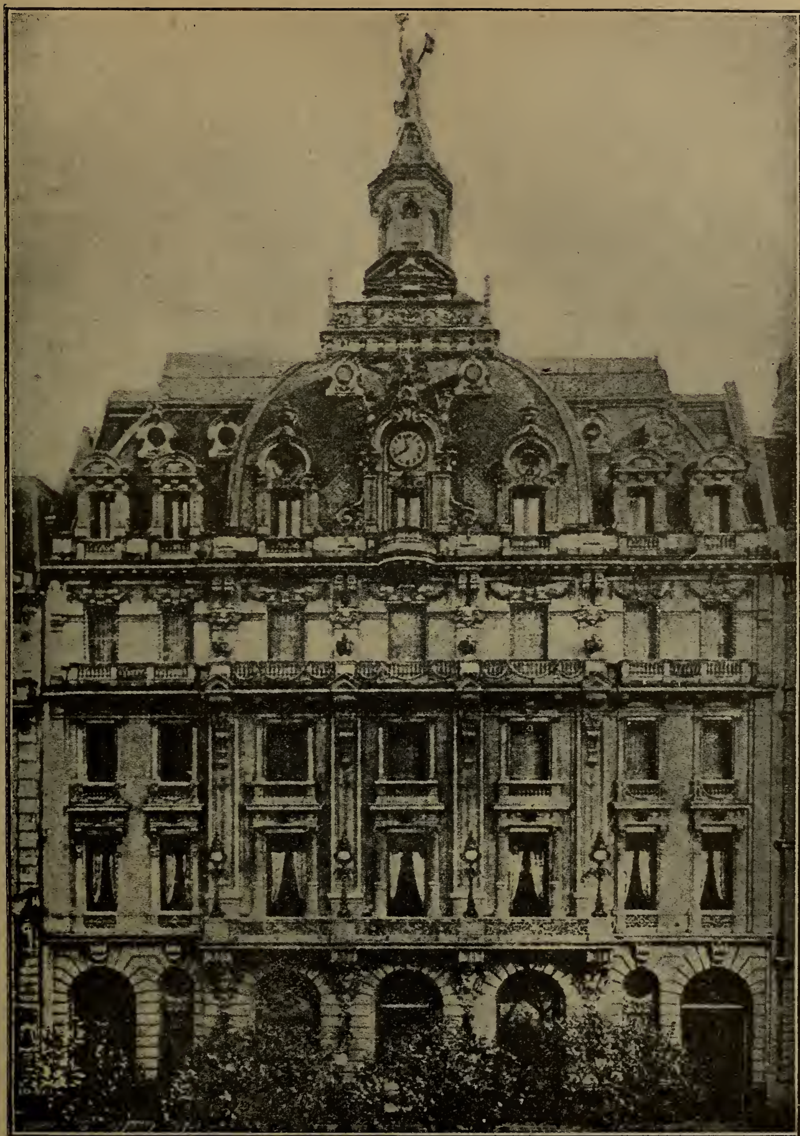
La prensa de Franklin, que en verdad era ya útil y una gran maravilla para aquel tiempo, se conserva en el Museo Nacional como mera curiosidad. Haciendo caso omiso de la larga lista de mejoras realizadas en la imprenta desde los tiempos de Franklin, llegamos a algo mucho más notable que las consabidas siete maravillas de la antigüedad. Nos referimos a la doble óctuple prensa inventada por Ricardo M. Hoe. Esta ingeniosísima máquina tiene capacidad para sacar doscientos mil ejemplares por hora, o tres mil trescientos por minuto de cualquiera de los grandes diarios de ocho páginas. El papel se recoge en ocho rollos y hace un prodigioso recorrido por la máquina de treinta y dos millas y media (52 kms.) por hora, bonita velocidad para un tren de viajeros. Todo se resume en que la tal prensa equivale en realidad a ocho prensas que trabajan juntas en una.

La prensa está construída en tal forma que imprime las dos caras del papel conforme va deslizándose, y una ingeniosa disposición automática corta y pone a un lado, engruda, pliega y cuenta los ejem-

plares. Han de trabajar muchos hombres y ser listos para sacar los números de la prensa conforme van quedando impresos. Imagínese cual no sería la sorpresa de Franklin, si despertara ahora de su corto sueño de cien años para contemplar una de estas prensas tan maravillosas. ¿Cuál no sería su asombro al verla funcionar con toda precisión y con tan aparente inteligencia humana, estampando, cortando, plegando y contando más números en un minuto que su histórica prensa en todo un día?

La prensa tiene acabado complemento en el telégrafo eléctrico, merced al cual puede saberse minuto tras minuto y día tras día cuanto pasa en todos los rincones del mundo. Y al primer invento del telégrafo, que requiere alambres y cables para la transmisión de los partes, los últimos años han añadido la radiotelegrafía sin hilos; y hoy día la mayoría de las naves, merced a este nuevo invento, quedan comunicadas con tierra, publican sus propios diarios, y aunque estén en medio del Océano no están aisladas como lo estaban anteriormente. El 24 de Mayo de 1844, la señorita Ellsworth propuso el parte: « ¡Qué cosas tan grandes hizo Dios! » El primero que fué transmitido por la línea de prueba de Wáshington a Baltimore.

Pero ¡cuán rápidamente revolucionaron el mundo las ingeniosas aplicaciones á la actividad humana de hombres sabios como Morse, Edison, Delaney, Stearns, Field, Cooper, Mackay, Marconi y otros muchos que extendieron los grandes nervios de la



Oficina de la Prensa en Buenos Aires (Argentina)

Dícese que es la más hermosa oficina de la Prensa en todo el mundo. Posee una biblioteca de consulta profesional; un moderno Jardín de la Infancia; una clínica gratuita y un departamento también gratuito de consultas jurídicas. Su magnífico salón de conferencias y su hermosa sala de conciertos le dan aspecto de palacio real más bien que de oficina de la Prensa.

*(Cedida por la «Columbus Memorial Library» de Washington)*

inteligencia por todas partes, y todo ello con fines prácticos!

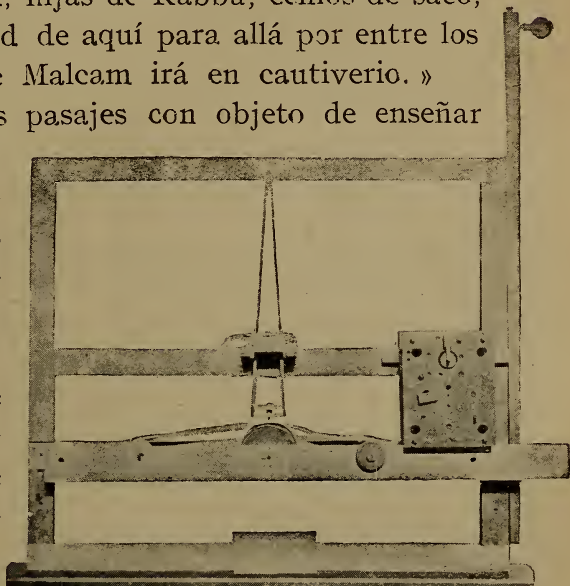
¿Qué significa todo esto? ¿Por qué no fueron inventadas algunas de estas cosas en épocas anteriores? Y por qué no fué el desarrollo más gradual? ¿Por qué le quedó deparado a una sola generación el producir tan repentinamente todos estos inventos tan maravillosos? ¿Por qué no descubrieron estas cosas las gigantescas inteligencias de las edades pasadas, o siquiera algunos de estos modernos inventos? ¿No significa nada este estupendo cambio? ¿Tendremos que considerarlo como cosa natural, sin que pensemos en lo que puede significar? En uno de los más antiguos libros, encontramos las palabras siguientes: « Tu pues, Daniel, cierra estas palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin: muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia será aumentada. » Dan., 12: 4.

A primera vista este texto no despertará mucho interés al que lo lea, pero escudríñeselo algo detenidamente. Dice que en un tiempo bien determinado, « muchos correrán de aquí para allá »; y que no sólo correrán muchos de acá para allá sino que « la ciencia será aumentada ». El mismo verbo en el mismo tiempo, lo emplea Amós cuando habla del pueblo que correría ansiosamente de acá para allá, por supuesto, después del tiempo de prueba, en busca de las palabras de Dios. Amós, 8 : 12. En Jeremías, 5 : 1, está empleada la misma raíz original, y dice así el texto: « Recorred las calles de Jerusalén,

y mirad, y reconoced, y buscad por sus plazas, a ver si podéis encontrar un hombre; si hay uno solo que obre en justicia, que busque la verdad.» Jer., 5 : 1, 2.

También la misma raíz se emplea en Jeremías, 49 : 3 : « Clamad, hijas de Rabbá; ceñíos de saco, lamentaos; corred de aquí para allá por entre los vallados; porque Malcam irá en cautiverio. »

Se citan estos pasajes con objeto de enseñar cómo esta expresión, que se emplea en varias partes de la Biblia, representa al pie de la letra el correr de acá para allá de individuos sobre la superficie de de la tierra.



El primer «práctico» aparato de telégrafo.

El finado Urías Smith ha señalado una interesante particularidad relacionada con los estudios proféticos del astrónomo Isaac Newton, y los comentarios del incrédulo Voltaire sobre los mismos. Estas son las palabras del señor Smith:

« Isaac Newton, escribió... que para que se cumplieran ciertas profecías, antes de terminar cierto período de tiempo, habría un modo de viajar de que sus coetáneos no se formaban idea; es más, que la

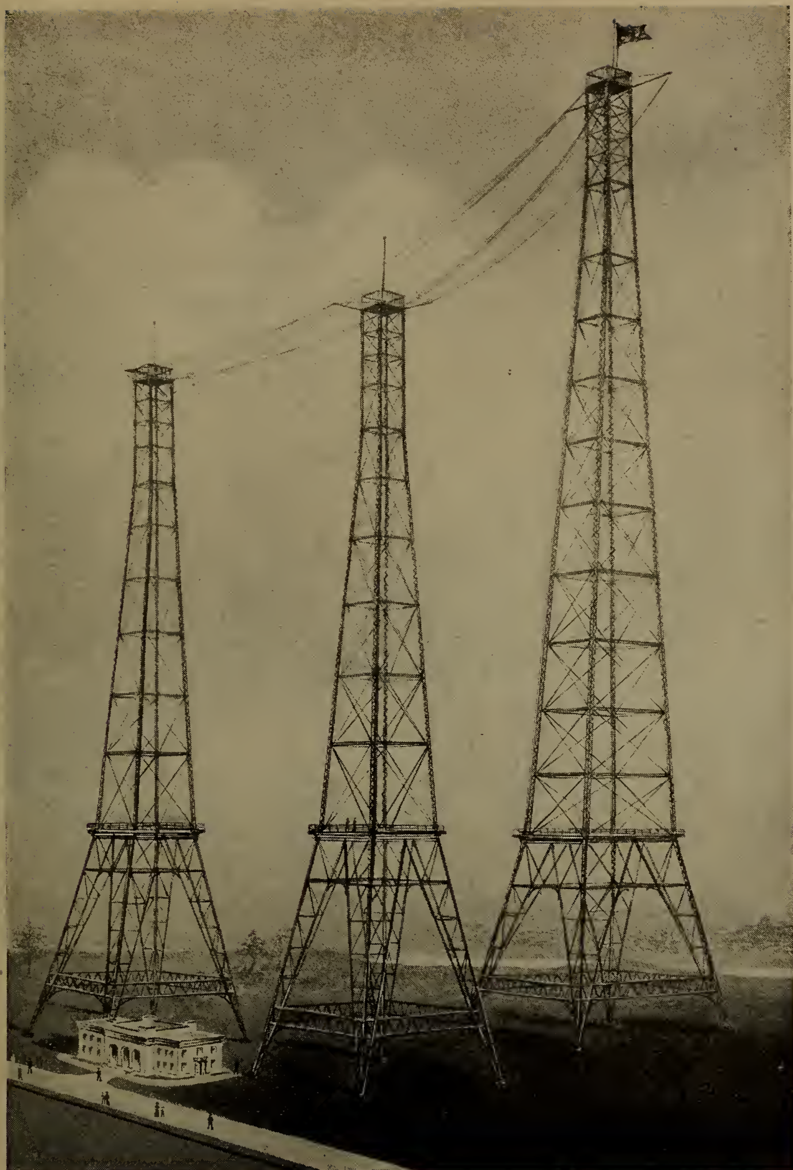
ciencia de la humanidad aumentaría en forma tal que los hombres podrían viajar a razón de cincuenta millas (80 kms.) por hora».

» Voltaire, que no creía en la inspiración de las Escrituras, hacía hincapié en esto, y dijo: « Mirad qué genio tan poderoso el de Newton, el descubridor de la ley de la gravitación y el que nos enseñó tantas maravillas que tenemos que admirar. Cuando hubo llegado a la vejez, edad de la chochera, se puso a estudiar el libro aquel que se llama la Biblia, y según parece, para acreditar los fabulosos disparates de la tal Biblia, tenemos que creer que la ciencia de la humanidad ha de aumentar tanto que podremos viajar a razón de cincuenta millas por hora.

» ¡Pobre chocho!» — exclamaba Voltaire, el filósofo incrédulo que se complacía en tenerle lástima. Pero, vamos a ver, ¿quién en realidad es ahora el chocho?

Así es como el antiguo Libro se anticipa a la sabiduría de los sabios más notables. La visión de Daniel no podía ser contemplada ni entendida, sino hasta los días en que muchos corrieran «de acá para allá», « en el tiempo del fin ».

¿Quién puede computar los millones de personas que en este mismo instante viajan a gran velocidad en trenes y vapores? Las estadísticas con sus guarismos nos parecen ya incomprensibles. Un año se nos dice, con cifras estadísticas al canto, que el tráfico en sólo los Estados Unidos ha sido igual al de ciento treinta millones de personas que andu-



**El globo circundado por la telegrafía sin hilos**

Una de las series de estaciones de telegrafía sin hilos instaladas por el gobierno de los Estados Unidos para comunicarse instantáneamente el Ministerio de Marina de Washington con todo buque norteamericano en cualquier parte del mundo en que se halle.

(*Fotografía cedida por el Scientific American*)

vieran por término medio cien millas (160 kilómetros) cada una en el curso del año. Diez años después se nos dijo que el tráfico en los Estados Unidos equivaldría a un término medio de 287 millas (462 km.) por cada hombre, mujer y niño del país o sea el doble de lo que se viajaba diez años antes. Y no sólo disponemos de los medios necesarios para correr tanto de acá para allá, merced a los ferrocarriles y a los vapores ordinarios, sino que a éstos vienen a añadirse los tranvías eléctricos, los automóviles, los aeroplanos, etc., que tienen a los pueblos de la tierra en constante movimiento, mezclándolos unos con otros por el mundo entero.



El primer vapor correo transatlántico.

Nótese que la profecía señala el tiempo determinado para la realización de este correr tan extraordinario. Se da el mandamiento de « cerrar las palabras y sellar el libro ». « ¿Pero hasta cuándo están « cerrados » y « sellados » ?— Hasta « el tiempo del fin ». Se notará que no dice la Escritura « el fin » ni « el fin del tiempo » sino « el tiempo del fin », esto es, un corto período de tiempo antes « del fin », en que han de ocurrir grandes y perturbadores cambios, en los que podremos reconocer que el fin se está acercando con rapidez. Y cuando el profeta vislumbraba



**El transatlántico «Aquitania», de la Compañía Cunard**

Eslora: 277'5 m. Puntal: 28'5 m. Un tren expreso de ocho vagones y locomotora que aparece dibujado en la cubierta principal tiene 28 m. menos que la distancia entre la primera y última chimenea.

en la visión aquel período de tiempo, veía a muchos que corrían « de acá para allá » y que no sólo corrían de acá para allá, sino que la «ciencia será aumentada».

Notamos como uno de los mayores prodigios de nuestro tiempo el entusiasmo con que en el mundo entero se fomenta la tarea de educar al pueblo, de enseñarle por lo menos a leer y escribir corrientemente. La nación que no asegura buena educación elemental a sus ciudadanos, está destinada desde luego a caer en el descrédito y a quedar rezagada en la marcha general del progreso, al paso que el individuo que no sabe leer en su propio idioma se ve considerado como objeto de lástima, de reprobación y de censura. La sed de conocimientos es el rasgo principal de nuestra actual sociedad. Miles de obreros y de jornaleros de hoy día tienen más instrucción y cultura que hubieran podido tener muchos de los que pasaban por gente educada y profesional hace doscientos años.

Aquí tenemos en la profecía tres sorprendentes especificaciones: Los « muchos » que « correrán » de «aquí para allá»; el incremento de los conocimientos, y la circunstancia de que esto ha de suceder en tiempo señalado. El profeta manifiesta que estas condiciones no prevalecerán hasta « el tiempo del fin », pues la profecía estaba cerrada y sellada hasta aquel tiempo. Pero cuando llegue aquel tiempo determinado del fin, entonces sobrevendrá un gran destello de luz. Los conocimientos aumentarán, y



**Moderna estación terminal ferroviaria**

Fachada principal de la estación del ferrocarril de Pennsylvania, con frente a la calle 33 de Nueva York. Las puertas de entrada comunican con la sala de espera de primera clase y de ésta con los andenes. Ocupa esta estación una superficie de 113,308 metros cuadrados, mientras que la estación terminal del ferrocarril «New York Central» tiene un área de 319,690 metros cuadrados.

(*Fot. cedida por la Comp. Pennsylvania*)

entre el pueblo se manifestará un gran levantamiento en el correr de «aquí para allá».

Esta profecía evidencia uno de los rasgos más vigorosos que caracterizan el divino Libro, y es que no nos da una mera especificación, merced a la cual podamos barruntar su cumplimiento, sino que da especificación sobre especificación, que vendrán todas a un tiempo y constituirán un conjunto completo, en forma tal, que el individuo que tenga interés en

saber, pueda entender, sin que haya lugar a dudas, que se encuentra firme en la roca de la misma verdad.

Pero este pasaje de Daniel no es el único en evocar las condiciones necesarias para ver al pueblo correr de acá para allá y para el incremento de la ciencia.

Cuando el Salvador estaba corporalmente en el mundo, sus discípulos le preguntaron un día: « ¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? » Mateo, 24 : 3. Una de las declaraciones que hace Cristo en su contestación, es ésta: « Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. » Mateo, 24 : 14.

Cuando el Maestro hizo esta predicción, el mundo gozaba de un grado elevado de civilización desde el punto de vista estrictamente humano. Roma se hallaba entonces en el pináculo de su gloria nacional. No obstante, no estaba aún poblada más que una pequeña parte del mundo. Pero este mensaje alude a una frase particular del evangelio: « Este evangelio del reino. » E iba a ser predicado en todo el mundo.

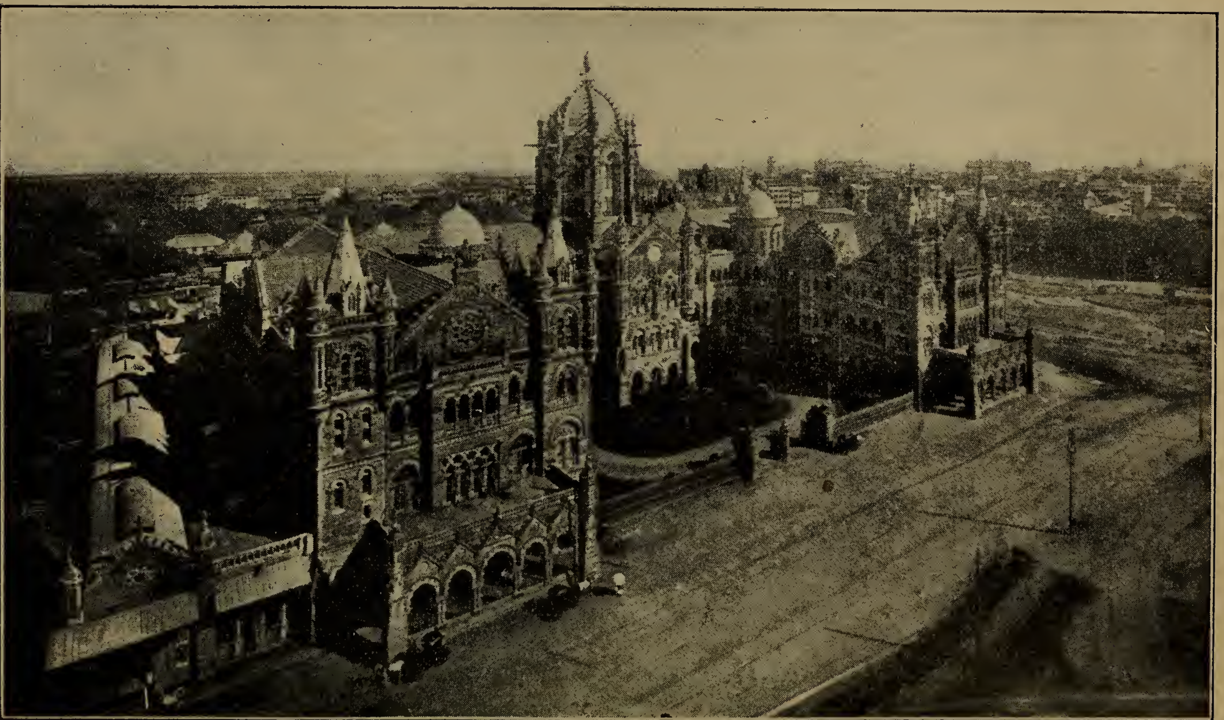
En las profecías de Daniel, tanto como en cualquier otra parte de la Biblia, se había consignado la promesa de que el reino eterno de Cristo substituiría a todos los reinos terrenales; que éstos serían destruídos a la segunda venida de Cristo, y que esta tierra volvería a su estado de gloria y de pureza

edénicas y que se convertiría en mansión eterna de los redimidos.

El pueblo judío, en tiempo de Cristo, entendió mal la profecía y enseñó que el Mesías establecería un reino temporal. Pero el Maestro echó por tierra tan falsas interpretaciones cuando dijo del modo más terminante: « Mi reino no es de este mundo. » Juan, 18 : 36. Y sin embargo, a pesar de tan categórica declaración y de la continua predicación de Cristo sobre la naturaleza de su reino, los discípulos se empeñaron aún en preguntarle, el día de su Ascensión, si iba en aquel entonces a « restituir el reino a Israel en este tiempo. » Hechos, 1 : 6.

El Maestro, empero, reiteró su doctrina de que el tiempo del establecimiento del reino estaba aún en lo porvenir. Por esto dice en esta gran profecía de que tratamos: « Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. » Mat., 24 : 14.

Cuando Cristo hizo esta predicción y aun en el curso de los siglos posteriores, las condiciones fueron de tal índole que no dieron lugar a que un mensaje de alcance universal llegara a ser tema predilecto de las preocupaciones de la sociedad humana. El Salvador tenía sin duda en vista una época más remota para el cumplimiento de la profecía respecto del « correr para acá y para allá » que El mismo le había inspirado a Daniel para que la predijera para el tiempo del fin, en que las naciones de la tierra estarían más relacionadas unas con otras merced



**Victoria Terminus**

Estación ferroviaria central de Bombay (India). Demuestra que e. movimiento de viajeros en este país, hace poco envuelto en las tinieblas del paganismo, es hoy tan extenso y provechoso, que ha sido necesario edificar una de las mayores y más hermosas estaciones ferroviarias del mundo civilizado.

a los medios de comunicación, lo que haría posible que el mensaje de su segunda venida llamara poderosamente la atención de todo ser humano.

Efectivamente, la pregunta que los discípulos le hicieron a Jesús no fué tan sólo ésta: « ¿Qué señal habrá de tu venida? » sino también esta otra: « ¿Qué señal habrá del fin del siglo? » Por consiguiente, el « evangelio del reino » de que habla el Señor, es el mensaje que dice que será establecido el reino en la tierra cuando el pecado y todo lo relacionado con él hayan sido aniquilados.

En el capítulo trece de Apocalipsis se anuncia la aparición de una potencia apóstata y se declara que « todos los que moran en la tierra le adorarán, cuyos nombres no están escritos en el libro de Vida del Cordero, el cual fué inmolado desde el principio del mundo». Apoc., 13 : 8.

En el resto del capítulo, se habla de un conflicto universal que ha de determinar un gran acontecimiento, un litigio entre el verdadero culto y el falso.

Nuestro objeto, al referirnos a este pasaje, no es discurrir sobre lo que será esta bestia que adorarán todos aquellos en el mundo entero, cuyos nombres no están en el libro de vida, sino señalar tan sólo que hay otro pasaje que pronostica acontecimientos de carácter universal.

Los versículos 9 a 12 del capítulo catorce de Revelación presentan un mensaje de amonestación que será proclamado contra la bestia mencionada en el capítulo trece, y contra sus « adoradores, y los que

reciben su marca o que llevan su imagen ». El que estudie la Biblia verá sin dificultad alguna que aquí se anuncian sucesos que conmoverán al mundo entero.

Estas palabras las tenemos también en los versículos 6 y 7 del capítulo catorce de Apocalipsis: « Y vi a otro ángel volando en medio del cielo, teniendo una buena nueva que anunciar a los que habitan sobre la tierra, y a cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo; y dice a gran voz: ¡Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de las aguas! »

Este mensaje proclama la perpetuidad del Evangelio y el anuncio de la hora del Juicio. Pero nótese que se difunde por «cada nación y tribu, y lengua, y pueblo ». — Y no sólo se difunde por todos los pueblos del mundo, sino que se proclama « a alta voz ».

De conformidad con los pasajes más arriba citados se encuentra esta otra declaración: « Y después de estas cosas vi otro ángel descender del cielo, teniendo grande poder; y la tierra fué alumbrada de su gloria. » Rev. 18 : 1.

De esta manera se encuentran diversidad de pasajes que enseñan que Dios ha tenido el propósito, desde remotísimos tiempos, de dar un mensaje al mundo entero, y que ha vaticinado cosas que han de ocurrir en « el tiempo del fin » cuando muchos correrán de « aquí para allá » y la ciencia haya aumentado.

Este correr « de aquí para allá » y este aumento de la ciencia en todo, es la obra fundamental en la providencia del Ser infinito, para el gran mensaje que proclama la hora del juicio y que lleva a los pueblos de la tierra la salvación ofrecida en el eterno evangelio. Cuando estas profecías fueron pronunciadas, muchas naciones del Oriente estaban aún más separadas del resto del mundo y poco se sabía de ellas. La India estaba más o menos incomunicada; el Japón y la China lo estaban mucho más. Otras regiones del mundo estaban aún despobladas o habitadas por hordas bárbaras. Pero estas profecías se refieren a tiempos en que todas estas naciones quedarían abiertas a las bendiciones del evangelio y de la civilización, y en que tendrían oportunidad de oir la verdad ofrecida en el divino Libro.

Vemos que todas estas profecías reclaman un mensaje que llegue a todas las partes del mundo; vemos la predicción de que se dará este mensaje para todo el mundo, y bien podemos preguntarnos si estos problemas de alcance universal, mencionados en el capítulo primero, y que tanto embarazan al mundo no son señales del gran acontecimiento en que ha de culminar el evangélico plan de salvación. Muchos están convencidos de que las cosas no pueden seguir como han seguido hasta ahora. ¿Hay en alguna parte luz sobre estos problemas? ¿Dice la Biblia algo respecto de ellos, y que nos ayudaría a afrontarlos? ¿Hay precursores de un día por venir? ¿Hay heraldos de albores cercanos?




## CAPÍTULO III

ENTRE los problemas internacionales, ningunos tan complejos como los que se resumen en las palabras «capital y trabajo». Los caudales del mundo han ido acumulándose en pocos años en manos de unos cuantos dueños, y el descontento ejército de los que sufren pobreza y desamparo va creciendo con rapidez, como consecuencia natural. Surgen continuamente conflictos entre las clases trabajadoras y los capitalistas en todos los países del mundo. Este estado de cosas, es tal vez tan poderosa causa de desasosiego en los ánimos como cualquiera otra. Los que han pasado la edad de cincuenta años, recordarán seguramente el tiempo en que el millonario era considerado como persona muy acaudalada, mientras que en la actualidad el que no tiene más de un millón, sólo es un pequeño factor en el gran campo de la hacienda pública.

Primero comenzó por haber unas cuantas fortunas individuales de importancia. Los dueños de ellas eran en escaso número y muy conocidos. Sin embar-

go, en recientes tiempos, varios capitalistas legaron al morir fortunas de setenta y cinco a cien millones de dólares cada una; y aparte del pequeño número de multimillonarios, nadie conocía a estos sujetos.

En 1833, dice Roberto N. Reeves, « cuando Tocqueville visitó a América, admiróse de ver la repartición tan igual de la fortuna y la carencia de capitalistas. Medio siglo después, cuando James Bryce, embajador británico en Washington, llegó a los Estados Unidos, los sindicatos, monopolios y capitales concentrados le sorprendieron tanto, que exclamó: «Estoy viendo algo así como las sombras de una nueva estructura de la sociedad: una plutocracia. »

Las facilidades con que se ha favorecido el ejercicio del comercio en todas las regiones del mundo han determinado la formación de estas tan colosales fortunas particulares; primero como meras razones sociales y después en sindicatos que las absorbieron, dando por resultado la concentración del capital. Pronto vimos aparecer a los multimillonarios, y ya en 1809, el notable abogado Tomás G. Shearman, predecía en una revista, que a la vuelta de cuarenta años, siguiendo las cosas como hasta entonces, esta concentración y acumulación de capitales, siempre en aumento, nos daría el billonario.

Las ganancias realizadas por tan pingües fortunas fueron tan enormes, que uno de los sindicatos que tiene la administración de una grande empresa, pudo con un capital de 1.250,000 dólares, repartir dividendos por valor de 26.000,000 de dólares, en el espacio

de veinticinco años, lo que viene a ser una ganancia de más de ochenta y tres por ciento anual. Uno de los bancos de Nueva York ha obtenido, desde 1872, utilidades por valor de 80.000,000 de dólares, con un capital invertido de 500,000 dólares, lo que suma casi cuatro cientos por ciento al año.

Estos ejemplos sirven tan sólo de muestra de las fabulosas ganancias que allegan los grandes negocios en los países que marchan a la vanguardia de la civilización, ganancias que importan siempre desde el ocho o diez por ciento en algunos de los negocios menos pingües, hasta cantidades tan exorbitantes como las que se acaban de mencionar. El « Wall Street Journal » uno de los órganos bursátiles de Nueva York, cita una lista de setenta y seis millonarios de los Estados Unidos, cada uno de los cuales tiene una renta anual de un más de millón de dólares.

En los primeros años después de la invención del sindicato o monopolio, mediante el cual podían fusionarse las poderosas razones sociales y eliminar la encarnizada competencia, se realizaron muchas experiencias. Cuando en 1898 absorbieron los sindicatos un billón de dólares en los Estados Unidos, se conmovieron hondamente los ánimos. El púlpito y la prensa discutieron la situación, señalando los peligros que simultáneamente se vislumbraban en el horizonte. Pero en años sucesivos, los organizadores de los sindicatos intensificaron frenéticamente sus energías. Uno de los más importantes sindicatos fué el del acero, organizado el 25 de Febrero de 1901,



Vista parcial de la calle Ancha (Broadway) de Nueva York

El inmenso edificio blanco es el de la «Sociedad Equitativa de Seguros sobre la vida», que consta de cuarenta pisos y mide 113,837 m² de superficie. Fué construído en un año. En el fondo de la izquierda se ve el campanario de la histórica iglesia de la Trinidad. Opuestamente a la iglesia principia el *Wall Street*, corazón financiero de América. En la extrema izquierda del fondo está la torre del edificio, de cuarenta y nueve pisos, de la Compañía Singer. Los colosales negocios compilados en esta fotografía son monumentos de la concentrada riqueza, genio mecánico y aplicación de conocimientos en la época actual.

con un capital de $ 1.400.000.000, que adquirió la explotación de los principales establecimientos del ramo en todo el país.

El 1.° de Enero de 1904, el capital del sindicato alcanzaba la fabulosa cantidad de $ 20.379,162,511; y en 1908, la actividad de los « Napoleones de la banca» había acumulado en tan absorbentes sindicaciones la aun más fabulosa cantidad de $ 31,672,160,754, quedando fusionadas no menos de diez mil empresas industriales y razones sociales independientes.

El siguiente paso en la marcha progresiva del poder del dinero puede llamarse el período de intervención o fiscalización. Sindicados los varios ramos industriales, fácil era fusionar los bancos de la nación para denominar las fluctuaciones del cambio. Ya en 1903, el *Wall Street Journal*, una de las grandes autoridades de los Estados Unidos, había previsto el peligro que amenazaba con la perspectiva de un sindicato de banqueros. Uno de sus artículos de fondo se titulaba: «Peligros del sindicato del dinero», y entre otras cosas decía: « Los créditos bancarios del país van concentrándose muy rápidamente en manos de unos cuantos banqueros, que están más interesados en especulaciones bancarias que en negociaciones comerciales.

» Semejante concentración es peligrosa en el orden político. El país está ya muy perturbado por la concentración efectuada en el mundo de la industria... Pero la concentración en el mundo industrial es mucho menos peligrosa que en asuntos bancarios.

Los hombres o las asociaciones que gobiernan el crédito del país gobiernan el país mismo.

» Y si esta concentración sigue al paso de estos diez últimos años, llegará seguramente el día en que alarmado el país por semejante incremento, se levante enérgicamente para contrarrestar el poderío de los sindicatos. Este levantamiento acarrearía las más graves consecuencias, y llegaría a los más desfavorables extremos. »

Hay peritos en la materia que nos aseguran que en 1880, los bancos de Wall Street, en Nueva York, no tenían en caja más que once millones de dólares, cantidad muy respetable en aquella época. Pero una comisión parlamentaria opinaba « que los recursos de los bancos y de las compañías sindicadas de Nueva York en 1911, sumaban $ 5,121.245,175 »; esto es, 429 veces más de lo sindicado treinta y un años antes.

Datos por el estilo de los expuestos constituían el fundamento de la advertencia dada por el *Wall Street Journal*. Los personajes acaudalados, corazón y alma de tan gigantescas empresas financieras, procuran adueñarse de las principales utilidades y fuentes de recursos del mundo o manejarlas al menos. Prueba de ello nos da un documento oficial que consigna las sociedades e individuos propietarios de terrenos, como sigue:

Tres de ellos poseen un término medio de 27.170,000 hectáreas; otros seis tienen en la misma forma, 16.252,600 idem; dieciséis tienen casi 1.410,000 cada

uno; cuarenta y tres tienen 3.309,800, mientras que hay 733 que poseen más de 44,460 hectáreas cada uno. Es decir, que en el país por excelencia de la democracia, hay individuos y sociedades particulares que poseen extensiones de terreno mayores que Bélgica, Suiza y Holanda o que Virginia, Guatemala, Cuba o Portugal. Bélgica, efectivamente, tiene una superficie territorial de 17.975, 276 hectáreas; Suiza, 25.264,880 y Holanda, 19.993,958.

El gran pánico financiero de 1907, que afectó al pueblo americano, sobrevino en un período de abundancia y prosperidad sin precedentes, cuando los bancos disponían de cuantiosos depósitos.

El estudio de dicho pánico revela de modo sorprendente la mano de este monopolio del dinero nacional. Y aunque hay hombres enérgicos y de gran influencia que están siempre en abierta hostilidad con aquellos potentados del comercio y de la banca, la plutocracia busca de continuo nuevos medios de conservar su poder, y de aumentarlo y extenderlo a cada oportunidad. Los « barones del dinero » procuran conservar el poder de hacer subir o bajar los valores a su antojo. Se proponen provocar la escasez de dinero donde les convenga. Procuran fatigar la acción de los tribunales, de la ley y de los decretos. Si pudieran, agarrarían el mundo entero sin soltarlo.

Lo que decimos y representamos del modo más patente respecto del poder del capital en los Estados Unidos es fiel reflejo de lo que pasa en los demás países. Así lo prueban los informes y estadísticas

oficiales. Y si las estadísticas faltaran, el crecimiento del socialismo, y la agitación y el descontento de las asociaciones obreras suplirían aquella falta y no dejarían duda alguna sobre el particular. El socialismo y los intereses del trabajo, estrechamente entrelazados, dirigen sus más vigorosos ataques contra la plutocracia y el desigual reparto de los recursos del mundo.

Los informes demuestran que durante la « semana socialista » en el primer período de 1914, sólo en Alemania, la actividad del partido socialista tuvo por recompensa el logro de 100,000 suscriptores a los periódicos del partido y de 150,000 nuevos socios. Se celebró una « semana socialista » de propaganda, en la mayoría de las regiones; y si fueron grandes los resultados en Alemania, no mucho menores los obtuvo el socialismo en otras naciones.

Este incremento del número de miembros del partido socialista es síntoma notable del desasosiego general dimanante de la riqueza y del lujo de que goza una ínfima minoría, mientras que millones de seres humanos sufren la falta de recursos y de medios de subsistencia.

El poder del dinero no contrae su influencia a un solo país. Es una organización internacional que abarca el mundo entero. Es lo que Juan Clark Ridpath llamaba « el imperio invisible ».

Una comisión parlamentaria que hizo una investigación sobre el poder del dinero en 1913 y en 1914, informó entre otras cosas que « de lo que hemos

llegado a saber acerca de las condiciones existentes en la hacienda pública y de las extensas ramificaciones de este grupo de banqueros por muchos países, quedamos satisfechos al comprobar que su influencia es bastante poderosa para atajar la formación de cualquier empresa en cualquier país, que requiera para ello un capital de diez millones de dólares o más, si dicho grupo de banqueros no la tolera por razones que le parezcan plausibles. Es decir, que si un ferrocarril o cualquiera otra empresa comercial o manufacturera requiere diez millones o más para su organización, cantidad en verdad nada exagerada en estos tiempos de poderosas compañías, no podría conseguir dicho capital sin la aprobación de los mencionados banqueros mundiales.

» Las extensas ramificaciones de este grupo de banqueros por muchos países » dieron pruebas de existencia con motivo de las transacciones relacionadas con el empréstito que China solicitó de « seis potencias » que tan discutido fué en los círculos financieros. Cuando China derrocó su antigua dinastía y estableció la república, se vió necesitada de fondos, y solicitó un préstamo en el mercado monetario. Más de una vez estuvo a punto de llegar a un arreglo con ciertos banqueros, respecto de una cantidad con la cual hubiera podido satisfacer sus necesidades más apremiantes y que pensaba no excedería de unos cuantos millones de dólares; pero los reyes del imperio internacional de la finanza resolvieron que China necesitaba realmente trescientos millones

de dólares para atender a la construcción de sus líneas indispensables de ferrocarriles y para instalar fábricas y fomentar el comercio. Decidieron además, que las seis grandes potencias, es a saber: los Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Francia, Rusia y el Japón se unirían para el suministro de estos fondos. Es más; exigieron de China una fuerte hipoteca, pensando así hacerse dueños del gobierno de los negocios de aquel nuevo campo abierto al comercio y lleno de esperanzas. Pero merced a la circunstancia de haber podido China allegar cuantiosos capitales en su propio territorio, y debido también a otros varios factores que surgieron, los reyes de la finanza no pudieron llevar a cabo todos sus planes en aquel imperio de Levante. No por ello deja este incidente de comprobar lo ya dicho sobre el poder y los manejos internacionales de los banqueros.

Este poder de los « barones del dinero » ha sido tan palmariamente reconocido, que el doctor David Starr Gordan, uno de los mejores educacionistas conocidos del mundo, y que puede ser tenido por personaje *internacional*, publicó un artículo en 1912, en que se esforzaba por probar que ya no podríamos tener guerra alguna, debido al dominio ejercido sobre el dinero por el invisible imperio de la finanza. Y añadía: « Los banqueros se salen, sin embargo, con la suya. Salvo emergencias imprevistas, no estallará ningún conflicto antes de que hayan dado la señal. »

La potencia internacional del dinero no atajó la gran guerra que estalló en 1914. Tal vez pensó el

« invisible imperio de la finanza» que así le tendría mejor cuenta. Pero sea lo que fuere, siempre es un hecho que tenemos una potencia internacional del dinero, y este hecho está reconocido por todos.

Queramos o no, sabemos que el negocio moderno ha echado lejos y muy lejos de la práctica diaria los principios morales. En otros términos, se efectuarán transacciones en la oficina de un comerciante y se considerarán tales y tales cosas como « asuntos de negocios » que este mismo comerciante reconocerá, al asistir a la iglesia el domingo, que no están en armonía con los principios de rectitud cristiana, con la Regla de Oro del Evangelio.

Los métodos seguidos en la elaboración de las grandes fortunas y del gran gobierno de los negocios de las naciones han sido muchas veces de carácter especulativo, y esta especulación ha tenido frecuentemente mas bien visos de juegos de bolsa que de negocio lícito y honrado. Todo nos está mostrando a diario cómo el dinero ha disfrazado el sentido moral. El poder monopolizador y amenazante de la riqueza ha sido sometido al diagnóstico y a toda clase de tratamientos terapéuticos. La opinión pública lo ha arrastrado de un punto a otro. Algunos de los grandes sindicatos y gremios han sido disueltos por los tribunales de justicia. Los « sindicatos que votan » y los « directorios confabulados » han sido declarados indignos de la sociedad. Pero la potencia de la riqueza tiene tal dominio sobre los negocios, y dispone de tantas tretas para ejercer su actividad y de

tantos hombres avezados y arteros, que por muchas trabas que se le pongan por delante, no deja de progresai, y su poder va siempre en aumento.

Los economistas, los estadistas y los patriotas, nos aseguran que han burlado los propósitos de los reyes de la finanza. Nos asegurarán que ya se han realizado reformas. Todo esto está muy bien; pero antes de que tengan tiempo para descansar de su obra de abatir, en parte siquiera, los baluartes de los «barones del dinero», verán que se han atrincherado tan formidablemente que saben llevar astutamente sus esfuerzos a otra parte.

Bien se ha visto en la marcha de este asunto, que la concentración de dicho poder de intervención tenía por objeto un campo mas amplio que el de las operaciones de plaza en cuestión de mercancías y de fábricas. Era también su propósito intervenir en el mercado del trabajo. Uno de los grandes problemas de los reyes del dinero ha sido impedir la acción de los caudillos del trabajo, y establecer condiciones que les permitieran adueñarse del mercado del trabajo, de modo tan absoluto como se adueñaron del mercado del dinero. Este hecho es una de las cosas que hacen más agudo y más amargo el conflicto entre el capital y el trabajo. Y mientras muchos de los hombres de mayor influencia de nuestros días emplean toda su habilidad en amasar inmensas fortunas, nada tiene de particular que la pobreza y el desamparo vayan creciendo de consuno con el aumento de la riqueza particular.

Cientos de individuos de modestas fortunas han tenido que sucumbir bajo la invasión y la conquistadora marcha del « invisible imperio de la finanza. » Más de un próspero hogar ha sido destruído y el cabeza y sostén de la familia arruinado. Los archivos de los tribunales de justicia, junto con las investigaciones hechas por sociedades particulares, dan fe de que muchos que han tenido negocios particulares prósperos, y que tuvieron la desgracia de oponerse a la absorbente codicia del tal imperio, hubieron de naufragar en sus empresas. Su afición a la independencia les hizo mantenerse firmes en defensa de los fueros inalienables que les asistían para llevar adelante sus negocios particulares del modo que ellos entendían; pero se les dijo friamente que se sometieran o que se hundirían. Pensaban ellos que podrían librar batalla y ganarla; pero por muy heroicamente que se portaran, tuvieron que cambiar su modesta riqueza e independencia por el despojo y la dependencia. Sólo el día del Juicio revelará el cúmulo de padecimientos que se han soportado de esta manera.

Hay quienes tienen máquinas perfeccionadas para hacer casi todo cuanto puede fabricarse. Estas máquinas pueden ser gobernadas por muchachas, muchachos y mujeres que se ven obligados, por la severa dirección del que los manda, a trabajar horas y horas por un vil salario. Por ejemplo, una de las grandes fábricas norteamericanas en la industria del hierro y del acero emplea centenares de muchachas

de dieciseis años, algo mas o menos, que trabajan diez horas y media al día, y el promedio semanal de lo que ganan algunas de las mejores de ellas, no es más que de cuatro dólares.

Esta misma condición reina en España y demás países. De esta cantidad tienen que pagar alquiler, mantenerse, vestirse y satisfacer todas las necesidades de la vida. Las jóvenes que ganan tan ínfimos salarios en tan largas horas, tienen que moverse ágilmente para atender a varias máquinas. Este forzado trabajo hecho durante todo un año no les reporta más que 234 dólares.

Pero este establecimiento de elaboración de acero no es de ninguna manera único en su especie. Puede citarse también una fábrica de tejidos en la que unos 2,500 hombres ganaban 310 dólares o menos aún al año. La sociedad protectora de los niños obreros, que trabaja heroicamente para atajar los males del trabajo industrial en cuanto se trata de niños, encuentra muchachitos y muchachitas de sólo seis años que sufren bajo el látigo del capataz durante doce horas largas al día para ganar la miseria de tres o cuatro dólares por semana.

Hay treinta y cinco millones de seres humanos en los Estados Unidos, que de sus fortunas y recursos naturales obtienen una renta de sólo 433 dólares al año. Y no hay para que decir que algunos millones de ellos tienen que mantener familia con tan ínfima renta. De las investigaciones efectuadas, resulta que se necesitan cuando menos 600 dólares anuales

para mantener una familia de cinco personas en los Estados Unidos, en cualquier otro oficio que el de la agricultura.

Un estudio superficial de estos datos basta para advertir que hay millones de nuestros semejantes que viven de *raciones de hambre*, con el cuerpo insucientemente vestido y alimentado, y que jamás abrigan la esperanza de asegurarse para la enfermedad o la vejez. Varios estadísticos competentes pretenden que hay diez millones de personas en los Estados Unidos, que no tienen comida ni ropa suficiente y cuyas viviendas no son apropiadas para seres humanos.

Samuel P. Orth, en el *World's Work*, expone algunas de las condiciones de vida existentes en Inglaterra, que son causa de las muchas perturbaciones en la economía del trabajo y de no pocas agitaciones socialistas en aquel país:

« No es figura retórica la que se emplea al hablar de la hambrienta Inglaterra. Londres, se me ha dicho, es la ciudad más rica del mundo. Pero esta capital de la riqueza encierra también un ejército permanente de doscientos mil seres humanos que no saben de dónde les vendrá la comida siguiente cuando acaban de comer. Un tercio de la inmensa población de Londres come sin saciarse, y son dos millones. Apenas una quinta parte de la población de este *mammut amorfo*, monstruosidad municipal, está en realidad fuera del peligro del hombre. El que ve a Londres por primera vez, queda como desmayado

al contemplar sinnúmero de mendigos en cada calle; y tandas de niños famélicos, sucios, en los puros huesos, le asaltan pidiéndole limosna.

» Fuí a Kensington Garden un día del verano pasado con una rebanada de pan seco para dársela a los pájaros. Un pobrecito niño, harapiento, asustó a los gorriones y se arrojó sobre las migajas que habían caído en el césped.

» El Sr. Roundtree dice que el treinta por ciento del pueblo inglés está bajo el nivel del pan, es decir, demasiado mal pagado para comer. De cada cuarenta y cuatro personas, una es desvalida. En Irlanda, de cada once personas, una depende del Estado para poder comer. Las ciudades rebosan de indigentes que han trocado la miseria del campo por la de la ciudad. »

Mr. William Burgess cita las siguientes palabras de Teodoro Roosevelt:

« El verano pasado, Alma Whaley, una muchacha tejedora de Knoxville, estado del Tennessee, absorbió ácido carbónico para suicidarse. Al ser interrogada, reveló la existencia de un pacto de suicidio entre sus compañeras de trabajo, cuya vida era tal que les hacía preferir la muerte a la esclavitud en que vivían y penaban. »

Mr. Burgess cita también las siguientes palabras de la señorita Juana Addams:

« Por la primera vez en la historia, muchedumbres de mujeres hay que trabajan sin el directo estímulo del cariño de la familia, y que están en la imposibi-

lidad de alternar proporcionadamente las horas de trabajo con las de descanso, según sus fuerzas. Además de esto, para miles de ellas, el esfuerzo que hacen para conseguir el sustento, anula el significado de la vida misma. »

El finado doctor Alfredo Russel Wallace, uno de los científicos más eminentes de la época presente, escribió al fin de su vida un libro titulado « Ambiente social y Progreso moral », de donde entresacamos las siguientes declaraciones:

«Según el último censo completo, hay en Inglaterra y en Gales, 7.036,868 viviendas, de las cuales 3.286,526, más o menos la mitad, tienen nada más que de una a cuatro habitaciones. En Londres, de un total de 1.019,646 viviendas, 672,030, o sea mucho más de la mitad, tienen de una a cuatro habitaciones, mientras que hay unas 150,000 que no tienen más que una sola habitación, y en las que viven 313,298 personas, o sea aproximadamente dos personas y cuarto en cada habitación por término medio. Hay, sin embargo, unas 20,000 personas que viven cinco por habitación, y 20,000 más que viven seis, siete, u ocho por habitación. Como las más de estas viviendas de una habitación son sótanos o desvanes de casas sitas en las partes más atestadas de vecinos de las urbes, donde el aire es impuro, la luz escasa y el agua malsana, cabe imaginar en qué condiciónes vivirán estos infelices —o para decirlo con propiedad,— no se lo imaginarán sino quienes lo hayan visto... En la loca carrera tras la riqueza, emprendida por

capitalistas y patronos, las más de nuestras ciudades han podido crecer a modo de verdaderas trampas de muerte para los pobres. Esto ha sido del dominio público durante la mayor parte de un siglo; pero nada se ha hecho en realidad, a pesar de la no escasa legislación sobre higiene, desvirtuada por el temor de mermar las ya excesivas utilidades obtenidas por dueños de fábricas y de estas pocilgas humanas... Y todo por el temor de perjudicar a los ricos y a los magnates con alguna merma de sus caudales que van siempre acumulándose. No hay hombre ni mujer de sano juicio capaz de creer que este estado de cosas sea absolutamente irremediable; y el persistente consentimiento de ello por parte de una sociedad que se jacta de altamente civilizada, y repleta de ciencia muy cristiana, es prueba de hipocresía en la moralidad nacional, nunca superada en ninguna época de la historia.» — *Págs.* 57 *y* 59.

Estas no son meras teorías. Tenemos que habérnoslas con hechos comprobados y lamentables que han provocado manifestaciones violentas en todas las partes del mundo. Hemos llegado a una situación en que las huelgas van aumentando año tras año. Y esto es tan verdad, respecto de un país como de otro. Ayer, digámoslo así, hubo huelgas en Inglaterra, Bélgica, Francia, España, Africa del Sur y Japón. Hoy día leemos en los diarios que las hay en la Argentina, en Méjico, en Centro América, en los Estados Unidos, en Chile y en el Perú. Mañana se nos hablará de nuevos disturbios en otras partes,

con muchas otras huelgas que siguen persistentes, intermitentes o apaciguadas de modo no satisfactorio. La guerra entre el capital y el trabajo es desesperada, y se va haciendo más y más encarnizada.

Podrá decirse que todo este conflicto está provocado por agitadores irresponsables de quienes no hay que hacer caso. Pero después de haber acusado al agitador por sus invectivas petroleras e incendiarias que atizan el conflicto y la revolución, echáis los ojos sobre un editorial de un diario, y encontráis en él esta declaración hecha con el asentimiento del rector de una de las principales universidades del mundo: « La necesidad que clama hoy a gritos en todos los países civilizados es la de estrechar el abismo que separa a los que son demasiado ricos de los que son demasiado pobres. »

De la misma naturaleza son las siguientes líneas en que un editor multimillonario expresa sus ideas sobre el estado actual de las cosas, en una ardiente amonestación que dirige a cierta categoría de ricos, a la cual no cree él pertenecer.

« No hay razón que impida a los Estados Unidos seguir siendo país honrado, imparcial y sin violencia, si sus hombres influyentes lo permiten.

» Pero si éstos no lo permiten, sino que siguen robando más y más; si no contentos con poseer decenas de millones, aspiran a tener cientos de millones; si siguen robando en un solo día lo que constituiría la ganancia lenta, pero honrada, del trabajo de mu-

chos años y de siglos, algo se les pondrá por delante para atajarles los pasos, y el mejor día despertarán como los nobles de Francia despertaron hace más de un siglo, para ver que nada les queda; para ver cómo su brutalidad, sus exacciones y su desfachatez se han vuelto contra ellos mismos.

» Los buenos sufrirán con los malos si se lleva la deshonorabilidad demasiado lejos.

» Esta es la advertencia que los hombres honrados y de conciencia han de tomar a pecho. No consintáis que se propasen los ladrones de marca mayor y sus miserables instrumentos.

» Estad sobre aviso; no esperéis. »

Este editorial fué calificado por otros conspicuos periodistas de disparate demagógico; pero no obstante está conforme con las siguientes palabras del juez Gary al decir:

« Como no tomen parte los capitalistas, los gremios, los ricos mismos, y parte importante, en la tarea de mejorar las condiciones actuales de la humanidad, han de sobrevenir profundos cambios y aun sobrevendrán muy pronto y con violencia, traídos por el mismo populacho.

» Dícese que la situación actual es muy parecida a la de antes de la Revolución francesa. Yo os digo que la chispa ha de prender fuego, y pronto. Tengo motivos especiales para afirmarlo, motivos que nos afectan a todos. Los hombres de poder y de influencia en los negocios del país, ¿hemos hecho lo que nos correspondía en tan hermosa tarea? Es de todo punto

necesario hacer algo por mejorar la suerte de la humanidad. ¿No podemos nosotros hacer algo? No sólo se necesitan buenas máximas, sino también buena política para llegar a tal fin. Os insto, pues, para que en vuestro trato con vuestros subordinados obréis con rectitud. »

El juez Gary no es socialista, ni agitador de las clases trabajadoras; es presidente del Gremio Americano del acero, y uno de los principales hacendistas del mundo. Estas palabras las pronunció ante una porción de socios capitalistas, reunidos en asamblea. Pero hay que dar a estas palabras más importancia que a cuantas pudieran pronunciar los socialistas o los caudillos del partido obrero, pues el juez Gary es de la *acera de enfrente.* El juez sienta hechos al decir que las discusiones de hoy día son muy parecidas a las que precedieron a la Revolución francesa. Sin embargo, conviene notar la diferencia de que las discusiones aquéllas quedaban circunscritas casi por completo a las principales ciudades de solo Francia. Los medios de comunicación eran por entonces tan rudimentarios, que en muchos distritos rurales poco se sabía de lo que pasaba, y las faenas del campo seguían casi sin interrupción y sin que se preocupasen los labriegos de la revolución que se ensañaba durante el reinado del Terror en las ciudades de Francia con repercusión en las capitales de Europa.

Ahora todo ha cambiado. El ferrocarril, el vapor y el telégrafo han convertido el mundo entero en un vasto vecindario. El campesino ha salido de su

reclusión. Los diarios le llevan noticias de todas partes del mundo. Y si las discusiones habidas en Francia hace más de un siglo que estaban necesariamente circunscritas por la fuerza de las cosas a un campo limitado, trajeron la Revolución y el reinado del Terror, el desasosiego social de nuestros días y las discusiones consiguientes, muy parecidos a los de aquella época, pero de carácter universal, tienen necesariamente que dar por resultado la revolución y el terror universales.

Muchas de las caricaturas de nuestros diarios se ensañan en los ricos y los escarnecen al representarlos montados en sus carros de Juggernaut que pasan despiadadamente por encima del cuerpo del desvalido. Mucho se discute la cuestión de la lucha entre el capital y el trabajo, esto es, entre la riqueza y la pobreza. Este tema ha sido el caballo de batalla de todas las campañas presidenciales en los Estados Unidos. Caricaturas y polémicas han formado una opinión robusta. Muchas veces se nos ha prevenido que semejantes manifestaciones están fomentando y agitando el odio contra una clase social, y despertando acerbos sentimientos de desquite y de envidia; pero las discusiones siguen y siguen como si tal cosa. Los mayores caudillos, los prohombres del mundo ven el peligro y tiemblan ante él. El obispo Potter levantó su potente voz en son de alarma:

« El incremento de la riqueza y del lujo—dijo,—del lujo inicuo, derrochador y lascivo, como declaro ante Dios que lo es, ha corrido parejas con el de la

pobreza que ha llegado a ser deplorable y mortífera y que ha sumido a las masas populares en la desesperación y en incredulidad.

» En tiempos como los nuestros, cruzarse de brazos y darse por satisfecha con ya proscritas teorías sobre sus deberes y desde hace mucho declaradas grotescas e inadecuadas a las exigencias de la verdadera situación, sería para la iglesia de Dios, merecer el desprecio de los hombres y la maldición divina. Credme, varones y hermanos, si vosotros y yo, y todos cuantos poseen un dón o una primacía cualquiera de talentos o riquezas de una u otra índole, no nos decidimos a salir de nuestra negligencia, de nuestra holganza y de nuestro servicio de meros aficionados, para bajar hasta el pueblo que está batallando en medio de su pobreza y de su ignorancia; las doncellas por su castidad, los jóvenes por un ideal superior de integridad; viejos y jóvenes por un claro destello de valor inmortal y de inmortal esperanza; si así no lo hacemos, la iglesia, con su esplendor estático, con sus apostólicas órdenes, su ritual venerable y sus asambleas decorativas y magnificadas, no será más que una monstruosa e insolente impertinencia. »

Hay muchos que procuran desvanecer el temor inspirado por el estado actual de cosas, diciéndo que siempre ha ocurrido lo mismo; que no es novedad presenciar esta lucha entre el capital y el trabajo, ni tampoco son nuevas las revoluciones y los conflictos que nacen de dicho estado de cosas y que amenazan empeorar cada vez más. No cabe duda de que la

pecadora humanidad es la misma hoy día que ayer y siempre, con la diferencia de que la obstinación en el pecado denota mayor malicia y ofrece mayores y más complicadas ramificaciones de acción de la iniquidad.

Refiriéndose a las condiciones de vida de la antigua Roma, dice James Anthony Froude:

« El desarrollo intelectual llegó al más alto grado que podía alcanzar; y respecto a los graves e interesantes temas de moral y política, de poesía y arte, y aun de religión, y respecto a los problemas especulativos de la vida, los hombres pensaban como nosotros pensamos, dudaban como nosotros dudamos, argüían como nosotros argüimos y aspiraban afanosamente a los mismos fines que nosotros. Era una edad de progreso material, de civilización material y de cultura intelectual; una edad de pasquines y de epigramas, de banquetes y festines, de mayorías senatoriales y de corrupción electoral. Los puestos más encumbrados del gobierno eran teóricamente accesibles a los hombres más modestos; pero en realidad, únicamente los escalaban los de más repleto bolsillo o de lengua más locuaz en los comicios populares. La distinción de cuna quedó suplantada por la de fortuna. Habían cesado las luchas entre plebeyos y patricios por la igualdad de derechos cívicos y había surgido una nueva división entre los partidarios de la propiedad individual y los que deseaban alterar la organización social. Los labriegos libres estaban en vía de desaparecer del

suelo de Italia, que se iba concentrando en vastas fincas, poseídas por unas cuantas familias favorecidas y cultivadas por esclavos, mientras que la antigua población agrícola, expulsada del campo, se apiñaba en las ciudades. Los ricos eran extravagantes, pues la vida había dejado de ofrecer intereses prácticos, salvo en asunto de goces materiales; las clases elevadas se ocupaban en agenciarse dinero sin trabajar, y disiparlo en el ocio.»

Esta descripción de la vida de la antigua Roma coincide con la de nuestros días. Pero no hay que olvidar que Roma cayó. No mucho después de haber descendido al estado descrito por el señor Froude, empezó Roma a bajar con rapidez la pendiente que debía acabar en ruina. Los problemas que determinaron la corrupción interior y la ruina final de Roma eran muy parecidos a los problemas de los griegos y de los persas que se arruinaron antes que ella. Sin embargo, estaban localizadas las dificultades en que tropezaron aquellas naciones, que por otra parte tenían válvulas de seguridad en los contiguos territorios por donde derramaron su exceso de población, formando así nuevas civilizaciones que pudieron dar a la humanidad nuevo impulso y nuevas posibilidades.

En nuestros días, todos los problemas de lo pasado se nos presentan bajo condiciones sin precedentes en la historia. En tiempos antiguos la humanidad tenía que afrontar problemas localizados en regiones relativamente limitadas. Hoy día, por el contrario,

todo grave problema es internacional. El problema monetario es internacional. El problema de la guerra es igualmente internacional. Como no falta el precedente histórico, podemos aleccionarnos en la experiencia de lo pasado. Por consiguiente, si queremos saber algo respecto del desenlace de estas tan angustiosas condiciones de existencia, que en los ánimos más esforzados levantan el recelo de una revolución que ha de anegar al mundo en sangre, hemos de remontarnos a una fuente más alta que la humanidad y que las narraciones históricas.

Podemos acercarnos a una fuente en donde encontraremos hace siglos vaticinada la peligrosa situación precursora de la revolución, de la anarquía y de la violencia en que ha venido a parar el mundo. Al leer lo que nos dice tan autorizada fuente fijémonos en el muy preciso carácter de sus declaraciones:

« En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, desobedientes a sus padres, sin afecto natural, calumniadores, fieros, aborrecedores de lo bueno, traidores, hinchados de orgullo, amadores de los placeres; teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella. » 2 Timoteo, 3 : 1-5.

Estas predicciones fueron hechas más de dieciocho siglos ha. El lenguaje en que van expresadas es de carácter tan positivo, tan directo y tan claro como el de las palabras de aquel de quien fué dicho: « Las gentes se espantaban de su doctrina: Porque los ense-

ñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.» Mateo, 7: 28, 29.

En la forma en que puede decírnoslo alguien que sabe de lo que está hablando, nos dice: «sabe que en los postreros días, vendrán tiempos peligrosos.» No se nos deja que adivinemos o conjeturemos, sino que se nos manda «saber» que «tiempos peligrosos» llegarán en los «postreros días», y además nos informa de las causas principales de dichos peligros. La enumeración empieza declarando que los hombres serán «amadores de sí mismos, amadores del dinero». Del amor de sí mismo y del amor del dinero deriva fundamentalmente la turbación que nos sobrecoge ante el espectáculo del conflicto entre el capital y el trabajo. El apóstol especifica diciendo que en esto consistirá el peligro de los días postreros.

Tenemos el peligro internacional del poder monetario con que todas las naciones bajo el sol están en mortal conflicto. Los atronadores acentos del descontento, cuyo portavoz son la tribuna y la prensa, proferidos por hombres de todas las opiniones y de toda condición y oídos en huelgas y asomadas por toda la tierra denotan en conjunto las condiciones del mundo que corresponden cumplidamente a las declaraciones directas, claras y terminantes del divino libro. Sin embargo, no nos figuremos que el egoísmo que hace peligrosos los postreros días sea peculiar de los ricos. El texto tiene alcance general en su aplicación y se refiere a la humanidad;

y aunque los ricos son los opresores porque tienen las facilidades que para ello les proporcionan sus bienes, el texto no nos autoriza para decir que el amor de sí mismo y el amor del dinero anden solamente en el corazón de los ricos. Sus enemigos, que no desperdician oportunidad para manifestar su enemiga, son en el fondo de su corazón tan avariciosos y egoístas como ellos. Por lo tanto, el conflicto, ha de ser inminente. El sagrado Libro lo llama conflicto « peligroso ».

Tal vez el prejuicio o los intereses egoístas nos impulsen a soslayar tan directa predicción de Pablo. Nuestros prejuicios influirán en nuestro ánimo para impedirnos ver este texto y considerar de frente y varonilmente la situación del mundo. Pero semejante actitud implica terrible riesgo; pues si nuestro buen Padre se tomó el trabajo, hace ya tantos siglos, de pintar tan a lo vivo semejante cuadro de la situación presente y de lo que entraña, no debemos despreciar el aviso. El texto arriba citado de la carta de Pablo a Timoteo no es el único testimonio que nos da la Biblia en tan importante asunto. Léanse también las siguientes palabras: « ¡Ea ahora, oh ricos! ¡Llorad y aullad a causa de las miserias que están para venir sobre vosotros! ¡Vuestras riquezas están corrompidas, vuestras ropas raídas están de polilla! ¡Vuestro oro y vuestra plata están enmohecidos, y el orín de ellos servirá de testimonio contra vosotros, y consumirá vuestras carnes como fuego! ¡Habéis allegado tesoros para en los postreros días! ¡He aquí que el jornal de

los trabajadores que han segado vuestros campos, el cual ha sido detenido fraudulentamente por vosotros clama; y los clamores de los segadores han entrado en los oídos del Señor de los Ejércitos! Habéis vivido muellemente sobre la tierra; habéis cebado vuestros corazones, como en un día de degüello. Habéis condenado y muerto al justo y él no os hace resistencia. ¡Vosotros, pues, oh hermanos, tened paciencia, hasta el advenimiento del Señor! ¡Tened paciencia, vosotros también; afirmad vuestros corazones, porque el advenimiento del Señor se acerca! ¡He aquí que el Juez está en pie ante las puertas! » — (Santiago, 5 : 1-9.)

Este pasaje dice terminantemente a que época se refiere: A la de « los postreros días ». Es un aviso de los más temibles, dado a los ricos, pues les dice lo que un día será de ellos. Se les predice que han de « llorar y aullar » « a consecuencia de los males que les sobrevendrán ». Sus riquezas están podridas y su oro y su plata han sido más bien atesorados que empleados en beneficio de los desvalidos y desheredados; y el orín de estos caudales atesorados se levantará en testimonio contra ellos, y les devorará las carnes como el fuego mismo. Oid después con qué gráfica vehemencia describe el texto la lucha que ha de empeñarse entre el capital y el trabajo. El jornal del obrero clama contra los que con engaño no se lo pagaron después de haberle hecho trabajar esclavamente. Hubo ricos en todos los países y en todas las edades. A veces la riqueza de una nación, como

sucedió en Roma, se concentra en unas cuantas manos; pero entonces la nación cae precipitadamente en la ruina. La historia nos enseña que la acumulación de la riqueza y el desquiciamiento consiguiente al despertar de la fastuosidad y del lujo, causaron la ruina de una nación tras otra. Y con resaltante claridad muestra esta profecía que « allegar tesoros y vivir muellemente » juntamente con la opresión de los pobres ha de plantear un problema de alcance universal que señalará los postreros días.

Sin embargo, estos postreros días no son más que los últimos días del pecado y de la miseria y opresión, pues se nos exhorta a ser sufridos hasta la venida del Señor y se nos asegura que el Juez está a la puerta. Este Señor que viene, este Juez a punto de entrar, no es otro que Aquel que dió la Regla de Oro y que pronunció el sermón del monte, el que ha de destruir únicamente lo que no esté en armonía con el tipo deseable de rectitud. Su venida trae los últimos días para la opresión y cruel padecimiento. Pero trae también el principio de su reino eterno de incesante gozo. De modo que la expresión « postreros días » está llena de gloria y de gozo, no de terror ni de lobreguez para los que entienden el significado y que se ponen en armonía con él. ¡Tened paciencia, vosotros también; afirmad vuestros corazones, porque el advenimiento del Señor se acerca! No murmuréis, hermanos, los unos contra los otros para que no seáis condenados: ¡he aquí que el Juez está en pie ante las puertas! » — (Santiago, 5 : 8, 9.)




# CAPÍTULO IV

EN nuestros días la criminalidad es no sólo un problema, sino un peligro. El crimen está organizado y explotado, y pocas son las ciudades, si las hay en alguna nación, que no tengan en su seno representantes de la ley complicados en esta criminal organización. Y siendo esto así, nada tiene de particular que el criminal prosiga sus fechorías, año tras año con toda impunidad. Se citan casos en que ciertos sujetos han sido detenidos veintiocho veces sin que se declarasen convictos una sola vez. Y el criminal así detenido, al encontrarse entre sus amigos, se jacta de su habilidad en burlar la ley.

Estas organizaciones, que tienen en el crimen un negocio lucrativo, son capaces de realizar cuantas fechorías rezan en el calendario criminal. Apelan, no sólo a los atracos y merodeos sino que su plan de acción incluye el *chantage* y los asesinatos y abarca todo linaje de audaces crímenes. Se asegura que en una populosa ciudad, se paga a los facinerosos de 20 hasta 2,000 dólares por el asesinato de la persona que se les señale; el premio ofrecido es mayor o menor

según la clase de dificultades que se hayan de vencer para la perpetración del delito, y según el grado de solvencia del que la sugiere. Estas organizaciones criminales son tan perfectas que pocas caen bajo la acción de la justicia.

Cada vez es más frecuente el empleo de la bomba como arma por estas organizaciones criminales. En Nueva York, durante los ocho primeros meses de 1914, fueron lanzadas por manos criminales ciento diez bombas, que ocasionaron pérdidas de vidas y daños en la propiedad.

Estas bombas son muchas veces arrojadas con el propósito de intimidar a los jueces que se inclinan a pronunciar fallos justos, o para intimidar o suprimir a las personas dispuestas a poner coto a estos crímenes y acabar con tan perversos procedimientos.

Los asaltos de trenes y detenciones de tranvías en los barrios populosos son cada vez más frecuentes y denotan el atrevimiento de estos criminales y el desprecio con que miran la ley.

Los diarios suelen llevar llamativos epígrafes como los siguientes: « La ola del crimen barre nuestra metrópoli. — Las comisarías de policía están atestadas de quejas de las víctimas de los ladrones en todas las partes de la ciudad. — Criminales sueltos otra vez. — Salteadores, ladrones alevosos, estranguladores y rateros practican su nefanda industria día y noche. » Estos títulos encabezan extensos informes de robos y asaltos que unos tras otro aca-

ban de ocurrir en una sola ciudad, que no constituye una excepción ni es la peor del mundo en cuanto a criminalidad.

Otro largo artículo llevaba los siguientes epígrafes: « Bandido sospechoso capturado en la lucha. — Afírmase que un salteador de tranvías se confabula con el policía al verse acorralado. — Reo presunto de siete crímenes. — Agente de policía secreta y de la ronda que se apoderan tras desesperada lucha de un sujeto acusado de robo. — Treinta tranvías detenidos en esta ciudad durante los últimos cuatro meses. »

Está comprobado que el valor de lo robado por estos malhechores asociados asciende en la sola ciudad de Nueva York, a la cantidad de dos millones de dólares anuales entre metálico y especies, amén de lo que logra recuperar la policía. Y se calcula según datos oficiales que en la misma ciudad, el valor en metálico que por las falsas agencias de timadores se les estafa a los vecinos llega a la enorme cantidad de cien millones de dólares al año. De buen origen se afirma que en otra gran ciudad la criminalidad ha duplicado en cinco años.

Aparte de estos bandidos asociados en las ciudades, hay que contar los robos que salen a relucir de entre los muchos cometidos por sujetos relacionados con las grandes compañías. Algunos de estos robos y estafas, como la del ferrocarril de Nueva York, New Haven y Hartford, alcanzan a cien millones de dólares o más. No es raro que tal o cual ge-

rente de establecimiento comercial o industrial haya desfalcado tres o cinco millones de dólares.

Dice la *Constitución* de Atlanta: « Se han aducido datos tras datos estadísticos para demostrar en forma impresionante el aumento de la criminalidad, en mayor proporcionalidad que el de la población. »

Tal vez una de las cosas que más alarma en relación con la criminalidad es el número de niños y de jóvenes de diez y ocho a veinte y veinticinco años que se han organizado en asociaciones en varias ciudades para cometer casi toda clase de crímenes. Allá van algunos para muestra:

Seis muchachos fueron encarcelados en una ciudad como reos presuntos de una docena de fechorías. Un niño de ocho años, en la misma ciudad, confesó haber cometido diez asaltos. Otro muchacho amenazó a su padre con « la pandilla ». Otro vió un descarrilamiento en un cine y se propuso hacer descarrilar un tren para ver en realidad lo que era. Otro joven de diez y ocho años burló a la policía en varias ciudades y consiguió cruzar el continente dos veces cometiendo robo tras robo.

Un magistrado americano dice que en el sesenta y cinco al setenta por ciento de las causas criminales en que interviene figuran muchachos y jóvenes menores de veinticinco. La criminalidad aumenta dos veces y media más de prisa entre muchachos que entre adultos.

Mr. W. Douglas Morrison, reconocida autoridad en la materia, dice en su libro « Jóvenes criminales »:

« Si echamos una mirada en el país o en el extranjero, o si consultamos las crónicas del crímen del antiguo o del nuevo continente, vemos que la criminalidad de la juventud señala invariablemente una decidida tendencia al incremento. Es un problema no limitado a una sola comunidad, sino que afecta al conjunto entero de las naciones y surge de entre las condiciones propias de la civilización. »

Esta declaración del señor Morrison se refiere especialmente a la criminalidad entre los jóvenes, pero en cuanto a la criminalidad en general dice:

« Uno de los más formidables problemas que afectan a las comunidades civilizadas... es el de la reincidencia. Todos cuantos estudian las cuestiones relacionadas con la criminalidad del país y del extranjero, saben muy bien que la proporción de criminales va aumentando sin cesar, y que jamás ha sido tan grande como ahora. Casi todos los documentos oficiales que tratan de la administración penal comprueban este deplorable estado de cosas. »

Y a propósito de las estadísticas de la criminalidad, el mismo autor observa:

« El número de crímenes cometidos, tanto por jóvenes como por adultos, excede en mucho al de los consignados en los más completos y esmerados informes públicos. »

Un editorial del *Catholic Mirror* dice sobre el asunto:

« El profesor Andrés D. White, no muy amigo de declaraciones impresionantes, llama la atención so-

bre el aumento extraordinario de la criminalidad en todo el país. Y en verdad que no se necesita la estadística para confirmarlo, pues prueba de ello nos dan los diarios, como no habrá dejado de notar ni aun el lector más despreocupado. En ellos se da cuenta de sucesos sangrientos, asesinatos en todas sus formas, robos, agresiones aleves, y toda clase de manifestaciones viciosas. »

La criminalidad es un problema de índole universal. Y con el aumento alarmante de la criminalidad entre niños y jóvenes, ¿qué podremos esperar de las generaciones futuras?

Hay quienes idean toda clase de planes para la represión de la criminalidad. La operación quirúrgica que consiste en cercenar parte del cerebro ha sido propuesta y experimentada en algunos casos. Se han organizado campañas de publicidad para procurar avergonzar a los criminales. Se han impuesto severos castigos a algunos sujetos, como sucedió en el caso de los « fusileros » de Nueva York; y los editoriales de los diarios nos han prometido que veríamos realizarse reformas como resultado de estos esfuerzos. Pero la situación en vez de mejorar ha seguido como antes o peor todavía.

Ha habido hombres que se han organizado en asociaciones, en algunas ciudades, para hacer guerra a los criminales que también se habían atrincherado entre empleados y oficiales, haciéndose muy difícil desalojarlos.

Se nos dice que semejantes condiciones han exis-

tido siempre en el mundo en lo pasado, y que no hay motivo de alarma. Se nos asegura que algunos de los propuestos métodos de reforma concluirán por dar buena cuenta del elemento criminal. Pero cúando se le pide al elemento sano de la sociedad que colabore en la represión de la criminalidad, muchas veces contesta que saldría perjudicado en sus intereses personales, y que por razones de « negocios » ruega que se le disculpe su retraimiento. Tienen tal vez estas personas parientes que en algo saldrían perjudicados, o temen que el elemento criminal pegue fuego a sus casas o dañe de algún modo sus propiedades o sus negocios. De modo que por temor o con una u otra disculpa, dejan que se perpetúe el estado actual de cosas, pretendiendo, sin embargo, que todo saldrá bien, y conformándose con la creencia de que a pesar de toda esta criminalidad que cual plaga asoladora azota al género humano, el mundo se vuelve cada día más bueno y mejor.

Pero en esta cuestión de la criminalidad, como en los problemas del capital y del trabajo, el mundo se encuentra ante una nueva situación que ha de afrontar. El criminal puede efectivamente trasladarse adonde se le antoje, merced a los rápidos medios de comunicación de que hoy disponemos. Mediante el recurso de la telegrafía cifrada puede comunicarse con sus cómplices, cualquiera que sea la parte del mundo en que éstos se encuentren; y así las facilidades de que dispone lo habilitan más y más para *el oficio* y cunde más y más el contagio de la crimi-

nalidad. Los más avezados criminales demuestran aficiones a la piratería. No les gusta quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Así se forman maestros de criminalidad en todos los grandes centros de población. Y debemos hacer continuamente hincapié en que los problemas que se nos presentan en la actualidad resultan completamente nuevos para el mundo a causa de las condiciones modernas. Pero no tenemos motivo para quedar a oscuras respecto del significado de estas cosas.

En un capítulo anterior, citábamos las palabras de Daniel de que iba a cerrar el libro y sellarlo « hasta el tiempo del fin » en que muchos correrían de acá para allá y en que la ciencia sería aumentada. Otro pasaje del mismo capítulo dice:

« Anda, Daniel, que estas palabras serán cerradas y selladas hasta el tiempo del cumplimiento. Muchos serán limpios y emblanquecidos, y purgados; e impíos se empeorarán, y ninguno de los impíos entenderá: más entenderán los entendidos. » Daniel, 12, 9, 10.

Estos versículos dan realce al hecho de que la profecía de Daniel no ha de ser entendida hasta el tiempo del fin; y en aquel tiempo del fin, mientras que muchos serán purificados y blanqueados y puestos a prueba, nos advierte el texto que los « impíos se empeorarán y ninguno de los impíos entenderá. »

Hay algo respecto de la iniquidad que nubla la visión. Los perversos no cuidan de considerar lo que hacen. No se dan cuenta del hondo abismo en que se

hunden. El texto dice que « ninguno de los impíos entenderá », y adviértase que afirma también que « el tiempo del fin » será particularmente señalado por « los impíos » que se « empeorarán ».

Bien podemos discutir este texto con intento de explicarlo y desarrollarlo. Hasta podemos decir que no le damos fe ninguna. No obstante ahí está el texto diciendo, del modo más claro posible, que en el tiempo del fin « los impíos empeorarán, y ninguno de los impíos entenderá ». Y ante nosotros tenemos hoy día una amenaza universal de criminalidad. Las condiciones del mundo y la predicción del texto armonizan perfectamente. No puede haber lugar a equivocación ni mala inteligencia.

Cuando el Maestro estaba personalmente en la tierra, hizo la predicción siguiente: « Y como aconteció en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta el día que Noé entró en el Arca; y vino el diluvio y los destruyó a todos De igual manera *sucederá* también así como aconteció en los días de Lot: comían bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; más el día que Lot salió de Sadoma, llovió fuego y azufre desde el cielo, y los destruyó a todos. De la misma manera sucederá en el día en que el Hijo del hombre se manifestará. » Lucas, 17 : 26-30.

Este pasaje enseña que el Salvador escogió los dos períodos más corrompidos de la historia del mundo para que sirvieran de ejemplo de lo que veremos

en « el día que el Hijo del hombre se manifestará ». La perversa condición del mundo en días de Noé queda confirmada en otro pasaje. De aquel tiempo se dice:

« Vió Jehová que era mucha la maldad del hom-



«Como aconteció en los días de Noé»

bre en la tierra, y que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era solamente mala todos los días. » Génesis, 6 : 5.

Luego en tiempo de Noé, cualesquiera que hubieran sido las opiniones del pueblo, Dios « vió que la maldad era grande sobre la tierra ». Lo sombrío del cuadro resulta aún más patente en la declara-

ción subsiguiente de que « todo el intento de los pensamientos del corazón de ellos ciertamente era malo todo el tiempo ». Tal era entonces la condición del mundo; y cuando los hombres han caido en tal abismo de degradación que ya no hay en la mente ningún deseo puro y santo, y que « todo el intento de los pensamientos del corazón es malo » y esto « todo el tiempo ». ¿Qué otra cosa peor podría imaginarse? Si hemos acariciado una opinión contraria, no ha de ser agradable comprobar de buenas a primeras que el estado del mundo en tiempo de Noé ha de repetirse en los días en que vivimos. Pero mejor es ser justo desde el principio y en todas las cosas. No debemos perder de vista que el Señor nos ha predicho que « como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre ».

Pero no hemos leído aún toda la descipción de la maldad que había en días de Noé. Se nos dice más adelante: « Habíase corrompido la tierra de delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. » Génesis, 6 : 11-12.

« Y corrompióse la tierra delante de Dios, e hinchóse la tierra de violencia. » Tales son las expresiones gráficas de que se valen las Escrituras para pintarnos la condición del mundo en días de Noé. Por haberse desesperadamente corrompido los hombres, por haberse degradado y envilecido, Dios no tuvo más remedio que destruir la raza humana con el di-

luvio. La infinita bondad de la infinita misericordia no podía hallar medio alguno de salvación para aquel pueblo desahuciado. La bondad no tenía valor alguno para él. Lo recto, lo puro y lo santo no eran ya más que objeto de risa y de desprecio; y si consentimos en dar crédito a la palabra de Dios, podemos saber que « como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. »

Todo hombre debe llegar a convencerse de grado o por fuerza de que nuestro tiempo y nuestra generación son tan notables por su corrupción y sus crímenes espantosos como por sus admirables inventos y adelantos materiales. Todos tienen prueba infalible de que la perversidad en sus más tétricas manifestaciones va gradualmente apoderándose del mundo

El pasaje de la Escritura que citamos en el capítulo anterior y que entresacamos de la carta de Pablo a Timoteo, nos dice que los últimos días habrán de ser peligrosos a consecuencia del egoísmo y del amor al dinero. Dice, además, que en los últimos días los hombres serán « sin afecto natural, desleales, calumniadores, incontinentes, crueles, aborrecedores de lo bueno ». Timoteo, 3 : 3. Mucha de la criminalidad de nuestros días deriva del amor al dinero. Esto es tan verdad al tratarse de las pandillas de criminales, organizadas en asociaciones en las grandes capitales para perpetrar asaltos y atracos, como al tratarse de criminales de más alto vuelo cuyas especulaciones en los sindicatos y compañías alcanzan a millones. El amor de sí mismo y el amor a la sensua-

lidad, junto con el amor al dinero, son raíz de la mayor parte de la criminalidad, y el apóstol dijo que estas condiciones harían peligrosos los últimos días.

No sería prudente por nuestra parte argüir con estos hechos o decir que no son ciertos. Pero cuando vemos que las condiciones del mundo actual no son más que fiel y exacto cumplimiento de las predicciones hechas en la palabra de Dios hace ya tantos siglos, lo mejor que podemos hacer es acatar como verdaderas las tan claras y sencillas palabras de Jehová.

El pasaje citado de Daniel dice que en este tiempo del fin, mientras que los malos hacen el mal y que ninguno de ellos tiene entendimiento, los sabios lo tendrán. Otro texto del sagrado libro dice que « El principio de la sabiduría es el temor de Jehová y que el entendimiento bueno es a todos los que guardan sus mandamientos. » Salmos, 111 : 10.

Bien podemos tener muchas teorías sobre estas cuestiones; pero el Libro de Dios es muy explícito al mostrarnos que habrá cabalmente dos clases de personas en el tiempo del fin: la de los prudentes, que tienen entendimiento, y la de los que tan empecatados están en la maldad que obran perversamente hasta el extremo de no tener entendimiento ninguno.

El autor de la Biblia nos ha prometido Su Espíritu para que nos guíe en toda verdad. Al reflexionar sobre las predicaciones del Libro y compararlas con las condiciones que prevalecen hoy en el mundo, este

Espíritu prometido ha de impresionar nuestras mentes con el sello de la verdad. ¿Qué impresión hacen estas escrituras en nuestra mente a la luz de las actuales condiciones del mundo? Preguntas son éstas que cada cual debe contestarse a sí mismo teniendo a la vista sus eternas consecuencias.



# "LA JUSTICIA SE PUSO LEJOS"



## CAPÍTULO V

LA asombrosa criminalidad que asuela al mundo débese en gran parte a la falta de justicia. La criminalidad y la injusticia suelen darse la mano. Se ha discutido con mucho empeño en nuestros días y en muchos países la cuestión del estado actual de los tribunales de justicia y de la acción de las leyes penales. Está universalmente reconocido y se deplora el hecho de que el dinero y no la justicia sea el factor determinante en los tribunales de justicia. El amor al dinero y el crimen que se ha hecho objeto de tráfico han *metalizado* también los mismos tribunales de justicia y cegado ésta última.

Carlos W. Eliot, LL. D., rectór que fué de la Universidad de Harward, en un discurso sobre la ilegalidad, decía:

« Un conspicuo político que había adquirido experiencia en cuanto a administración urbana, gubertiva y nacional, me preguntó un día si sabía cuál era el vicio de los politiqueros. Como manifestara yo alguna incertidumbre en este punto, dijo él: « El robo, y cabalmente el robo. » Cuando leemos noticias

de ciudades, víctimas de robos por parte de sus mismas autoridades que se valen para ello de bellaquerías en contratas, de comisiones sobre compras y ventas, y de cuentas adulteradas y sobornos electoles en perjuicio de los intereses de las ciudades, nos parece a veces que el veredicto de este avezado político es absolutamente correcto. Cuando leemos que representantes de la ley, cuyo deber es reprimir y castigar el vicio, suelen sacar gruesas cantidades de dinero de los antros de los peores vicios, con que éstos se aseguran la protección municipal, nos parece como si los procedimientos ilegales hubieran alcanzado sus últimos límites, como si hubiéramos llegado al fondo de la sentina. Seguramente no hay peores procedimientos ilegales en ninguna parte de nuestro país que los realizados por depravadas autoridades en las grandes ciudades... Nuestros prolongados enjuiciamientos en lo criminal, con sus legajos de pruebas y argumentos, sus desacertadas particularidades técnicas, sus ingeniosas defensas metafísicas, y sus posibles apelaciones y revisiones, son disfraces de justicia, y en realidad constituyen un peligro público. Explican gran parte del aumento de desconfianza hacia los tribunales en el ánimo del público. »

En un discurso pronunciado ante la Cámara del Comercio de Rochéster, el expresidente W. H. Taft, dijo: « La única cosa que malogra nuestra civilización actual son las dilaciones de la justicia en lo civil y criminal, y estas dilaciones obran siempre en pro de los sujetos adinerados. »

De acuerdo con esta declaración, tenemos lo dicho por B. J. Hendrick, en los términos gráficos siguientes sobre la situación actual de las ciudades del mundo.

« Varias y repetidas veces, Nueva York, Chicago, San Francisco, Seattle, Los Angeles, Pittsburgo y Filadelfia, por no nombrar más que unas cuantas, se han visto empeñadas en los más ardientes conflictos con los proscritos y desechados de la sociedad humana, organizados en gemios. La historia de estas ciudades representa un penosísimo esfuerzo por mantener sujeto el sedimento social e impedirle levantarse hasta el punto más alto y estropear el mecanismo de la autoridad. En estas ciudades, la parte del pueblo cuya vivienda habitual es el presidio o la casa de corrección, ha podido muchas veces adueñarse del gobierno municipal. Ha habido partidos políticos así llamados, no con el objeto de conservar ciertos ideales de civismo, sino para ser meras agencias de negocios para explotar los vicios que hasta cierto punto parecen inherentes a parte de la vida de la ciudad. »

En su discurso inaugural, pronunciado en Albany, capital del Estado de Nueva York, el 1.° de Enero de 1915, el gobernador Carlos S. Whitman, dijo:

« El desprecio de la ley, la insubordinación a las prescripciones legales y morales de represión, la aversión hacia los magistrados de justicia, son fenómenos que pueden observarse en todas las agrupaciones y clases sociales americanas. No hay prospe-

ridad material, ni riqueza floreciente, ni progreso científico que puedan salvarnos de la decadencia moral y de la ruina final si persiste este espíritu de desprecio de la ley y de la autoridad constituída.»

Como ejemplo de lo que dicen los periódicos, respecto del fracaso de nuestros tribunales y de la perversidad reinante hoy día, allá van algunas declaraciones entresacadas de uno de los principales diarios americanos.

Hablando de la actuación de cierto jurado en una conocida causa criminal, dice:

«Este jurado, asimismo como todos nosotros, ha visto la administración de la justicia en este gobierno convertirse más y más cada día en juego criminal. Han visto y están viendo diariamente el abuso vergonzoso de la charlatanería forense. Ven en torno suyo, criminales confesos y peligrosos de toda calaña, pasearse libremente por las calles, desplegando su actividad criminal, burlándose del tribunal que los sentenció, y de la policía que los prendió.»

Juristas que no están conformes con la práctica de la injusticia y que reconocen y condenan las condiciones que prevalecen hoy día, han manifestado su opinión en forma terminante sobre el particular. El honorable I. C. Parker, juez de un tribunal de cierto distrito de los Estados Unidos, dijo:

«Cuando vamos al grano.... fácil nos es reconocer que estamos comprobando la existencia entre nosotros del mayor mal que haya jamás afectado cualquiera otra época de la civilización; y que con-

siste no sólo en el encubrimiento de crímenes cometidos por individuos, sino también por agrupaciones de personas que se esfuerzan por medio de actos cruentos y desatentados en dar con el remedio. Me refiero a los que se reunen en turbas sediciosas para buscar el amparo que no consiguen por medios legales.»

En opinión del juez Parker, la causa de este aumento de crímenes y de violencias de las turbas no es más que comprobación del fracaso de la justicia; dice efectivamente más adelante:

«La actitud violenta de las turbas se debe a los maleados procedimientos de que se suele echar mano para invalidar la acción de la justicia, y al afán con que los tribunales procuran encubrir los crímenes bajo el fárrago de expedientes y legajos. Ahora bien, el estado de cosas es tan grave y lo va siendo cada vez más, *que forzoso es encontrar algún remedio*... La causa de esta situación se debe en parte a un morboso y enfermizo sentimiento público que despierta la indebida simpatía por el criminal y no experimenta ninguna por la víctima. Resulta también de la indiferencia del pueblo porque se vigoricen las leyes penales. Es asimismo debida a los fallos inícuos, conseguidos por el fraude y el cohecho; al indebido ejercicio de las influencias, ya pecuniarias ya sociales, etc. que desvían a los jurados de la senda del deber.»

Mr. Taft, que fué distinguido jurista antes de llegar a la presidencia de los Estados Unidos, dijo lo siguiente respecto de los actos de violencia de los hombres y de su causa probable:

«Hay pruebas evidentes a granel, de que la represión de los criminales no ha sido lo suficientemente completa para prevenir la protesta popular. La existencia del *linchamiento* en todas las regiones del país es directamente imputable a esta falta de uniformidad y de formalidad en el robustecimiento de nuestras leyes penales... La desigualdad que se observa en nuestra actual administración de justicia, y que tarde o temprano ha de tomar grandes proporciones en perjuicio nuestro y ha de provocar la reprobación popular, dimana de la disparidad que los gastos originados por las acciones judiciales en nuestro sistema forense, imponen al litigante pobre. »

El magistrado Cornell, que sirvió varios años en calidad de juez de policía en la ciudad de Nueva York, declara lo siguiente:

« La tarea de arrancar la confesión a un acusado se va haciendo año tras año más difícil. Después, cuando llega a lograrse, los jueces de primera y segunda instancia imponen penas tan leves que la justicia se vuelve objeto de mofa. Como que continuamente me traen hombres en quienes reconozco reincidentes. Cumplen penas leves, y vuelven sin vacilar al crimen. »

Samuel Untermyer, en un discurso pronunciado ante la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Filadelfia, afirmaba que los tribunales amparan a una pandilla de pillos, y añadía:

« Se ha dicho y creo que con razón, que el delito

de perjurio se comete por lo menos en tres de cada cinco causas vistas en los tribunales y que envuelven sentencia definitiva. Este delito se ha hecho tan general, que los tribunales lo consideran casi como parte integrante del inevitable formalismo de una causa. »

Mr. Scott Nearing, catedrático auxiliar de economía social y política de la universidad de Pensilvania, después de haber actuado de jurado en la ciudad de Filadelfia, declaró en uno de los diarios de la misma:

« Entré en el jurado con un caudal de fe en los tribunales y en la ley. Dejé el jurado con toda mi fe perdida... Dije que dejé el jurado sin fe en la salas de lo criminal ni en el enjuiciamiento de las causas. Tres de las que se ofrecieron a mi observación, me dieron a entender: 1.° que la propiedad es un Dios en la jurisprudencia criminal. Hombres y mujeres, aunque no son demonios consumados, participan siquiera de la naturaleza de ellos. 2.° que un preso sin abogado, estaba casi seguro de salir sentenciado, al par que otro que lo tuviera, estaba casi seguro de salir absuelto; y 3.° que un hombre que haya caído alguna vez en las garras de la justicia, sigue siempre tenido por sospechoso. Para él la corrección se ha hecho casi imposible. Durante las tres semanas antes de Navidad, a los ricos se les trató con tanta bondad y a los infelices pobres con tanto rigor, que las mismas piedras de las casas consistoriales que tan grandes iniquidades suelen presenciar, hubieran podido

clamar a gritos contra semejante injusticia. Esta indulgencia para con los ricos y esta severidad para con los que ya están por el suelo, de seguir así concluirá por minar los cimientos de las instituciones y organizaciones más firmes. »

C. F. Aked. D. D., pastor muy conocido, ha dicho:

« Le es imposible a una persona pasar todo un día en un tribunal, sin sentirse avergonzada de ver tantas enormidades. En un juicio criminal se someten los testigos a prueba, y mientras el fiscal y el abogado de la acusación procuran apoyar sus argumentos en determinada prueba testifical, el abogado defensor se esfuerza por invalidarla. El juicio es una larga contienda en que se tardan horas en exposiciones y alegatos respecto de la admisibilidad del testimonio. Una u otra de las partes no debe tener razón, sea la que procura presentar pruebas, sea la que intenta rebatirlas. Si alguien aduce una prueba por ignorancia, que no debe ser presentada, pasa por mal abogado. Si lo sabe y no obstante la presenta es mal ciudadano. »

En una plática del obispo Nichols de San Francisco, decía el orador: « Si la edad presente deja que el vicio y la lujuria le agoten las fuerzas; si confunde fuerza y derecho, y populariza el deshonor y el fraude en el comercio, y escamotea la justicia en tribunales y consejos, la historia enseña que en este caso la catástrofe es inevitable y llegará a afectar hasta las cosas buenas. »

El fiscal del distrito Langdon, de San Francisco,

decía en un discurso: « Mirad lo que pasa en vuestros tribunales y enjuiciamientos. Si el acusado es pobre caerá su causa en manos de un joven abogado que la aprovechará como el estudiante de medicina aprovecha el cádáver de un pobre para ejercitarse en la práctica de la disección. No pasa lo mismo con el delincuente rico, que paga al mejor abogado del país para que lo defienda y en la vista de la causa echa mano de cuantos medios legales y expedientes engorrosos pueden entorpecer la acción de la justicia. Se aprovecha toda dilación que la práctica del oficio facilite al abogado, y se pierde de vista el fondo y sustancia del proceso. »

Discutiendo acerca de estas condiciones, tal cual existen en Inglaterra, el finado doctor Alfredo Russel Wallace, la más competente autoridad en el asunto, decía: « Cuando leemos lo que pasa en los tribunales de Turquía o de otro país de Oriente, donde todos los empleados y oficiales, desde los de los más altos puestos hasta el último subordinado, ceden descaradamente al soborno, nos horrorizamos y estamos por exclamar que nuestros jueces no se rinden jamás al cohecho. En realidad pasa lo mismo en Inglaterra. No se puede hacer la menor diligencia para conseguir justicia sin tener que satisfacer derechos; y por otra parte el proceso de demanda o de defensa resulta tan absurdamente complicado que parece casi increíble... La parte que puede satisfacer los derechos más subidos para asegurarse los servicios de los más hábiles abogados está casi segura de que

merced a la irresistible elocuencia de éstos obtendrá un fallo favorable. Y no obstante, no se levanta protesta efectiva contra tan injusto como absurdo sistema, que desestima en absoluto toda demanda, y toda indicación presentada en nombre del pobre oprimido por el rico. ¿Quién no dirá después de esto que la justicia deja de ser justicia cuando hay que pagar por ella? »

Citas como éstas podrían entresacarse a granel de discursos y escritos de periodistas, jurisconsultos, ministros, presidentes de las cámaras y escritores de muchos países, que ventilan los problemas a que tienen que hacer frente los pobres por culpa de la injusticia de los tribunales. Respecto a las nimias particularidades técnicas o tretas del oficio, que son de uso corriente en la vista de causas de mayor cuantía, bastará un ejemplo para dar idea de ellas. En una causa sobreseída, se declaró que el procedimiento seguido sería perjudicial para « estado ». Se admitió apelación fundándose en que hubiera debido decirse « el estado », (sutilezas del idioma inglés) y con tan fácil pretexto se hicieron todos los gastos de un nuevo proceso, por más que el juez, el jurado y todos supieran que tal desliz en la redacción no tenía importancia alguna. No fué más que un pretexto. Como caso típico del modo en que se burlaba la justicia al tratarse de litigantes ricos, podría mencionarse uno muy conocido. Estaba probado ante el tribunal con irrebatible evidencia que la mala fe del acusado había sido causa de la malversación y

desfalco de 2.267,883 dólares y pico, lo que no obstó para que al acusado se le sentenciara a una multa nominal de 1,000 dólares.

Las causas discutidas por la prensa y juzgadas por los tribunales bajo la presión del populacho y de amenazas de actos de violencia, han llegado a tal extremo que determinan el cúmulo de injusticias que por demás se echa de ver en el mundo. Ya suelen hacer los diarios por atenerse a la evidencia envuelta en importantes causas, y por medio de discusiones y de la presión que hacen para mantenerla firme, influyen en los fallos. Pero peores aún son los fallos arrancados por la violencia de las turbas y las amenazas de varios sujetos. En muchos casos un jurado o un juez teme emitir un fallo justo que no sea del agrado del clamor público.

Este estado de cosas induce a las gentes a perdonar el crimen. A veces lo perdona por tener parte en la causa o parientes o amigos envueltos en ella. Lo perdona también por temor al incendiario o al asesino. Y dadas estas circunstancias, quienes por lo general son enemigos del crimen y quisieran mejorar el actual estado de cosas, temen, no obstante, oponerse a las fuerzas malignas. Por temor, se retraen de actuar como testigos en los tribunales y de ejercer influencia en la sociedad. Esperan llevar vidas apacibles en sus hogares aislados, y evitar así el peligro. Pero al mismo tiempo, la perniciosa influencia cunde más y más y se extiende cada vez más lejos.

Son muchas las ciudades del mundo que han caído bajo el dominio de gentes corrompidas y criminales. Y las ciudades, merced a las facilidades con que cuentan para practicar el fraude y la corruptela, pueden tener en jaque a la autoridad gubernativa en muchos países. Al hablar así no le decimos ningún secreto al lector, pues es asunto bien sabido. ¿Qué habrá pues que hacer en las grandes ciudades? Cuestión enojosa y angustiosa de las más, por haber tomado posesión del gobierno de la ciudad la cábala política y lo retiene con empeño en provecho de sus amigos, que viven de las rentas del vicio, de la embriaguez, del fraude y del crimen; y estos amigos quedan impunes mediante la influencia de la máquina política que corrompe los tribunales y da al traste con la acción de la justicia.

En algunos países como en los Estados Unidos, se proponen reformas tras reformas para remediar todos estos males. Se aboga por varios planes de gobierno, con la esperanza de que se idee algún medio, merced al poder de la ley, para echar por tierra al intringante politiquero y sus criminales manejos; pero a pesar de todos los obstáculos, éste conserva su autoridad. No hay duda de que algunas de las medidas propuestas le han puesto cortapisas por algún tiempo; pero poco después, vuelve a dar pruebas de que sabe valerse de estas mismas cortapisas para realizar sus fines, y entonces sigue adelante. Su poder queda contrarrestrado de cuando en cuando; pero a fin de cuentas va siempre en aumento.

La estadística muestra que la población del mundo se concentra más y más en las ciudades y hace que estos grandes focos de corrupción extiendan ampliamente su señorío por el campo, pues hay ya estados enteros con inmensas ciudades, que eligen para sus respectivas legislaturas miembros de estas mismas ciudades, capaces por su número y su influencia de equilibrar el poder; y no cejan en valerse de este poder para fomentar sus corruptores y criminales intereses.

Los avisos que han dado personalidades eminentes, no dejan de ser rotundos y contundentes, pero nada de cuanto se haya escrito sobre el estado de cosas que presenciamos en nuestros días, es tan gráfico como varias de las declaraciones hechas por los profetas inspirados. Oigase lo que dice uno de ellos sobre el particular: «Porque se han multiplicado nuestras transgresiones delante de ti, y nuestros pecados testifican contra nosotros; porque nuestras transgresiones están con nosotros, y nuestras iniquidades, las conocemos; traspasando la ley, y mintiendo contra Jehová, y volviendo atrás de en pos de nuestro Dios; hablando opresión y rebelión; concibiendo y profiriendo del corazón palabras de mentira. Por tanto la rectitud se ha vuelto hacia atrás y la justicia se puso lejos.» Isaías, 59 : 12-15.

Hubo siempre, desde que Isaías pronunció esta profecía, tiempos y lugares en que la justicia se puso lejos y el derecho se retiró, porque la verdad había tropezado en la plaza y la integridad no podía venir;

pero jamás ha sido esto tan verdad al pie de la letra en el mundo entero como lo es hoy. Y todas estas declaraciones proféticas concernientes a los hijos de Israel en la antigua dispensación, si bien han tenido parcial y accidental cumplimiento en aquellos tiempos, se aplican especialmente a estos últimos días, pues el apóstol, dice, hablando del antiguo Israel: Y estas cosas les sucedieron a ellos típicamente, y fueron escritas para admonición de nosotros, a quienes han llegado los fines del siglo. 1 Corintios, 10: 11.

Por consiguiente todas estas cosas acontecieron al Israel de antaño « por tipos y son escritas para nuestra amonestación, sobre quienes los fines de los siglos han llegado ». La palabra de Dios obra con principios de universal aplicación. Lo que es iniquidad en una época, lo es también en otra, y los pecados que provocan el juicio de Dios en una época lo provocarán también en otra. Esta profecía de Isaías, confrontada con las demás declaraciones de las Escrituras, alude infaliblemente a estos postreros días.

El lector habrá quedado impresionado más de una vez, cuando menos hasta cierto punto, por la falta de justicia entre los hombres; pero ¿cuántos han abierto los ojos por completo para ver el verdadero estado de las cosas en nuestro mundo? ¡Cuánto no debe de entristecerse el corazón al contemplar hasta que extremo « el derecho se retiró, y la justicia se puso lejos ». Hay peligro de que el miedo de ser llamados pesimistas nos retraiga de ver los

hechos tal cual son y de apreciarlos en lo que valen.

Sin embargo, motivo de halago y de agradecimiento es comprobar que aun haya hombres honrados de notoriedad pública, que se esfuercen por detener la marea creciente de la injusticia que está en vías de anegar nuestro mundo. Si no fuera por la influencia de la aquilatada integridad de estos hombres, ¿quién podría darnos idea de lo que sería el mundo hoy día? Pero ¿cuánto tiempo podrán estos fieles custodios de la rectitud oficial contener esta marea del mal? Cuando las aguas derriben el último dique y, como en los días de Noé, este mundo con sus moradores y sus jefes y caudillos se haya ampliamente entregado al mal, el Dios misericordioso y justo no tendrá más remedio que barrer también de la haz de la tierra el pueblo inicuo. En los tiempos antiguos, cuando hubo regiones del mundo que se habían hecho irredimibles Sodomas de corrupción, no encontró nuestro divino Padre otro modo de intervenir que la destrucción. Y podemos estar seguros de que cuando el mundo entero háya llegado a semejante abismo de perversidad, ese mismo Padre, consecuente consigo mismo, no ha de obrar de otro modo; el mundo se precipitará en su ruina y no se salvarán más que los que se hayan dado cuenta del mal y hayan permanecido en la rectitud.

Pero no nos contraemos a discurrir y hacer pronósticos sobre el particular. A continuación de los versículos de Isaías más arriba citados, en los cuales el profeta habla de la multiplicidad de las

transgresiones, de los pecados y de las opresiones que han de tener por desenlace el abandono de la justicia y de la integridad por los hombres, el profeta señala el propósito del Señor, respecto de tamaña iniquidad. Dice así:

«Y la verdad fué detenida; y el que se apartó del mal, fué puesto en presa; y violó Jehová, y desagradó en sus ojos, porque pereció el derecho. Y vió que no había hombre y maravillóse que no hubiera quien se interpusiere; y salvólo su brazo, y afirmóle su misma justicia. Pues de justicia se vistió como de loriga con capacete de salud en su cabeza; y vistióse de vestido de venganza por vestidura y cubrióse de celo como de manto, como para retribuir y como para retornar ira a sus enemigos y dar el pago a sus adversarios: el pago dará a las islas. Y temerán desde el Occidente el nombre de Jehová, y desde el nacimiento del sol su gloria: porque vendrá el enemigo, como río, mas el espíritu de Jehová levantará bandera contra él. Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieren de la iniquidad en Jacob, dice Jehová.» Isaías, 59 : 15-20.

Este pasaje presenta a un Redentor para cuantos « se volvieren de la iniquidad »; pero que los que persisten en sus prácticas de injusticia y de opresión han de ser visitados por los juicios destructores del Omnipotente. En este pasaje se encuentra el ancla de esperanza para el mundo, pues si Dios no procediera a destruir esta iniquidad y violencia, habría tal miseria que ningún mortal podría soportarla.

La misericordia de Dios, tanto como su justicia, detienen la ola invasora del pecado.

Principio reconocido entre los hombres es que los crímenes y la inveterada perversidad sean debidamente castigados. Pero el sistema de injusticia que se ha organizado en nuestros días ha paralizado a tal extremo la acción de la sociedad, que la ha dejado indiferente a la situación e incapaz de afrontarla. De aquí que Dios haya prometido levantar su mano de justicia para abatir las iniquidades de la época, y en este juicio hemos de confiar para que no deje de cumplirse ninguna promesa de Dios. « No volviendo mal por mal, ni ultraje por ultraje, sino al contrario bendiciendo a vuestros enemigos; porque para esto mismo fuisteis llamados, para que heredaseis bendición. » 2 Pedro, 3 : 9.

Sólo la paciente misericordia de Dios y su afán infinito de salvar a los hombres detiene los sumarios juicios divinos.

Si se considera el mundo, las perspectivas no dejan de ser sombrías; pero obsérvase ya un gran rayo de luz. No está sin embargo su foco en esta tierra corrompida, sino que dinama de aquel Libro que conserva firmes las promesas del que ha de venir. ¡Salve a esta gloriosa luz del eterno día! Difícil es encontrar la justicia en la tierra; pero la justicia de lo alto está a punto de aparecer. ¿Quién es el que con algún conocimiento de los hechos, puede figurarse que tarde en oirse el estallido?




# CAPÍTULO VI

DEBERIA observarse especialmente que, hablando de los días de Noé, la narración dice: « El fin de toda carne ha venido delante de mí; porque *la tierra está llena de violencia* delante de ellos; y he aquí porque yo los destruyo a ellos con la tierra. » Gén., 6: 13. Es más: deberíamos tener presentes las palabras del Maestro en que nos avisa que « como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre ». Lucas, 17 : 26. Bueno sería también, en relación con esto, recordar el pasaje considerado en un capítulo anterior, que nos decía que los últimos días se volverían peligrosos porque los hombres serán « amadores de sí mismos, avaros del dinero» serán también « amadores de placeres, más bien que amadores de Dios ». 2 Tim., 3 : 2, 4, como nos lo enseña el texto.

La disposición de ánimo de los que fracasan en su afán de lucro y placeres, es en la mayoría de los casos

la misma que la de los que salen airosos. El chasco ocasionado por el fracaso produce amargura. Muchas veces, el fracaso se atribuye por los que lo sufren a alguna treta, a algún fraude por arte de los que han tenido éxito en apoderarse de la riqueza que ostentan en su lujo y en la satisfacción de todas sus necesidades. Esto provoca el más amargo y más hondo descontento, lo que nos prueba que el divino Libro no sólo predice que el espíritu de violencia ha de caracterizar los últimos días, sino que nos enseña cuál ha de ser una de las causas principales de este espíritu.

En los días de Noé, que el Maestro declara típicos del tiempo de su venida, la narración nos enseña que la tierra se había llenado « de violencia » y que en consecuencia Dios se vió obligado a destruirla. La miseria, la opresión, los vicios y los crímenes, que menudean allí donde todo se consagra al mal, como era el caso en los días de Noé, consumarían, si se les diera tiempo para ello, la destrucción de la raza entera, en medio de prolongadas torturas e indescriptibles angustias de las que no se podría esperar nada bueno. La destrucción con que Dios ha de castigar este mal sin remedio es en realidad la medida de la infinita misericordia. Ya están obrando con diligencia los agentes que han de originar la terrible situación de la cual se nos dice acertadamente: « La tierra está llena de violencia. »

La injusticia que ampara al criminal y permite la gran explotación del crimen ha de quebrantar

la moral de la sociedad en tal forma, que habrá hombres desesperados que estarán siempre prestos para realizar toda clase de fechorías. Perdido ya el temor a la justicia y muertas sus conciencias, se abandonarán a todas las perversas insinuaciones de sus maleados corazones. La injusticia no puede menos que originar la violencia. Y a su vez, conforme va creciendo la violencia, va fortaleciéndose de continuo el temor de tener que habérselas con ella. Ambos males influyen uno sobre otro, y ambos adquieren mayor intensidad. ¿Quién no ha quedado impresionado por el rápido aumento de la tendencia de apelar, en asunto de leyes, al sistema implantado por las turbas callejeras? Día tras día los informes nos hablan de dinamita, de tiros y de otras fechorías semejantes que ponen de manifiesto el espíritu turbulento y licencioso de los hombres. Las turbas corren tumultuosamente por nuestras calles en son de amenaza e insistiendo en sus exigencias. En algunas de las huelgas más violentas, ambas partes del conflicto se arman con ametralladoras y demás instrumentos bélicos modernos, y mucho les cuesta al Estado y a las autoridades públicas desarmar estas rabiosas facciones y restablecer por algún tiempo la paz. No sólo se asaltan comercios y fábricas, sino que se vuelan con dinamita casas particulares, y ni aun a las iglesias perdonan las desesperadas, descontentas y enfurecidas turbas.

Los ejércitos siempre crecientes de desocupados se vuelven más y más exigentes y agravan la ame-

naza del problema. En estas muchedumbres se encuentran hombres de refinada cultura, tanto como individuos de los fondos sociales más abyectos y despreciables. Dicen a gritos que los tiempos son de verdadero desquiciamiento, y enumeran sus exigencias con el acento de la ira y de la violencia, y a veces con los lamentos de la desesperación.

Decía el obispo Newman: «La situación en que vivimos es la más inestable desde la crucifixión de Cristo... La estabilidad del gobierno ya no es una realidad. Hay cambio en la atmósfera... Los estadistas no saben ya qué hacer. En vano especulan los filósofos.»

Un canciller de Inglaterra ha dicho: « No hay nada que tanto desuna a los hombres y que arrastre a las naciones tan de prisa a la locura, como el creer que la justicia del país no está administrada honrada e imparcialmente. »

El doctor William Burgess, profundo investigador en cuestiones sociológicas, cita las siguientes palabras del doctor Josías Strong: « Algo hay que hacer. Algo se hará. Lo que se haga dependerá de quien lo haga: la iglesia o la extraviada turba. » Comentando este dicho del doctor Strong, el doctor Burgess, dice: « En este reto dirigido a la iglesia cristiana, Josías Strong presentaba una temible alternativa posible. En su opinión, o la iglesia cristiana salva al país en estos días de desasosiego social, de desórdenes económicos, de infamia moral, o vendrá la decadencia, vendrá la revolución, o tal vez la disolución.»

Cada día se va robusteciendo la opinión de que las clases privilegiadas ganan poder e influencia, y de que no hay justicia para quien no puede comprarla. Se ha esperado confiadamente que esta clase privilegiada estaba consumando su ruina en el viejo mundo, y que jamás podría implantarse en el nuevo; pero este ensueño de gloria de la democracia se está llevando fiasco, y esta circunstancia es uno de los primeros factores que hacen de nuestra época « la más insegura del mundo desde la crucifixión de Cristo», como decía el obispo Newman.

Mirad los disturbios civiles que tienen perplejos a los gobiernos de la tierra. En todas partes se ven motines y huelgas y manifestaciones de descontento. Nadie puede fijar el día en que todo esto ha de rematar en alboroto general y en conflicto violento en todas partes del mundo. La revolución está incubándose por doquiera, y en todos los países debajo del sol no ha de tardar en vencer los débiles obstáculos que la contienen; y cuando se haya hecho general, no habrá fuerza, antes de la segunda venida de Cristo, capaz de detenerla.

Las ideas socialistas cunden con rapidez en ambos hemisferios. Y aunque el socialismo pueda tener altos ideales de *humanitarismo*, no cabe, sin embargo, negar que se hace eco del poderoso rumor del general descontento. Testigo de ello las guerras industriales de Inglaterra; las muy parecidas de España y Francia; los disturbios socialistas y los de la cuestión del trabajo en Alemania; la caldera

hirviente de revolución en Rusia; la efervescencia social de Austria, de Italia y del mediodía de Europa, la revolución de México, y no menos la guerra europea que tanto mal ha ocasionado. La India es fuente de molestias para sus gobiernos por sus frecuentes revueltas; China, el Japón, y los demás países de Oriente se han penetrado del mismo desgraciado espíritu de contienda tan general, y conocen también los conflictos del capital y del trabajo, con todas las violencias que suelen ser su séquito.

La violencia de las guerras industriales en todas estas naciones no amenaza sólo la vida y los bienes de los ricos, sino que presagia un cataclismo revolucionario que ha de conmover la sociedad entera, pues una vez desatadas tan violentas fuerzas, el hombre de modestos recursos que haya ganado honradamente su peculio, se verá expuesto a ser blanco de las pasiones de las turbas, arrastradas más bien por impulsivos y fugaces sentimientos, que movidas por la razón y el juicio.

Cada nación tiene sus elementos de contienda. En ningún país se encuentran la solidez y la unión social. Aunque esto ha sido siempre así en círculo limitado, jamás se ha presentado en condiciones y con peligros sociales como hoy día. Y allí donde obran tan múltiples influencias, todas ellas tan reñidas unas con otras, es de toda evidencia que esta siembra ha de dar una cosecha de anarquía y violencia cual el mundo no la vió jamás. Como queda dicho más arriba, muchos piensan que estas condi-

ciones son señal de una gran revolución que ha de purificar el mundo; pero una revolución purificadora no procederá jamás de un lóbrego mar de discordia y contienda. No sólo la sociedad está quebrantada y reducida a facciones en guerra unas con otras, sino que llegan a prevalecer una inmoralidad y una criminalidad tales, que el único resultado posible del desmenuzamiento de dichas fuerzas vendrá a ser el caos absoluto de la anarquía misma. La poderosa mano del Omnipotente es la única que puede contener estas fuerzas e impedir que estallen como ola destructora del mundo.

El comienzo del año 1914 fué particularmente notable por el número de puntos del mundo en que amagaban guerras civiles. Muchos de los principales gobiernos no sabían ya qué partido tomar. En algunos casos, estos conflictos se desarrollaban entre patronos y obreros. En otros, grandes muchedumbres proferían clamores de descontento contra el gobierno mismo, seguidos de violencias. Pero la gran guerra estalló como terrorífica tempestad y las voces de estas muchedumbres relativamente reducidas fueron anegadas en el diluvio de sangre que sumergió a centenares de miles de hombres en los campos de batalla. Numerosísimas personas manifestaron su sorpresa de que tamaña guerra hubiera estallado tan de pronto y con tanta furia; pero, dada la disposición de ánimo de la sociedad en general, ¿qué otra cosa podía esperarse?

Bien podemos entonar himnos de alabanza al

Altísimo porque haya sido su propósito mandar a su Hijo a la tierra para contrarrestar el avance de este reinado de terror y de locura, e impedir así que alcanzara los límites posibles de su horrenda obra.

Se ha gastado dinero en invadir la acción de la justicia e intervenir en elecciones y parlamentos. Se han acopiado fortunas que rivalizan con las de Midas y Creso de que nos habla la historia; y frente a tan colosales tesoros y sus dueños, pueden verse reunidas legiones organizadas de trabajadores junto con el ejército del pauperismo y de los desheredados.

En toda huelga, «la violencia» se manifiesta patentemente. El odio de que se hace gala contra los sindicatos, corporaciones y multimillonarios, se vuelve más y más vengativo.

Al pasar breve revista a la situación, vemos que el amor al dinero corrompe nuestra época. El juez se deja vendar los ojos por el cohecho. El dinero se invierte ilícitamente en la elección de legisladores, y también en ejercer influencia en la redacción de leyes. Con semejantes males, que obran en tan extenso campo de acción en los llamados altos círculos, compuestos de miembros acaudalados e influyentes de la sociedad, ¿qué mucho que los politiqueros de pueblos y ciudades aprovechen la lección y la pongan en práctica? ¿Habremos de sorprendernos de que la ciudad tenga politiqueros corrompidos, policía deshonrada y criminal y magistrados que no amparen a los oprimidos y que se dejen cohechar para influir en la sentencia? Y cuando el magistrado

o el juez consienten en absolver al ladrón y al asesino por un regalo en metálico, nada tiene de particular que por este ejemplo menudeen más y más los asesinatos y los robos y se hagan más descarados.

A la luz de estas condiciones de nuestro tiempo, ¡cuán expresivas son las palabras del profeta Jeremías! : «Porque he oído una voz como de mujer que está de parto; congojos como de la que da a luz su hijo primogénito: es la voz de la hija de Sión que está agonizando; que extiende sus manos, diciendo: ¡Ay de mí; porque desmaya mi alma a causa de los homicidas! » Jeremías, 4 : 31 (V. M.).

Otros trozos del capítulo cuatro de Jeremías serán considerados más detenidamente en el capítulo siguiente; pero en el asunto actual lo citamos tan sólo para decir que el pasaje alude de modo más definido a los postreros días, pues en conjunto dicho capítulo presenta esto como fuera de cuestión, y dirigiendo su mirada hacia aquellos días postreros, el profeta ve no sólo la violencia y la lucha, sino la obra de los asesinos. Y el modo en que ilustra la descripción que hace de aquel tiempo es de lo más gráfico que darse pueda. Al ver la escena, oye los gritos de los que se desmayan ante los asesinos, gritos semejantes a los exhalados en los dolores del parto.

En suma, la sociedad de hoy día es una escuela que está llenando el mundo de criminales; y no debe pasarse por alto que la ola de literatura perniciosa es un poderoso factor en esta obra de envilecimiento. Esta literatura pervierte sobre todo

el espíritu de los jóvenes, llevándolos por el camino de la criminalidad mientras son aún niños. Con mucha frecuencia se lee que muchachos y muchachas menores de edad cometen robos, asesinatos y toda clase de crímenes.

Los tribunales para menores, es decir, donde se procesa a los jóvenes, se van generalizando, y son una necesidad de nuestros tiempos. Las malas influencias que corrompen la juventud y hasta la niñez están empozoñando nada menos que las fuentes de la sociedad. El cuidado y la represión de los padres, que deberían corregir este mal, faltan hasta tal punto, que han tenido que constituirse muchas sociedades e instituciones para procurar apartar a los niños del camino que lleva a la perdición. Muchas personas han sugerido la idea de la intervención del Estado para hacer de la generación naciente lo que debiera ser. Pero con la corrupción que, como todos saben, penetra en las instituciones del Estado, ¿qué esperanza cabe por esta parte?

Ahora bien; conforme a la naturaleza de las cosas, todas estas prácticas corruptoras de nuestros días están en vías de ahogar el sentido de la justicia. El mundo va siendo arrastrado hacia el tiempo en que « todo el intento de los pensamientos del corazón ha de ser malo continuamente »; y ¿quién puede imaginar la extensión que ganará la « violencia » que ha de contaminar la tierra cuando la cosecha de pecado esté madura?

El Señor ha mirado el curso de las edades hasta

estos postreros días. Ha manifestado de antemano lo que han de ser las obras culminantes del pecado. Se ha tomado el trabajo de desenmascararlas, y ha procurado darnos aviso y precavernos de este mal, ofreciéndonos al mismo tiempo el bien. Muchas de las pobres almas que luchan por salir de los más hondos abismos de los tenebrosos pecados de este tiempo no saben que el Salvador aún las ama. No se han enterado de que murió no sólo para sal-salvarlas sino para darles a conocer las profundidades de su amor.

En estos últimos días, vemos verdaderamente que « hinchióse la tierra de violencia ». Aunque esta violencia no haya aún estallado con todos sus malignos terrores, no obstante las semillas del mal crecen con rapidez y preparan abundante cosecha. Pero « los días del Hijo del Hombre » están cercanos. El apartará el pecado lejos de los que consientan dejarse modelar por su divina mano, y los transformará en joyas de su gracia. Entonces, en aquel día próximo de Su venida, será un gozo el ser hechos como El, pues le veremos tal cual es. Y todo el que alienta esta esperanza está tan lleno de gozo, que no posee la violencia ni ninguno de los desórdenes que caracterizarán esta época.






## CAPÍTULO VII

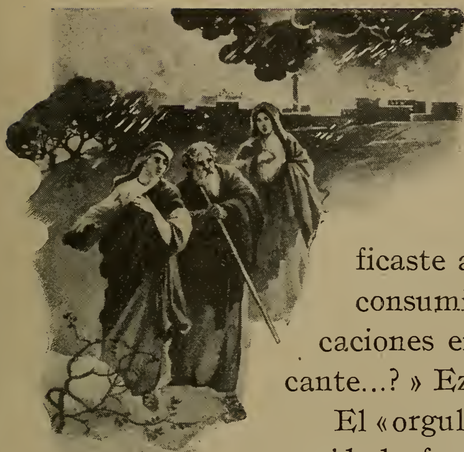
EL gran Maestro se valió de los «días de Lot» y de los «días de Noé» para representar la sentina de vicio en que se iba a convertir la sociedad en los postreros días. Leamos sus palabras: «Y como aconteció en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en matrimonio, hasta el día que entró Noé en el arca; y vino el diluvio, y los destruyó á todos. De igual manera sucederá también así como aconteció en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre desde el cielo, y los destruyó a todos. De la misma manera sucederá en el día en que el Hijo del hombre sea manifestado.» Lucas, 17 : 26-30. (V. M.) Ya anteriormente nos ha informado la palabra de Dios de que en los «días de Noé» todo el intento de los pensamientos «era malo todo el tiempo» y ya que estos mismos abismos de iniquidad han de volver a prevalecer al fin del tiempo, no habrá por que sorprenderse de que el vicio corruptor de Sodoma tal cual era «en los días de Lot» estalle como plaga deprimente.

El capítulo diez y ocho del Génesis relata la historia del plan de Dios para destruir la ciudad de Sodoma la perversa, y nos refiere la conversación de los ángeles con Abraham a este respecto. La primera parte del capítulo diez y nueve da cuenta de la visita que estos dos ángeles en forma humana hicieron a casa de Lot en la ciudad de Sodoma. Después de haber sido estos ángeles en forma humana recibidos cortésmente en casa de Lot, prosigue la narración: «Mas antes que se acostasen, los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, cercaron la casa al rededor, así los mozos como los viejos, todo el pueblo de cabo a cabo. Y dieron voces a Lot, y le dijeron: ¿Dónde están los varones que vinieron a ti esta noche? Sacánoslos, y los conoceremos. Entonces salió a ellos Lot, a la entrada, y cerró las puertas tras sí; y dijo: Os ruego, hermanos míos, no hagáis *esta* maldad. He aquí tengo dos hijas, que no han conocido varón; os la sacaré fuera, si os place, y haréis con ellas como bien os pareciere; con tal que no hagáis nada a estos varones; por cuanto han entrado a la sombra de mi techo. Mas ellos dijeron: ¡Quita allá! Dijeron también: ¡Este tal vino a morar como extranjero, y quiere hacerse juez! Ahora, pues, te haremos más mal a ti que a ellos. Y arrojáronse sobre el hombre, sobre Lot, con gran violencia, y acercáronse para romper la puerta. Entonces los varones alargaron la mano y metieron a Lot consigo dentro de la casa, y cerraron la puerta. Y a los hombres que estaban a la puerta de la casa los hirieron con ceguera, desde el menor hasta el mayor; y ellos

se cansaban buscando la puerta. Y dijeron los varones a Lot: ¿Quién más tienes aquí? Yernos, y tus hijos, y tus hijas, y cuanto tienes en la ciudad, sácalo del lugar, porque vamos a destruir este lugar, por cuanto se ha hecho grande su clamor delante de Jehová; y Jehová nos ha enviado a destruirlo. Lot, pues, salió y habló con sus yernos, que habían tomado sus hijas, y dijo: ¡Levantaos, salid de este lugar; que Jehová va a destruir esta ciudad! Mas era como quien se burla en el parecer de los yernos.» Génesis, 19:4-14. (V. M.)

El desenfrenado libertinaje de Sodoma, tal como nos lo describe el pasaje anterior, era de lo más grosero y del carácter más degradante. Aun hoy día, cuando queremos describir el abismo más hondo de la lujuria, lo llamamos una « verdadera Sodoma ». La depravación de la humanidad se manifestaba en aquella perversa ciudad en su aspecto más vil y vergonzoso. Triste es saber que la raza humana — excepto, por supuesto, aquellos que resisten a las influencias de Satanás, — ha de volver a ser arrastrada por éste a tan grosera sensualidad. Pero tal es la predicción hecha por la palabra de Dios; y si queremos tan sólo abrir los ojos al estado de cosas que nos rodea, veremos cómo la profecía está en vías de cumplirse.

El profeta Ezequiel dice cuál fué la causa del deplorable estado de Sodoma. Estas son sus palabras: « Mi pan también que yo te había dado, la flor de harina y el aceite y la miel con que yo te alimentaba, los pusistes delante de ellas, como olor grato;



El día que salió Lot de Sodoma.

sí, esto sucedió, dice Jehová el Señor. Demás de esto, tomaste tus hijos y tus hijas, que habías dado a luz para mí, y los sacrificaste a ellas, para que fueren consumidas. ¿Acaso tus fornicaciones eran cosa muy insignificante...? » Ezequiel, 16 : 19-20.

El «orgullo» y la «regalada prosperidad» fueron las causas fundamentales del desarreglo de Sodoma; y en su prosperidad y desahogo fué tal su egoísmo que no supo ver a los pobres y necesitados que había en la ciudad. Los soberbios sodomitas pasaban de largo sin verlos y en su altanería perpetraron las abominaciones que hicieron necesaria su destrucción por Dios. Estas condiciones que prevalecieron en Sodoma están íntimamente relacionadas con las condiciones descritas por Pablo en el pasaje más arriba citado, entresacado del capítulo tercero de la segunda epístola a Timoteo. El amor al deleite y la hinchazón del orgullo son factores que, según nos lo tiene predicho la presciencia divina, contribuirán a engendrar los peligros de los postreros días. Y el «orgullo» y la «regalada prosperidad» que produjeron las abominaciones determinantes de la ruina de la antigua Sodoma, obrarán del mismo modo en estos días a que hemos llegado. Las profecías lo

han predicho, y las condiciones del mundo prueban el infalible acierto de la palabra profética.

El propósito del autor es presentar en forma concisa a la inteligencia del lector algunas de las pruebas que evidencian que el vicio y la sensualidad se han vuelto un peligro internacional y un no menos internacional problema. Interesante será observar el modo tan notable en que los pecados degradantes de Sodoma se reproducen en todas las partes del mundo, y el modo tan completo en que las condiciones actuales corresponden con las predicciones hechas por inspiración divina.

Las facilidades modernas de comunicación han facilitado la tarea de los agentes del mal por el mundo entero. Hay agentes empleados en tener siempre un buen surtido de muchachas y mujeres para el infame tráfico de la sensualidad, y en llevarlas clandestinamente de ciudad a ciudad y de un país a otro.

En una sesión de la Asociación de Vigilancia del Estado de Illinois, celebrada en Chicago, dijo el señor J. B. Reynolds:

« Actualmente la trata de blancas tiene ramificaciones locales y de país a país, nacionales e internacionales.

» Tiene el material y el régimen de un gran negocio, con cuantioso capital, representantes en varios países, agentes bien retribuídos y abogados idóneos con buen sueldo.

» Sus víctimas se cuentan por miles al año.

» Son éstas no sólo campesinas de Europa, sino

también de América. Algunas no tienen educación y son completamente ignorantes; otras han recibido buena educación. Si bien es verdad que las más de ellas proceden de familias pobres, también las hay de cuando en cuando de familias acomodadas.

» Los agentes de este tráfico, listos por cierto, se trasladan de un punto a otro, engañan a las aldeanas e hijas de labradores, haciéndoles abandonar a sus familias y alucinan a inocentes víctimas en las estaciones de ferrocarriles y sitios públicos... Efectuado el pago en dinero por esta propiedad humana, se extiende título en debida forma como si se tratara de una finca, y los derechos de posesión así sentados los respetan los centros oficiales. » El señor Reynolds ha investigado las condiciones actuales del vicio, tanto en la costa del Atlántico como en la del Pacífico de los Estados Unidos. Lo ha hecho también en Panamá, Japón, China y otros países del mundo. Fué especialmente comisionado por el ex presidente Roosevelt para esta clase de investigaciones y por esto puede hablar del asunto con reconocida autoridad.

Mr. Edwin W. Sims, fiscal de partido judicial de Chicago en los Estados Unidos y que tuvo mucho que ver con acciones judiciales de esta índole, dice:

« El resultado legal a que se ha podido llegar en la materia, fué la comprobación absolutamente segura de los siguientes hechos desconsoladores: que la trata de blancas es un sistema que tiene sus ramificaciones desde la costa del Atlántico hasta la del Pacífico,

con casas de expedición o centros repartidores en casi todas las grandes ciudades; que en este horroroso tráfico el precio de compra de una joven es de 15 dólares, y el de venta de 200; y si la joven tiene especiales atracticos, el traficante puede venderla hasta por 400 ó 600 dólares; que este sindicato obtuvo ganancias por valor de no menos de 200,000 dólares el año pasado en este increíble comercio; que es una organización definida que manda a sus agentes regularmente a recorrer Francia, Alemania, Hungría, Italia y Canadá en busca de víctimas; que el sujeto que está al frente de esta inconcebible empresa es conocido entre sus secuaces con el apodo de « el Jefe Mayor.»

La comisión de inmigración de los Estados Unidos ha afirmado bajo juramento que hubo muchachas vendidas por 500, 800, 1,000 y hasta 1,400 dólares. El doctor William Burgess, en su libro «El mal social universal », dice « que en la actualidad, existe un mercado de esclavas organizado y con capital constituído, con lonjas provinciales e internacionales, que compromete la libertad, la honra y la vida de millones de muchachas, y que es el crimen más increíble, más mostruoso y no obstante el más notorio de cuantos se perpetran en nuestros días ».

En las anteriores páginas se ha hecho hincapié en la Escritura que dice de los últimos días, que serán peligrosos por haberse vuelto los hombres « amadores de sí mismos » y « amadores del dinero ». Y es muy significativo que el vicio sea hoy día no sólo universal

sino de mucho provecho para los truhanes que en él están complicados.

Sobre este asunto, la vicecomisión de Chicago dijo: « La primera verdad que la comisión desea inculcar en los ciudadanos de Chicago es que la prostitución en esta ciudad es un negocio de grandes proporciones, de tremendas ganancias de más de quince millones de dólares al año, en Chicago sólo, dirigido en gran parte por hombres y no por mujeres. »

Los que hicieron pesquisas en otra ciudad americana encontraron en ella ochocientos hombres que vivían de las ganancias realizadas por muchachas a quienes habían sujetado a la esclavitud de la prostitución.

La comisión del estado de Massachusetts publicó un informe en Febrero de 1914, en que decía: «El informe detallado de los encargados de las investigaciones muestra que la prostitución en todas sus ramificaciones constituye un gran negocio que se extiende por todo el estado. Se han invertido millones de dólares en casas de citas, casinos, lujosos gabinetes reservados, casas de lenocinio, cafés, tabernas, hoteles, etc., empleados en este negocio. La crecida suma necesaria para producir el importe de la renta para el gasto y sostenimiento de todo esto se saca de las utilidades de la prostitución de las pupilas y de la venta posible de bebidas alcohólicas. »

La vice comisión de Filadelfia, en su informe de los resultados de sus investigaciones, halló que los

proveedores del vicio en dicha ciudad obtenían ganancias por valor de 6.250,400 dólares al año.

Las ciudades se van llenando de hoteles, casas de lenocinio, gabinetes reservados y demás antros de inmoralidad. No quiere decir esto en modo alguno que todos los sitios de tal nombre en las ciudades sean de esta índole; pero muchos de ellos lo son. En el informe de la vicecomisión de Portland (Oregón), se afirma que « una persona que se encuentre en lo alto de una de las principales iglesias de la ciudad puede tirar una piedra a cualquiera de los catorce sitios de esa clase que la rodean: diez son completamente inmorales ». Estos sitios inmorales eran por la mayor parte hoteles, casas de huéspedes y establecimientos similares en cuanto a la apariencia externa, y los transeuntes podrían pasar por delante sin sospechar siquiera la existencia de nada semejante a lo que descubriera la comisión. La apariencia de respetabilidad no es ya indicación segura, en nuestras ciudades, de la moralidad del hotel o de la casa de huéspedes. En los casos fraudulentos y escandalosos de San Francisco que se hicieron notorios por todo el mundo, la comisión investigadora encontró que los dos notables políticos de dicha ciudad que dirigían la organización del vicio, tenían un edificio en el centro de la «Barbary Coast», que por no considerarlo apropiado para sus propósitos hiciéronlo denunciar como malsano por la junta de sanidad pública, lo mandaron demoler a expensas de la ciudad, y en su solar levantaron otro edificio de valor

de 100,000 dólares, que contenía ciento cuarenta y cuatro departamentos de a dos piezas. Cada uno de éstos se alquiló por 35 dólares semanales, lo que produjo a sus dueños la cantidad de 262,080 dólares anuales, o sea una utilidad de algo más del 262 por ciento al año sobre el capital invertido. Los que frecuentan los sitios de inmoralidad abonan alquileres muy crecidos y de ellos principalmente proceden las grandes utilidades para los dueños y sus agentes.

Graham Taylor, presidente de la Escuela de Chicago de Ciencias civiles y de Filantropía, refiere que una de estas desdichadas mujeres, víctimas de la prostitución, dijo: « Nosotras tenemos que cargar con todos los riesgos de la enfermedad y del dolor, y dar todas las ganancias a los hombres. La policía me echó de una calle y me obligó a irme a otra; me echó de una casa que pude alquilar en condiciones ventajosas y me obligó a entrar en otra que hube de alquilar a precio excesivo. ¿Es esto digno de un hombre?» preguntó, y a continuación nos contó cosas indignas, atrocidades, y profanaciones de lo más sagrado de la vida. Dice, más adelante, Graham Taylor: « Hay agrupaciones de hombres, llamados *cadetes*, que no hacen más que engañar a jóvenes, y casarse con ellas para entregarlas a casas de mal vivir. Uno de estos bellacos llegó a tener unas doce muchachas, y hace su jira regular para recoger el dinero, fruto de la sangre de sus víctimas. Conocidos son de la policía estos truhanes y lo son también de los dueños de las casas de lenocinio, y algunos son

reconocidos oficialmente. » Y respecto a la connivencia en que el departamento de policía y otros centros oficiales están con este negocio, añade Mr. Taylor: « Cuando el fiscal federal de partido obtuvo su propio agente secreto de Wáshington, éste disolvió aquellas cuadrillas de malvados, lo que obligó a huir a hombres que se hallaban bajo fianzas de veinticinco mil duros a cuatro semanas de plazo. Hizo obra de limpieza barriendo todo aquel hato de pillos como por ensalmo, probando así que con los esfuerzos de honrada policía no existiría el nefando negocio del vicio.

Estos así llamados « reyes del vicio », alcahuetes, « cadetes » y otros traficantes en las iniquidades sin nombre de Sodoma, no existirían, dice el señor Taylor, si no fuera por la protección que les dispensan los degradados políticos y los jueces de varios tribunales, cuyo amor al dinero es una de las fuertes cadenas que los tienen sujetos, amén de la esclavitud de la sensualidad.

Hay personas de la alta sociedad, muchas veces miembros de iglesias, que están interesadas en las fincas empleadas en estos fines inmorales, y consienten que la comunidad entera se desmoralice y cunda el mal, con tal de seguir cobrando sus enormes dividendos.

Uno de los periodistas de mayor influencia en los Estados Unidos — dice la Asociación de Vigilancia americana, — posee fincas urbanas, de las cuales obtiene pingües rentas por tenerlas alquiladas

a gente que trafica con los vicios de Sodoma. Y no obstante, este periodista tiene el desparpajo de escribir verdaderas homilias para exhortar al mundo a la integridad y a la moralidad, lo que prueba que muchos hombres, aun los de mayor influencia, han perdido el sentido del decoro y de la vergüenza. Juan el Bautista, si tuviera que predicar hoy día sus elocuentes pláticas, como lo hiciera en tiempo de Cristo, llamaría a esta gente lo que es en realidad: « generación de víboras » y la instaría a que « huyese de la ira que vendrá ».

En algunos barrios de las grandes ciudades en que han sido cerrados los antros del vicio, ha habido asociaciones de comerciantes, como tenderos de ultramarinos, de frutas, joyeros, zapateros, sastres, comerciantes en géneros, etc., que dirigieron una solicitud a las autoridades para que fuese permitida la reapertura de estos antros, en consideración a los intereses de sus negocios. Hubo caso en que un comerciante se quejaba de que por haber sido expulsadas de la ciudad las prostitutas hubo de retirar muebles que por valor de cuarenta y seis mil dólares le habían comprado a plazos. ¡Cuán cegados están los hombres y embotada su sensibilidad moral por el amor al dinero! La mera pérdida material sufrida aun por aquellos que no están directamente interesados en el perverso tráfico, les arranca lamentos. No parece sino que hubieran perdido toda noción de la valía de las almas y de los cuerpos de las jóvenes y de las mujeres víctimas de las viles pasiones de los hombres.

¿Eran peores las condiciones en que vivían los habitantes de la antigua Sodoma?

Los individuos, principalmente del sexo fuerte, complicados en tan infame tráfico, tienen en todas las partes del mundo, agentes que van al acecho de muchachas para surtir a sus *parroquianos*. En muchos casos cazan a las jóvenes como a las fieras. Se les dan drogas y se las lleva a sitios desconocidos, quedando perdidas por completo para el mundo. Para mayor seguridad de su negocio, los viles traficantes procuran engañar a niñas huérfanas que abandonaron sus hogares y quedan así sin legal protector. Se estima cuando menos en sesenta mil el número de muchachas y mujeres jóvenes que se necesitan anualmente en sólo los Estados Unidos para las exigencias de estos infamantes vicios.

Los párrafos que anteceden consideran en su mayor parte el problema de la prostitución y los pecados del burdel en su aspecto de vicio explotado y de trata de blancas; pero no sus deplorables y deletéreos efectos en la condición de la sociedad en general.

La práctica del vicio que hace posible el tráfico abominable está llenando el mundo de enfermedades y de causas de decadencia. La prostitución y el alcoholismo son dos males mellizos, dos hermanos siameses. Están inseparablemente unidos. De esta doble fuente de corrupción social, la sociedad recoge gran cosecha de enfermedades, a cuyo frente va la locura. Cada vez que la población del país se duplica,

el número de locos y de enfermos de afecciones mentales se cuadriplica.

Newell Dswight Hillis, conocido publicista en la obra de reformas sociales, dice: «Pasó ya el tiempo en que podíamos decir que la degeneración de la raza era sencillamente un coco imaginado por pesimistas y alarmistas. La verdad lisa y llana es que una ola de degeneración nos invade, y que llegó el momento de reconocer que como no se tomen medidas radicales, tendrá que cambiarse a fondo el tipo de civilización si se quiere evitar la extinción de la raza.»

Hablando de los problemas envueltos en la extensión de la práctica de los vicios de la sensualidad y de la degeneración que son su consecuencia, prosigue el doctor Hillis:

«De todas partes recibe avisos el pueblo americano. Libros y revistas, recién editados, nos dicen terminantemente que nuestro pueblo sufre una crisis social. Una ola de inmoralidad ha arrasado todo el país, se ha hecho tema de conversaciones en tranvías, oficinas y almacenes y en el seno de las familias... Una ola de terror ha arrasado el país. Estas enfermedades infecciosas se han esparcido con tal rapidez en los diez últimos años, que estados enteros se han alarmado y están dictando leyes de las más enérgicas. Son tantos los enfermos que viajan en los trenes, que al vagón de lujo de Pullman no le es permitido poner a disposición del público un vaso para tomar agua helada. En muchos Estados, la ley prohibe al hotel el uso de toalla pública, y en algunos sólo

permite en los hoteles el uso de servilletas de papel. En las estaciones se da aviso de precaver a los niños de la infección. Hace poco tiempo, en un tren procedente de California, los viajeros firmaron una solicitud pidiendo al conductor que confinara a un departamento especial del vagón a un hombre cuyo estado de enfermedad saltaba a la vista, y que impidiera a dos más entrar en el vagón comedor. Los médicos de Nueva York, Chicago, Filadelfia y Baltimore publicaron avisos que entrañaban las siguientes verdades: «De las grandes plagas que azotan a la humanidad, la más grave es la del vicio social... En las faldas del Vesubio se ven grietas de donde sale azufre, y el hedor del infierno se mezcla con la fragancia del azahar; de ahí la reciente sepultación de una aldea bajo cenizas y lóbrega lava. Precisamente ahora nuestra ciudad está derramando un furioso torrente de pasiones, y nuestros médicos y hombres de ciencia están alarmados.»

La vicecomisión de Chicago, dice: «Las enfermedades venéreas son de origen bacteriológico. Desde el punto de vista epidémico pertenecen a la categoría de la viruela, la difteria y la escarlatina. Son la principal causa de la esterilidad, de la peritonitis y de la salpingitis en las mujeres. Son también causa en gran parte de la inflamación de las articulaciones, de las enfermedades cerebrales y nerviosas, y de gran número de dolencias que bajo el disfraz de múltiples nombres no pueden ocultar su origen sifilítico. Varias afecciones y defor-

maciones congénitas se deben en gran parte a la sífilis.»

Si los efectos de este mal no alcanzaran más que a los hombres y a las mujeres directamente comprometidos en él, los resultados serían relativamente limitados. Pero lo grave del caso es que afectan dolorosamente a miles y miles de inocentes víctimas. Hay niños infectados antes de haber nacido y que vienen al mundo presa ya de estas abominables enfermedades de Sodoma.

La doctora Clara P. Seippel, del hospital de Chicago, dice: « Hojeando la matrícula del año de 1910, vi que en esos doce meses habían sido admitidos en la sección de enfermedades venéreas trescientos treinta niños. » Y añade: « Esto comprueba un señalado aumento. » El doctor Howard Kelly, de Baltimore, dice: « En mi propia clínica, tuvimos más de 189 casos de niños, algunos de ellos de pecho, violados, y todos ellos infectados con las más repugnantes enfermedades que hereda la carne: la gonorrea y la sífilis. »

El juez Julián Mack, al informar sobre las condiciones que encontró en su actuación como juez de menores de Chicago, aduce repulsivos y nefandos detalles de las condiciones del vicio. Dice, por ejemplo, que « un grupo de siete niñas de nueve a doce años de edad fueron víctimas de un viejo libidinoso, todas ellas capitaneadas por un niño de doce años, la primera víctima, que las indujo a que siguieran su ejemplo. Las golosinas y unos céntimos bastaron para dar buena cuenta de ellas. »

El informe de la vicecomisión de Chicago habla del vicio de « inversión del sexo », como el de Sodoma, demasiado vil e indecente para nombrarlo. El informe dice que este vicio toma cada día mayores proporciones.

Enrique W. Wack, vicedirector del *Médico-Legal Journal,* y presidente de la sección de partos de la Sociedad Médico-Legal, condena varias danzas modernas, mostrando sus degradantes tendencias y dice: « No ha habido nada que haya afectado más los cimientos de la sociedad y del hogar durante los veinte últimos años que las discordias y los pleitos domésticos resultantes de las danzas modernas. Prodigalidad, disipación, embriaguez, abuso de alcaloides, atrofia descarada del sentimiento de la paternidad y de su responsabilidad, enfermedades de los pies, del espinazo y del cerebro, falta de inteligencia o de honradez en los negocios; he aquí la lista incompleta de lo que se ha cosechado con toda esta nueva insania. » Mr. Wack dice más adelante: « Cada cual ama a la mujer o la novia de su prójimo y paga gustoso el precio de correspondencia. Predomina hoy la paradoja de que la « vacilación » no vacila de nada. El *World*, de Nueva York, da cuenta de un acontecimiento social acaecido en París a principios de Julio de 1914, en que actuó de protagonista uno de los millonarios más conocidos de América. A él asistieron príncipes, princesas y buen número de los llamados nobles y personas distinguidas por su riqueza y categoría social. El rasgo principal

del baile fueron los trajes de malla de las señoras, que permitieron a éstas exhibir por completo sus formas al bailar entre los espectadores y la luz.

La muy conocida tragedia de Caillaux, en Francia, puso de manifiesto de modo sorprendente el estado enfermizo de que adolece la alta sociedad de aquel país. Gustavo Ferry, periodista de renombre, dice que dicho estado « recuerda las más negras torpezas de la decadencia de Roma.»

El pastor C. S. S. Dutton, de San Francisco, hablando de la situación moral del mundo, dijo: « En nuestra vida social se observan muchos síntomas de confusión moral y de desquiciamiento que presentan analogías notables con el paganismo decadente del mundo romano, bajo los Césares. »

La « Enciclopedia británica ». en su artículo sobre la « Prostitución », dice: « Las leyes elementales en que descansa la prostitución son más fuertes que los códigos artificiales impuestos por la enseñanza moral, las leyes convencionales o las leyes oficiales; y las tentativas de represión no han dado más resultado que un cambio de forma, no de substancia. La prostitución se resiste a todo tratamiento; y por más que pueda coexistir con el vigor nacional, su impetuoso desarrollo denota una civilización corrompida y decadente. » Y refiriéndose a las condiciones sociales de nuestro tiempo, la misma autoridad dice: « Los hechos que no se pueden nombrar y que llegan continuamente a conocimiento de la policía de buenas costumbres, y con menos frecuencia a oídos de los doc-

tores y a jurisconsultos, no dejan lugar a duda que en punto a intensidad de vicio los grandes centros de la civilización moderna nada tienen que aprender de Corinto, de la Roma imperial, del antiguo Egipto ni de la China moderna. A las obscenidades clásicas desenterradas y relegadas a los museos llevan ventaja las abominaciones fotográficas preparadas hoy día en París o en Amsterdam. La grosera perversión y el abuso del instinto sexual envueltos en estos excesos puede que sean una fase transitoria, pero es una fase que ha señalado siempre la decadencia de grandes naciones. »

Cualquiera que haya prestado siquiera alguna atención a las condiciones sociales que el vestido moderno, el teatro moderno, mucho del material de lectura y muchas caricaturas que se mofan del carácter inviolable del matrimonio y de la solemnidad de los votos entre marido y mujer, demuestran un estado deplorable. Puede haber quien diga que todo esto existió en los antiguos tiempos y que las condiciones del mundo actual no son peores que lo fueron las de la antigua Roma, de Grecia, de Egipto o aun las del Israel del antiguo régimen; pero digamos también que todas estas naciones decayeron por sus vicios. Ni Egipto, ni Persia, ni Grecia, ni Roma, existen ya. Los vicios de hoy día son sintomáticos. Son precursores de algún trastorno que acabará para siempre con las huestes del mal.

Las condiciones del vicio que prevalecen por el mundo entero tienen muy alarmados a hombres emi-

nentes de todas las naciones. Gobernantes, estadistas, educadores y personas empeñadas en el estudio de cuestiones sociales en todas las contingencias de la vida, se sienten no sólo perplejos sino también envueltos en el curso de los acontecimientos. Hay muchas revistas en América y en Europa, que se dedican exclusivamente a la discusión de los problemas que surgen para nosotros a consecuencia de la difusión del pecado degradante. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Continente se escriben libros cuyos autores, ingenios de los más preclaros, llaman insistentemente la atención sobre los males que los amenazan. Se han organizado sociedades, dirigidas por personas eminentes, como el doctor David Starr Jorden, el Cardenal Gibbons, el doctor Carlos W. Eliot, el doctor Abraham W. Harris, etc. Estas sociedades publican cada cual su revista.

No sólo se han celebrado congresos locales para el estudio de la cuestión y para la formación de planes de acción para combatir el mal, sino también asambleas nacionales e internacionales, en las que varias de entre las más distinguidas personas de talento de la edad presente han instado con empeño para que algo se hiciera por contrarrestar el mal, manifestando que de no poner manos a la obra, no sólo nuestra civilización, sino también nuestra raza sucumbirían víctimas del libertinaje y de la licencia por demás generales.

En Julio de 1902, el Gobierno francés invitó a otros diez y seis países a que mandaran delegados

a París para discutir sobre lo que podría hacerse para quebrantar el poder de los sindicatos del mal que explotan el vicio. En Mayo de 1904, este movimiento dió por resultado un convenio en debida forma, firmado por los gobiernos de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Rusia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Italia, España, Países Bajos, Portugal y el Consejo Federal Suizo. Este convenio internacional fué sometido al Senado de los Estados Unidos, que le dió su aprobación. El Presidente Roosevelt lo proclamó al mundo en 1908.

Respecto de la ratificación de este tratado, el señor James B. Reynolds dice: « Si estoy bien enterado, este el es primer tratado referente a la moralidad social realizado entre los principales gobiernos civilizados del mundo. Este acto es de la mayor significación e importancia. »

En 1907, la Comisión de inmigración de los Estados Unidos nombró una junta especial para que investigara el asunto de « la importación y desembarque de mujeres venidas con propósitos inmorales ». Unos dos años después, esta Comisión informó diciendo que « la importación y desembarque de mujeres y muchachas extranjeras para fines inmorales, y el ejercicio de la prostitución, esto es, la llamada *trata de blancas*, es la fase más deplorable y más odiosa de la cuestión de la inmigración. Se halla en pugna con la ley de inmigración y el tratado convenido con las principales potencias europeas. Este negocio ha tomado grandes proporciones y ha ejercido tan pésima

influencia en nuestro país, que la Comisión de inmigración se vió obligada a someterla a esmerada investigación. »

Resultado de estos tratados, investigaciones y discusiones, y de las revelaciones hechas por las investigaciones de las juntas organizadas contra el vicio en Chicago, Nueva York, y otras ciudades de América, fué la publicación de un decreto en debida forma, firmado por el presidente Taft, y la votación por el Congreso de los Estados Unidos de una partida de 100,000 dólares para la supresión de la trata de blancas.

Todo esto demuestra que son muchos los hombres buenos y las mujeres buenas que luchan heroicamente contra estos males. Muchos de ellos expresan la esperanza de acabar con los vicios sociales y los pecados degenerantes de nuestro tiempo, y que la sociedad y la civilización se salvarán. Pero con los problemas que se amontonan en tantas y tan diferentes direcciones, ¿cómo pueden estas personas esperar el triunfo? Y cuando volvemos a la palabra de Dios, se nos hace muy claro que la única brillante perspectiva para el mundo es la segunda venida de Cristo.

Hay una profecía en Jeremías que predice lo que le sobrevendría al pueblo judío por causa de los fermentos de corrupción que se incubaban en su seno en uno de los períodos más envilecidos de la historia. Las contundentes palabras del profeta ponían de manifiesto las condiciones de entonces; pero al hablar de ellas el profeta describe cosas que son de nuestros

días. Léanse sus palabras en los versículos siguientes:

« ¿Cómo te he de perdonar por esto? Sus hijos me dejaron y juraron por lo que es Dios. Saciélos y adulteraron, y en casa de rameras se juntaron en compañías. Como caballos bien hartos fueron a la mañana; cada cual relinchaba a la mujer de su prójimo. ¿No había de hacer visitación sobre esto? dijo Jehová. De una gente como esta ¿no se había de vengar mi alma? Escalad sus muros, y destruid; mas no hagáis consumación; quitad las almenas de sus muros, porque no son de Jehová. Porque resueltamente se rebelaron contra mí la casa Israel y la casa de Judá, dice Jehová. Negaron a Jehová y dijeron: El no es, y no vendrá mal sobre nosotros, ni veremos cuchillo ni hambre; antes los profetas serán como viento, y no hay en ellos palabra; así se hará a ellos.» Jer. 5: 7-13.

Obsérvese lo que este pasaje dice respecto del adúltero y del tropel de gente en las casas de las rameras, y también la comparación que hace de los hombres con los animales, al buscar los primeros las mujeres de sus prójimos. Después, pregunta Dios: « ¿No había de hacer visitación sobre esto?... ¿De una gente como esta no se había de vengar mi alma?»

Y así podemos preguntarnos nosotros también hoy día: ¿No castigará Dios las inicuas impurezas que afligen nuestra edad? Y aun los maestros de religión de nuestros días, que como sucedió en el antiguo pueblo de Israel, «hacen brillar falsa esperanza», serán «viento», porque «la palabra no está en ellos».

Muchos reformadores de nuestros tiempos creen que si se denuncian los hechos y se educa debidamente a la generación, podrá reprimirse el mal. Pero la mera educación no basta. Debe intervenir un poder regenerador por medio del evangelio de Cristo para salvar a los hombres de la tremenda condición en que se encuentran. Necesitamos un poder de lo alto que nos levante. Cosa fácil es, en el entusiasmo de algunas asambleas en que se discuten reformas, pensar que el mundo ande mucho mejor; pero en realidad ¡cuán pequeña es la parte de este mundo que siente la influencia de la palabra y de la acción de estos reformadores! ¿Calculan éstos la fuerza de los agentes malignos que a ellos mismos les han puesto cortapisas? ¿Tienen en cuenta el hecho de que el afán del dinero no ha dejado de especular con cualquier vicio de los que rezan en el almanaque del crimen y de la inmoralidad? ¿No paran mientes en que los gremios del vicio y del crimen tienen fuertemente avasalladas, como con férrea mano, las grandes ciudades? ¿Y no se fijan en que el automóvil está realizando milagros en comunicar la ciudad con el campo y de difundir al mismo tiempo los vicios de las ciudades por pueblos y distritos rurales?

Una « circular acerca de la salud » expedida por una junta de Sanidad, dice: « Nuestros mejores médicos están absolutamente alarmados por la extensión tomada por la infección venérea. Las grandes ciudades, al ser rápidamente ganadas por el contagio, se vuelven centros de difusión de él para la población

rural que hasta entonces había quedado relativamente inmune, y de la cual la nación había sacado sus energías de reserva. El infinito poder de Dios es el único capaz de avasallar las atrincheradas fuerzas del pecado.»

No podemos dudar un solo instante de que nos encontramos en los días designados por la profecía del Salvador, cuando dijo: «Y como aconteció en los días de Noé, así también será en los días del Hijo de Hombre... De igual manera sucederá también así como sucedió en los días de Lot... De la misma manera sucederá en el día en que el Hijo del Hombre sea manifestado.» Luc., 17 : 26-30.






# CAPÍTULO VIII

SURGE la pregunta: « El Hijo del Hombre, cuando viniere, ¿hallará fe en la tierra? » Lucas, 18 : 8. Su misma forma demuestra que la pregunta del Salvador es enfática comprobación de la gran escasez de verdadera fe entre los que vivan en los últimos tiempos.

Esto queda aún más confirmado por la contestación del Señor a la pregunta: « ¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? » Dice el Maestro: « Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se resfriará. » Mateo, 24 : 3,12. De modo que la gran falta de fe, la mucha iniquidad y el enfriamiento del amor de muchos, están bastante caracterizados en los últimos días para mencionarlos entre las señales de la venida del Salvador.

En un capítulo anterior, aludimos a los hombres amigos del dinero, que tendrán « apariencia de piedad » pero negarán su eficacia. Este pasaje requiere estudio más detenido. Léase otra vez con cuidadosa

atención: « Mas sabe esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, incontinentes, fieros, aborrecedores de los que son buenos, traidores, protervos, hinchados de orgullo, amadores de los placeres más bien que amadores de Dios, teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella: Apártate también de los tales. » 2 Timoteo, 1 : 1-5. (V. M.)

No sólo dice que « en los postreros días vendrán tiempos peligrosos », sino que añade: « Porque los hombres serán amadores de sí mismos », etc. Luego los peligros de los últimos días se deben a la circunstancia de estar tan llenos los hombres de codicia, orgullo y de cuanto reza en la larga lista de pecados mencionados en este texto.

Nótese en particular que el texto dice que los que están envueltos en estos pecados tan negros, son al mismo tiempo los que tienen la forma de la piedad, « mas negando el poder de ella ». El mundo no tiene « la forma de la piedad ». Sólo una iglesia apóstata podría encontrarse en esta situación, una iglesia llena de « amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios ».

Cuando las cosas predichas en este texto prevalezcan en el mundo entero, sabremos que habrán llegado los « postreros días », pues estos días han de hacerse «peligrosos por el predominio del mal». Abun-

dará la iniquidad y sobre la masa del pecado echarán los mantos hipócritas de « la forma de la piedad » los que por falta de fe en la palabra de Dios niegan su poder.

Hablando de los que vivan cuando estuvieren inminentes el juicio de vivos y muertos y la subsiguiente aparición de Cristo, dice el apóstol en otro capítulo: « Requiérote solemnemente en presencia de Dios y de Cristo Jesús, el cual juzgará a vivos y muertos, al tiempo de su aparecimiento y de su reino: ¡Predica la palabra; insta a tiempo y fuera de tiempo, reprende, censura, exhorta, con toda longanimidad y paciente enseñanza! Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la enseñanza sana, sino que, teniendo comezón en las orejas, amontonarán para sí maestros, conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán de la verdad sus oídos, y los volverán a las fábulas. » 2 Timoteo, 4 : 1-4. (V. M.)

Este pasaje muestra que no faltarán doctores, sino que el pueblo tendrá tal ansia de novedades que se apartará de la verdad para prestar atención a fábulas y leyendas. La sencilla verdad del evangelio de Cristo cruza resueltamente la senda de los amigos de los placeres pecaminosos y de las perversas condescendencias; y así fácil le es al individuo aceptar alguna leyenda o fábula y creer que está siguiendo la verdad de Dios cuando en realidad no sigue más que sus propias inclinaciones. Contra estas cosas nos previene la palabra de Dios, y debemos guardarnos de substituir la verdad divina con fábulas,

cuando Dios está para juzgar a vivos a muertos.

Con estos pasajes a la vista, que nos dicen tan claramente que en los postreros días « la piedad » se hará mera forma entre la muchedumbre, no tenemos más que mirar en torno nuestro para ver el cumplimiento al pie de la letra.

Cuando vamos á la casa de Dios, esperamos oir la predicación del evangelio « con demostración del Espíritu y con poder ». Debe darse importancia al tema que versa sobre « el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo ». Pero ¡en cuántas de nuestras iglesias no se nota la desconsoladora falta de la predicación del sencillo evangelio! Centenares de personas hay entre los representantes de todas las confesiones que así lo reconocen y lamentan. Pero ¿por qué esta falta de poder en la iglesia? ¿Por qué vemos tan sólo la *forma* cuando deberíamos encontrar la vida y el poder propios de la iglesia del Maestro? La frase del texto ya citado, nos da la contestación. Obsérvese que de los que tienen esta « forma de piedad » pero que niegan el poder de ella, se dice que son « amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios ». Los placeres que Dios ofrece, satisfacen al alma, son reales, substanciales y estables. Se disfrutan con gozo indescriptible, y no dejan tras sí más que agradables recuerdos; y con ellos está el gozo del Señor que procede de ayudar a los necesitados. Esto es renegar de la perversidad que está en uno mismo, y hacer el bien. Hay infinito gozo y eterna satisfación en seguir el camino del Se-

ñor. Pero los que viven en los postreros días escogen más bien los placeres transitorios del mundo; y hasta tal extremo llevan su afán en buscar los placeres, aun guardando, no obstante, «la forma de la piedad», que esto constituye uno de los rasgos distintivos de nuestros tiempos. Siempre ha sido propio del mundo correr tras los placeres por el mero deleite egoísta; pero ahora la fiebre de los placeres se ha apoderado también de la iglesia y la sumerge en los deleites efímeros y engañosos del tiempo y de los « peligros » de los postreros días.

¿Habrá hoy alguien que no haya quedado impresionado por los esfuerzos hechos por tantas iglesias para proporcionar diversiones? Esto, por supuesto, con el fin evidente de « allegar fondos para la causa », o « de atraer a la juventud a la iglesia ».

El pastor Mr. Hale, que ha estudiado a fondo este asunto de las diversiones en la iglesia, da un resumen de las que llegaron a su conocimiento en el curso de un solo año. Cita el caso de una iglesia que representó en verdadera función de teatro: « La violeta en el país de las hadas » y « Comedia de yerros al día ». Varias iglesias dieron *una función cómica,* «El álbum de la tía Jemima». La juventud de una iglesia dió « Una tertulia de la mujer moderna ». « Enanos místicos » fué representado por una iglesia en otro trimestre. Y así por el estilo.

El finado obispo Foster, decía: « La iglesia de Dios está zalameando al mundo. Sus miembros la están rebajando hasta el nivel de los impíos. El baile,

el teatro, el arte del desnudo y de lo impúdico, el lujo social con toda su moralidad perdida, están haciendo incursiones en el sagrado campo de la iglesia. A guisa de compensación por toda esta mundanidad, los cristianos adornan profusamente las iglesias en primavera y en la Pascua. Es la vieja treta de Satanás. La iglesia judaica se estrelló contra este escollo; la iglesia romana zozobró en él, y la iglesia protestante está en vías de correr la misma suerte. Nuestros grandes peligros, tales cuales se nos presentan, son la asimilación al mundo, el descuido en que se tiene a los pobres, la substitución de la piedad efectiva por la formalista; el abandono de la disciplina, el ministerio mercenario, un evangelio adulterado; total, una iglesia a la moda. »

Tratando del peligro que corre la iglesia por condescender con las diversiones del mundo, el doctor Munhall, dice: « Una ola de mundanidad está barriendo el país y las naciones. »

Una de las más influyentes congregaciones protestantes del mundo se inspiró en sus orígenes en esta máxima: « Que era malo entregarse a diversiones reñidas con la dignidad del nombre de Jesús. »

En esta gran congregación a que nos referimos, discutióse entre sus personalidades de mayor influencia, tanto entre los pastores como entre los laicos, la cuestión de si convendría suprimir de su credo el párrafo que restringe ciertas diversiones mundanas acerca de cuya legitimidad no había en la iglesia conformidad de opinión. En una de sus asambleas

legislativas, uniéronse obispos, profesores y personas de influencia en un común esfuerzo en pro de la supresión del consabido párrafo y salieron derrotados por débil mayoría. Cristo no dió el encargo de ir por todo el mundo divirtiendo y entreteniendo al pueblo, sino el de ir por todo el mundo predicando el evangelio a toda criatura. Y cuando los sacerdotes y las congregaciones se esfuerzan a cual más por dar funciones y diversiones para aumentar el número de los miembros y «atraer a la juventud», prueban así que les falta el poder del evangelio. A Cristo no le faltaba nunca gente que viniera a oirle, y los que siguen sus divinos métodos tendrán también el éxito que El tuvo. Cuando el Maestro no pronunciaba discursos ante las muchedumbres, es que se hallaba ocupado en seria y provechosa conversación con alguna persona sola. El poder de Dios es hoy día tan grande como lo era en el día de Pentecostés, cuando el pueblo se apiñaba para oir la predicación del puro evangelio, que no se le representaba con funciones ni con vistosos atavíos, ni con pensamientos fantásticos, ni con diversiones de moralidad dudosa, sino con el Espíritu del Salvador viviente. Este poder espera aún a los que quieren recibirlo. ¿Qué mejor modo de negar rotundamente el poder de Dios que recurrir a diversiones para atraer gente a la iglesia? ¡Cuán triste que la iglesia esté tan cegada que consienta en trocar las experiencias y realidades de Pentecostés por la moderna feria de la iglesia y las funciones teatrales!

Con los pasajes de Mateo, Lucas y Pablo ya citados,

concuerdan las palabras de Pedro: «Sabiendo primero esto, que en los postrimeros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Cierto ellos ignoran voluntariamente que los cielos fueron en el tiempo antiguo, y la tierra que por agua y en agua está asentada, por la palabra de Dios.» 2 Pedro 3: 3-5.

Cuando se predique la segunda venida de Cristo, se oirán «mofas». Y seguramente, toda vez que andan «según sus mismas concuspicencias», dirán en son de burla: ¿«Dónde está su prometido advenimiento»? Pero el creyente en la segura palabra de Dios no será afectado por estas burlas, sino que verá en ellas la prueba evidente de la venida del Maestro, y motivo para compadecerse de los que así se burlan y trabajar por atraerlos a la verdad y rogar para que sus corazones sean tocados por la gracia divina y para que se vuelvan de su actitud de burla al amor de un tierno Salvador.

El texto no sólo habla de los viles burladores que se ríen de las promesas de la venida de Cristo, sino que hace también resaltar un punto importante de su incredulidad. Dice: «Porque voluntariamente se olvidan de esto: que había cielos de antiguo tiempo, y una tierra asentada en medio del agua, por la palabra de Dios.» Las santas Escrituras nos dicen terminantemente que Dios creó los cielos y la tierra

por Su palabra. El salmista, dice: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos.» Salmos, 33 : 6. Un apóstol del Nuevo Testamento, refiriéndonos la historia de la Creación, dice: « Por fe entendemos que los siglos han sido construídos por la palabra de Dios, de manera que lo que se ve no fué hecho de cosas que aparecen.» Hebreos, 11 : 3 (V. M.).

Pero el pasaje de Pedro, arriba citado, nos dice que en postreros días habrá burladores que a sabiendas ignorarán este gran hecho. Es decir, desecharán las Escrituras, que enseñan que Dios creó todas las cosas con la palabra de Su poder.

A la luz de esta predicción de la Escritura, medite el lector en la transformación que ha sufrido no sólo el mundo, sino la iglesia, en el transcurso del medio siglo pasado. Nuestros padres creían firmemente que Dios creó el mundo, y todo el universo, con Su infinita palabra. Pero dos o tres hombres se pusieron, so pretexto de ciencia, a enseñar la evolución. El mundo científico adoptó sus enseñanzas, y la iglesia siguió sus pasos. Esto se discutió mucho al principio; pero uno por uno los grandes seminarios de teología y los dignatarios de la iglesia aceptaron las doctrinas de la evolución y descartaron la sencilla enseñanza de la palabra de Dios.

Varios años atrás, Mr. Harold Bolce ingresó en una de las principales instituciones religiosas, según él decía, para emprender estudios especiales. Los descubrimientos y las experiencias que hizo entonces fueron publicados posteriormente en una serie de

artículos en el *Cosmopolitan Magazine* y produjeron honda impresión. A uno de los profesores de teología le hizo esta pregunta: « ¿No cree usted, señor profesor, que Moisés recibió los diez mandamientos en la forma que relatan las Escrituras? » El profesor se sonrió. « No lo creo »,—dijo. « Es contrario a la ciencia y absurdo imaginarse que Dios se convirtiera en cantero y esculpiera los mandamientos en una roca. »

El doctor Munhall, refiriéndose a este incidente, dice: « Un pastor, amigo mío, me dijo: Hace poco uno de mis miembros me dijo lo siguiente: Mandamos a la Universidad de X a nuestra hija, joven cristiana, ardiente, formal y devota. Estando allí su fe zozobró, y ahora la tenemos agnóstica. » Hablando de otra universidad, el doctor cuenta el caso de otro amigo que le dijo: «Mandé a la universidad de X a mi hija, inteligente y abnegada cristiana. El otro día vino y me dijo: 'Padre, tengo que hacerle una confesión. Mientras estaba en la Universidad, y por culpa de lo que se nos enseñaba, he llegado a no creer en la Biblia y perdí la fe en mi Salvador; y todas las jóvenes de nuestra clase pasaron por la misma prueba. Necesité seis meses para volver a la Roca. »

Podríamos citar muchos casos de esta índole, que prueban que las facultades de teología de nuestras grandes universidades (católicas y protestantes), pretenden enseñar la Biblia y no hacen más que difundir la incredulidad. Pero el punto especial contra el que

dirigen su espíritu escéptico es la doctrina de Moisés que revela al principio de la Biblia la fuente de la creación y al verdadero Creador.

Para muestra de lo que dice uno de estos profesores de teología en sus cursos, allá va un botón: « Los primeros capítulos del Génesis no son históricos; y el problema de los orígenes se lo dejamos con gusto a la ciencia para que haga lo mejor que pueda. » Otro dijo: « Muchos de los cumplimientos de la profecía a que se refiere el primer Evangelio no tienen para nosotros valor intelectual ni religioso. » Otro dijo: « El valor probatorio de los milagros ha desaparecido. Ya no son éstos parte del Cristianismo. » Otro profesor, director que fué de un Instituto bíblico, decía en una de sus conferencias: «La crítica ha cambiado la opinión pública sobre algunos asuntos que en otro tiempo parecían esenciales, pero que hoy no son más que de importancia secundaria. No se juzga ahora necesario para la salvación del hombre creer que el mundo haya sido creado en seis días de veinticuatro horas cada uno, o que la mujer haya sido sacada de las costillas del hombre, o que el Diluvio haya sido universal, o que las aguas del Mar Rojo se hayan separado a la palabra de Moisés.

» Se puede tener comunión con Dios y poner en duda que el Pentateuco haya sido escrito por Moisés; que la legislación levítica sea postexílica; que el libro de Isaías sea de más de un autor; que el libro de Daniel sea una narración encaminada a mostrar cómo Dios vela por los suyos; que el libro de Job

sea la representación en forma de drama del problema del mal en el mundo; y que Jonás sea una alegoría que confirma la universalidad del amor a Dios.

» Es más. Podemos admitir que la Biblia, tal como la tenemos, es un libro derivado de fuentes secundarias; que los manuscritos de los evangelistas y apóstoles se han irremisiblemente perdido; que hay omisiones e interpolaciones, glosas y variantes, en número suficiente para desalentar al lector; que las genealogías y las cronologías están desesperadamente embrolladas; y que hay discrepancias inconciliables en el modo de afirmar los hechos.

» Digo que podemos admitir todo esto, sin dejar por ello de darnos cuenta de que en el carácter central de su misión de ser palabra verdadera de Dios, la Biblia cumple tan completamente su cometido y con tanta claridad, inteligencia y autoridad, que el caminante ha de estar absolutamente falto de inteligencia para errar gravemente respecto de ella. »

La enseñanza del profesor respecto de la Biblia trae a la mente el caso de un sujeto cuyo estado de salud fuera tal que llegaran a desahuciarlo si no cruzara el Atlántico al cuidado de un médico competente, en busca de mejor clima que le aliviara de su enfermedad. Oye decir que un buque ha de zarpar en día señalado. Acompañado por el médico, se dirige a la oficina para tomar pasaje. Al llegar donde el buque debía estar, encuentra que la caldera y la máquina con todos sus accesorios han sido arrojados al mar, arrancadas las cubiertas, hecho pedazos el casco

y quebrada la quilla; y desesperado el pobre enfermo se vuelve hacia su médico, el cual le dice con insolencia: « El viajero tiene que ser loco de remate si se figura que no puede cruzar el Atlántico en este buque tan grande. ¡A embarcarse y a navegar! »

En otras palabras, la crítica respecto de la Biblia, tal como la acabamos de presentar, es de alcance suficiente, si se deja uno llevar por ella, para dar al traste con el contenido entero de la Biblia. Arroja particular descrédito sobre el relato de la creación, tanto como sobre algunos trozos proféticos de la Biblia. Nótense especialmente estos puntos, ahora que vamos a considerar algunas de las publicaciones dadas a luz por nuestras principales congregaciones protestantes y firmadas por teólogos. Los nombres de los autores y de las casas de publicación podemos darlos si se necesita.

Un párrafo de uno de estos libros reza como sigue: « Queda definitivamente probado que muchas de las relaciones consignadas en los libros más antiguos del Antiguo Testamento, fueron sacadas de antiguas fuentes míticas o legendarias y adaptadas para el caso, y que no hay que atribuirles el valor de sobria y discreta historia. »

Hace pocos años se recomendaron unas diez y siete o diez y ocho obras de varios notables autores escépticos para que sirvieran de texto en las lecciones religiosas de la escuela Domínica Internacional, diciendo que « el lector fuese penetrándose lentamente de aquellos nuevos conceptos, sin rechazarlos de

plano, sino estudiándolos con mente abierta».

En este respecto conviene advertir que Tomás Paine, Voltaire y otros autores incrédulos enseñaron en casi idénticas palabras la misma doctrina sobre los escritos de Moisés. Cuando Jesucristo estuvo personalmente en este mundo, dijo: « A Moisés y a los profetas tienen: óiganlos... Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán si alguno se levantare de los muertos. » Lucas, 16 : 29, 31. Y le interesará observar al lector que todos los pasajes de la Escritura citados por Cristo al responder a las tentaciones de Satán en el desierto, estaban entresacados de los escritos de Moisés, según podrá ver quienquiera que se tome el trabajo de estudiar el capítulo IV del libro de Mateo. De aquí que los teólogos que en nuestros días desdeñan los libros de Moisés están de todo punto desacordes con las enseñanzas de Cristo. No sólo desacreditan a Moisés, sino también al mismo gran Maestro, a Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

Si prescindimos de Moisés y especialmente de la primera parte del libro del Génesis, echamos por tierra el relato de la Creación. ¿Y puede nadie explicar cómo fué capaz Pedro de predecir que harían esto los hombres, de no estar iluminado por los proféticos poderes de quien ve el fin desde el principio? Preciso es insistir y volver a insistir sobre este punto. ¿Cómo pudo Pedro saber hace dos mil años que en los últimos días suplantarían los hombres por la evolución el relato bíblico de la Creación? ¿Cómo pudo

saber que se obstinarían en sus opiniones hasta el punto de mofarse de esta doctrina de la Biblia? ¿Cómo pudo saber que en los libros de texto de todas nuestras escuelas se enseñaría la evolución como verdad científica y se ridiculizaría la doctrina de la Biblia? ¿Cómo pudo vaticinar que en los seminarios teológicos y en las universidades congregacionistas y en los escritos de los doctores en teología se encomiarían las impías enseñanzas de Darwin y sus colaboradores hasta el punto de escarnecer el relato del divino libro?

Porque conviene recordar que no solamente serán los hombres mofadores y lujuriosos en los últimos días, según el citado pasaje de Pedro, sino que también se burlarán de la verdad enseñada en la primera parte de la Biblia y otros puntos del sagrado Libro, de que la palabra del Señor cumplió la obra de la creación. La profecía y su cumplimiento no pueden hermanarse más exactamente con las condiciones de la época actual que cumplen el profético vaticinio del inspirado apóstol. ¡Cuán fielmente revelan estas escrituras los peligros de los « últimos días »! ¡Cuán señaladamente nos enseñan que el pecado se disfrazará bajo « forma de piedad »!, que la fe será casi nula, que « el amor de muchos se enfriará », y todo ello a causa de que « abundará la iniquidad »; y que vendrán « burladores » que no hagan caso de la « promesa de su advenimiento » y rechacen la verdad de Su poder creador, manifestado por medio de Su infinita palabra.

Muchos que, al menos en cierto grado, se hacen cargo de la situación, claman contra el terrible estado en que ha caído la iglesia de Cristo. Páginas enteras podríamos citar en corroboración de este aserto; pero bastarán unos cuantos párrafos. Dice el reverendo Walter A. Evans: « El cristianismo evangélico, renacido cuando la Reforma alemana, bautizado por manos de los puritanos y metodistas, ha apostatado ya de tal manera que se necesita otra reforma... El




Las cifras y figuras del grabado señalan la tarea que el mundo cristiano habría de cumplir en países paganos para atraer todas las gentes a Cristo y disfrutar de un milenio en el que se convirtiera el mundo entero.

frío formalismo de una religiosidad utilitaria, ornamentada con pompas y ceremonias, convierte la iglesia de nuestros días por mucha parte en un valle de secos huesos, mayor que el que vió Ezequiel y en tan triste necesidad de que le dé la vida la divina inspiración. El descontento




Los diagramas y cifras del grabado demuestran cómo está gastando su dinero y energías la gran «América cristiana» que presume de nación directora. Otras «naciones cristianas» siguen su mal ejemplo en casi las mismas proporciones. América gasta más en goma mascada que en misiones, y si consideramos el pesado y corroedor vicio de la bebida ¡cuán diminuto aparece lo gastado en misiones! El consumo de bebidas alcohólicas y tabaco deprime la moral del mundo y lo llena de vicios y crímenes. Los hechos han de ser convincentes por lo incontrovertibles. El evangelio de Cristo será difundido para testimoniar por todas las naciones, según abiertamente comprueba la promesa de Cristo citada en estas páginas. Pero los hechos concuerdan con las otras afirmaciones de la Escritura, indicando que la inmensa mayoría preferirán aferrarse a sus vicios y bacanálicas orgías, y repugnarán recibir el mensaje de salvación enviado por Dios.

social, nacido por una parte de la estrecha pobreza y por otra de la desenfrenada riqueza. la truhanería, intemperancia, deshonra comercial, corrupción política y el pestilente engendro de males que hace presa de la nación y amenaza su paz si no su perpetuidad como República libre, encuentran *todos* la codiciada oportunidad, cuando no su apoyo, en los ideales mundanos, en la avarienta codicia, en el orgullo confesional, en el egoísmo sectario, en la cobardía moral y apatía espiritual de la iglesia... La iglesia se ha conconvertido en señuelo de los cazadores de fortunas y sirve de pantalla a los belitres... Además, es como frondoso árbol a cuya sombra se guarecen los respetables pecadores (la respetabilidad es condición sinecuanónica), los ladrones legales y los piadosos estafadores... No es posible decir qué confesión religiosa es más culpable de anteponer el dinero a la piedad. Iguales condiciones prevalecen en todas y cada una es seguramente tan mala como la otra.»

A los que echan de ver las circunstancias actuales y dan consejos sobre ellas se les tacha frecuentemente de pesimistas. Acerca de este punto, observa el doctor Munhall: «Para la generalidad dé las gentes, es optimista quien no obstante la irrecusable evidencia de que el mundo cautiva a la iglesia, persiste en afirmar lo contrario, mientras que se titula de pesimista a quien reconoce la evidencia. Es muy común decir que lo negro es blanco cuando la mayoría no gusta de lo negro; pero piensen y digan lo que

quieran quienesquiera, hemos de confrontar y establecer honrada y sinceramente los hechos. »

En este respecto conviene llamar la atención a lo que la « América cristiana » gasta en bebidas alcohólicas, tabaco, te, café y demás deleites nocivos e inútiles, y compárese con lo que nuestras ricas y numerosas iglesias de varios millones de miembros hacen en dicha cristiana nación, para dar el evangelio al mundo. Los datos ilustrativos y estadísticos de estas páginas muestran la situación sin dejar duda alguna.

¡Qué oportunidad está perdiendo la iglesia! El descontento social, debido a varias causas, asoma por todas partes; la iglesia en vez de permanecer firme como faro y guía en el camino de la justicia, en medio de la tormenta pronto a estallar, la vemos encogerse y amilanarse.

¡Qué pensamiento tan aterrador! El mundo, en opinión de miles y miles de personas de buen sentido, corre hacia la ruina moviéndose al borde del abismo; y ante esta crisis, la iglesia, en vez de velar y acudir en socorro de los que perecen, y en vez de avisar a los ignorantes, la vemos llena de gente « amadores de placeres, más bien que amadores de Dios, » y que no tiene más que « la forma de piedad, » mientras que transigiendo con el pecado está « negando el poder de ella. Con estos hechos a la vista, ¡cuán persuasiva es la pregunta profética! « Empero el Hijo del hombre, cuando viniere, ¿hallará fe en la tierra? »

¿Y es de extrañar que nuestro Señor, al vislum-

brar este tiempo, haya dicho: « Por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se resfriará »?

Cuando en cualquier época que sea, la iglesia se corrompe, es porque ha fracasado en su resistencia al pecado y a los vicios dominantes de dicha época.

Puesto que el amor al placer entre los que tienen « la forma de piedad » contribuirá a hacer los tiempos peligrosos en esta época, ¡cuál no será la pasión dominante del mundo en general por las prodigalidades del capricho y de la fantasía! Verdad es que la humanidad ha ido siempre en busca de los placeres. Es natural, y así lo quiere Dios también, que el hombre desee ser feliz. Siempre se ha visto que muchos han preferido los placeres fugaces y rastreros; pero al final de los tiempos el mundo se entregará al placer en determinado sentido. Maravillosos en general son efectivamente los grandes inventos y el progreso material de nuestra época; y no menos notable es el grado en que el pueblo se entrega hoy día a las diversiones y a los placeres. Hablando de los días que precederán inmediatamente a su venida, dice el Maestro: « Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez, y de los cuidados de esta vida, y venga de improviso sobre vosotros aquel día. Porque, como un lazo, vendrá sobre todos los que habitan sobre la haz de toda la tierra. Velad, pues, orando a todo tiempo, que seáis habidos dignos de evitar todas estas cosas que han de venir, y de estar en pie delante del Hijo del hombre.» Lucas, 21:34-36.

Dirígense directas amonestaciones contra la « glotonería » y la « embriaguez ». Otra vez habla el Maestro contra el mismo mal cuando dice: « Mas si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor se tarda en venir; y comenzare a herir a sus compañeros, y aun a comer y beber con los borrachos; vendrá el Señor de aquel siervo el día que él no espera, y a la hora que él no sabe, y le apartará, y pondrá su parte con los hipócritas: allí será el lloro, y el crujir de dientes. » Mateo, 24 : 48-51.

El banquete y la bebida son dos de los más asiduos compañeros del placer mundano, y el Señor se ha dignado precavernos contra estos males. El Padre en los cielos, que « de tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él creyere, no se pierda, mas tenga vida eterna », procura llevar a los hombres al verdadero placer y al goce real; pero entre los lazos especiales del maligno, preparados para los últimos días, está la ponzoña de los placeres ilusorios y de los goces sensuales, de tal manera que los hombres no pueden distinguir lo que es de interés eterno para ellos.

La intemperancia es uno de los mayores males de nuestros días, y nuestra generación ha visto nacer el movimiento de la templanza. Una gran obra efectivamente se ha hecho. El cambio en la actitud observada en la cuestión de las bebidas alcohólicas es verdaderamente maravilloso. Si no fuera por esto, difícil sería decir cuánto más terrible sería la condición del mundo en la actualidad.

Al contemplar la situación tal cual se presenta a nuestra vista hoy día, ¿podremos extrañar que el Maestro nos haya dejado este aviso: « Mirad por vosotros, que vuestros corazones no sean cargados de glotonería y embriaguez »?

Cada día nos hablan los diarios de suicidios resultantes de fracasos sufridos en esta persecución de placeres. Hombres y mujeres entregados a las intensas sensualidades de banquetes y bebidas, tropiezan de pronto con algún contratiempo que no pueden arrostrar por su estado de excitación concupiscente y se quitan la vida.

Todo aquel que es sincero consigo mismo ha de reconocer, al pensarlo bien, que el mundo se halla efectivamente en terrible situación, y que la iglesia en conjunto, en vez de estar alerta, malgasta el tiempo en diversiones pueriles y disipaciones egoístas. Cuando el semblante de la gente más valerosa se demuda ante el espectáculo de las condiciones en que el mundo se agita, en vez de decirle que hemos llegado a los estertores del reino del pecado, y en vez de gritarle: « Escápate para salvar la vida », el profesional amador de los placeres hace resonar los acentos adormecedores de « paz y seguridad ».

¿Y qué extraño es que así proceda quien no tiene más que « la forma de la piedad »? La voz de Dios, hablando al alma, trata de despertar la conciencia para que pueda darse verdadera cuenta de la situación. Pero como son « amadores de placeres más bien que amadores de Dios », los hombres se atienen a « la

forma de la piedad », y aquietan la conciencia turbada, diciendo: « Paz, paz; y no hay paz.» Pero no olvidemos que el Señor, cuando habló de este tiempo dijo: « Cuando dirán, Paz y seguridad: entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores del parto sobre la mujer preñada; y no escaparán.» 1 Tes., 5 : 3.

No obstante, es halagüeño que a pesar de los esfuerzos de Satanás por ahogar a la iglesia en los placeres y pecados en estos postreros días, el Señor reserva en cada congregación algunos fieles que no han entregado sus corazones al servicio de Baal. Estos deben dar el aviso. En peligros terribles estamos desde el punto de vista humano; pero con voz de invicto conquistador nos dice nuestro gran caudillo: « Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra; » y fiados en su omnipotente fuerza, en este tiempo tan lleno de peligros, « tenemos que sacar calor de la frialdad de los demás, valor de su cobardía y lealtad de su traición ».

En todas partes hay almas que claman al Dios vivo y que están acongojadas al ver la condición de desamparo de todo cuanto ven en torno suyo. Lector, ¿no quieres ser antorcha para alumbrar a esta gente y señalarle la palabra de Dios que tan claramente enseña que todas estas cosas son señales que nos indican que El «está cercano, a las puertas»? Que todo el mundo conozca el amor de Dios, quien está invitando a todos con porfía a que acepten el vestido de boda, Su perfecta justicia, para que estén preparados a

entrar en la eterna bienaventuranza de los redimidos.

Mas para llevar a cabo esta gran obra de mostrar a la humanidad la situación en que nos encontramos y declararle el significado de los portentos de nuestros tiempos, se necesita algo más que profesar el cristianismo. Hemos de ser tan diligentes escudriñadores de la palabra de Dios, que conozcamos sus profecías y preceptos y podamos señalar con la seguridad del conocimiento exacto la luz que para nosotros irradia del Libro sagrado. Una experiencia ordinaria y vana, mitad mundana y mitad cristiana, de profesión solamente, no es la que se necesita en tiempos como los nuestros.

Hay una obra que hacer y es la de sacar a la iglesia del estado de modorra en que ha caído, para lo cual se necesita el heroísmo de la fe y el poder bíblico. No debería ser privilegio exclusivo del pastor el ser estudiante de la Biblia y teólogo. Todo cristiano debe ahora arrojar a los cuatro vientos sus particularidades sectarias, y dedicarse al estudio de la Biblia, para estar seguro de pisar firme en la roca del principio divino que se deriva del conocimiento de la verdad divina; y entonces, con el corazón purificado y lleno de valor por medio de este proceso divino, deberíamos ir adelante y despertar a cuantos pudiéramos alcanzar. Algo más importante hay por hacer que pasar el tiempo en especulaciones teológicas. Los grandes sucesos de nuestros tiempos se imponen a nuestra atención, y debemos reconocer

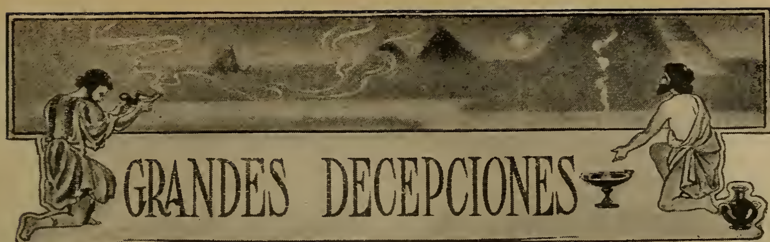
la verdad literal de lo que vemos en la actualidad y dar preferencia en el empleo de nuestra actividad a las cosas de más apremiante necesidad en la hora presente. Si vemos muchos miembros de la iglesia entregarse a las locuras del mundo; si, lo que aún es peor, encontramos en ellos todo el fárrago de vicios y de crímenes que caracterizan a nuestro tiempo, no debemos ceder al espíritu de crítica escrutadora de faltas ajenas en nuestras relaciones con ellos, pues no les sería de provecho alguno. Este espíritu criticón contra los miembros de la iglesia no les allega ayuda alguna, y no hace más que engendrar incredulidad en nosotros mismos, tanto como en los que nos oyen. Pero si por la palabra de Dios sabemos lo que todo esto significa, si podemos señalar con el dedo esta apostasía como uno de los seguros cumplimientos de la profecía, la dignidad y el poder de la gran verdad del cielo pueden ostentarse con suficiente eficacia para ganar un alma.

Dios necesita en este tiempo de hombres que puedan ver más allá de los males que han tomado posesión de la iglesia tanto como del mundo. Necesita hombres que puedan poner en alto la resplandeciente luz de la profecía que muestre el significado de esta obscuridad. Necesita hombres que se entreguen completamente a la tarea de reavivar la enferma iglesia, sin ceder en modo alguno a la crítica burlona. El mundo entero tiembla ante la suerte que le espera, y la iglesia que Dios ha puesto por agente suyo para rescatar a los que perecen, ha de ser amonestada para

que vea la actitud peligrosa y pérfida que de modo alarmante va asumiendo.

Y no sólo la entibiada iglesia y el agitado mundo han de recibir el aviso de la ruina que espera a los impíos, sino que una y otro han de enterarse de la indescriptible e inestimable recompensa que pronto será otorgada a los justos. Hay que dar a conocer las esplendentes alegrías de la felicidad perfecta que el Señor del cielo tiene reservadas muy por encima de las pésimas condiciones de este mundo. Hay que hablar recio y claro sobre este asunto. La obra que hoy es preciso hacer para Dios reclama el más acabado esfuerzo de que sean capaces los mortales.






## CAPÍTULO IX

SATANÁS está siempre haciendo guerra a cada alma. Está resuelto a oponerse, si puede, a que nadie acepte a Cristo. Dice la Escritura: « ¡Ay de los moradores de la tierra, y de la mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo. » Rev. 12 : 12. A medida que el advenimiento se acerca, se acorta más y más el tiempo en que Satanás puede desplegar su actividad. Y « sabiendo que tiene poco tiempo » su « grande ira » se manifiesta por medio de mayores y más astutos engaños con los que maniata a cuantos puede para la « destrucción de repente » que espera al mundo perverso. Con sus arteras tretas, Satanás procura entorpecer tan por completo la mente en las cosas de la vida, que no deja ver la prueba evidente de la venida de nuestro Señor aunque haya de resaltar a los ojos del mundo con todo su resplandor. Pero hemos de precavernos contra los engaños del gran adversario por las palabras: « Velad, pues... porque cuando viniere de repente, no os halle durmiendo. »

La palabra de Dios insiste reiteradamente en la

gran necesidad de velar al llegar los postreros días. Unicamente podemos hacernos cargo de su importancia por la constante lectura y escucha de estos avisos y advertencias. Se nos dice por conducto del apóstol Pablo: « Y entonces será manifestado aquel inicuo al cual el Señor matará con el Espíritu de su boca, y destruirá con la claridad de su venida: a aquel cuya venida será según la operación de Satanás, con toda potencia, y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad, obrando en los que perecen: por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por tanto, pues, enviará Dios en ellos eficacia de engaño, para que crean a la mentira: para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes se complacieron en la iniquidad. » 2 Tes. 2 : 8-12.

Hay que fijarse con cuidado en las advertencias de este texto. « La claridad de su venida », se afirma, « destruirá » « aquel inicuo ». Y su « venida será según o después la operación de Satanás, con toda potencia y señales, y milagros mentirosos, y con todo engaño de iniquidad obrando en los que perecen ». Es decir, que cuando las obras malignas de Satanás se hagan tan malas que de ellas derive muy luego la destrucción de todo ser viviente, entonces el Maestro aparecerá para ponerles término. Satanás obra por mediación de « los que perecen » a consecuencia de que « no recibieron el amor de la verdad para ser salvos ».

Así pues, Satanás obra con poder, pero se cubre con la máscara de « todo engaño de iniquidad », y

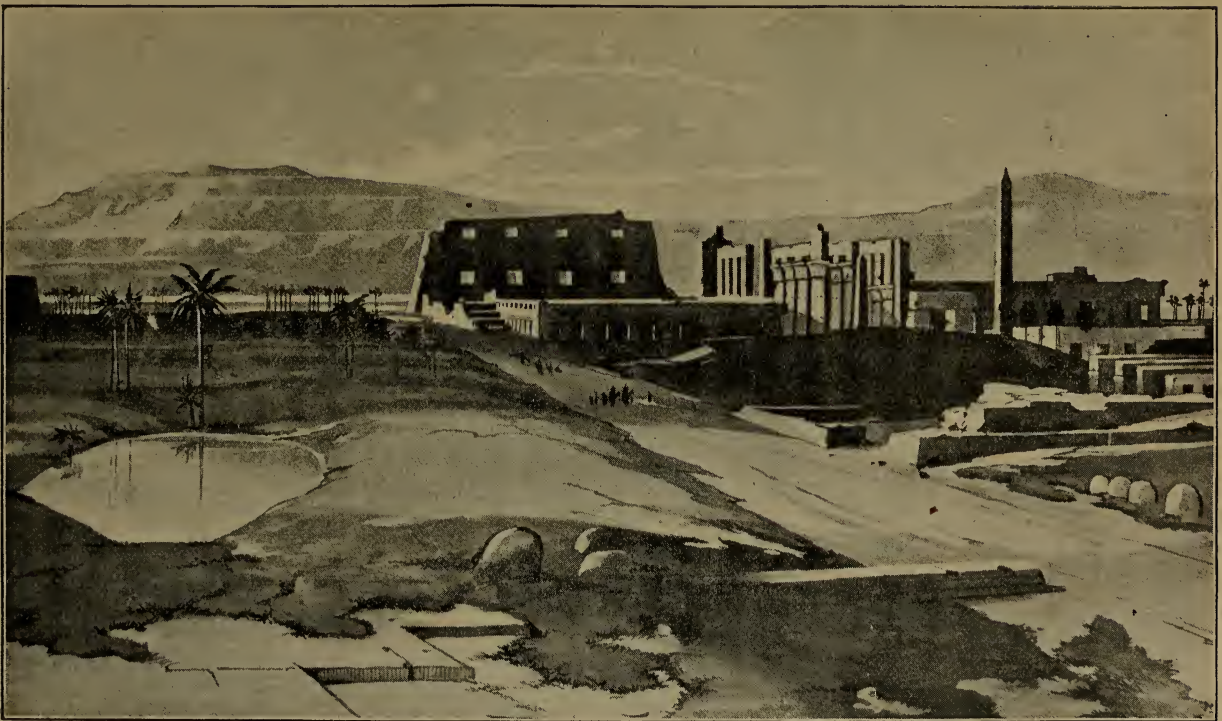
esta actividad del enemigo es más atrevida y violenta cuanto más nos acercamos al fin. Mientras que Satanás obra tan poderosamente, el Padre celestial envía la gran verdad de su Evangelio para salvar al pueblo de estos engaños y de la consiguiente ruina; pero algunos, como lo declara este pasaje, no reciben « el amor de la verdad ». Se les representa la verdad, la oyen, y les convence; pero no « aman » este mensaje venido del cielo. Prefieren apegarse a sus pecaminosos deleites, y de este modo se labran su propia ruina; y al hacerlo así se convierten en canal por cuyo conducto realiza Satanás sus arteros engaños.

Relacionados con esto, nótense los hechos sentados en un pasaje ya citado en parte varias veces, pero que se nos presenta más extensamente en los siguientes términos: « Mas sabe esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque los hombres serán amadores de sí mismos, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, incontinentes, fieros, aborrecedores de los que son buenos, traidores, protervos, hinchados de orgullo, amadores de los placeres más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de piedad, mas negando el poder de ella; apártate también de los tales. Porque de éstos son los que se entran por las casas, y cautivan a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias; las cuales siempre están aprendien-

do y nunca pueden acabar de llegar al conocimiento de la verdad. Y de la manera que Jannes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corrompidos de corazón, y réprobos en lo que toca a la fe. Mas no procederán más adelante, porque se hará manifiesta a todos su necedad, como también lo fué la de aquéllos. » 2 Tim., 3 : 1-9. (V. M.)

No se nos deja a obscuras respecto del tiempo a que alude este pasaje. Se afirma terminantemente que es « en los postreros días ». En el versículo 8 se nos dice que « de la manera que Jannes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad: hombres corrompidos de corazón, réprobos en lo que toca a la fe ».

Las antiguas crónicas de los judíos, así como la historia y las tradiciones de muchos países del Oriente, conservan los nombres de Jannes y Jambres. Eran éstos dos principales magos que, dominados por el espíritu de Satanás, pudieron imitar por algún tiempo los milagros que con el poder de Dios hizo Moisés ante Faraón. Obsérvese después que el texto dice: « Y de la manera que Jannes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad. » ¡Qué clara es la profecía que nos dice que del mismo modo en que se le opusieron los magos a Moisés, así resistirían a la « verdad » « hombres corrompidos de corazón », en medio de los « tiempos trabajosos » de los postreros días! En vista de esto, ¡cuán importante es el aviso del Salvador de que velemos!



**Vista general de Karnak (Egipto) tomada desde Bibal-el-Malock**

En estos soberbios templos paganos, ahora en ruinas, recibieron indudablemente sus enseñanzas Jannes y Jambres, y desde allí fueron enviados a oponerse contra la divina obra de Moisés.

El pasaje siguiente nos ayudará a entender lo que es uno de estos engaños: « Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos a manera de ranas. Porque éstos son espíritus de demonios, que hacen prodigios, para ir a los reyes de la tierra, y de todo el mundo, para congregarlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. » Rev. 16 : 13-14. Luego cuando « aquel gran día » esté inminente, los « espíritus de demonios » harán « milagros ».

Es digno de observar que estos « espíritus de demonios » van a los « reyes de la tierra », denotando así que procurarán captar la voluntad de gobernantes y hombres eminentes del mundo; y para realizar su propósito, obrarán engañosos milagros a fin de llamar la atención de las clases más inteligentes y mejor educadas. Todos estos engaños hábilmente combinados cuadran perfectamente con el carácter del insidioso enemigo. « Y no es maravilla; porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. » 2 Cor. 11 : 14. Satanás sería rechazado en el acto si se presentara con vestiduras distintas de las de « ángel de luz ». Es un engañador, y su éxito depende de la habilidad con que oculta el verdadero carácter de sus inicuos planes.

Muy claramente relacionadas con este engaño de Satanás en el gran día postrero, están las palabras del apóstol Pablo: « Empero el Espíritu dice expresamente, que en los postreros tiempos algunos apos-

tatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores, y a doctrinas de demonios.» (1 Tim. 4: 1.) Aquí tenemos una expresión del Señor dada en forma enfática. « El Espíritu dice expresamente; » y debemos prestar cuidadosa atención al divino mensaje dado «expresamente ».

« Apostatarán de la fe » es no creer o desechar las sencillas palabras de la Biblia, pues « la fe es por el oir, y el oir por la palabra de Dios ». Rom. 10 : 17. Es pues, la « palabra » de Dios la que hemos de oir, y oyendo esta palabra es como *viene la fe*. De aquí que el que se aparta de la fe tiene primero que descuidar o desechar la palabra de Dios. No es necesario expresar abiertamente incredulidad para rechazar realmente el Libro divino de Dios. Si con interpretaciones, explicaciones y mixtificaciones se tergiversa este Libro de tal modo que ya no sea la voz directa de Dios al alma, queda la Biblia más por completo expulsada de la mente que si uno fuera escéptico a machamartillo. Las explicaciones o las críticas que arrojan dudas sobre la palabra de Dios, y que llevan a los hombres a creer que no significa lo que claramente dice, los aparta de la fe; y así queda abierto el camino para dar el paso siguiente que consiste en « escuchando a espíritus engañadores, y a doctrinas de demonios ».

Pero ninguna de las interpretaciones, explicaciones o doctrinas mixtificadoras de la Biblia pueden compararse, en sus perniciosos resultados, con el descuido del estudio individual del Sagrado Libro. La

mayoría de los cristianos de profesión rara vez abren la Biblia de uno a otro cabo del año.

Aunque dicen que creen en la Biblia, apenas saben algo de lo que realmente contiene. No han cavado en sus minas de promesas, instrucciones, avisos y profecías, y así pueden ser inducidos a prestar oídos a estos « espíritus engañadores » aun pensando seguir la dirección del Señor. Dios ha puesto en su palabra estos avisos contra « espíritus engañadores » en forma tal, que cualquiera pueda leerlos y entenderlos. Dejar de estudiar la Biblia es apartarse de la luz que descubre las trampas del engañador. Esto pone al individuo en situación muy favorable para adherirse a las disolventes doctrinas de la alta crítica y consolarse al mismo tiempo con la idea de que cree en la sagrada palabra. Como no conoce personalmente la palabra, es incapaz de discernir y así se deja llevar como un ciego e ignorante.

Hay que observar también con atención que a la desviación de la fe sigue el escuchar « a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios ». Y no puede ser de otro modo, pues cuando los hombres dejan de prestar oídos a la Biblia, que expone todos los engaños de Satanás, no cabe duda de que los arrastrará hasta caer en sus lazos. El gran alcance que tendrán estos engaños milagrosos lo dice mejor el profeta en los siguientes términos: « Y hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra por medio de las señales que

le han sido dadas para hacer en presencia de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hagan la imagen de la bestia, que tiene la herida de espada, y vivió. » Rev. 13 : 13, 14.

Lector, ¿qué piensas de esto? Si vieras un poder capaz de hacer un milagro como el de hacer « descender fuego del cielo, » ¿no te dejaría convencido? Pero ponte alerta. Dios te precave en el lenguaje más claro y más directo contra estos « espíritus de demonios » que van « a los reyes de la tierra y de todo el mundo», luciendo su poder de hacer milagros. ¡Cuán necesario nos es, pues, en estos tiempos tan peligrosos, adherirnos íntimamente a la potente Roca, para no ser trastornados por los astutos engaños del enemigo!

Por supuesto, que este maravilloso poder que ha de desplegarse tan vistosamente hasta hacer «descender fuego del cielo » no se ha manifestado aún; pero los que « preguntan a pitón » como lo veremos ahora, y obran en oposición abierta contra la palabra de Dios, se encuentran en todas partes, y procuran convencer a todos de que hay « grandes milagros envueltos en el moderno espiritismo. » Investigad sinceramente, dicen, « y os convenceréis ».

Sobre este punto puede citarse la típica aseveración de un afamado pastor de Boston que da cuenta de lo que le pasó con el espiritismo. Después de haber dicho en las columnas de una importante revista lo que vió hacer a los mediums, añade: « Aquí tenemos hechos *maravillosísimos*. ¿Cómo darse cuenta de

ellos? » La predicción del profeta es que él « hace grandes señales ». ¡Cuán al pie de la letra no se ha cumplido esto en los « milagros » aducidos por el moderno médium espiritista, y en la creencia difundida entre la clase educada de que los títulos con que pretende acreditarse el espiritismo son *hechos milagrosos*!

Los « caudillos del pensamiento » consideraban al principio el espiritismo como artificioso engaño. Los « golpes o llamadas », las « mesas que bailan », etcétera, de hace cincuenta años, se realizaban con lámpara a media luz y había amplio campo para asegurar que todo esto no era más que puro juego de manos; pero ahora estas mismas cosas se hacen a la claridad del día, o a la luz deslumbradora de lámparas eléctricas. No todas las mentes son iguales, y de aquí que no todos se dejen convencer por este solo linaje de manifestaciones espiritistas. La telepatía, el hipnotismo y la lectura del pensamiento parecen ser más « científicos » y algunas personas cultas caen en el espiritismo por estos medios. Un número mayor se afilian por la seguridad que tienen de que los mediums pueden comunicarse con los amigos difuntos. Y así podríamos recorrer la lista de los varios modos de atracción de que dispone este espiritismo de múltiples aspectos para engañar a los hombres y hacerlos caer en sus maléficas y arrebatadoras redes.

Hace más de sesenta años, cuando el moderno espiritismo hacía sus primeras apariciones por medio

de los « golpecitos a las puertas » de las hermanas Fox en Nueva York, que pronto adquirieron fama universal, un diligente investigador de las profecías relativas a las obras maravillosas de Satanás predijo que «pronto sería tenido por blasfemia el hablar contra los golpes en las puertas, y que éstos se difundirían más y más, que el poder de Satanás iría creciendo, y que algunos de sus apegados secuaces tendrían el poder de hacer milagros, y hasta el de hacer descender fuego del cielo a la vista de los hombres... Por medio del golpeteo en las puertas y del mesmerismo, estos modernos magos explicarían todos los milagros realizados por nuestro Señor Jesucristo y que muchos creerían que todos estos milagros del Hijo de Dios cuando estaba en la tierra, eran realizados por el mismo poder... Llegará pronto el tiempo en que tendremos que asirnos del fuerte brazo de Jehová, pues todas estas grandes señales y prodigios del diablo están señalados para engañar y trastornar al pueblo de Dios. »

Deben convencerse los cándidos de que el espiritismo, debido a la adhesión de los grandes sabios contemporáneos, está en vías de llegar pronto al momento en que ha de verificarse la predicción de que sería « tenido por blasfemia » el hablar contra las obras de los demonios, obras que la palabra de Dios desenmascara y prohibe tan terminantemente.

Satanás es muy astuto en sus engaños, y no presenta desde luego sus mayores milagros, sino que poco a poco y por medio de muchas tretas va ganando

camino. Los ignorantes y supersticiosos, y aun gente culta, caen fácilmente en la trampa por medio de las llamadas a las puertas y otras mañas por el estilo. Para engañar a otros tiene que valerse de lazos más sutiles; pero de uno o otro modo va abriéndose paso realizando « maravillas » siempre mayores y haciendo caer en sus múltiples trampas a miriadas de incautos de toda condición. Así es como el espiritismo va ganando influencia a hurtadillas, preparando el camino para el gran engaño de Satanás, de hacer « descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres ». Rev. 13 : 13.

Satanás sabe que tiene poco tiempo (Rev. 12 : 12). También conoce las profecías que hablan, pintándola tan a lo vivo, de aquella espléndida escena en que el Hijo del Hombre ha de aparecer en deslumbrante gloria; y de aquí que prepare engaños para representar llamas de fuego en los cielos, y este « fuego » descienda « a la tierra delante de los hombres ». Así es como hará por engañar a los que sigan verdaderamente la Biblia y se atengan a ella con más fidelidad, y que esperen la venida de su Salvador en gloria. Así preparará Satanás los espíritus de los hombres para poderlos engañar, aun remedando en cuanto le sea posible la segunda venida de Cristo. ¿Quién puede resistir a tan culminante engaño, sino el que esté eficazmente fortalecido contra él por la palabra de Dios y la experiencia diaria que se adquiere siguiendo las direcciones de la luz del mundo? Pero tenemos la infalible promesa de nuestro Padre

celestial de que no ha de ser engañado nadie que descanse confiado en el seguro fundamento.

Hablando de los que tienen espíritu de pitón, dice Isaías: « Y si os dijeren: Preguntad a los pitones, y a los adivinos que zonzorrean hablando. ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿por los vivos, a los muertos? A la ley y al testimonio: si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido. » Isaías, 8 : 19,20. Todos saben que no hay casi rincón del mundo en que no se encuentre alguien que tenga « espíritu de pitón » que ronde alrededor de él. El « médium espíritu » se encuentra casi en todas partes; y millares de personas que hace pocos años se burlaban del espiritismo, teniéndolo por superstición de ignorantes, lo abrazan hoy día como « admirable verdad ». Hay jefes de los más poderosos gobiernos del mundo, junto con sus principales consejeros de Estado, que apelan a los espíritus para que les dirijan en asuntos de orden público, tanto como en asuntos de menor importancia. Y así es como cumplen al pie de la letra la predicción de que los « reyes » de la tierra caerán bajo el poder del encanto seductor de los espíritus.

No hay nada que la palabra de Dios condene tan terminantemente como el acudir a « los pitones ». « No os volváis a los encantadores y a los adivinos: no los consultéis ensuciándoos en ellos: Yo Jehová vuestro Dios. » Lev. 19 : 31. « No sea hallado en ti quien haga pasar su hijo o su hija por el fuego, ni adivinador de adivinaciones; ni agorero, ni sortílego,

ni hechicero, ni encantador de encantamentos, ni quien pregunte a pitón, ni mágico, ni quien pregunte a los muertos; porque es abominación a Jehová cualquiera que hace estas cosas. » Deut., 18 : 10-12.

Aunque hay millones de engañados por estos «pitones», Dios lo ha dispuesto todo de tal manera que nadie quede completamente satisfecho con lo que tengan que ofrecerles los espíritus. Hay un vago misticismo en todo esto, y una niebla de superstición lo envuelve. No le da libertad a la mente, por más que a veces pueda darle cierta clase de descanso. Lo único que puede darnos completa satisfacción y dejarnos conscientemente satisfechos de lo presente y seguros respecto de lo porvenir, es la verdad que viene del mismo Dios, que no se vale de mediums, sino de su palabra y de las operaciones definidamente determinadas de Su Espíritu. Estas son siempre claras, sin viso alguno de vaguedad, ni descaminado misticismo, y dejan lleno de satisfacción al que la recibe y le dan perfecta paz y descanso.

No hay para qué aducir más pruebas en demostración de que el espiritismo, o sea el acudir « a los pitones », está prohibido por la palabra de Dios, y es un engaño del maligno. Lector, vuelve a leer los avisos que Dios ha dado contra los engaños del enemigo, preparados por su artera mano para estos últimos días; y no te olvides de que el Maestro ha dicho que su venida es « según la operación de Satanás, con toda potencia, y señales, y milagros mentirosos », y de que su fuerte amonestación es: « Y las

cosas que a vosotros digo, a todos las digo: Velad. »

La obra y el poder engañosos de los magos en días de Moisés eran tan grandes y podían imitar tan maravillosos prodigios, que Faraón con su espíritu carnal se persuadió de que la obra de los magos igualaba a la realizada por la mano de Moisés, animada por el Espíritu del Dios vivo. Y contestando a la pregunta: « ¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo? » Jesús hace especial mención de que « se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas; y darán señales grandes y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos. » Mateo, 24 : 3,24.

Así es como la siempre infalible palabra de Dios nos da aviso tras aviso para guardarnos del poder falaz y milagroso de los « falsos Cristos y falsos profetas » de que Satanás ha de valerse en los últimos días para atraer a los hombres como con señuelo y despeñarlos en la eterna ruina. ¡Cuánta atención no debemos, pues, prestar al aviso: « Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. »! Mateo, 24 : 4,5. Nunca seremos por demás cuidadosos y cautos, pues el ángel caído que ha dedicado toda su actividad poderosa por espacio de seis mil años de la historia de la tierra a la única tarea de engañar a la humanidad y apartarla de Dios, está ahora haciendo su último esfuerzo y más obstinado por engañar y destruir.

La palabra de Dios se muestra fiel desenmasca-

rando todos estos engaños, de tal modo, que podamos reconocerlos, tales cuales son y tan pronto como aparecen; y prestando oídos a las aseveraciones del divino libro, podemos descansar seguros en las promesas de nuestro Padre celestial, y escapar así de todos los lazos del enemigo. Encontrarnos dispuestos a ir al encuentro del Maestro a su segunda venida; tal debe ser nuestra gran preocupación, pues nos ama con amor eterno, y su venida tiene por objeto destruir el reino del pecado, con toda su consiguiente maldición, y llevar consigo al eterno y perfecto hogar a todos los que le hayan recibido.

Ya que nos ha manifestado tan plenamente su amor, ¿cómo podemos estimar en tan poca cosa los avisos que nos da contra los grandes engaños de nuestro tiempo, y retrayéndonos del estudio de su palabra y de la fe en lo que dice, perdernos para siempre? La palabra de Dios, la bendita Biblia, debería ser nuestro maestro y nuestra guía de confianza. « La ley de su Dios está en su corazón, por tanto sus pies no titubearán. » Salmo, 37 : 31. « En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti. » « Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbre a mi camino. » Salmo, 119 : 11, 105. « Sentencia firme: Que guardarás paz, paz; porque en ti se han confiado, confiad en Jehová perpetuamente; porque en el Señor Jehová está la fortaleza de los siglos. » Isaías, 26 : 3,4.

La palabra de Dios está llena de tan « preciosas y grandísimas promesas ». Busquémoslas y nutrá-

monos de ellas; pues de hacerlo así, podremos ver y evitar todo peligro. El estudio atento de la palabra de Dios debe, por la naturaleza misma de las cosas, constituir la base de nuestro esfuerzo por prestar atención inteligente al mandato del Salvador: « Velad... porque cuando viniere de repente, no os halle durmiendo. » Marcos, 13 : 35, 36.

No sería posible, dentro de los límites de estas páginas, señalar todos los engaños que Satanás tiene preparados para estos últimos días. Ni tampoco sería necesario ni prudente el intentarlo, pues todo cuanto Satanás ha ideado y preparado para con ello cegar al pueblo de esta generación e impedirle gozar la esperanza o realizar el poder de las promesas de la pronta venida de Cristo, todo esto puede reconocerse si tomamos la palabra por constante consejera y guía.

Lector, ¿no quieres prestar oídos a los serios y fieles avisos de la palabra del Señor? El Padre celestial ha puesto tan al desnudo los engaños del enemigo, que no podemos tropezar en las trampas de Satanás siempre que nos guíe Aquel que es la «Luz de la vida».

« He aquí que yo estoy parado a la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz, y me abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. » Rev., 3:20.

« Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen; y yo les doy vida eterna, y para siempre no perecerán, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dió, mayor que todos es; y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. » Juan, 10 : 27-29




## CAPÍTULO X

POCAS personas relativamente esperaban la gran guerra que estalló en Europa el 31 de Julio de 1914. Habíanse aducido argumentos convincentes para demostrar que los terribles armamentos de las diferentes naciones harían evitar la guerra. Había sido también demostrado, así lo pensaban personas de influencia, que la guerra no estallaría sin el consentimiento del poder del dinero, y que éste prevendría un conflicto general europeo a causa del enorme riesgo que envolvería para el comercio. Y había millones de personas que pensaban que la fuerte oposición de los cuerpos influyentes de socialistas y de organizaciones del trabajo que se oponían a la guerra como un solo hombre, harían imposible que los go-




bernantes hicieran levantarse en armas a la masa del pueblo de una nación contra la de otra nación.

Además, también se insistía enérgicamente en que la « civilización cristiana » del siglo xx estaba tan adelantada, que el mundo se había sobrepuesto a las barbaries y a las inhumanidades del soldado. Pero el gran conflicto estalló como explosivo de dinamita. En unos cuantos días, nación tras otra se vieron envueltas en la contienda, y antes de que los hombres se dieran cuenta exacta de ella, el mundo vió conmovido de horror y con la boca abierta de espanto la mayor parte de Europa, gran parte de Asia, mucha de Africa y de América, y de otras regiones del orbe, envueltas en el conflicto.

Las gentes quedaron estupefactas. Costábales creer que fuera posible que las grandes « naciones cristianas » del viejo mundo se hubieran metido en tan pavorosa tormenta de guerra. Empezaron a pre-

guntarse: « ¿Ha quebrado nuestra civilización? ¿Para nada sirve nuestro cristianismo? » No podían comprender cómo semejante conflicto tan cruel y tan bárbaro pudiese estallar, y destruir así todas las esperanzas acariciadas y los sueños de paz, y violar todo sentimiento que abrigaba el partido contrario. Y en vista de esta situación, miles de personas se han preguntado seriamente y con angustia: « ¿No hay luz avante? ¿Ha de quedar afligido el mundo por guerras mal de su grado y a pesar de su horror a las crueldades y a la matanza en gran escala, resultante del uso de las armas modernas? » Pero a estas preguntas respecto del porvenir de la guerra



La fragata *Hartford*, buque insignia del almirante Farragut en la batalla de Mobile Bay el 5 de agosto 1864. Según refiere Oliver Wendell Holmes, el almirante «hizo de su mástil un trono» en la escotilla principal del buque y dirigió felizmente uno de los más audaces y famosos combates navales de la historia. La *Hartford* estaba movida por vapor y velas, y era uno de los mejores buques de combate en aquella todavía reciente época. Desplazaba 1,900 toneladas. Su velocidad a vapor era de ocho nudos y a vapor y vela combinados, de once nudos. Montaba veintidós cañones Dahlgrens de nueve pulgadas, dos cañones Parrot de veinte libras y una ametralladora Sawyen en el castillete de proa. Las gavias estaban protegidas con planchas de hierro y armadas de obuses. Basta considerar lo que en este punto es hoy del dominio común para convencerse del asombroso adelanto realizado por la marina de guerra durante los últimos cincuenta años.

en este mundo, hay una contestación terminante. Mientras haya perversidad en el mundo, podemos esperar que haya guerras. Además, hay muchas profecías claras y positivas referentes a este tiempo en que vivimos. Una de ellas es la que sigue: « Y las naciones se han airado, y tu ira es ya venida, y el tiempo de los muertos para que sean juzgados, y para que des el galardón a tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños, y a los grandes, y para que destruyas los que destruyen la tierra. Y el templo de Dios fué abierto en el cielo, y el arca de su testamento fué vista en su templo, y fueron hechos relámpagos, y voces, y truenos, y un terremoto, y grande granizo. » Rev., 11 : 18, 19.



El monitor *Florida*, destinado a la defensa de las costas de los Estados Unidos. Es un tipo de buque en el cual se delatan los primeros perfeccionamientos introducidos en el monitor de Ericsson, que fué el precursor de las modernas torres giratorias en los buques de combate. Desplazamiento, 3,235 toneladas; velocidad, 11'5 nudos; artillado: dos cañones de doce pulgadas, cuatro de tiro rápido de cuatro pulgadas, tres de seis libras, cuatro automáticos de una libra, cuatro de tiro rápido de una libra y dos automáticos de treinta calibres. Aunque el Congreso autorizó su construcción en 1898, ya había quedado anticuado y sin valor combatiente diez años después, siendo destinado para blanco en los ejercicios navales de artillería.

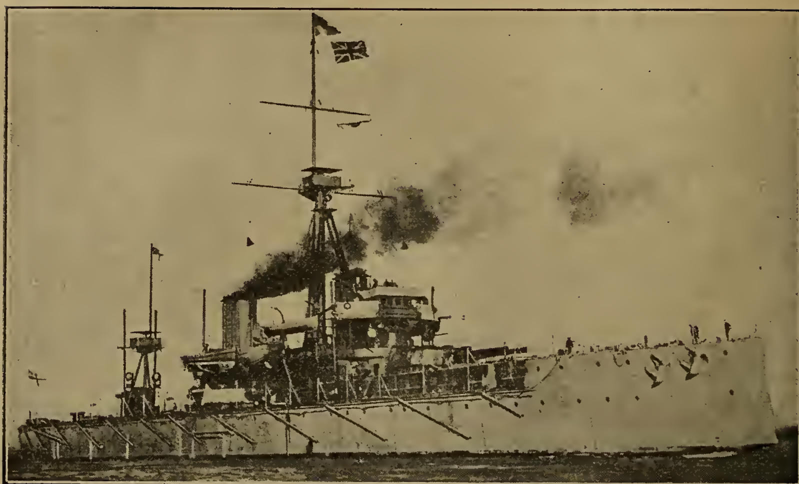


El acorazado norteamericano de combate *Connecticut* en su prueba de navegación por las costas de Maine. Desplazamiento, 16,000 toneladas; velocidad, 18 nudos; artillado: cuatro cañones de doce pulgadas, ocho de ocho, doce de siete, veinte de tres de tiro rápido, doce semiautomáticos de tres libras, ocho de una libra, dos de campo de tres pulgadas, seis automáticos de treinta calibres, dos ordinarios de la misma medida y cuatro tubos lanzatorpedos de veintiuna pulgadas. El *Connecticut* fué autorizado por el Congreso en 1902 y desde entonces hasta 1905 construyó el gobierno de los Estados Unidos varios buques de mismo tipo, con algunas modificaciones, de las que la principal consistió en reemplazar los cañones de ocho pulgadas por otros de doce. Los Estados Unidos poseían ocho acorazados del tipo del *Connecticut* cuando el presidente Roosevelt mandó la escuadra a visitar los principales puertos del mundo. lo que motivó muchas discusiones. Pero en la época de esta mundial exhibición marítima ya se había construído el primer *Dreadnought*, cuya incomparable ventaja en velocidad y artillería le capacitaban, según general opinión, para vencer en combate a todos los *Connecticut* y demás buques de la flota americana.

Este pasaje nos pone frente al « tiempo de los muertos, para que sean juzgados ». Se nos presentan escenas de juicio en lenguaje que no da lugar a interpretaciones ambiguas. Obsérvese que el texto dice que en aquel tiempo « las naciones se han airado». Así que cuando el gran día del Juicio esté inminente, las naciones estarán « airadas ». No se encontrarán en paz, como los hombres lo habían predicho.

Otro pasaje lleva el mismo testimonio: « Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos a manera de ranas. Porque éstos son espíritus de demonios, que hacen prodigios, para ir a los reyes de la tierra, y de todo el mundo para congregarlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso. » Rev., 16 : 13, 14.

¡Cuán amplia es la aplicación de este pasaje! « Los reyes de la tierra, y de todo el mundo », por medio de las obras de los espíritus malignos han de reunirse en « batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso ». Debemos tener presente que el Señor ha dicho: « ¡Ay de los moradores de la tierra, y de la mar! porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo. » Rev. 12 : 12. Este espíritu maligno está lleno de ira, y conforme a lo que dice esta profecía bíblica del capítulo XVI de Revelación, va a « los reyes de la tierra » para volverlos « airados » cuando « sepa » que su tiempo es corto y que el « gran día del Todopoderoso » está casi a la puerta. El mismo espíritu



**Acorazado inglés de combate «Dreadnought»**

Este acorazado constituye una poderosa unidad de combate, según se desprende de las siguientes características: Eslora 160 m., puntal 25 m., desplazamiento 18,000 toneladas, velocidad 21 nudos, coraza 279 m/m, torrecillas 279 m/m, artillado doce cañones de doce pulgadas y diez y ocho de tres pulgadas.

Este buque revolucionó la moderna marina de guerra. Retrotrayéndonos al *Oregón*, autorizado por el Congreso de los Estados Unidos en 1890, vemos que desplazaba tan sólo 10,288 toneladas y únicamente montaba cuatro cañones de artillería gruesa. Se le tuvo en su día por uno de los mejores acorazados de combate y cobró fama por su atrevida travesía desde la bahía de San Francisco a Santiago de Cuba, a donde llegó oportunamente para tomar parte en el célebre combate con la escuadra española. Como resultado de las experiencias adquiridas en la guerra hispano-americana, se aumentó gradualmente el tamaño de los acorazados hasta alcanzar el tipo del *Connecticut* de 16,000 toneladas. Pero al estallar la guerra ruso-japonesa, Inglaterra obtuvo permiso para que algunos de sus mejores técnicos navales acompañaran a la escuadra japonesa en todas sus operaciones. Tan luego como terminó la guerra, se reunieron estos técnicos y proyectaron el *Dreadnought*, que estuvo construído al año de habérsele puesto la quilla. Anteriormente, se habían creído necesarios de tres a cuatro años para la construcción de un acorazado.

Terminado el *Dreadnought*, era más largo que el mayor crucero de combate y excedía de 21'5 m. a la longitud de cualquiera de los acorazados hasta entonces existentes. Monta diez cañones de doce pulgadas en las torres, y por estar las del centro más altas que las de popa y proa puede concentrar los fuegos de seis de ellas hacia delante o hacia atrás y ocho a cada banda, sin que los disparos de una pieza estorben en nada a los de las otras.

Los cañones del *Dreadnought* eran a raíz de su botadura del último modelo balístico de mucha potencia, seguridad y eficacia; y como la gran cabida del buque y su disposición interior permitían colocar los cañones holgadamente sobre cubierta, muy apartados unos de otros, y además los montaba aspillerados en las torres, era muy difícil que el enemigo le inutilizara toda la artillería. En resumen, este gran buque de combate fué construído en un año y dejó tan atrás a los tipos entonces existentes, que todas las naciones empezaron a porfía la construcción de acorazados del mismo modelo, que por este motivo se llaman genéricamente *dreadnoughts*, que significa: *sin miedo*, o mejor todavía: *nada temo*.

maligno ha hecho por mantener al pueblo en la ignorancia de sus obras llenándole la mente con la idea de que nos acercábamos a un tiempo de paz universal en vez de acercarnos a una guerra feroz, cual el mundo no la ha conocido jamás.

El profeta Joel también nos da una muy viva descripción de los grandes aprestos bélicos cerca del fin del tiempo. Dice: « Proclamad esto entre las na-



**El super-dreadnought «New York», de la flota de guerra de los Estados Unidos.**

Con su gemelo *Texas* fué autorizado en 1910. Desplaza 27,000 toneladas con velocidad media de 21'6 nudos, y en las pruebas marinas navegó a 23'39 nudos por hora. Monta una batería principal de diez cañones de catorce pulgadas con cuatro tubos lanzatorpedos de veintiuna pulgadas. Su coste total fué de 12.500,000 dólares. El *Nevada* y el *Oklahoma*, autorizados en 1911, desplazan 27,500 toneladas, mientras que el *Pennsylvania* (1912) y el n.º 39 (1913) tienen ya 31,500 y 31,400 toneladas respectivamente. La gran cabida de estos dos últimos buques les permite montar, en vez de diez, doce cañones de catorce pulgadas. La estadística de los acorazados de línea trae forzosamente a la memoria las palabras del ministro de la marina británica, que decía refiriéndose a estos buques: «Antes de nacer vivió tres años de su breve vida y antes de botarlo al agua ya estaban proyectados los buques capaces de echarlo a pique.»



**Barco de guerra español**

*Carlos V*, anclado en el puerto de Barcelona

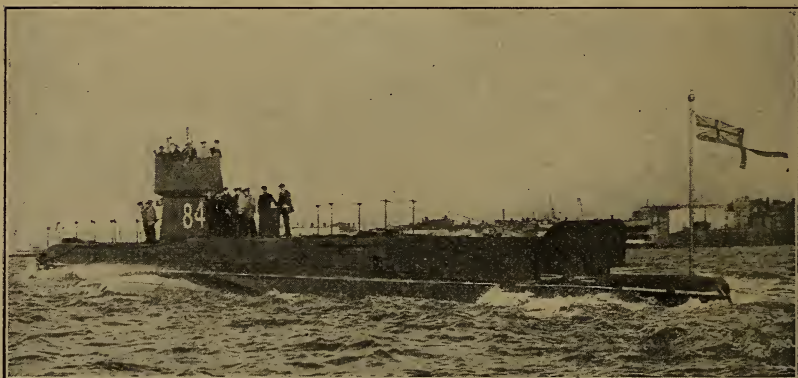
(*Standard Jorge Venini,*' *Barcelona*)

ciones: ¡declarad guerra; animad a los valientes! ¡acérquense y suban todos los hombres de guerra! ¡Forjad vuestras rejas de arado en espadas y vuestras hoces en lanzas! Diga aún el débil: ¡Yo soy valiente! ¡Apresuraos a venir, congregadas a una, todas las naciones de en rededor! ¡Allí conduce a tus valientes, oh, Jehová! ¡Despiértense y suban las naciones al Valle de Josafat! porque allí me sentaré yo para juzgar a todas las naciones puestas a la redonda. ¡Meted la hoz, porque la mies está ya madura! ¡Venid, pisad, porque lleno está el lagar; rebosan las tinas; porque grande es la iniquidad de ellos! ¡Multitudes, multitudes, en el Valle de Decisión! porque cercano está el día de Jehová en el Valle de Decisión. El sol y la luna se entenebrecen, y las estrellas retraen su resplandor. Jehová también rugirá desde Sión, y desde Jerusalén hará resonar su voz; y se estremecerán los cielos y la tierra: pero Jehová será refugio para su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. » Joel, 3 : 9-16.

Este pasaje presenta también las escenas del Juicio. « Porque allí me asentaré yo para juzgar a todas las naciones, puestas a la redonda. » Y más adelante: « ¡Multitudes, multitudes, en el Valle de Decisión! porque cercano está el día de Jehová en el Valle de Decisión. » Ahora bien, obsérvese que con la misma claridad con que este pasaje nos muestra al Señor sentándose para « juzgar a todas las naciones » y señala el tiempo en que « cercano está el día de Jehová », nos dice también: « Proclamad, pues,

esto entre las naciones. ¡Proclamad guerra; animad a los valientes! ¡Acérquense y suban todos los hombres de guerra! ¡Forjad vuestras rejas de arado en espadas, y vuestras hoces en lanzas! Diga aún el débil: ¡Yo soy valiente! »

Vemos cómo la enseñanza de la Escritura da importancia al hecho de que los últimos días han de estar caracterizados por la intensidad del espíritu guerrero tanto como por la intensidad del vicio, de la criminalidad y de la violencia, del afán de atesorar riquezas, y así hasta el fin de la siniestra lista.




**Submarinos oceánicos**

A fines del siglo pasado algunos inventores llamaron la atención de los gobiernos por la seguridad en que decían estar de construir barcos que moviéndose bajo el agua se acercaran a un buque enemigo y le lanzaran un torpedo sin ser vistos. La idea fué recibida al principio con mucha incredulidad; pero veinte años de experimentos y mejoras han producido un submarino oceánico de combate que por lo formidable es un verdadero terror de los mares.

La primera opinión que se tuvo de este tipo de barcos fué que su acción quedaría mayormente contraída a la defensa de puertos y costas; pero nuestro grabado representa un submarino capaz de navegar miles de millas en busca del enemigo. Excepto cuando entran en acción, navegan sumergidos, y los últimos modelos están armados de pequeños cañones, además de poder disparar torpedos. Han logrado permanecer bajo el agua durante veinticuatro horas.

(*Fot. Paul Thompson*)

Por conducto de su profeta, el Señor dice la verdad acerca de las naciones. Serán « airadas ». Habrá preparativos de guerra, y el mundo entero se juntará en el gran campo de batalla de Armagedón.



**Los célebres fuertes de Sebastopol**

Interior de una casamata artillada de Sebastopol, en que se ven los lienzos de cuerda empleados por los rusos para proteger a sus artilleros contra las descargas del fusil Minié.

Es una vista de la fortificación más adelantada que se conocía en tiempo de la guerra de Crimea, de 1854 a 1856. Jefferson Davis, ministro de la Guerra de los Estados Unidos entonces, envió a los mayores Delafield y Mordecai en concepto de agregados al teatro de operaciones. Estos mayores dijeron en su informe acerca de las obras de fortificación:

«Es sumamente importante y de mucho interés su estudio a los oficiales de nuestro ejército, porque son de construcción reciente y análogas en gran parte al sistema que hemos adoptado para la defensa de nuestras costas, y también porque han resistido los más violentos ataques que pudieron emprender contra ellas las escuadras combinadas de Inglaterra, Francia y Turquía.» Los fuertes exteriores de las defensas de Sebastopol tenían 261 cañones y las escuadras aliadas montaban 2,156 piezas de artillería, la mitad de las cuales podían disparar en andanada contra los fuertes. Esto suponía un fuego continuado de 1,078 proyectiles contra las fortificaciones de Sebastopol, parte

La primera edición de este libro salió a luz en el año 1899, y en el capítulo sobre la guerra se decía que « algunos se lisonjeaban sin motivo bien fundado con la esperanza de que estos instrumentos de la guerra moderna se van haciendo tan temibles por su poder destructor, que los hombres temerán incitarse unos a otros a librar batalla. Jamás se ha visto tamaño error... No se tranquilice nadie al pensar que el espíritu guerrero del mundo quedó contenido hasta ahora, y que por lo tanto el estallido no se verificará jamás... La declaración profética dice que el espíritu belicoso ha de prevalecer en el mundo entero... El sueño de una paz universal no ha de realizarse jamás en este mundo mientras siga lleno de hombres perversos. «Mas los impíos, como la mar en tempestad, que no se puede reposar; y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos. » Isaías, 57 : 20,21. El día que está para romper sobre nosostros, ha de estar lleno de terrores para el que no se haya preparado para ir a su encuentro... ¿Quién puede decir cuándo el decreto divino dejará de contener el peligro del conflicto? Y

---

de las cuales representa el grabado. La distancia de los buques enemigos a los fuertes fluctuaba en toda la línea de 550 a 1,370 metros. El bombardeo duró cinco horas y media, y dice el informe que ni quedaron destruídos los fuertes ni se fué ningún buque a pique. Estos hechos relativos al histórico y famoso sitio de hace medio siglo parecen juego de niños en comparación de los adelantos actuales.

Otros interesantes pormenores del informe de la comisión norteamericana son:

1.º Las «baterías flotantes», que presagiaban nuestros modernos buques acorazados.

2.º La «telegrafía eléctrica» fué otra novedad en el arte de la guerra, empleada por vez primera en este memorable sitio.

3.º «Minas que estallaron por la acción de baterías voltaicas.»

4.º «Torpedos que estallaron al chocar con un buque.»

5.º «El intento de adaptar el tiro rápido a la artillería gruesa.»

6.º «Un cañón de carga por la culata», no siendo todavía lo bastante perfeccionado para recomendar su adopción.



**Buque aéreo**

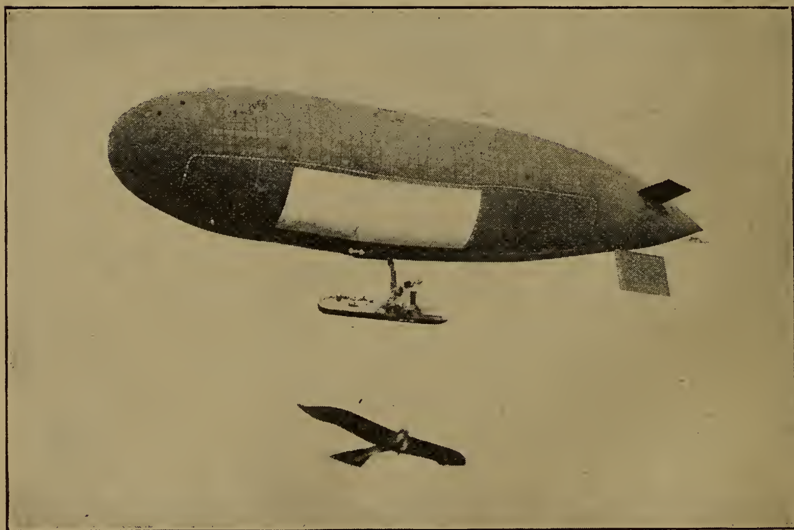
**El zepelín *Schwaben*. Las aeronaves de este tipo intimidaron a los habitantes de algunas ciudades europeas durante la guerra actual.**

(*Fot. Paul Thompson*)

cuando haya llegado aquel día de guerra universal y horrible, debemos encontrarnos al amparo del Sér Infinito, para no ser aplastados por el choque del furioso ataque de las airadas naciones de la tierra. »

Estas aseveraciones que hacíamos entonces se basaban en las declaraciones proféticas; y por espacio de más de un tercio de siglo, antes de escribir las palabras que acabamos de recordar, las personas responsables de la publicación de este libro han estado enseñando que las profecías muestran que la guerra y no la paz ha de caracterizar a esta genera-

ción. Estas mismas personas han estado enseñando que ninguna guerra en lo pasado podrá compararse con la que ha de presenciarse durante los años que han de preceder inmediatamente a la segunda venida de Cristo. Seguro es que las condiciones en que ha de hallarse el mundo, mostrarán que las explícitas predicciones de los profetas se estarán realizando entre las airadas naciones de todo el mundo. Las teorías de los que hacen oposición a la palabra de Dios en el caso particular, así como cualesquiera otras en cualquier caso, han de desmoronarse y quedar en colosal montón de ruinas.



**Buques aéreos**

Un dirigible del tipo *Parseval* fotografiado mientras un aeroplano del tipo *Paloma* volaba por debajo de él.

(*Fot. Paul Thompson*)



**Fuertes aéreos**

**Biplano francés armado de un cañón de tiro rápido.**

(*Boston Photo News C°*)

Pero se hace continuamente la pregunta: « ¿Por qué han de estallar necesariamente estas guerras? ¿No hay medio alguno de impedirlas? » Uno de los textos ya citados en este capítulo contesta a esta pregunta. Dice que no hay paz para el malvado. Y cuando consideramos la maldad que hace erupción en estos tiempos, cuando consideramos la injusticia y la violencia, cuando recordamos las vanas formas de religión que sólo ofrecen un fementido cristianismo, ¿qué otra cosa podríamos esperar sino el espíritu de ira y de contienda que ha de rematar en guerra?

Algunas de las preguntas que suelen hacerse con más frecuencia desde que estalló la guerra de 1914

en Europa, son las siguientes: « ¿Ha fracasado el cristianismo? ¿Qué es de nuestras naciones cristianas? » El *Wall Street Journal,* comentando sobre el particular, decía: « Si el cristianismo fracasó, ¿qué lo substituirá? Ninguna persona de juicio que crea verdaderamente en los elevados principios morales que profesa, dejará de ver que la causa de esta aterradora suspensión de la justicia es la negación del cristianismo. Es la deificación de la fuerza. » El *Journal* habla en seguida del vulgo de las generaciones pasadas como de un pueblo « humilde, reverente, activo, valiente, pero no en manera alguna belicoso; amigo de la paz y del hogar y de su país, como los hombres deben amar estas cosas. Pero la moderna máquina de guerra ha cambiado todo esto. Ha substituído a estos ideales tan voluntarios y tan fuertes, la rígida disciplina del sargento instructor de reclutas, la sumisión del individuo bajo un nivel común, la substitución gradual de una norma inferior, en algunos respectos, a la de los invasores mahometanos de la Edad Media ».

Así es cómo reconocen los hombres del mundo que el espíritu belicoso que estalló en devastadora conflagración en 1914 no fué resultado de la quiebra del cristianismo, sino de la falta de cristianismo. Y a los hombres que habían confundido la « forma » con la verdadera religión de Cristo les chocó y les horrorizó el pensar que había tantas naciones cristianas empeñadas en tan salvaje guerra.

Federico Lynch, doctor en Teología, dijo acerca

de la guerra: « Tenemos el espectáculo en el siglo XX de iglesias cristianas de ocho naciones que hacen cuanto pueden por aniquilarse unas a otras, mientras que al mismo tiempo las buenas gentes de cada una de estas naciones, antes de que estallara el conflicto, no estaban animadas de malos sentimientos para con las buenas gentes de las demás naciones. Efectivamente, había muy buena voluntad. »

Pero ¿podían ser iglesias de Cristo, sino en « forma, en teoría », para empeñarse en semejante obra? Cristo ha dicho que « porque todos los que tomaren espada, a espada perecerán » y no dió ejemplo en toda su vida que autorizara el uso de la fuerza tal como se manifiesta en la guerra. El mantener teóricamente altos ideales de moralidad y desecharlos en la práctica diaria, no sólo hace del individuo un hipócrita, tal vez sin que él mismo se dé cuenta de ello, sino que al mismo tiempo hace de él el mejor blanco para toda clase de engaños. Pero téngase presente que la iglesia judaica en tiempo de Cristo correspondía a las naciones cristianas de hoy día. Todos los judíos formaban parte de la sinagoga. Eran poseedores en «forma, en teoría», de la verdadera religión de aquel tiempo, y no obstante crucificaron al Cristo. Si la masa de la humanidad de nuestros días no hubiera estado engañada por el hecho de que sus prácticas no correspondían con la medida del ideal de sus profesiones y teorías, se hubiera dado cuenta de que este mundo, por espacio de casi un siglo, se ha visto empeñado en la más furiosa preparación de la gue-

rra, y de que el sentimiento en el fondo y detrás de semejantes armamentos no podía dejar de concluir en sangrienta lucha. Pero por haber confiado en teorías erróneas, y por haber confundido las formas de la religión con la religión verdadera, el mundo había alcanzado el punto en que decía que ya nunca más podríamos tener guerra. Estaba seguro de haber llegado a la paz definitiva.

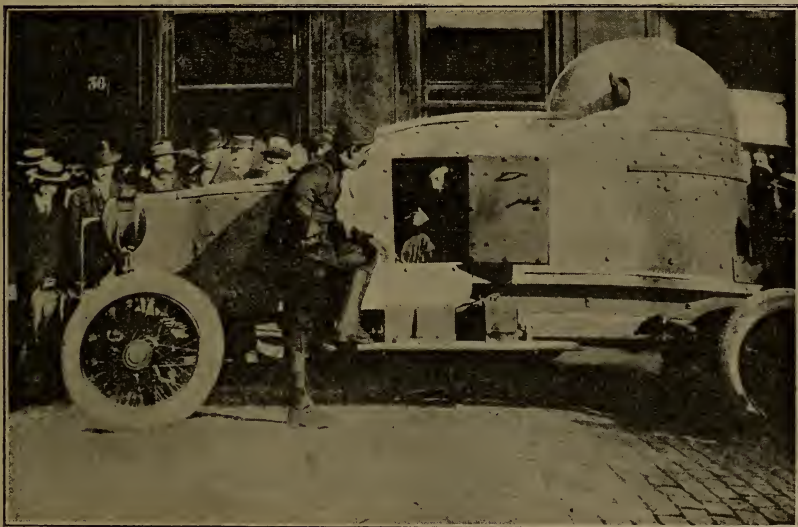
Había, sin embargo, quienes veían la incongruencia entre las palabras de paz y los preparativos de guerra. Como dijo el Dr. Carlos E. Jefferson, pastor del Tabernáculo de Broadway, de Nueva York: « Nada ha florecido tanto en la generación actual como la causa de la paz, excepción hecha de la fabricación de cañones. Al hombre vulgar le parece casi inminente el milenio; pero cuando se vuelve para mirarlo, se encuentra frente a la boca de un cañón. »

Cuando estudiamos el asunto de los armamentos, nos encontramos con las maniobras inequívocas de la mano del « invisible imperio de la riqueza ». La fabricación de municiones y de todo el variado equipo de guerra ha alcanzado proporciones tales, que la han convertido en una de las mayores industrias del mundo. Más de cuatro mil millones de dólares se necesitan al año entre las principales naciones para sostener esta gran empresa.

Los intereses pecuniarios tienen un plan debidamente organizado para conservar la fiebre de la guerra, y para obligar a los diferentes gobiernos a

gastar más y más fondos en la construcción de acorazados, cañones, aeroplanos militares y cosas por el estilo. Estadistas y periodistas influyentes, así como personajes acaudalados, se han alistado en la combinación secreta que ha trabajado con tanta actividad durante los veinticinco últimos años para provocar pedidos de material de guerra.

Dicho sea, sin embargo, en pro de periodistas y estadistas, que no todos los de mayor influencia entre ellos se han rebajado a colaborar en tan degradante tarea. Algunos de ellos se han afanado mucho en denunciarla. Nos han dicho en diarios, revistas y congresos, que este sindicato de fabricación de



Automóvil acorazado, con torre cañonera giratoria.

(*Fot. Underwood and Underwood*)

pertrechos bélicos es igualmente activo en todas las naciones del mundo. Por ejemplo, en 1913, el Dr. Carlos Liebknecht, el muy conocido socialista, sobrecogió al mundo civilizado diciéndole que en sólo su país había invertidos en la industria de la guerra cien millones de dólares de capital y que la principal empresa que explotaba este negocio tenía un diario propio que formaba atmósfera favorable para sus productos.

La Institución de la Paz Universal, fundada en 1913 por Mr. Edwin Ginn, y dotada con una renta de cincuenta mil dólares al año, dedica su publicación trimestral de Julio de 1911 al asunto de los « Sindicatos de Guerra ». La Institución dice de este folleto, que va « dedicado a exponer ante la opinión pública el desapiadado despojo de los fondos públicos en beneficio de intereses particulares y de corporaciones. Es una reimpresión de unas cartas alarmantes escritas en Londres para el *Evening Post* de Nueva York, y que conmovieron hondamente a la opinión pública por haber llevado a conocimiento de los lectores buena porción de hechos confesados e irrebatibles sobre la situación de Inglaterra, casi increíbles por la desvergüenza con que fueron cometidos. La situación es sin duda alguna casi tan mala en Alemania, Francia y en los Estados Unidos; y sabemos que es mucho peor en Rusia. »

Algunos extractos adicionales de este folleto son de interesante lectura. Refiriéndose a estos sindicatos bélicos, dice:

« Cualquier restricción en la fabricación de armamentos, ya sea por el gobierno del país, o por los gobiernos extranjeros, envuelve resultados desastrosos para las utilidades del año económico.

» Cuanto mayores son los aprestos bélicos de un país, mayor es el grito de « Más y más », de estas hijas de la sanguijuela, las industrias que suministran corazas y cañones. Y por desgracia, gran parte del vulgo encuentra provechoso unirse a este grito insensato.

» Cuéntase un caso típico de cómo uno de estos agentes de material bélico se las compuso para hacer que una potencia del Extremo Oriente encargara grandes remesas de dicho material valiéndose, el tal agente, de unos documentos que sacó a relucir y que probaban que una potencia vecina había hecho compras similares. Habiendo tomado este pedido, el agente se dirigió a una tercera potencia, de la cual consiguió un pedido aun mayor, valiéndose de la misma estratagema. Doquiera se amontonen nubarrones, ya en el Africa meridional, ya en los Balkanes, ya en Extremo Oriente, es asunto de interés para varios poderosos consorcios de fabricantes de material de guerra, el hacer presión en los acontecimientos para provocar una crisis, mientras que los partidarios de la paz carecen de organización y de dinero y corren peligro de verse denunciados como traidores a la patria.

» Se encuentra el rastro del fundidor de cañones por todo el mundo... En el país y en el extranjero

su gran riqueza lo hace peligroso. Cuando se trata de ir a caza de pingües negocios y contratas por valor de millones de libras esterlinas, el fabricante no vacila en gastarse una buena cantidad en manos sucias.

» Cito estos ejemplos, para demostrar la actividad internacional de los grandes fabricantes de material de guerra en Europa. Que toda esta diabólica actividad propende a fomentar la guerra, huelga decirlo. La buena gente que vende hoy a Turquía cien millones de cartuchos no quería oponerse a un pánico en los Balkanes ni aun a una guerra balcánica,



**Tren automóvil para servicios militares**

Un equipo de esta índole permite a las naciones movilizar tropas y material de guerra con tal rapidez, que ni soñarlo pudieron nuestros antepasados.

(*Fot. Underwood*)

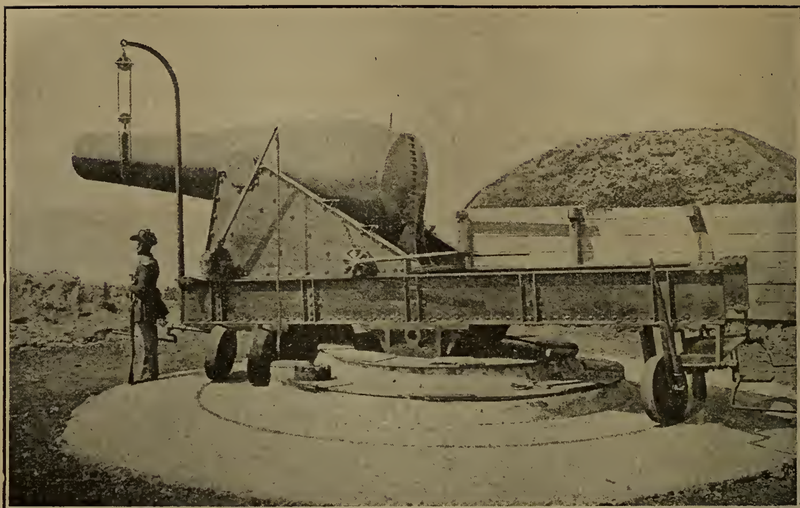
que haría que Turquía necesitase mañana cien millones más de cartuchos.

» Luego se ignora cuándo un leve perfeccionamiento del fusil dejará inutilizados una docena de millones de fusiles inservibles o fuera de uso, lo que significa un nuevo gasto imprevisto para el pueblo y nuevo aumento de ganancias para el fabricante de armas. »

La serie de folletos de la Institución de la Paz Universal, tomo 4.°, núm. 5, se titula: «Dreadnoughts y Dividendos, Exposición de la Unión del Círculo de Armamentos. » El título en sí es muy significativo. El documento es la relación de un discurso pronunciado por Felipe Snowden, en la Cámara de los Comunes, el 18 de Marzo de 1914. En este discurso, Mr. Snowden cita algunos párrafos de Lord Welby, como sigue:

« Estamos en manos de una organización de trampas. La componen políticos, generales, fabricantes de armamentos y periodistas. Todos ellos ansían nuevos gastos ilimitados e inventan noticias alarmantes para amedrentar al público y a los ministros de la corona. »

Comentando esta aseveración, Mr. Snowden dice: « Este es un tremendo cargo levantado por un antiguo servidor del país, que no fué un cualquiera. ¿Puede concretarse? Me atrevo a afirmar que sí, ante esta Cámara. Sufrimos un pánico en 1909. No fué el primero de semejante índole. Si el tiempo me lo permitiera, podría pasar revista a media docena

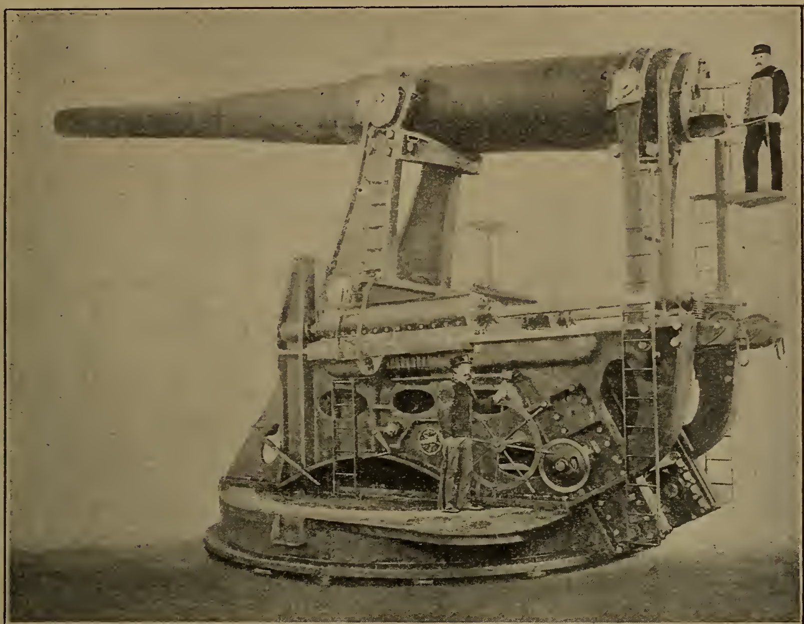


Cañón Rodman, de 15 pulgadas y ánima lisa. El señor Rodman fué un importante personaje relacionado con el departamento de artillería durante la guerra de Secesión. Sus cañones se emplearon en muchos fuertes y en los monitores. El proyectil pesaba 204 kg. con velocidad inicial de 524 m. por segundo y alcance máximo de cinco y medio kilómetros. En su época fué un maravilloso cañón, que aventajaba en sumo grado a los hasta entonces conocidos; pero resulta muy tosco e infantil comparado con los ingeniosos cañones y cureñas de cincuenta años más tarde.

(*Fot. cedida por el general William Crozier, director de artillería del ejército de los Estados Unidos.*)

de estos pánicos anteriores, y probar que todos ellos tuvieron los mismos rasgos característicos. Todos ellos debieron su origen a un período de depresión del comercio, y tuvieron por objeto obligar a los gobiernos a gastar dinero en la compra de armamentos adicionales.»

Dice más adelante Mr. Snowden: «He hablado del círculo de los armamentos. ¿Qué es este círculo? Es una combinación de cuatro o cinco, para ser bien exacto, de las principales firmas empeñadas en este comercio. No es el patriotismo uno de los rasgos dis-



Moderno cañón de carga por la recámara, montado sobre cureña de retroceso, tipo Buffington-Crozier. La fotografía representa el cañón a punto de disparar. Una vez hecho el disparo, el retroceso de la cureña restituye el cañón a la posición primitiva y el artillero lo carga y apunta resguardado detrás del parapeto que lo protege del fuego enemigo. El proyectil, de doce pulgadas y cuarenta y cinco calibres, tiene una velocidad inicial de 832 m. por segundo y un alcance efectivo de 19 km., pudiendo cargarse y disparar cada treinta y seis segundos. En 1897, cuando todavía se usaba la pólvora antigua, transcurrían cinco minutos de disparo en disparo; y si retrocedemos al cañón Rodman que se cargaba por la boca, era preciso cerca de un cuarto de hora para la carga y disparo. En 1897, la velocidad inicial del proyectil de doce pulgadas era de 616 m. por segundo; pero los inventos y mejoras realizadas en la pólvora sin humo han permitido acrecentar la longitud y potencia de los cañones, de suerte que su energía impulsiva ha aumentado casi un tercio, con ocho veces mayor rapidez en la carga y disparo, y de veinte a veinticinco veces más exactitud en el tiro. Por otra parte, el cañón 1897 de doce pulgadas ha sido reemplazado por otros más potentes, algunos de ellos de 14 y aun de 16 pulgadas. Uno de los de último modelo dispara un proyectil de 1090 kg. de peso a la distancia de 37 km. con exactitud matemática, gracias a los adelantos de la balística moderna.

(*Fotografía cedida por el general William Crozier, director de artillería del ejército de los Estados Unidos.*)

tintivos de los métodos comerciales de esta gran combinación.»

A continuación nos dice que estas firmas tienen

sucursales en España, Italia, Austria, Rusia y en otras partes del mundo, y añade: « Dije que el patriotismo no es rasgo característico de los procedimientos de estas firmas. En realidad estas firmas no son inglesas. Su administración es internacional, sus accionistas internacionales también. Por ejemplo, veo, al examinar las listas de los socios de los señores X, que éstos tienen accionistas que viven en Italia, Japón, Rusia, Brasil, Canadá, Australia, China, España y Chile; y todo bien pensado, me parece que tenemos motivos para decír que estas personas son verdaderamente internacionales... Los señores C no sólo tienen el negocio con que está asociado su nombre, sino que son dueños de la cuarta parte de las acciones de la fábrica de torpedos X y C.ª; y X y C.ª, fabricantes de torpedos, tienen también una gran fábrica en Austria que fabrica torpedos para destruir los barcos que C están construyendo ahora. De modo que los accionistas del círculo de armamentos pueden seguir adelante con serenidad de ánimo ante cualquier contingencia. Nada les importa que sea austriaco, alemán o inglés el buque que se hunde; pueden tirar sus sombreros al aire y gritar: «Más barcos, más utilidades, más pingües dividendos. »

Mr. Snowden demostró, en su discurso, que no sólo los miembros del Parlamento, sino aun « los obispos están muy bien representados » entre los accionistas en este círculo de fabricantes de armamentos. Y con relación al conflicto sangriento que estalló en Europa en 1914, hizo Mr. Snowden la sig-

nificativa aseveración siguiente: « No hace mucho, nuestro actual secretario de la sección extranjera, dijo: que si esta guerra sigue adelante, tendría necesariamente uno de estos dos resultados: o una Europa sumida en sangre hasta las rodillas o la quiebra de las naciones europeas. »

Medita, lector, en lo que tan autorizada aseveración significa. Piensa en la vil degradación que obra semejante produce; y en vista de las inmensas cantidades invertidas y del modo en que se gastan para asegurarse tamañas utilidades, ¿no es en verdad significativo que el apóstol haya dicho que el amor al dinero y el amor de sí mismo hagan peligrosos los postreros días?

En relación con esto, será interesante seguir en su marcha general el desarrollo del poder destructor del material de guerra en los últimos tiempos. Dícese que ya en 1489 los sarracenos emplearon la pólvora en toscos cañones en el sitio de Baza.

Hay pruebas de que la pólvora de cañón fué conocida y empleada en remotísimos tiempos, pero no fué materialmente perfeccionada hasta la última cuarta parte del siglo XIX. En estos últimos años, no sólo se aumentó la potencia de la pólvora de explosión lenta, sino que se inventaron otros explosivos más poderosos que la pólvora sencilla, y los instrumentos bélicos con que combatieron Napoleón y los grandes generales de antaño, no eran más que meros juguetes comparados con los que se fabrican hoy día.

Anteriormente a la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, en 1861-1864, no se empleaba ni un solo fusil que se cargara por la culata. La introducción de esta clase de fusil en el servicio de la guerra puso en manos de la infantería un arma que podía disparar con mayor rapidez que los fusiles hasta entonces en uso; siguieron inmediatamente otros perfeccionamientos en municiones, etc,... que hicieron del nuevo fusil una máquina de mayor alcance y precisión. En 1861, el Dr. R. J. Gatling inventó el fusil que lleva su nombre y cuyo ingenioso mecanismo lo habilita para seiscientos y hasta mil doscientos tiros por minuto. La ametralladora Maxim es tal vez uno de los artefactos diabólicos más conocidos de hoy día. Esta ametralladora dispara literalmente un chorro de balas. El artillero la mueve de uno a otro lado como el bombero maneja el pitón de la manguera. Arroja así sobre el enemigo un chorro de mortíferos proyectiles. Los soldados, al cargar en la actual guerra europea, suelen decir que avanzan bajo una « lluvia o tormenta de plomo ».

Una milla, poco más o menos, era el alcance efectivo del cañón que se empleaba hace una generación, y aun así, la puntería no era ni muy eficaz, ni muy certera. Desde entonces se han fabricado cañones que disparan proyectiles desde algunos cientos de ibras hasta de a tonelada y más. Y estos proyectiles se disparan con matemática precisión.

El *Scientific American* dice: « El bizarro capitán de la próxima acción naval no morirá arrimado al

palo mayor, cerniéndose sobre su buque la sombra del velamen de la nave enemiga, rehaciendo a sus hombres para rechazar el ataque al abordaje. Morirá irremisiblemente a despecho de su valor indómito, en una torre cónica construída como a prueba de ladrones fractureros, y recibirá el golpe mortal de una bala disparada por algún enemigo casi invisible, distante siete millas y de un cañón apuntado conforme a estrictas reglas matemáticas y después de resuelta una complicada ecuación algebraica.»

La ciencia ha realizado maravillas en nuestros días; y una de las mayores es la exactitud con que, como acabamos de ver, ha calculado con precisión matemática el alcance y el poder destructor de los cañones.

El tipo de buque acorazado fué proyectado por hombres que viven aún, y el curso de su perfeccionamiento señala la furia, se puede decir, con que los barcos han aumentado en número, en dimensiones, en poder y en eficacia. El contra-almirante Watt, que actuó de jefe constructor de la Oficina de Construcciones y Reparaciones de la armada de los Estados Unidos, nos dice en el *Scientific American* que la eficacia de la artillería naval entre los años de 1898 y 1912 había aumentado mil doscientas veces. Es decir, había aumentado en 120,000 por ciento. Y cuando se tiene en cuenta no sólo que el Dreadnought y el crucero Dreadnought de 1912 eran tres veces tan grandes como los cruceros y acorazados de 1898, sino que sus cañones han aumen-

tado de un modo maravilloso en alcance, en celeridad de movimiento, en manejo y en potencia destructora, hay que reconocer que las aseveraciones del contraalmirante no son exageradas. En varias de las acciones navales que ocurrieron ya en el curso de la guerra actual, los grandes acorazados y cruceros de batalla se las hubieron con unidades de combate y hasta con flotas de buques inferiores o de modelo antiguo y las hicieron pedazos, sin haber ellos sufrido perjuicios de consideración en su casco ni en sus tripulaciones. Su gran velocidad y sus grandes cañones les dieron la victoria como a gigantes que pelean contra pigmeos.

Mr. Daniels, secretario de la armada, dijo ante la junta naviera nacional que « el capitán que con un Super-Dreadnought peleara contra un Dreadnought, merecería comparecer ante el consejo de guerra ».

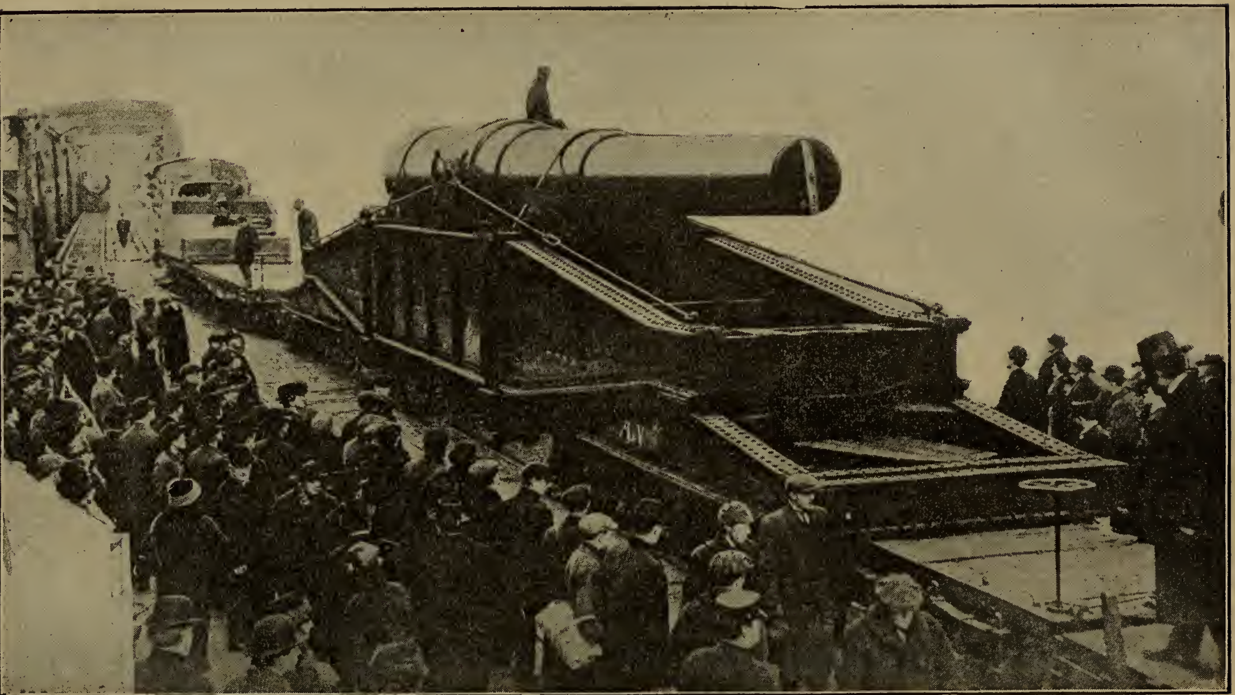
Pero no tenemos tan sólo grandes barcos de guerra que flotan sobre la superficie del Océano, con todos sus variados tipos, y con todo su equipo científico para la precisión matemática en el servicio, sino que los últimos años han visto desarrollarse el submarino. Al principio no era éste más que mero experimento de física y se pensaba que poco daría de sí; pero ahora ha conquistado puesto honroso entre los buques que surcan el Océano, con un radio efectivo de miles de millas. Puede aventurarse por el mar como cualquier buque regular de guerra, y el torpedo que emplea ha recibido también un desarrollo notable en alcance de potencia destructora y precisión.

La telegrafía sin hilos no ha sido sólo introducida como gran factor en el comercio, sino que ha llegado a ser factor determinante en la guerra. Y ahora este aparato se usa para dar la dirección al torpedo destructor hasta largas distancias, donde dará en el blanco con certera precisión.

Además de estos barcos que combaten en el mar y debajo del mar, tenemos las naves aéreas de varios modelos, que pelean unas con otras en el aire, y que arrojan bombas sobre ciudades, pueblos y aldeas indefensos, así como sobre campamentos del enemigo. No parece sino que no hubiera inventado el infierno máquinas más destructoras que estas aeronaves de combate.

Inútil tarea sería intentar siquiera la descripción de todas las máquinas diabólicas de la guerra moderna. Se necesitaría para ello una porción de volúmenes, y éstos resultarían anticuados casi tan pronto como hubieran salido a luz, debido a la rapidez del perfeccionamiento en la construcción de las máquinas mortíferas, el cual excede casi a los límites de lo concebible. Tantos son los diferentes hombres que en ellas trabajan, y en tan diferentes secciones, que imposible es seguir el rastro de cada uno de ellos.

Hablando de la construcción del moderno acorazado, el primer *lord* del almirantazgo británico decía: « Cerca de tres años de su corta vida pasaron antes de que naciera. Antes de botarlo, estaban ya proyectados los barcos capaces de destruirlo. »



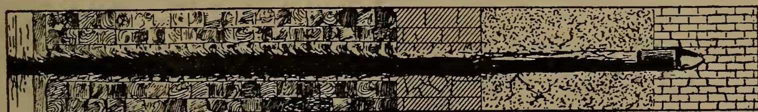
**Cañón de diez y seis pulgadas, en tránsito para las defensas de la zona del canal de Panamá**

El cañón solo, sin la cureña de retroceso, pesa 129,300 kgs. y está representado sobre el camión de puente que lleva treinta y dos ruedas y hubo de ser construído adrede para el transporte. El camión pesa 87,358 kgs. Este cañón dispara también proyectiles de 1,090 kgs. de peso a la distancia de 37 kms.

(*Fot. Underwood*)

A. Mauricio Low, en la *North American Rewiev,* decía: « Tan rápida y furiosa ha sido la competencia, que todas las grandes potencias han armado y vuelto a armar sus fuerzas una docena de veces. »

No hay nada que señale tanto el derroche del militarismo como la prontitud con que las diferentes municiones de guerra caen en desuso. Ni tampoco



Penetración efectiva de un proyectil de 16 1/4 pulgadas, correspondiente a un cañón de 110 toneladas. Atravesó el proyectil un blanco compuesto de un espesor de 20 pulgadas de plancha metálica, 8 pulgadas de hierro fundido, 20 pies de tablones de roble, 5 pies de granito y 11 pies de hormigón, quedando enterrado a la profundidad de 6 pies en una pared de ladrillo.

hay nada que muestre tanto la actividad de los demonios que están atizando el espíritu de odio, como los preparativos de guerra.

A consecuencia de las facilidades modernas de transporte, estallan las guerras de súbito y se extienden con gran rapidez. El automóvil, el camión automóvil y la motocicleta han desempeñado su tarea en las recientes guerras, facilitando a los ejércitos el traslado a su destino, su acción rápida y casi continua.

Sobre este particular, bueno será citar las palabras del profesor Sidney L. Gulick. Dice: « La humanidad ha entrado en una nueva era de la historia de su desarrollo. El conocimiento moderno de los secretos de la naturaleza con el dominio que da sobre

las fuerzas titánicas, ha llegado a tal grado de actividad práctica, que todas las naciones están equipadas para una guerra destructora como nunca antes se hubiera soñado. El dominio de esta fuerza ha conseguido prácticamente la supresión del espacio. »

Durante las primeras fases de la guerra europea, cuando una de las naciones veía a sus tropas de primera fila en gran apuro, mandaba traer 1.200,000 hombres de refuerzos, con todos sus cañones y su equipo desde una distancia de 1600 kilómetros en unas dos semanas. ¡Cómo ha quedado literalmente suprimido el espacio! El automóvil y el tren rápido han hecho posibles estos resultados.

En vista de los gastos hechos en provecho de la guerra, no es extraño que el Dr. Jordan, nos haya dicho en un artículo insertado en el *World's Work:* « Lo que se saca en limpio es que la deuda de guerra del mundo asciende a cerca de 37,000.000,000 de dólares. » Y añade el Dr.: « Esta cantidad va expresada en interminable hilera de cifras que no tienen sentido alguno para el contribuyente sino cuando sienta gravitar sobre sus espaldas el peso que representan, en forma de encarecimiento de los medios de subsistencia y cuando se vea negro para saber cómo atar ambos cabos. »

Dice el Dr. Jefferson: « Un libro que asienta la cuenta de los gastos de ejércitos y armadas, se parece a un libro de astronomía. En uno como en otro los únicos guarismos en uso son millones y billones. »

La primera partida dedicada a la agricultura en

los presupuestos de los Estados Unidos en 1839, ascendía a mil dólares. Desde aquella fecha hasta incluso el año de 1914, todo lo dedicado a este ramo del servicio público suma la cantidad de 185.689,907 dólares; pero en 1914 el gobierno invirtió en su ejército 94.266,145 dólares; en su armada, 140.718,434 dólares, y en pensiones, 180.300,000 dólares, o sea un total para gastos del Ministerio de Guerra y Marina, de 415.284,580 dólares, o sea casi dos tantos y cuarto en este solo año, como lo gastado desde 1839 en el ramo de agricultura.

En vista de los grandes intereses concentrados en la industria que vive de la guerra, nada tiene de particular que hayamos tenido guerras en estos últimos años, y esto a pesar de vivir en uno de los períodos de la historia humana de más luces; período también en que tantas personalidades de ilustración e influencia han demostrado lo absurdo de la guerra y la necesidad de relegarla con los desafíos y demás barbaries a la historia del tenebroso pasado al que más propiamente pertenece.

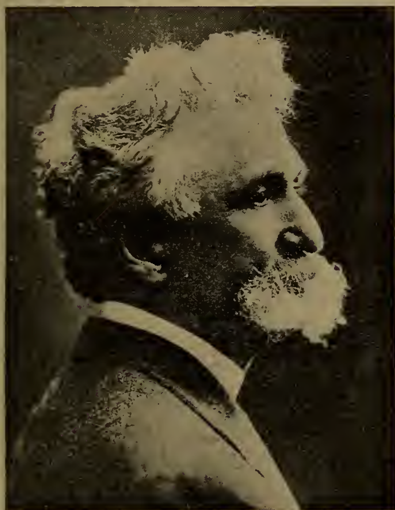
1898 y 1899 nos trajeron la guerra hispano-americana; 1899-1902 la segunda guerra boer. En 1900 estalló la de los bóxeres en China, que afectó indirectamente primero y después directamente a las principales potencias del mundo. Después, en 1904 y 1905, tuvimos la guerra ruso-japonesa. En 1907 fuimos sorprendidos por la guerra de Melilla contra los moros. En 1910 estalló la ya larga guerra civil de Méjico. A principios de 1911 estalló la revolución

portuguesa, implantando la república. En 1911 la revolución china derrocó la antigua dinastía reinante y estableció la república. En 1911 y 1912 tuvimos la guerra italo-turca; en 1912 la primera guerra balcánica; en 1913 la segunda, y digno remate de todo esto la guerra que cual violento ciclón se desencadenó sobre Europa en Julio de 1914. Y nada decimos, por supuesto, de las múltiples revoluciones de la América del Sur, de Persia, Turquía, etc,... ni de los grandes conflictos del trabajo en Inglaterra, España y otras partes que en realidad equivalieron a otras tantas guerras civiles.

¿Es de admirar que el Dr. Jefferson dijera que « el más virulento y asolador azote que hoy por hoy se ensaña en la tierra es el militarismo »?

Con referencia a uno de los pasajes citados al principio de este capítulo, el lector ha de tener presente que el profeta dijo que cuando el día del Juicio estuviera pendiente, las naciones estarían « airadas ». El hecho afirmado en este pasaje profético ha de ser puesto de relieve. No hay duda de que el profeta predice que las naciones habrán de encolerizarse en los últimos tiempos. Una de las expresiones más en uso al referirse a las últimas guerras, y particularmente a la gran tormenta que estalló sobre Europa en 1914 es la de « locura de guerra ». Seguro es que la locura en mayor o menor extensión es lo que caracteriza todas las guerras. Pero el mundo en nuestros días pasa por ser un mundo civilizado, y mucho se nos ha explicado lo que es « una guerra entre pue-

blos civilizados». Y sin embargo, las atrocidades perpetradas en las guerras de nuestros días superan en mucho a las de las guerras de antaño, máxime cuando las consideramos a la luz de la civilización y del cristianismo de que tanto nos enorgullecemos. Un telegrama dirigido al *Wall Street Journal,* dice: «Una pesadilla de pánico y miseria se



Hudson Maxim

Mr. Maxim observa el belicoso espíritu que se está levantando en el mundo y ha emprendido la tarea de producir tan mortíferas armas de destrucción, que por el mismo terror que ocasionen determinen la imposibilidad de la guerra, sin darse cuenta de que con ello la prolonga.

Es inventor de la multiperforada pólvora granular sin humo y fué el primero en fabricar pólvora sin humo en los Estados Unidos, a cuyo gobierno vendió la fórmula, por él inventada, de la maximita, el primer explosivo de gran potencia que puede inflamarse con pólvora en un cañón, a través de las corazas. También ha inventado la motorita, un material que por combustión espontánea mueve un torpedo por el agua con velocidad de 70 a 100 km. por hora. A causa del creciente alcance de los cañones navales, ha de ser tan amplio el espacio de batalla entre dos escuadras enemigas que no tendrían ninguna eficacia los torpedos. De aquí que los acorazados construídos en estos últimos años hubiesen prescindido por innecesarios de los tubos lanzatorpedos. Pero después de los descubrimientos e invenciones de Mr. Maxim el torpedo ha recuperado su eficacia, y los recientes buques de combate vuelven a llevar tubos lanzatorpedos. Asimismo ha inventado Maxim un fusible detonante para proyectiles de gran potencia explosiva, que aventaja a todos sus similares y ha sido adoptado por el gobierno de los Estados Unidos. También ha proyectado Maxim un nuevo tipo de torpedo movido por motorita, que puede lanzar una tonelada de potente explosivo contra el costado del buque enemigo. Se supone que ningún buque sería capaz de resistir el choque de semejante explosión. Otro invento de Maxim, tal vez el más importante, es la estabilita, que consiste en una nueva pólvora sin humo que, aparte de sus superiores cualidades en otros respectos, tiene la inestimable ventaja de poderse emplear inmediatamente después de fabricada. La anterior pólvora sin humo requería varios meses y para los cañones gruesos más de un año, antes de que se secara lo suficiente para poderla emplear. En caso de guerra, la ventaja de su rápido uso podría ser de por sí en la nueva pólvora el factor de la victoria.

extiende más allá del radio de alcance de la imponente batalla que se ensaña en el nordeste de Francia, mientras que en la misma zona de la guerra se desata la furia del conflicto... Muchos de los fugitivos han sido arrastrados a los límites de la locura por la desesperación y los horrores de que han sido testigos. »

En otra edición, dice el mismo *Journal*: « El mundo civilizado ha sido enteramente presa de la locura de los aprestos bélicos. »

El doctor Jordan, en su obra « Vida de Muchachos », escribe: « Cuando haya pasado tan asquerosa guerra, todas las naciones quedarán henchidas del espíritu de odio, pues sin odio no habría guerra. »

Sydney Brooks, en un artículo dado a luz en el *Independent* hablando de una de las grandes naciones envueltas en el conflicto, dijo: « El país entero y todos sus habitantes están unidos en la misma pasión personal y animosidad bélica. »

El *Republican* de Springfield, dijo de la guerra europea: « La popular furia belicosa que se ha apoderado de toda Europa, reviste el aspecto de una posesión demoníaca. Cuando las turbas se inflaman por la lectura de los partes oficiales de la guerra, nos recuerdan los cerdos de Gadara. Cuanto más pendiente el abismo, con tanta más furia se despeñan las enloquecidas turbas. »

Escribiendo en Petrogrado, con fecha 2 de Noviembre de 1914, el doctor Alexis Maltseff, conocido médico y escritor ruso, llega a la conclusión de que

la gran guerra europea ha vuelto locas a millones de personas; que Europa se halla en un estado de «psícosis belicosa cercana a la demencia »; « la guerra es más bien una obsesión medioeval de las masas, que un racional conflicto internacional por el poder y la gloria ».

El editor del *World* de Nueva York, decía: « Un punto en que esta guerra, hecha por maquinaria infernal sobre los hombres, supera a las demás guerras, es el número inmenso de seres humanos a que ha vuelto locos; hasta el extremo de que todos los ejércitos han organizado cuerpos de psicópatas, bajo la dirección de experimentados médicos, para contener el mal. Muchos de estos locos no sanarán jamás. Sus trastornadas y torcidas inteligencias han de recordarle a Europa por medio siglo, lo que ha padecido y lo que ha pecado.

» Un catedrático de lenguas muertas de Oxford, que se arrastraba boca abajo para matar a sus prójimos en la trinchera, al amanecer, cuenta que unos cuantos soldados de una compañía cercana a él, escapados de la matanza, enloquecieron por el fuego de la artillería. Todas las circunstancias favorecen a la máquina en desventaja del hombre. El frío, las trincheras húmedas, los días de espera, el enemigo siempre invisible, el saber que a cada momento puede caer una bomba en la trinchera o que una mina puede estallar por debajo, la amenaza en cada mata, en cada piedra o en el menor refugio; todo contribuye a arruinar el cerebro. Los cambios frecuentes de los

hombres en el frente y las diversiones detrás de las líneas cuando la tropa está franca de servicio, no bastan para apartar la calamidad que para ellos es peor que la muerte. »

La señora Rosike Schwimmer, de Budapest, fué a Wáshington para abogar por la causa de las mujeres de Europa y por todo esfuerzo que pudiera hacerse en pro de la paz, y dijo: « Nunca hubo odio tan profundo entre países en guerra. »

No sólo predijo el profeta que la locura de la guerra caracterizaría los últimos días de los postreros tiempos, sino que nos dijo, como ya lo citamos del capítulo XVI de Revelación, que los espíritus de los demonios se dirigirían a los reyes de la tierra y del mundo entero para reunirlos para la gran guerra del gran día de Dios Todopoderoso.

El 27 de Noviembre de 1911, sir Edward Grey, secretario de Estado de Inglaterra, pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes sobre « las relaciones de la Gran Bretaña con Alemania ». En dicho discurso encontramos las palabras siguientes: «Verdaderamente es como si en la atmósfera del mundo dejárase sentir maligna influencia que agita y excita todas sus partes. Estamos atravesando este año un período de gran agitación; y así seguimos. Varios países están revueltos; otros en guerra; y en muchos países que ni están en revolución ni en guerra, hay gente que parece complacerse en discutir cuán cerca se han encontrado o se encuentran o se encontrarán de la revolución o de la guerra. En verdad no parece

sino que el mundo se entregara a no sé qué alcoholismo político, y lo mejor que podemos hacer los que desempeñamos puestos de responsabilidad es permanecer serenos y moderados. »



Sir Edward Grey

Con la declaración del Revelador en la mente, ¡cuán significativas las expresiones de lord Grey, en particular aquellas en que habla de la « maligna influencia » que parece reinar « en la atmósfera del mundo », y « que agita y excita todas sus partes »! Pero lo que sir Edward Grey sintió « en la atmósfera del mundo » en 1911, se experimentó con mucha más fuerza en 1914, como lo demuestran varias declaraciones hechas después de estallada la guerra. Por ejemplo, el artículo de fondo del *Advance* en su número correspondiente al 24 de Septiembre de 1914, decía: « Hemos llamado a otras grandes guerras «la guerra de Crimea », « la guerra franco-prusiana » y «la Guerra civil»; pero la guerra actual es la guerra endemoniada. »

Federico Palmer, en un artículo publicado en el *Everybody's*, con el título « La tormenta de guerra », decía: « Las masas de hombres hacen parecerse esta guerra a un sueño infernal de los hijos del infierno sentados en eterno consejo de inventiva. »

Estos demonios que están azuzando a los reyes de

la tierra al indescriptible horror del actual conflicto han de concluir por reunir sus fuerzas en el gran campo de batalla de Armagedón. Así lo predice el profeta, y uno de los rasgos interesantes observados en la literatura que siguió inmediatamente al estallido de la guerra europea en 1914 fué el gran número de escritores, principalmente de la prensa seglar, que llamaron a esta guerra el Armagedón. El *Republican* de Springfield hizo mención de las animosidades y envidias que la acompañaron en proporciones tales que « sólo un Armagedón puede satisfacerlas ».

El *Wall Street Journal* encabezó un artículo al estallar la guerra, con el significativo título: « Un ensayo para la representación de Armagedón. » El *Collier's* decía: « Si esta guerra no es la de Armagedón, no sufriremos jamás este mortal y final aprieto de las naciones. » Y a continuación citaba el texto sacado de Revelación: « Porque éstos son espíritus de demonios que hacen prodigios, para ir a los reyes de la tierra, y de todo el mundo, para congregarlos para la batalla de aquel grande día del Dios Todopoderoso. » Rev., 16 : 14.

En los últimos años, se ha inventado la expresión « guerra civilizada »; pero las atrocidades de las dos guerras de los Balkanes, así como las de la guerra europea, pusieron de manifiesto entre los beligerantes varios actos de los más viles e inhumanos jamás cometidos en los campos de batalla. Hombres y mujeres han quedado horrorizados al presenciarlos, y se han preguntado cómo pudieron perpetrarse

en el seno de una civilización tal como la del siglo XIX. Pero cabe también preguntar: ¿cómo no esperar que así fuera, cuando ahí está lo predicho por Dios, respecto de lo que sucedería en nuestros días? El espíritu del demonio está efectivamente realizando sus infernales milagros para conmover el mundo entero y encender un conflicto cual jamás se vió en los anales de su satánica historia. Los terrores de nuestras guerras modernas han suavizado todos los adjetivos hasta hoy inventados y los han despojado de todo significado. Faltan términos adecuados para describir las actuales escenas. Los hombres se esfuerzan en encontrar formas de expresión que correspondan a los actos del moderno conflicto, pero desesperados se han dado por vencidos, pues actos y escenas semejantes no son para describir.

El divino Padre nos ha dicho que en nuestros días toda imaginación de los pensamientos de los hombres seguiría siendo continuamente maligna. Nos ha dicho que el egoísmo y el amor al dinero harían peligrosos nuestros días. Pero los teólogos eminentes, salvo escasas y honrosas excepciones, dejan de estudiar la Palabra, y de ahí que no den las advertencias que debieran dar en nuestros días. No le muestran al mundo el significado de la avidez que de él se ha apoderado, ni lo que ha de resultar después de haber negociado con el vicio, el crimen, la guerra y demás pecados de nuestra edad.

¡Cuán vivos y emocionantes los términos en que se expresa el profeta al contemplar estas escenas

y describir estos tiempos! Dice: « ¡Mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las telas de mi corazón; mi corazón ruge dentro de mí; no callaré, porque voz de trompeta has oído, ¡oh alma mía! pregón de guerra. Quebrantamiento sobre quebrantamiento es llamado, porque toda la tierra es destruída: en un punto son destruídas mis tiendas, en un momento mis cortinas. ». Jer., 4 : 19,20.

¡Qué emociones tan profundas las que experimentó Jeremías al exclamar: « No callaré, porque voz de trompeta has oído, ¡oh alma mía! pregón de guerra. » Las terribles escenas de la « batalla de aquel gran día » pasaban ante su vista. Oía el « pregón de guerra », veía los temibles dardos fraguados bajo la influencia de la insana furia de los demonios para el día de Armagedón; los veía desempeñar su terrible obra; las ciudades eran destruídas unas tras otra bajo los tiros de la artillería; uno tras otro los buques se hundían con sus cubiertas sembradas de cadáveres. Bajo la guadaña del dios de la guerra caen segados los regimientos; la tierra está cargada de cadáveres; asolados los hogares del pueblo, y la tristeza cunde por doquier. Tal es la visión que despertó la más intensa emoción en el alma del profeta y que queda consignada en su crónica.

¡Cuán impresionantes hubieron de ser en el animo del profeta Joel las escenas de los aprestos de la guerra actual, al exclamar: « Proclamad, pues ésto entre las naciones: ¡Declarad guerra; ¡animad a los valientes! ¡acérquense y suban todos los hombres

de guerra! ¡Forjad vuestras rejas de arado en espadas y vuestras hoces en lanzas! diga aún el débil: ¡Yo soy valiente! ¡Apresuraos a venir, congregadas a una, todas las naciones de en rededor! ¡Allí conduce a tus valientes, ¡oh Jehová! ¡Despiértense y suban todas las naciones al Valle de Josafat! porque allí me sentaré yo para juzgar a todas las naciones puestas a la redonda. ¡Meted la hoz, porque la mies está ya madura! ¡Venid, pisad, porque lleno está el lagar; rebosan las tinas; porque grande es la iniquidad de ellos! ¡Multitudes, multitudes, en el valle de Decisión! Porque cercano está el día de Jehová en el valle de Decisión.» Joel, 3 : 9-14 (V. M.)

De más estaría decir que las cifras señaladas en una página anterior muestran cuán al pie de la letra se cumplió aquello de ser sacrificados el azadón y la hoz para fortalecer la espada y la lanza para hacer frente al ánimo belicoso del siglo. No sería difícil ver el alcance de la profecía y su relación con los hechos terminantemente comprobados.

Léanse también una vez más los siguientes pasajes, y óigase cómo el Espíritu de Dios los estampa en la conciencia: « Y las naciones se han airado, y tu ira es ya venida, y el tiempo de los muertos para que sean juzgados, y para que des el galardón a tus siervos los profetas, y a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños, y a los grandes, y para que destruyas los que destruyen la tierra.» «Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta tres espíritus

inmundos a manera de ranas. Porque éstos son espíritus de demonios, que hacen prodigios, para ir a los reyes de la tierra, y de todo el mundo, para congregarlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso.» Rev. 11 : 18; 16 : 13,14.

¿Quién puede leer estas palabras de Dios tan claras, sin quedar hondamente impresionado de su cumplimiento literal en la actualidad? Se os insta para que escuchéis la voz de Dios que habla al alma por su Espíritu y su palabra. No deis oídos a los que en este tiempo de zozobras os dicen: « Paz y seguridad », y que aseguran que este mundo está a punto de gozar de paz universal. Aun en medio del ruido y de la confusión de nuestros tan trastornados tiempos y de las guerras de los postreros días, la voz que sin razón pregona paz, ha de oirse más y más alto. Pero hay que fijarse en que la palabra de Dios nos pregona con toda claridad y en forma terminante: « Que cuando dirán: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores del parto sobre la mujer preñada; y no escaparán. Mas vosotros hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os agarre como ladrón. » 1 Tesa., 5 : 3, 4.

Hay hombres no iluminados por la palabra profética de Dios, que exclaman: « Paz y seguridad. » En oposición a todos los hechos y pruebas, nos dicen que son capaces de hacer cesar las guerras, y la palabra de Dios demuestra que habrá bonanza de mal agüero, precisamente antes del terrible estallido de la «destrucción de repente. »




# CAPÍTULO XI

EL capítulo anterior revisa unos cuantos pasajes que hablan de lo que el pueblo hará en los últimos días en el teatro de la guerra. En este capítulo, vamos a examinar lo que anuncia la palabra profética respecto de lo que el pueblo dirá en pro de la paz mientras se hunda de cabeza en las endemoniadas guerras que han de preceder a la de Armagedón.

Es admirable que Dios haya anunciado exactamente hace siglos, lo que muchos dirían en los postreros días respecto de la paz; pero tal es la verdad. Sobre esto léase con cuidado el siguiente pasaje: « Y acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados; y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha en sus caminos, y caminaremos por sus sendas; por-

que de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en azadones, y sus lanzas en hoces: no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. » Isaías, 2 : 2-4.

La primera frase de este pasaje, nos dice terminantemente cuando habrá de cumplirse esta profecía. Se nos entera de lo que « acontecerá en lo postrero de los tiempos ». Nótese en particular que « vendrán muchos pueblos y dirán » ciertas cosas. No ha de cometerse el desacierto de suponer que Dios diga estas cosas, pues no es tal el caso. El Señor, sólo nos dice de antemano que « vendrán muchos pueblos y dirán » « en lo postrero de los tiempos ».

El lector observará que las gentes dicen: « Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y enseñarnos ha en sus caminos, y caminaremos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. » Estas palabras las pronuncian Maestros de religión. Dicen que van a la casa de Dios, a que les enseñen sus caminos. Tienen « la apariencia de piedad ».

Prosiguiendo, esta « gente » dice más adelante del Señor que «y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en azadones, y sus lanzas en hoces: no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra ». El Señor no dice que sean verdades estas cosas que « vendrán muchos pueblos, y dirán ». Sólo dice

que la gente las dirá, y también cuándo las dirá.

Esto muestra que el Padre celestial puede leer perfectamente en el porvenir, puesto que predice con veinticinco o más siglos de anticipación los dichos del pueblo en los postreros días.

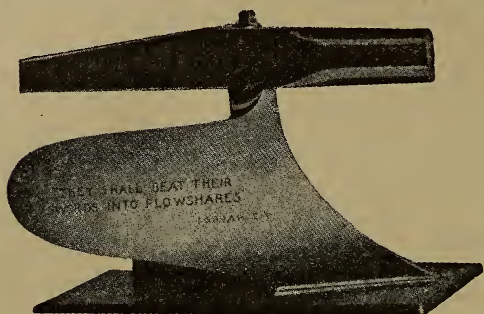
Esta profecía de Isaías, se repite casi palabra por palabra en el capítulo IV de la profecía de Miqueas, enseñándonos así que Dios reveló estas mismas cosas a más de uno de sus profetas. Miqueas añade, no obstante, que « muchas naciones » harán estas profesiones y proposiciones de paz en los postreros días. Esto es, que las naciones en conjunto obrarán en tal forma que quedarán confirmadas las cosas que dicen los « muchos pueblos » de estas naciones.

Sabido por los anteriores párrafos lo que el Señor predice que ha de decir la gente en los postreros días, miremos en torno nuestro para comprobar si « muchos pueblos » y « muchas naciones » dicen ahora precisamente las cosas tales como las predijeron los profetas Isaías y Miqueas.

Si nos fiamos de las profecías de Dios, y si estamos en los últimos días, veremos cómo en todas las partes del mundo « muchos pueblos » y « muchas naciones » están diciendo las cosas que Dios predijo que dirían. Tal es el reto de la profecía a las gentes de hoy.

Unos cuantos hombres, en diversas épocas pasadas, enseñaron en cierto modo que en el estado presente un reino universal de paz y de justicia prevalecería en la tierra y que Cristo vendría personalmente para gobernar un mundo convertido. Pero hay

que llegar a la presente generación para ver cómo esta doctrina se convierte en creencia característica de « muchos pueblos » y « muchas naciones. » Hoy día hay quienes enseñan elocuentemente que el tiempo en que vivimos es el principio del gran milenio. En los términos literales del profeta, y sin tener en cuenta las atroces guerras de hoy, dicen que la paz universal inutilizará las espadas y las lanzas, que se convertirán en arados y azadones. Dicen en la actualidad exactamente lo que los profetas vaticinaron que dirían: « No alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. »




Reja de arado en miniatura hecha de espadas, con el fin de conmemorar la afirmación del tratado de Paz.

La primera parte del siglo XIX vió nacer varias instituciones de paz, tales como la Sociedad de la Paz en 1816, en Gran Bretaña, y la Sociedad americana de la Paz en 1828. Hubo varios debates en el mundo, en aquellos años, en pro de la paz internacional y de la sumisión de todo conflicto al fallo de un tribunal de arbitraje antes de apelar a la guerra. Pero los cincuenta últimos años que nos dieron los cañones de tiro rápido y de temible potencia, y todos los demás instrumentos bélicos, nos dieron también una

actividad sin precedente en el sinnúmero de instituciones formadas en pro de la paz nacional e internacional.

Desde luego, conste que el trabajar por la paz es siempre digno de recomendación, y que no hay duda de que varios de los mejores representantes de la humanidad se han interesado personalmente en este movimiento. Pero se equivocan, según tratamos de demostrar en estas páginas, en esperar la paz entre condiciones que, contrariamente, como Dios predice, han de producir el estallido de la batalla de Armagedón.

Existen en la actualidad 697 instituciones centrales e independientes en pro de la paz, incluso sus ramas, en las diferentes naciones del mundo. Sólo en Gran Bretaña hay veintitrés asociaciones adicionales, algunas de ellas de carácter internacional, y todas en conformidad general con el movimiento pacifista, que podrían en cierto sentido clasificarse entre las instituciones en pro de la paz. En otros países hay también sociedades como las de Inglaterra, con sus respectivas secciones pacifistas; y todas ellas en conjunto harían ascender el número total de nuestras instituciones pacifistas a unas ochocientas si no más.

Hay veintiocho periódicos en el mundo dedicados al sostenimiento de la causa de la paz, y muchas instituciones centrales publican folletos y libros de gran variedad y en gran número, en que se nos dice que jamás deben las naciones levantarse en armas unas contra otras.

En 1910 una conferencia universal de asociaciones internacionales pacifistas, en la que estaban representadas 132 instituciones, se reunió en Bruselas. En ella quedó organizada la Unión de Asociaciones Internacionales; y ya que de Bruselas hablamos, será de interés observar que esta ciudad fué el cuartel general de sesenta y cinco instituciones internacionales en pro de la paz. Esta misma ciudad ofrece en la actualidad una lección práctica de la potencia destructora de la guerra y de la poca o ninguna esperanza que queda para la causa de la paz.

Francia figura al frente de la lista, con diecisiete instituciones centrales pacifistas a las que, por supuesto, hay que añadir sus respectivas ramas o sucursales. Siguen las Islas Británicas y los Estados Unidos de América, con catorce sociedades en cada uno de ambos países. Quince de los países continentales de Europa, además de Francia, tienen de una a cinco instituciones cada uno. Hay siete en la América del Sur, tres en Africa, seis en Australia, siete en Nueva Zelandia y siete en el Japón. Las sucursales de estos núcleos centrales están destinadas a influir en todas las gentes del mundo.

La Liga Escolar Americana de la Paz, organizada en 1908, trabaja especialmente entre los establecimientos de enseñanza y los pedagogos de América. La Asociación Intercolegiada de la Paz está compuesta en gran parte de los principales colegios y universidades, especialmente del Oeste Central. Por

medio de estas instituciones y otras semejantes, se proponen representar las ventajas de la paz y lo absurdo e inicuo de la guerra, en todas las universidades y colegios, como también en todas las escuelas primarias del país.

La Asociación Nacional de Clubs Cosmopolitas, instituída en 1907, abarca sesenta nacionalidades, y treinta clubs tienen uno de sus miembros en dicha Asociación, que es una de las que publican revista mensual.

La Liga Pacifista Escolar de Gran Bretaña e Irlanda, con sus sucursales, es una de las sociedades del Antiguo Continente que se empeñan en difundir los principios de la paz entre los estudiantes de las diversas escuelas.

Entre las sociedades de los Estados Unidos que ejercen la mayor influencia, tal vez sería la Sociedad Pacifista Americana con sus ramas en casi todos los estados, la que encabezaría la lista, por ser la más antigua institución de su índole en todo el país. Pero muy íntimamente enlazada con ella, debido a los cuantiosos fondos de que dispone, está la Dotación Carnegie para la paz Internacional, fundada en 1910, merced a un donativo de diez millones de dólares en papel de renta hecho por Mr. Carnegie y cuyo valor en el actual mercado asciende a once millones y medio de dólares. Varios de los más opulentos capitalistas del mundo pertenecen a esta institución, y sus dotes administrativas facilitan la inversión de las rentas de tan pingüe capital, de modo que la causa de la paz

prospere eficazmente según el concepto que de ella tienen dichas personalidades.

Hay que mencionar también la Institución en pro de la Paz Universal, fundada en 1913 por el señor Edwin Ginn, con una dotación anual de cincuenta mil dólares para fomento de su obra. Y en los primeros días de 1914, Mr. Andrew Carnegie donó dos millones más de dólares para fundar la Unión de las Iglesias en pro de la Paz. Y mientras hablamos de estas instituciones fundadas con el definido objeto de asegurar la paz internacional, no pasaremos por alto los sentimientos expresados por el gran partido socialista, así como por las grandes organizaciones universales del trabajo. Unos y otros, trabajadores y socialistas, que como es natural están íntimamente unidos, han sido considerados como una organización y una fuerza social que podrían contener absolutamente el espíritu de la guerra.

Con estos centenares de instituciones a la vista que representan tantos « pueblos » y tantas « naciones » ¿no queda patente el movimiento internacional de estas instituciones pacifistas, como no se había visto jamás en la historia del mundo? Y téngase presente que varias de las más conspicuas personalidades del mundo están relacionadas con estas organizaciones pacifistas. Los argumentos que aducen en pro de la paz son irrebatibles. No hay nada que justifique la guerra. Es la cosa más cruel y bárbara que pueda concebirse. Es, como afirman nuestros abogados de paz con tan calurosa elocuencia, lisa y llana-

mente el homicidio al por mayor. Pero aunque reconocemos el carácter deseable de la paz, y hacemos nuestros muchos de los poderosos argumentos que aducen nuestras sociedades pacifistas, no debemos perder de vista la circunstancia de que la Escritura ha revelado que este movimiento en favor de la paz no conseguirá convertir al mundo, como tan devotamente esperan estos estimables hombres y mujeres.

El pueblo, en su mayoría, sin duda aprobará y apoyará los sentimientos en pro de la paz, sencillamente porque la mayoría suele seguir el camino trillado por los caudillos del pensamiento. Cualquiera que sea la opinión popular en un momento dado, es la que se adopta. Exteriormente aprobarán las gentes los sentimientos en favor de la paz, y aun alardearán de creencias religiosas. Pero no se pierda de vista que una profecía ya estudiada en este libro dice que los postreros días se harán « trabajosos » por causa de aquellos que tendrán « la forma de piedad » pero que no conocerán su poder. Las apariencias han de ser muchas veces muy engañosas; y por deseable y digna de alabanza que sea gran parte de la obra de los nobles hombres y mujeres relacionados con las instituciones pacifistas, han de fracasar, pues recordemos que Dios nos ha enseñado que « muchas gentes » dirían que « volverán sus espadas en azadones, y sus lanzas en hoces », aunque Dios no los mandó para que dijeran tal cosa. ¡Cuán notable es esta profecía! ¡Y cuán notables las condiciones de nuestros tiempos en que se cumple!

En vez de ser, su enseñanza, prueba de que ha llegado el tiempo en que la paz ha de reinar por doquiera y de que « no alzará espada nación contra nación », es una de las infalibles señales de los días en que vivimos; pues ¿no están diciendo ahora mismo los « muchos pueblos » exactamente lo que el omnisciente Padre declaró que dirían cuando los postreros días estuvieran cercanos?

No hay duda de que miles de los que han caído en el lazo y repiten estos dichos de «muchos pueblos» « en lo postrero de los tiempos » han sido víctimas inconscientes del engaño, creyendo que era la doctrina de la palabra de Dios. Pero la verdad profética de Dios, respecto a la condición del mundo en los postreros días es exactamente lo contrario de lo que gran parte del pueblo dirá. ¡De cuántos errores y fatales decepciones no se librarían los hombres si tan sólo quisieran estudiar detenidamente la Biblia! No debe leerse este libro superficialmente y de cuando en cuando, sino que ha de estudiarse de continuo y a fondo, pues estudiando la palabra con fidelidad, procurando conocer la verdad, el Padre celestial nos manda su Espíritu para que sea nuestro infalible maestro. « Empero cuando viniere aquel, el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, más todo lo que oyere hablará; y las cosas que han de venir os hará saber. » Juan, 16 : 13.

Antes del estallido de 1914, de la tremenda y sin igual guerra del viejo continente, los « muchos pueblos » y las « muchas naciones » nos decían que era

imposible la guerra general. La Asamblea Nacional de la Paz, una de las mayores instituciones de su índole en Inglaterra, dijo por boca de su secretario unos pocos meses antes que sobreviniera el estallido europeo: « La guerra, producto de la anarquía y del temor, está haciéndose anticuada bajo el crecimiento y la presión continua de la organización universal, de la necesidad económica. del intercambio, y del cambio de modo de pensar y del sentido social y nuevo aspecto de la vida con sus dilatados horizontes, rasgo señaladísimo del espíritu de nuestra época.»

El doctor David Starr Jordan, íntimamente relacionado con la mayoría de las principales sociedades pacifistas del mundo, y persona influyente en las esferas internacionales de este campo de acción, decía en el *World's Work*, de Junio, 1912: « La guerra agoniza. Muere por no poder pagar sus gastos. Muere porque mediante la amplitud que va tomando la educación y debido a las exigencias del comercio, no se le permite a región alguna del mundo civilizado entrar en conflicto mortal con otra. Las naciones ya no son entidades separadas, sino que cada una de ellas es parte de un todo unificado para el que la guerra internacional es maléfica y odiosa. En nuestra opinión, cualquiera que sea la aparente provocación de sonoros discursos o de diplomáticos bravucones, ya no veremos más guerras entre las grandes naciones de Europa. Quedarían envueltos en ella muchos intereses por demás vitales. »

Precisamente al finalizar el siglo XIX, Jean de Bloch dió a luz una obra en seis tomos, titulada « El Porvenir de la Guerra», que recibió entusiasta acogida. En ella el señor de Bloch procuraba demostrar que los gastos de una guerra en las actuales condiciones de nuestra civilización, junto con los terribles resultados que tendría en pérdidas de vidas, sin contar la ruina de la propiedad, imposibilitarían un conflicto entre las grandes potencias del mundo. Y como insinuó A. Maurice Low en la *North American Review* a poco de haber estallado el conflicto europeo: « Muchos creían que Bloch tenía razón, que el gasto en sangre y en dinero, y la postración industrial de que el vencedor sufriría no menos que el vencido harían imposible la guerra, y que los grandes armamentos con los enormes gastos son lisa y llanamente una gigantesca fanfarronada. Todas las naciones estaban temerosas unas de otras y todas procuraban aventajarse unas a otras; pero ninguna pensaba poner en movimiento su aparato bélico. Tan así se creía, que la ignorancia condensó esta creencia en el aforismo cohonestador de indiferencia: « Si quieres paz, dispónte a la guerra. »

En Noviembre de 1908, Mr. Arthur B. Reeve publicó un artículo en el *Hampton's Magazine* con el significativo título de « El Ultimo Invento para Matar Hombres y la Edad sin Guerra ». Como introducción del artículo, decía una nota editorial: « Es un hecho notable que la ciencia, después de haber hecho del arte de la guerra un gran arte, está

doblando su propio toque de difuntos.» Mr. Reeve, después de exponer lo que según él ha de ser el futuro desarrollo y perfeccionamiento de los artefactos bélicos, bajo las condiciones científicas modernas, su enorme coste de fabricación y su potencia destructora infiere la conclusión de que «hay esperanza de que las promesas de la ciencia en lo porvenir den buena cuenta de la guerra imposibilitando su coste».

El sindicato de la guerra, al promover pedidos de los artefactos bélicos que fabrica, difundió la opinión de que la guerra moderna sería tan espantosa que no podrían organizarse ejércitos capaces de resistir los instrumentos bélicos forjados por nuestra generación. Los términos en que se expresa sobre el asunto el *Scientific American* en su número correspondiente al 5 de Diciembre de 1914, son elocuentes no sólo por manifestar el sentimiento universal, sino también por afirmar que él se había engañado al aceptar semejante doctrina. Dice así: «Entre los fenómenos imprevistos desarrollados por la guerra, no ha habido ninguno tan asombroso como la impertérrita firmeza con que el ciudadano soldado de las naciones beligerantes, y en especial en el frente occidental, ha hecho frente al mortífero ataque de las modernas armas, tales como el fusil ametrallador, la ametralladora, la granada estallante o la bomba de diez y seis pulgadas que revienta haciéndolo todo añicos.

» Tanto nos hemos acostumbrado, por estarlo

presenciando día tras día, al valor sobrehumano con que el frágil cuerpo de carne y sangre arrostra día tras día, durante semanas enteras, el huracán de plomo y acero que barre el moderno campo de batalla, que nos olvidamos de que ayer, sin ir más lejos, todos decíamos que no podía realizarse semejante milagro. ¿No nos habían asegurado los técnicos militares que el certero alcance y el calibre del fusil moderno, de la ametralladora y de la granada estallante eran tales, que las mejores tropas del mundo no podrían resistir la tempestad de fuego en un ataque de frente en campo abierto?

» Maravillosa también es la circunstancia de que este valor sin igual lo manifiesten no los bizarros veteranos de prolongadas campañas ni los soldados de profesión, de temple de acero, acostumbrados a la disciplina de los cuarteles y de la vida de campaña, sino jornaleros movilizados en un minuto y sin previo aviso para que abandonando la pacífica rutina de la vida diaria, acudan a arrojarse en las fauces del infierno. »

En prueba de que los terrores de una guerra moderna entre las grandes potencias se realizaron de sobra en la conflagración que asuela a Europa, no hay más que citar la siguiente autorizada declaración, publicada en el *Scientific American* de 7 de Noviembre, 1914 y que reza así: « ¡Guerra! Todo el esfuerzo de nuestros cerebros, todas las descripciones que hemos leído varias y repetidas veces, todas las visiones de batallas que hemos procurado evocar

en nuestros calenturientos cerebros, no dan idea ni siquiera incompleta de la terrible realidad. »

Lo que quiere decir que la realidad ha ido más allá de lo que la imaginación forjara antes de 1914, y sin embargo ha habido hombres que han arrostrado el ciclón de plomo y acero de la presente guerra, así como arrostraron los menos potentes artefactos bélicos de los pasados siglos.

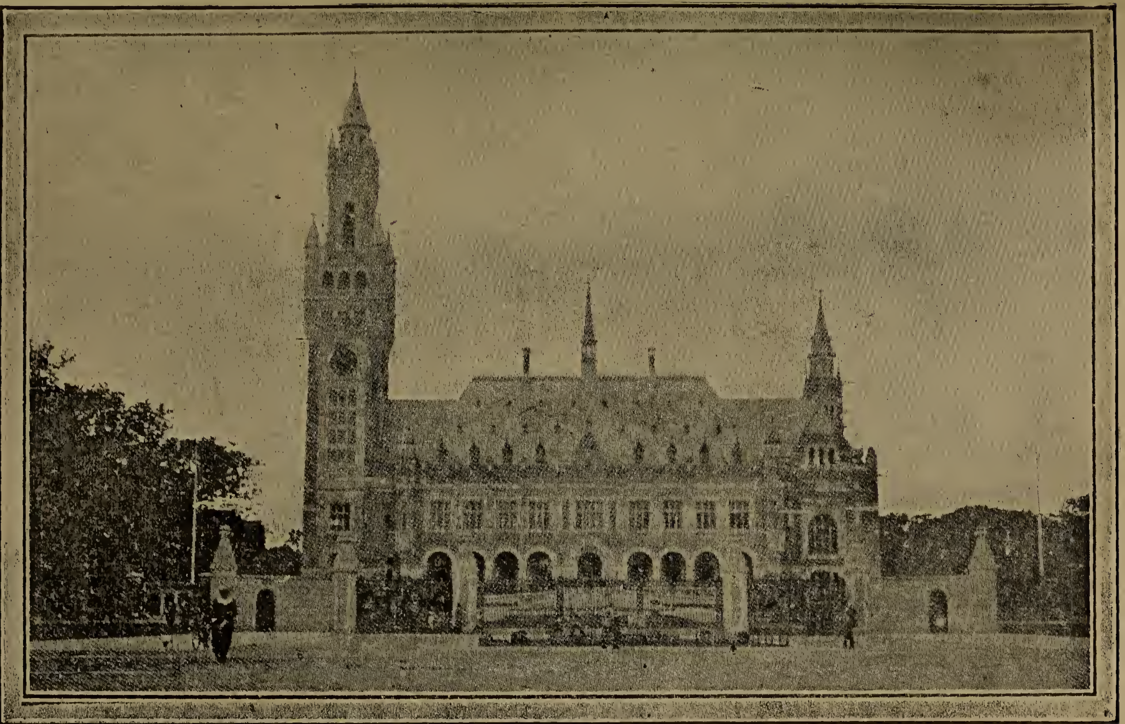
Pero tal vez, como ya quedó insinuado, en nada se cifraron tantas esperanzas para evitar la guerra como en las uniones de trabajadores y las organizaciones socialistas. Según advirtió el doctor Federico Lynch, los obreros de varias partes del mundo habían estrechado el tacto de codos, diciendo: « No echaremos mano de las armas unos contra otros, salvo en caso de defensa de nuestro país, si se ve agredido. » Las clases trabajadoras habían dicho que provocarían huelga internacional si se declaraba la guerra, y de este modo paralizarían la acción de los gobiernos, y no parecía tan irrealizable la amenaza. En una gran asamblea de cien mil socialistas, se adoptó con entusiasmo una declaración contra la guerra en estos términos: « Nada tenemos que ver con la guerra. Se acabó con la guerra. » Pero, como también observó el doctor Lynch: « Pobre gente, muy bien lo pensaron, pero perdieron el valor al estallar el conflicto y quedaron envueltos en los formidables y desatentados preparativos de la guerra. » Pareció como si no hubiera habido tiempo para protestar contra ella. La guerra estalló tan de pronto, que antes de que

se hubieran podido mandar tropas al frente, todas las naciones hallábanse ya envueltas en ella, y los ejércitos se estaban destruyendo unos a otros.

El carácter internacional del comercio del mundo pasaba por una de las cosas que podían oponer infranqueable dique a las futuras guerras internacionales. Pero ninguno de estos diques ha resistido el choque de la guerra. El antiguo continente emprendió la guerra de 1914 con feroz locura, y el mundo ha quedado horrorizado ante la realidad de los hechos. Todo esto debería convencernos de que los profetas de Dios estaban dotados de mucho más que de sabiduría humana, lo que les hacía capaces de describir tantos siglos de antemano la realidad de los hechos tan contraria a los sentimientos y a las enseñanzas humanas que prevalecerían en los tiempos en que vivimos.

Tan pronto como estuvo la guerra europea en pleno desarrollo, ya hubo quienes predijeron que sería la última; que era tan terrible, que ninguna de las grandes naciones del mundo volvería a las andadas y que todas ellas someterían sus dificultades al arbitraje. Mientras se desataba la guerra, Federico Palmer, decía: «La civilización no puede ser la misma. El mundo ha de despertar a nueva era, cuyo precio será la guerra actual.»

José Daniels, secretario del ministerio de Marina de los Estados Unidos, dijo ante la Junta Naval de la Cámara: «Cuando termine la guerra actual, las naciones de Europa van a quedar tan exhaustas, y



El "Palacio de la Paz", convertido en dependencia de la guerra

tan recargadas de deudas, que se sentirá gran repulsión contra la guerra en todos los países. Yo espero que esta repulsión ha de ser tal que tendremos una conferencia internacional sobre armamentos, más realizable ahora que antes, y que haremos gestiones para que los buques de guerra de las grandes potencias no sirvan más que para apoyar la ejecución de las resoluciones adoptadas por la conferencia.»

En el Congreso de la Paz Internacional habido en París en 1849, Víctor Hugo dió expresión a su ensueño de los Estados Unidos de Europa y de los Estados Unidos de América, coligados para guiar al mundo por la senda de la paz y del progreso universales. Un sentimiento en pro del internacionalismo se está despertando, y arraiga en el fondo de la modalidad mental de nuestros días. Lo escuchamos en muchas conferencias sobre la paz, y en no pocas discusiones sobre asuntos de alcance universal. Se nos dice que debemos tener Parlamentos internacionales, leyes internacionales y una general organización internacional que convertirá al mundo entero en un gran y feliz familia humana. Como dijo Randolph S. Bourne en el folleto n.° 79 de la Conciliación Internacional, correspondiente a Junio 1914: «Si quedan razones para que las naciones se miren una a otra con ojos llenos de envidia, van perdiendo su base, mediante el organismo vigorizante de la conciliación internacional.»

El Senado de los Estados Unidos, en 24 de Junio de 1910, votó un acuerdo en que invitaba al presidente

de los Estados Unidos a nombrar una Comisión de cinco miembros encargada de considerar la conveniencia de aprovechar las agencias internacionales existentes para ver de limitar los armamentos de las naciones del mundo por medio de un convenio internacional, y encargada tambien de considerar la conveniencia de constituir las armadas del mundo en fuerza internacional combinada para la conservación de la paz universal, y de considerar asimismo cualesquiera otros medios encaminados a disminuir los gastos oficiales en fines militares y las probabilidades de guerra, presentando informe sobre todas estas materias. »

El Presidente Taft, en una alocución pronunciada el mismo año ante la Sociedad Americana para el Arreglo Judicial de Conflictos Internacionales, dijo: « Estoy firmemente convencido de que el mejor modo de asegurar el desarme definitivo es el establecimiento de un tribunal internacional y la ampliación de un Código de equidad internacional que las naciones reconocerán como un medio máz eficaz que la guerra para dirimir las contiendas internacionales. »

Merced al desarrollo del espíritu de « internacionalismo », y a los sentimientos despertados por la obra de las sociedades pacifistas del mundo, la guerra se ha hecho verdaderamente impopular por lo que atañe a los sentimientos expresados por el pueblo. Y así quedó notablemente comprobado al estallar la guerra en 1914, en el apresuramiento con que todas las naciones beligerantes buscaron razones con

que demostrar su inculpabilidad en ella. Publicaron Libros Blancos y Libros Azules, etc., por cientos de miles, y los difundieron profusamente por el mundo entero. En ellos reprodujeron la correspondencia oficial sostenida antes de la guerra, y cada nación creyó haber demostrado concluyentemente que su propia causa era la buena y que no había por qué censurarla por la sangre derramada ni por la obra de destrucción. Cada nación pretendía haber sido la atacada, y ésta fué la única razón por la que tanto las clases trabajadoras como las demás, socialistas o no en sus ideales políticos, quedaron arrastradas por el remolino de la guerra.

Pero esto enseña que mediante la influencia de los espíritus de los demonios que obran en nuestros días, podemos temer las peores guerras de cuantas van consignadas en la historia del mundo, precisamente en una época en que el sentimiento de las masas populares siguen rumbo opuesto, si juzgamos por sus propias declaraciones claramente expresadas. Pero estos sentimientos en pro del internacionalismo son significativos. Sin embargo, la cuestión, por lo que a estas páginas atañe, no es saber si el sentimiento tiene razón o no la tiene, sino si ha de ser el remedio que esperan los hombres. Estos habían quedado convencidos hasta los últimos días de Julio de 1914 de que a pesar de las amenazas de guerra que de continuo sobrevenían, no podía haber conflicto entre dos grandes potencias en « nuestro siglo de las luces » y de « civilización cristiana ». Pero la guerra vino como tre-

mendo desengaño. Y ahora, ¿habrán de sufrir el mismo fracaso y padecer el mismo fiasco los ensueños de paz internacional, de esa paz que se pensaba conseguir por medio de « tribunales internacionales » y de « policía internacional »? Y hay que añadir que el espíritu intolerante de las « muchas naciones » queda comprobado por la circunstancia de que estas naciones habían rechazado « el residuo » del pueblo de Dios en la persecución de sus planes internacionales. (Miqueas, 4 : 7.)

No entra en el propósito de la presente obra estudiar todas las profecías de la Biblia que demuestran que una de las grandes características de los postreros días ha de ser el establecimiento de un presuntuoso poder eclesiástico que procure dominar en toda la tierra. Pero queda ya demostrado en las precedentes páginas que una « forma de piedad » sin su eficacia ha de hacer « los postreros días » « trabajosos », y también tenemos el testimonio de Miqueas e Isaías que enseñan que un movimiento religioso internacional que dé por resultado una confederación de naciones determinará una gran cruzada pacifista, anhelosa de éxito. No debemos tampoco perder de vista la terminante declaración, ya estudiada, de la profecía de Daniel, de que en los postreros días los « impíos se empeorarán, y ninguno de los impíos entenderá: mas entenderán los entendidos ».

Los hombres se envenenan con sus ideas. Les ciegan las ideas que les parece que han de prevalecer, sin consideración a los hechos ni a las condiciones exis-

tentes. De aquí que bien puede suceder que no obstante el desengaño sufrido por el mundo al estallar el gran conflicto de 1914, prosigan su obra estos « muchos pueblos » de las « muchas naciones » en forma tal que los que no sigan la Biblia hayan de sufrir fracaso tras fracaso, hasta que lleguemos por fin al punto culminante, esto es, a la segunda venida de Cristo. Y cuando llegue este día, los engañados quedarán fuera del alcance del poder salvador o auxiliador. Cuando el mundo entero clame: « Paz y seguridad », ha de venir la « destrucción de repente », pues leemos:

«Empero acerca de los tiempos y de los momentos, no tenéis, hermanos, necesidad de que yo os escriba: Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor, como ladrón en la noche, así vendrá. Que cuando dirán: Paz y seguridad: entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores del parto sobre la mujer preñada; y no escaparán. Mas vosotros hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os agarre como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de la luz, y hijos del día: no somos hijos de la noche, ni hijos de las tinieblas. Así, pues, no durmamos como los demás; antes velemos y seamos sobrios. » 1 Tesalonicenses, 5 :1-6.

Los versículos anteriores nos hablan de una categoría de personas a quienes el apóstol llama sus hermanos, y que están en la luz, de modo que « el día del Señor » no los sorprende como «ladrón en la noche.» La otra categoría es la de los que están en las tinie-

blas, y de ahí que el gran día venga sobre ellos como ladrón.

Obsérvese también que los que así están en tinieblas, dicen: « Paz y seguridad ». Dios dijo, hace cerca de dos mil años, que así clamarían. El lector echará de ver fácilmente que Dios anunció de antemano una verdad definida al hacer esta predicción.

Cosa muy maravillosa es que por la providencia de Dios casi el mundo entero pueda leer su palabra. Maravilloso es también que muchos que afirman creer esta palabra no la estudien lo suficiente para comprender sus enseñanzas y precaverse así de las engañosas doctrinas contra las que se dan tan claras advertencias. Nada tal vez tan generalmente creído como que el mundo ha de llegar a una época en que todas las naciones descansarán en paz estable y duradera; y otra idea muy esparcida es que durante este período de paz general, todo pecador habrá de convertirse a Dios. Pero si los hombres quisieran tan sólo leer y creer lo que dice la Biblia, verían que son falsos estos dichos de las gentes. En vez de que semejantes maestros nos induzcan a esperar buenos tiempos en esta vida, deberíamos ver en la presencia de dichos maestros una de las señales terminantes de la proximidad del día de la grande y definitiva destrucción del pecado en que este mundo está sumido, pues « cuando dirán: Paz y seguridad: entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente. »

Los « muchos pueblos » han basado sus esperanzas y sus doctrinas en falsas premisas y erróneas teo-

rías. En el lenguaje del profeta, dijeron: « Paz, paz; y no hay paz. » Esperaban « paz, y no venía el bien: y día de salud, y he aquí turbación. »

Sin embargo, hay que insistir repetidamente en que muchísimos de nuestros abogados pacifistas son de lo mejorcito de la sociedad de nuestros días. Son gente de buen corazón, que odian la crueldad, y sobre todo las crueldades que se encarnan en las atrocidades de la guerra; son personas que se sienten llevadas por su buena índole a ingresar en asociaciones pacifistas. No obran mal ni se equivocan estas personas en la expresión de sus sentimientos ni en demostrar la perversidad de la guerra. Su error, como ya insinuamos, consiste en esperar que puedan salir airosos de la empresa de establecer la paz universal en este mundo tan perverso contra las terminantes declaraciones de la palabra de Dios, que nos dice que la paz y la justicia no pueden reinar en esta tierra sino después de la segunda venida del Príncipe de paz. Dios no sólo nos ha dado estas profecías respecto del espíritu de la guerra que habían de atizar los demonios en las últimas horas de los tiempos, sino que también nos ha dicho que enviaría a los ángeles para que pusieran límite a la acción de los demonios hasta que la obra del evangelio quedara concluída en la tierra. Pero Dios emplea en su obra hombres y mujeres, aun cuando encarga a sus ángeles que los asista y ampare; y ¿no es cosa notable que en esta misma tarea de limitar la acción del espíritu de la guerra, se haya valido Dios de hombres y mujeres de gran corazón, cuyos

ánimos protestan y se sublevan contra las carnicerías del campo de batalla? Pero hay perversos, crueles y de entrañas de fiera que se niegan a ser transformados; y la fatal equivocación consiste en creer que semejantes personas manifiesten los sentimientos de mansedumbre y paz propios de buenos corazones.

Este ensueño de paz universal no puede realizarse jamás en este mundo, mientras lo siga ensuciando la presencia de los malvados; pues « mas los impíos, como la mar en tempestad, que no se puede reposar; y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos. » Pero el mismo profeta dice del Salvador que muy pronto ha de venir en las nubes del cielo: « El principado es asentado sobre su hombro; y llamarse ha Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de paz: la multitud del señorío y la paz no tendrán término, sobre el trono de David, y sobre su reino, disponiéndole, y confirmándole en juicio y en justicia desde ahora para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto: » Isaías, 9 : 6-7. Del Príncipe de paz, dice el Salmista:

«El juzgará a tu pueblo con justicia:
Y a tus afligidos con juicio.
Los montes llevarán paz al pueblo:
Y los collados justicia.
Juzgará a los afligidos del pueblo:
Salvará a los hijos del menesteroso,
Y quebrantará al violento.
Temerte han con el sol,

Y antes de la luna: por generación de generaciones:
Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada:
Como el rocío que destila sobre la tierra.
Florecerá en sus días justicia, y multitud de paz,
hasta que no haya luna.»—Salmo, 72: 2-7.

El día que nos está amaneciendo estará lleno de terrores para quien no se haya preparado a arrostrarlo; mas para el que haya leído de continuo y hecho caso de los avisos y amonestaciones del Padre de los cielos y que les haya prestado atención, aquel día será el día de gozo de todos los siglos. Que cada cual se pregunte a sí mismo: ¿De qué lado estoy? Si estáis de parte del mal, no tardéis, sino apresuraos a aceptar la dilatada misericordia y salvación que todavía se os ofrecen,

¿Quién puede decir cuánto tardará en retraerse por completo la divina acción represora, y todas las naciones de la tierra puedan entonces sumirse en las locuras y desbordamientos de Armagedón? Y cuando llegue aquel día de tremenda guerra universal y de tempestuosa conmoción por tierra y mar, habremos de hallarnos al amparo del Infinito para evitar que nos aplasten las calamidades y los conflictos. Hay que tener presente que cuando se desate Armagedón, no sólo Europa quedará envuelta en el conflicto, sino que « los reyes de la tierra, y de todo el mundo » se congregarán por influencia de los demonios, « para la batalla de aquel grande día del Dios Todopoderoso. »

En estas fugaces horas de prueba, cada cual debe apresurarse a unirse con el Salvador, no tan sólo para

salvarse él mismo, sino para guiar a otros hacia el refugio que los resguarde de la tormenta. Cada cual debe tener presente que nuestro Dios está alistando verdaderos soldados bajo la bandera del Príncipe de paz. Mientras los demonios de la guerra incitan a los hombres a perfeccionarse en el arte de sembrar asoamientos y dolores en los campos de batalla, el bendito Cristo ejerce su divino poder para atraerlos con las substanciales alegrías cuyo centro es la eterna bienaventuranza que su venida está a punto de traer a nuestro mundo. Y al par que concede estos gozos a todo aquel que los acepte, desea hacer de quien reciba su gracia un verdadero soldado que lleve hasta los más remotos rincones de la tierra el conocimiento de la salvación y la pronta vuelta del Señor.

Esto no es la exposición de meras teorías teológicas. Se trata aquí de un hecho divino, tan visible en toda la trama de la profecía bíblica, y tan exactamente cumplido en los sucesos desarrollados en torno nuestro, que no cabe errónea interpretación sobre el particular. El individuo que esto sabe, no queda a merced de los terrores de la incertidumbre al encontrarse frente a frente de manifiestos peligros y en medio de los fragores de la guerra. Sabe que puede contar con segura protección omnipotente. Y en vez de sentir terror o desaliento, puede ocupar su mente en el interesante y deleitoso estudio de seguir punto por punto, en los sucesos que se van desarrollando, el cumplimiento de las predicciones de Dios en su palabra. Este indescriptible gozo es nuestro si lo pedimos.




## CAPÍTULO XII

NADIE dejará de ver la grande importancia que encierran estas palabras expresadas en el siguiente párrafo: «Entonces habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra apretura de naciones, con perplejidad; bramando la mar y las ondas; secándose los hombres a causa del temor, y esperando las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra, porque las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y entonces verán



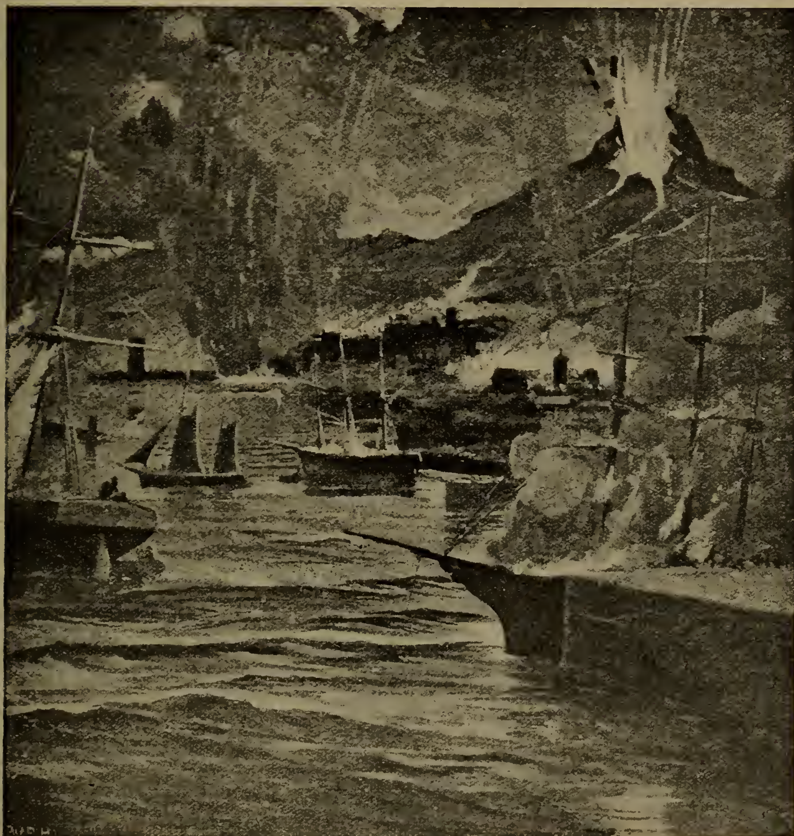

al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y grande gloria. » Lucas, 21 : 25-27.

Fíjese el lector en estas nuevas señales que dió el Señor y por las que podemos ser instruídos acerca de su venida. No sólo Cristo nos ha hablado, como vimos en los anteriores capítulos, del estado de cosas entre el pueblo en los postreros días, y de la animosidad de las naciones, etc.,... sino que pasa después a describir el estado de los elementos mismos en los postreros tiempos, con una claridad en los detalles que sería imposible sin el perfecto conocimiento anticipado

de estos acontecimientos. Dice: « Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas »; habrá bramido de la « mar y las ondas ». De ahí que cuando se esté cumpliendo esta profecía, habrá tempestades que serán causa de conmoción nunca vista hasta entonces. Y este verdadero rugido de los elementos llevará consigo la indiscutible prueba y convencimiento de que es inminente el día de Juicio, pues tan segura como la de que Dios ha dispuesto estas cosas para que fueran señales del día venidero, será la convicción que ha de sentirse en lo más hondo del corazón de que Dios nos está diciendo, con estas cosas, que su Hijo ha de aparecer en breve. La magnitud de tan extraordinarias señales en los elementos está gráficamente representada en el versículo 11 de este mismo capítulo de Lucas: « Y habrá grandes terremotos en cada lugar, y hambres, y pestilencias; y habrá prodigios, y grandes señales del cielo. »

Habrá quien intente, como lo intentaron los magos en días de Moisés, desvirtuar en algo las pruebas que Dios ha dado de la aproximación del fin del mundo; pero hay en este pasaje « señales » de los « cielos », y « espantos y grandes señales del cielo » tan poco sujetos a dudas para los que sean testigos de ellos, que no sólo éstos podrán verlos, sino que tendrán que verlos; y viéndolos, no podrán substraerse al convencimiento de lo que significan. El profeta Joel dice: « Y será que después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, vuestros viejos soñarán sue-

ños, y vuestros mancebos verán visiones. Y aun también sobre los siervos, y sobre las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo. El sol se tornará en tinieblas, y la luna en sangre antes que venga el día grande y espantoso de



Erupción volcánica de Mont Pelée, en la isla de la Martinica, el 8 de mayo de 1902. Una de las principales calamidades sobrevenidas en estos últimos años.

Jehová. Y será que cualquiera que invocare el nombre de Jehová, escapará; porque en el monte de Sión, y en Jerusalén, habrá salvación, como Jehová ha dicho, y en los que habrán quedado, a los cuales Jehová habrá llamado. » Joel, 2 : 28-32.

Obsérvese que este pasaje declara que todas estas grandes señales en « el sol », « la luna » y « la tierra » han de aparecer « antes que venga el día grande y espantoso de Jehová ». Pedro cita esta profecía de Joel toda entera en Hechos, 2 : 16-21. Especifica también el tiempo a que se aplica este pasaje, pues dice: «Y será en los *postreros días*» cuando todas estas cosas se verán. De modo que, sin duda alguna, los « postreros días » han de distinguirse en particular por « prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, fuego, y columnas de humo ». Al ver estas cosas, se confirma en el corazón la convicción de que « el grande y terrible día del Señor » está cercano.

Isaías atestigua la condición de los elementos en los postreros días en términos tan enérgicos y afirmativos como los de Joel. Dice: « Aullad, porque cerca está el día de Jehová: como asolamiento del Todopoderoso vendrá. Por tanto, todas manos se descoyuntarán; y todo corazón de hombre se desleirá, y henchirse han de terror: angustias y dolores los comprenderán: tendrán dolores como mujer de parto; cada uno se embelesará mirando a su compañero: sus rostros, rostros de llamas. He aquí que el día de Jehová viene cruel; y enojo, y ardor de ira, para tornar la tierra en soledad, y raer de ella sus pecadores. Por lo

cual las estrellas de los cielos y sus luceros no derramarán su lumbre; el sol se obscurecerá en naciendo, y la luna no echará su resplandor. Y visitaré la maldad sobre el mundo, y sobre los impíos su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y la altivez de los fuertes abatiré. Haré más precioso que el oro fino al varón; y al hombre, más que el oro de Ophir. Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día de la ira de su furor. » Isaías, 13 : 6-13.

Este pasaje se aplica también al tiempo en que « cerca está el día de Jehová »; y de conformidad con los pasajes apuntados en los capítulos anteriores, demuestra que los hombres, a causa de su iniquidad, « la arrogancia de los soberbios y la altivez » obligan al Señor a que promulgara el decreto; « visitaré la maldad sobre el mundo », « y raeré de ella sus pecadores ». Pero no se deje de notar que este pasaje dice: « Porque haré estremecer los cielos, y la tierra se moverá de su lugar en la indignación de Jehová de los ejércitos, y en el día de la ira de su furor. »

De modo que también esta profecía nos advierte de antemano, respecto de una gran conmoción en los cielos y en la «tierra» cuando el gran día esté inminente.

Pero óigase lo que dice Isaías más adelante: « He aquí que Jehová vacía la tierra, y la desnuda, y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores. Y será, como el pueblo tal el sacerdote; como el siervo tal su

señor; como la criada tal su señora; tal el que compra, como el que vende; tal el que da emprestado, como el que toma emprestado; tal el que da a logro, como el que lo recibe. Vaciando será vaciada la tierra, y desaco será saqueada; porque Jehová pronunció esta palabra. Destruyóse, cayó la tierra: enfermó, cayó el mundo: enfermaron los altos pueblos de la tierra. Y la tie-



Un muelle de Hongkong después del ciclón del 29 de julio de 1908 que causó mil víctimas. El 28 de mayo de 1908 había ocurrido otro ciclón en Hankow, con igual número de muertos. Y el 17 de octubre de 1908 otro ciclón mató a cinco mil personas.

rra fué mentirosa debajo de sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa el quebrantamiento del juramento consumió a la tierra, y sus moradores fueron asolados, por esta causa fueron consumidos los moradores de la tierra, y los hombres se apocaron. »

« De lo postrero de la tierra, salmos oímos: Gloria al justo. Y yo dije: ¡Mi secreto a mí, mi se-



Estragos ocasionados por el impetuoso huracán que se desencadenó sobre Ponce (Puerto Rico). Hubo análogas tormentas durante el año 1908 en Oklaoma, Argelia, Inglaterra, Africa oriental, Java, España y Tirol (Austria) en que perecieron 838 personas.

creto a mí, ay de mí! Prevaricadores han prevaricado; y con prevaricación de prevaricadores han prevaricado. Terror, y sima, y lazo sobre ti, ¡oh morador de la tierra! Y acontecerá que el que huirá de la voz del terror, caerá en la sima; y el que saliere de en medio de la sima, será preso del lazo; porque de lo alto se abrieron ventanas, y los fundamentos de la tierra temblarán. Con quebrantamiento es quebrantada la tierra, con desmenuzamiento es desmenuzada la tierra, con removimiento es removida la tierra. Con temblor temblará la tierra, como un borracho; y será traspasada, como una choza; y su pecado se agravará sobre ella; y caerá, y nunca más se levantará. Y acontecerá en aquel día, que Jehová visitará sobre el ejército sublime en lo alto; y sobre los reyes de la tierra

sobre la tierra. Y serán amontonados de amontonamiento como encarcelados de mazmorra; y serán encerrados en cárcel; y serán visitados de multitud de días. La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reinare en el monte de Sión, y en Jerusalén, y delante de sus ancianos fuere glorioso.» Isaías, 24 : 1-6; 16-23.

En este pasaje se nos vuelve a representar el estado extremamente pecaminoso de la tierra en sus últimos días: « Y la tierra fué mentirosa debajo de sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno », dice el profeta, que también comprueba que « prevarica-



Estragos causados en su radio de acción por el ciclón que se extendió por Louisiana, Mississippi y Alabama el 24 de abril de 1908. Otros ciclones ocasionaron análogos estragos durante el año 1908 en Texas, Oklahoma, Minnesota, Nebraska, Kansas, Nuevo México Iowa, Portugal y Hungría.

dores han prevaricado »; y hablando de la tierra, dice: « su pecado se agravará sobre ella. » Nótese también que este pasaje añade su testimonio a la circunstancia de que los elementos se enfurecerán al fin de los tiempos. Obsérvense sus afirmaciones claras y conmovedoras: « He aquí que Jehová vacia la tierra, y la desnuda, y trastorna su haz, y hace esparcir sus moradores. »

Y también: « Vaciando será vaciada la tierra, y de saco será saqueada; porque Jehová pronunció esta palabra. » Siguen a continuación estas estremecedoras palabras: « Terror, y sima, y lazo sobre ti, ¡oh morador de la tierra! Y acontecerá, que el que huirá de la voz del terror, caerá en la sima; y el que saliere de en medio de la sima, será preso del lazo; porque de lo alto se abrieron las ventanas, y los fundamentos de la tierra temblarán. Con quebrantamiento es quebrantada la tierra, con desmenuzamiento es desmenuzada la tierra, con removimiento es removida la tierra. Con temblor temblará la tierra, como un borracho; y será traspasada, como una choza. »

Cuando el Señor deje la tierra vacía y « desnuda » y « transtorna su haz », cuando los mismos « fundamentos de la tierra temblarán »; cuando esté « quebrantada la tierra, con removimiento es removida la tierra »; cuando « con temblor temblará la tierra, como un borracho; y será traspasada como una choza », seguramente en aquel entonces se enfurecerán los elementos y harán temblar de miedo a toda alma

que no esté anclada en la Roca de los Siglos. ¿Y quién no ha presentido hoy día al observar la furia de los huracanes, el desbordamiento de los mares, el ímpetu de los ciclones, que tan violentas tempestades, cada vez más frecuentes y furiosas, son el preludio del cumplimiento de estas declaraciones proféticas? Y cuando « los fundamentos de la tierra » se estremecen con violencia bajo vuestros pies, ¿quién no siente el convencimiento de que Dios trata de veras con los hijos de los hombres?

Sobre esto mismo, dice Jeremías: « Vi la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. Miré los montes, y he aquí



Interior de la iglesia de la Merced, de Valparaíso, después del terremoto del 16 de agosto de 1906.

que temblaban, y todos los collados fueron destruídos. Miré, y no parecía hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el Carmelo desierto y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia de la ira de su furor. Porque Jehová, dijo así: Toda la tierra se asolará; empero no haré consumación. Por esto la tierra será asolada, y los cielos arriba se obscurecerán; porque hablé, pensé, y no me arrepentí, ni me tornaré de ello. » Jeremías, 4 : 23-28.

Así proclaman las Escrituras una y otra vez que « a la presencia de Jehová » « la tierra será asolada y los cielos arriba se obscurecerán » y será « el Carmelo desierto y todas sus ciudades serán asoladas».

Con estos pasajes en la mente, ¡cuán impresionante no es la voz del moderno huracán y del tornado que se desatan con tremenda furia de imposible descripción, los temblores de la tierra y el mugido espantoso y ensordecedor de los desbordamientos del mar! La mayoría de nuestros coetáneos no sólo han leído descripciones sobre el particular, sino que han visto los furiosos embates del mar y las tormentas que parecen retorcerse como el precitado texto las representa. « Porque Jehová, dijo así: Toda la tierra se asolará; empero no haré consumación. » Con la aparición de estos fenómenos se confirma la convicción en todo corazón de que « el día de Jehová grande y ilustre » es inminente.

El lector sabe que actualmente no hay región en el mundo libre de tan aterradoras tormentas. En todo



Ruinas de la Casa de Correos de Kingston, capital de Jamaica, después del terremoto de 14 de Enero de 1907. El edificio estuvo situado en la calle del Puerto (*Harbor Street*) la vía más concurrida y comercial de la ciudad. En el centro del grabado aparece un numeroso grupo de parientes de las víctimas que presencian la extracción de los cadáveres de entre los escombros, con el natural temor de ver el de alguno de sus deudos.

*(Fot. Underwood and Underwood)*

el tiempo transcurrido hasta mediados del siglo pasado, se mencionan relativamente pocas tempestades violentas. Hase notado un extraordinario incremento tanto en la frecuencia como en la furia de los huracanes, que llevan la destrucción por donde pasan. No sólo las praderas del Oeste, sino también los distritos más densamente poblados del Este, así como los antiguos e históricos países de Europa y de Oriente, sufren el ímpetu asolador de los grandes ciclones. Las « cuevas ciclónicas » y demás sitios de refugio en tiempo de tempestad, que, dicho sea de paso, nuestros padres no conocían, son patente testimonio del temor sembrado en los ánimos por el estrago de los ciclones. Pero hay refugio mejor contra las furiosas tempestades que todo cuanto pueda idear el hombre; y en el rugido de los elementos debiéramos oir la voz que nos llama para que huyamos a guarecernos en la firme Torre de nuestro único Salvador.

El lector tiene cabal conocimiento de los grandes terremotos y tornados que en el curso de estos últimos años han destruído parte de algunas de nuestras grandes ciudades y han arruinado casi por completo ciudades pequeñas. Sin embargo, esta destrucción, que no ha afectado más que a parte de las grandes ciudades, ha de arrasarlas todas antes del fin del mundo, pues se nos ha predicho en los pasajes citados en este capítulo, que « Carmelo » ha de tornarse en « desierto, y todas las ciudades » han de ser « asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia de la ira de su furor ».

Las ciudades, más que cualquiera otra parte del mundo, son grandes centros de vicio y corrupción; y por causa de su gran perversidad, el Señor dió su infalible palabra de que todas serán « asoladas ».

No hay duda de que esta destrucción de las ciudades, motivada por su maldad, se ha de realizar, en parte, por medio de las violencias de sus moradores; pero lo que estas violencias dejen de consumar, lo consumará la acción abrumadora de los elementos. Dios nos dice que la maldad de Sodoma y Gomorra, ciudades de la antigüedad, llegó a ser tan grande, que proverbialmente « fueron puestas por ejemplo ». Judas, 7. La destrucción de aquellas antiguas ciudades no fué más completa que lo que ha de ser la de



**La hermosa ciudad de Mesina (Sicilia) antes del terremoto del 28 de diciembre de 1908.**

las corrompidas ciudades de nuestros días. Así lo afirman los profetas. Convendría recordar constantemente que ésta no es mera afirmación de teología dogmática. No es el credo de alguna escuela particular. Es la presentación de hechos verdaderos, basados en la autoridad de Aquel que no sólo conoce el fin desde el principio, sino que es también el Todopoderoso. Si hubo tiempo adecuado para plantear



Vista de los destrozos causados en Mesina por el terremoto del 28 de diciembre de 1908. Nunca se podrá averiguar cuántas personas murieron en este azote sobrevenido en Sicilia y la Italia meridional; pero los cálculos más restringidos las computan en cien mil y algunos las elevan a trescientas mil. Después de este violentísimo terremoto se notaron sucesivos temblores de tierra que ocasionaron más o menos estrago. El 23 de enero de 1909 ocurrió un fuerte terremoto en la provincia de Luristan, en la Persia occidental, que damnificó gravemente o arruinó por completo sesenta poblaciones y quitó la vida a algunos miles de personas. En enero y febrero del mismo año se notaron numerosas conmociones sísmicas en el occidente de Asia, que llegaron por Europa hasta Portugal ocasionando más o menos daños.

teorías y especulaciones, seguramente no es éste el caso hoy día, pues tenemos hechos y condiciones por demás importantes y de alcance general, para consentir en que queden envueltos en la obscuridad y menos aun para desdeñarlos como meras teorías.

No sólo hay ciclones y tormentas de esta especie cuya impetuosidad y frecuencia van en aumento, sino que tenemos también terremotos, desbordamientos del mar y condiciones volcánicas que van menudeando más y más, que se sienten hoy día muchas veces en lugares donde anteriormente no se conocía el « temblará la tierra como un borracho». Ya habéis sido testigos de semejantes levantamientos y manifestaciones de la naturaleza. Las Escrituras nos enseñan su significado.

Hay que atender particularmente a la notable actividad y reavivamiento de volcanes en nuestros días. Han ocurrido en varias regiones tremendas y destructoras destrucciones volcánicas y en muchas otras partes se han comprobado conmociones que delatan el poder de las fuerzas que se incuban en lo interior de la tierra.

Hay regiones enteras de la tierra en continuo temblor del suelo, sin saber cuándo ni dónde ocurrirá la próxima erupción.

A nada conduce menospreciar estas cosas diciendo que siempre se ha experimentado en la tierra, con más o menos violencia, la acción volcánica. Por cierto que hemos tenido erupciones volcánicas y terremotos que han destruído de raíz ciudades enteras y asolado

extensas regiones. Pero estos cataclismos no son más que muestras de la destrucción general decretada sobre todas las ciudades de nuestros días para cuando la « violencia » de los hombres se haya hecho verdaderamente grande y peligrosa. La tierra se está haciendo vieja «como ropa de vestir» y estamos a punto de presenciar desolaciones nunca antes vistas. No han de limitarse a unos cuantos lugares; serán universales.

Estas cosas no se dicen para alarmar, sino para advertir y salvar. Son hechos basados en autoridad. Si los consideráis con debida atención, no sólo veréis el peligro, sino que podréis entrar en el refugio dispuesto para estos tiempos de peligro y desolación.

Los pedriscos de nuestra época, si bien es verdad que no son tan peligrosos y destructores como han de serlo, merecen, sin embargo, tenerse en cuenta en este respecto. El Señor le preguntó a Job: « ¿Has tú entrado en los tesoros de la nieve? ¿y has visto los tesoros de granizo, lo cual yo he guardado para el tiempo de la angustia, para el día de la guerra, y de la batalla? » Job, 38 : 22, 23.

Además, Dios tiene «tesoros de granizo» que El ha « guardado para el tiempo de la angustia, para el día de la guerra y de la batalla ». Este « tiempo de la angustia » « el día de la guerra y de la batalla » es ahora inminente, y debemos esperar el principio de esta lluvia de « los tesoros de granizo » que Dios « tiene en reserva contra este tiempo. » Respecto de estos días de exceso de perversidad el Señor dice: « Y ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia; y granizo

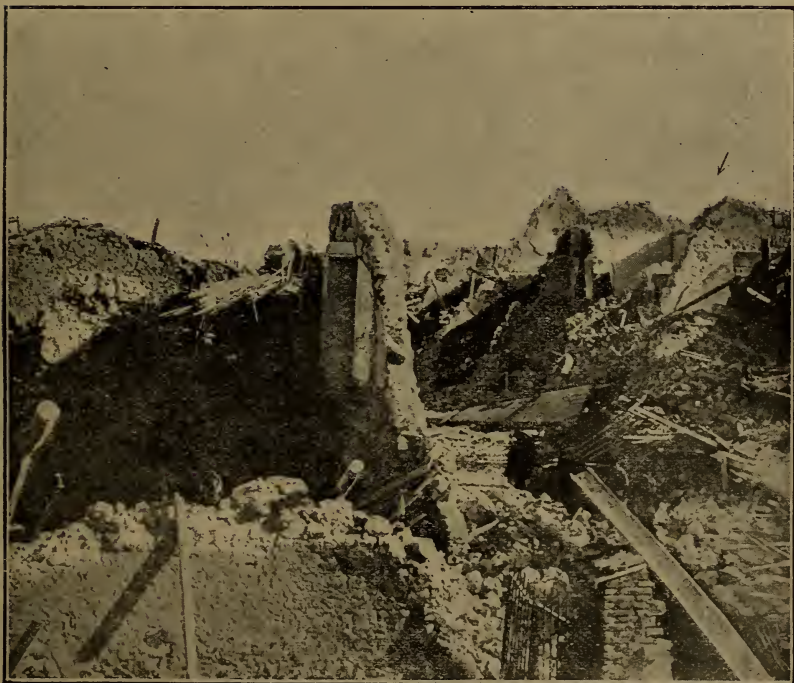
barrerá la acogida en mentira, y aguas arrollarán el escondrijo.» Isaías, 28:17.

Estos «tesoros de granizo» con que Dios ha de barrer del suelo el refugio de mentiras, están empezando ya su obra. No es raro leer noticias de tormentas de granizo que siembran ruinas a su paso. Pero el último grado de destrucción y desolación a que alcance el pedrisco queda reservado para el momento en que se derrame la séptima y última de las siete plagas. Sobre esto se expresa así la palabra profética: «Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo un grande pedrisco sobre los hombres, cada piedra como del peso de un talento; y los hombres blasfemaron de Dios por razón de la plaga del pedrisco; porque su plaga fué hecha muy grande.» Rev. 16 : 20,21.

No estará de más volver a decir que las Escrituras han anunciado el significado de todo esto. Estas tormentas, estos terromotos y volcanes que ya han aparecido, por muy destructores que hayan sido, no son más que el principio de lo que ha de verse en todo el mundo cuando Dios «barrerá» el último «refugio de mentira» y restaurará la pureza y la verdad del Edén. No sólo se nos dice que estas diversas formas de tormentas son señales del día venidero, sino que se nos añade que una de las «siete plagas postreras» ha de ser la de quemar a los hombres con «grande calor» del sol. «Y el cuarto ángel derramó su redoma sobre el sol, y le fué dado que afligiese los hombres con calor por fuego. Y los hombres se inflama-

ron con el grande calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene potestad sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. » Revelación, 16:8,9.

Ahora bien, es evidente que « las siete plagas postreras » no han sido aún derramadas, pero todo nos prueba que vivimos en la época en que pronto han de empezar. En las ardientes olas que barren la tierra, el mundo tiene un menudo antesaboreo de lo que ha de ser aquel tiempo. En particular, durante el verano, suelen leerse en grandes titulares en la



Vista de la calle principal de Avezzano (Italia) después del terremoto del 13 de enero de 1915. La flecha indica el paraje en que perecieron cuarenta personas.

prensa de algunos países epígrafes llamativos como los siguientes: « Elementos furiosos »; « Sol despiadado»; «Negocios paralizados por el calor» ; «General ola tórrida ». El lector conoce por demás estos hechos para que no hagamos más que mencionarlos.

¡Cuán clara y terminante prueba nos ha dado Dios de la venida cercana del « gran día »! ¿No es en verdad maravilloso que la divina presencia pueda representar estas cosas de un modo tan gráfico con miles de años de anticipación? El amor infinito ha agotado su infinito poder para esclarecernos las señales por las que podemos saber que el culminante acontecimiento de todas las edades está « a las puertas ». Todo este testimonio va acumulándose, y presentándose por sí mismo en vivo bosquejo por doquiera.

Cuando oímos «bramando la mar y las ondas»; cuando los « prodigios y grandes señales » que vendrán del cielo, junto con «hambres y pestilencias », se vean en todo el mundo; cuando contemplemos « en la tierra sangre y fuego y vapor de humo »; y cuando la «destrucción del Altísimo » haya dejado « la tierra asolada»; cuando «Jehová vacía la tierra y la desnuda» y « trastorna su haz », y « con quebrantamiento es quebrantada la tierra, con desmenuzamiento es desmenuzada la tierra, con removimiento es removida la tierra.», y cuando « temblará como un borracho »; cuando veamos temblar los montes y los collados moverse con ligereza; cuando veamos « Carmelo » « desierto » y todas sus ciudades « asoladas »; cuando los « tesoros de granizo » con que Dios ha de barrer del



**Resultados del huracán en la costa del Atlántico**

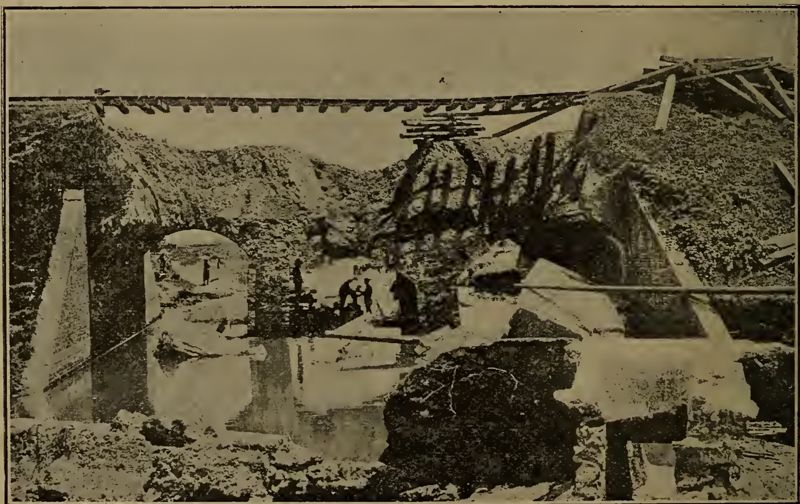
Destrozos ocasionados en Sea Bright (Nueva Jersey) por la violenta galerna de 1914. Hacia el mismo tiempo una tempestad produjo estragos análogos en la costa del Pacífico.

suelo el refugio de mentiras asuelen la tierra; y cuando en todas partes veamos a los hombres « se inflamaron con el grande calor »; cuando, ¡ay! la furiosa rabia de los elementos se conmueva terriblemente en torno nuestro, y los corazones de los más valientes estén « secándose a causa de temor y esperando las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra », entonces diremos confiadamente: « Mirad, y levantad vuestras cabezas; porque vuestra redención está cerca. »

Estas señales multiplicadas por toda la tierra, por terribles que sean en majestad, poder y destrucción, son heraldos por cuyo medio permite Dios proclamar la venida de su Hijo. El alma se conmueve en lo más

hondo y sublime al oir que la inspiradora voz de los elementos insta atronadoramente al hombre: « Apa-réjate para venir al encuentro de tu Dios. »

Muchos, al pensar en estas cosas, no ven más que el terror; pero nuestro Padre celestial no quiere que estas conmociones de los elementos, manifestadas en forma de espantosos huracanes, tornados, volcanes, desbordamientos del mar, terremotos, granizo y calor abrasador, llene los corazones de sus hijos de indescriptible temor y espanto. Estas señales no sirven para aterrorizarnos, sino para advertirnos que esta vieja tierra tiembla entre los bajíos y los embates de las olas cerca de la lejana orilla del tiempo, en donde ha de cesar el reino del pecado. Son pruebas



**Puente de ferrocarril después de las inundaciones de 1914 en China**

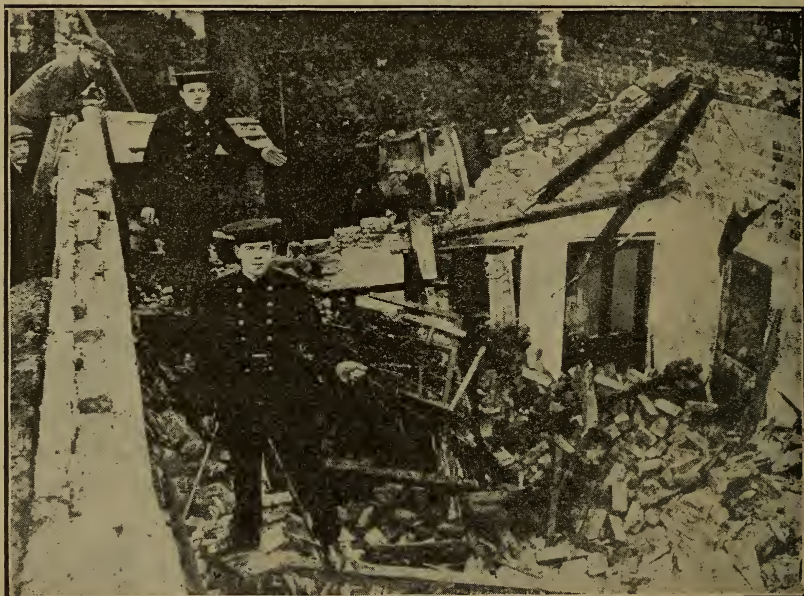
Ejemplo de los estragos y ruinas ocasionados por los huracanes, inundaciones y tempestades, que cada vez son más frecuentes y violentos en todas las partes del mundo.

visibles de que el Hijo del hombre está a punto de volver; y la palabra que nuestro Padre nos dice, es: « Anda, pues, pueblo mío, éntrate en tus cámaras, cierra tus puertas tras ti: escóndete un poquito, por un momento, entretanto que pasa la ira. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar, para visitar la maldad del morador de la tierra contra él; y la tierra descubrirá sus sangres, y más no encubrirá sus muertos. » Isaías, 26 : 20,21.

Para este tiempo nuestro Señor nos da las siguientes promesas: «No tendrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día, ni de pestilencia que ande en obscuridad: ni de mortandad que destruya al mediodía. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra: a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás; y verás la recompensa de los impíos. Porque tú ¡oh Jehová! eres mi esperanza: y al Altísimo has puesto por tu habitación. No se ordenará para ti mal: ni plaga tocará a tu morada. Porque a sus ángeles mandará cerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, porque tu pie no tropiece en piedra. Sobre el león y el basilisco pisarás, hollarás al cachorro del león, y al dragón: Por cuanto en mí ha puesto su voluntad, yo también le escaparé: ponerle he alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Llamarme ha, y yo le responderé: con él estaré yo en la angustia: escaparle he, y glorificarle he. De longura de días le hartaré: y mostrarle he mi salud. » Salmos, 91 : 5-16.

Todas estas « preciosas y grandísimas promesas »

se aplican a nuestro tiempo. Meditad en ellas con espíritu de oración. Todas son vuestras. Dios quiere apartar todo decaimiento y terror del corazón de su pueblo en estos días en que está preparando la destrucción completa del pecado. Su « perfecto amor desvanece el temor » y llena el alma de indescriptible gozo y de indecible confianza, aun en medio de las más furiosas tempestades, y de los sacudimientos de las más asoladoras erupciones que jamás hayan hecho pedazos llanuras y collados y montes de nuestro doliente planeta.



**Resultados del huracán en Inglaterra**

Vista de los destrozos ocasionados en las casas por la violenta galerna que se desató sobre Inglaterra a principios de 1915.

Todas las promesas arriba mencionadas son verdadero almacén de fuerza y poder para quien aprende a descansar en ellas. Llenan el alma de la calma de la confianza. El Infinito es la fuente de esta Palabra todopoderosa.

Las siguientes son también tesoro de promesas que deberían quedar grabadas en la memoria de todos en forma que fueran continuo sostén y solaz en tan procelosos tiempos:

«Dios es nuestro amparo y fortaleza:
Socorro en las angustias hallaremos en abundancia.
Por tanto no temeremos aunque la tierra se mude,
Y aunque se traspasen los montes al corazón de la mar.
Bramarán, turbarse han sus aguas:
Temblarán los montes a causa de su bravura.
Del río sus conductos alegrarán la ciudad de Dios,
El santuario de las tiendas del Altísimo.
Dios está en medio de ella, no será movida:
Dios la ayudará en mirando la mañana.
Bramaron naciones, titubearon reinos:
Dió su voz, derritióse la tierra:
Jehová de los ejércitos es con nosotros:
Nuestro refugio es el Dios de Jacob.
Venid, ved las obras de Jehová,
Que ha puesto asolamiento en la tierra.
Que hace cesar las guerras hasta los fines de la tierra;
Que quiebra el arco, y corta la lanza,
Y quema los carros en el fuego.
Cesad, y conoced que yo soy Dios:
Ensalzarme he en las naciones, ensalzarme he en la tierra.
Jehová de los ejércitos es con nosotros:
Nuestro refugio es el Dios de Jacob.»

Salmos, 46.

Todas estas promesas nos demuestran cómo Dios ha decretado que su pueblo no teme en tan terribles tiempos. Su poderoso Dios de salvación está con ellos, y confiados en su presencia sus corazones se estremecen de gozo por la completa protección que a todos les asegura. Todos ellos están absolutamente aliviados de los tormentos del temor.

Pocos se dan cuenta de que el poder es un agente invisible. No podéis ver el vapor que acciona la máquina o produce la luz. Tampoco la electricidad que empuja el motor o produce la luz.

La fuerza del viento y del agua es una poderosa fuerza invisible. Así sucede con el poder residente en todas las promesas de Dios. No puede explicarlo un mortal finito. No puede enseñarse al ojo natural. No obstante, por la fe viva en el Dios de todo poder, podemos entrar en contacto con estas promesas, y capacitarnos para conocer por nosotros mismos sus eficaces consuelos y su infinita fuerza restauradora.

Podemos ver el alambre desnudo colgante de los postes a lo largo de la calle o de la carretera, y en nuestra ignorancia decir que es imposible que esté cargado de fuerza. Lo miramos detenidamente y decimos: « Es exactamente uno de tantos alambres como los que ya hemos visto a centenares; y en ninguna manera puede estar cargado de fuerza, pues podemos verlo entero, pulgada por pulgada, y no hay más que alambre y puro alambre de cobre. » Pero establezcamos el contacto nada más, en forma que aprovechemos la corriente, y en el acto veremos mo-

verse los motores que accionan poderosas máquinas o que capacitan toda una fila de coches para transportar con rapidez de un punto a otro su carga de viajeros.

Y así sucede con las promesas de Dios. Van cargadas con fuerza, aun cuando no le parezcan al casual observador más que palabras comunes. Quien crea la palabra de nuestro Padre Celestial y se ponga en contacto con sus promesas, verá cómo se pone en contacto con un poder que dimana de Dios y que eleva al pobre mortal por encima de todo terror que le sobrevenga. Se da cuenta de descansar en brazos del Infinito, y se siente seguro en esta confianza.






Polilla halconera de la uva. 2. Escarabajo cortecero del ciruelo, cerezo, albaricoquero, nectáreo, melocotonero, manzano, peral y membrillero. 3 y 14. Afides o mosquito de las gramíneas. 4. Chinche cortecero de los árboles frutales. 5. Mosquito lanudo, uno de los peores enemigos del manzano. Hay dos variedades: una que roe el tronco por debajo de tierra y otra que ataca principalmente a las raíces. 6, 20. Escarabajo pepinero, que destruye los frutos de las cucurbitáceas. 7. Mariposa taladrera, que ataca las chirivías, nabos, perejil y alcaravea. 8. Pulgón picotero del trigo de la India. 9. Polilla adulta de los árboles frutales. 10, 11. Pulgones del peral y manzano. 12. Escarabajo listado que estraga las acelgas, trigo, habas y patatas. 13. Polilla de alas ribeteadas, que ataca los brotes del manzano. 15. Polilla franjeada de la cebolla. 16.

## CAPÍTULO XIII

NO sólo dan testimonio del día venidero los elementos de la atmósfera, sino que el mismo suelo tiene por misión dar testimonio de la aproximación del fin de todas las cosas. « Y Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra; y los cielos son obras de tus manos: ellos perecerán, mas tú eres permanente; y todos ellos envejecerse han como vestidura; y como un manto los envolverás, y serán mudados: tú empero eres el mismo y tus años nunca se acabarán. » Hebreos, 1 : 10-12. Aquí se emplea el lenguaje directo y sencillo, tan propio de la Biblia. La tierra y la atmósfera, o los cielos, en contacto con ella, « envejecerse han como vestidura; y como un manto los envolverás, y serán mudados. » De manera que la carga de la decadencia resultante de la maldición del pecado pesa gravemente sobre la tierra, y se envejece.




Pulgón del trébol. 17. Larva e insecto perfecto de la polilla taladrera de los tallos del trigo. 18, 22. Dos variedades del saltamontes de las hierbas y especialmente de la alfalfa. Larva e insecto perfecto del gorgojo del algodón. 21. Escarabajo leñoso, que ataca las maderas de los árboles. 23. Gorgojo blanco del pino. 24. Larva e insecto perfecto del escarabajo taladrero de cabeza redonda, del manzano, peral, membrillero, etc. 25. Diversos estados de desarrollo del escarabajo taladrero, de cabeza achatada, del manzano y otros frutales. 26. Larva e insecto perfecto del escarabajo del rosal y de las uvas. 27. Escarabajo del apio. 28. Escarabajo de la patata, tomate, berenjena, etc.

Isaías da testimonio del envejecimiento de la tierra en los términos siguientes: « Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad abajo a la tierra; porque los cielos serán deshechos como humo, y la tierra se envejecerá como ropa de vestir; y de la misma manera perecerán sus moradores: mas mi salud será para siempre, y mi justicia no perecerá. » Isaías, 51 : 6. Aquí también vemos la declaración de que « la tierra envejecerá como ropa de vestir ». Y como la noche de pecado se extiende más y más sombría sobre ella, la maldición, hija del pecado, se siente más y más hondamente. Jeremías, hablando de los postreros días, dice: « Miré, y he aquí el Carmelo desierto, y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia de la ira de su furor. » Jeremías, 4 : 26. Luego el envejecimiento de la tierra transforma regiones en otro tiempo fértiles en « desiertas ». La pérdida que sufre la tierra de la fuerza de su juventud, y las dolencias propias de la edad que la aquejan

se nos señalan así como pruebas inequívocas de su cercana disolución.

No hay tal vez pasaje de la Escritura que exponga tan vivamente el decaimiento general de la tierra en la prueba de la venida del fin del mundo, como el primer capítulo de la profecía de Joel. Dice así: « Oid esto, viejos, y escuchad, todos los moradores de la tierra. ¿Ha acontecido esto en vuestros días, o en los días de vuestros padres? De esto contaréis a vuestros hijos, y vuestros hijos a sus hijos; y sus hijos a la otra generación. Lo que quedó de la oruga gusanera comió la langosta, y lo que quedó de la langosta comió el pulgón, y lo que quedó del pulgón comió el revoltón. Despertad, borrachos, y llorad: aullad, todos los que bebéis vino, a causa del mosto; porque os es quitado de vuestra boca. Porque gente subió a mi tierra, fuerte, y sin número: sus dientes, dientes de león; y sus muelas, de león. Asoló mi vid, y descortezó mi higuera: desnudando la desnudó, y derribó: sus ramas quedaron blancas. Llora tú como mujer moza, vestida de saco por el marido de su juventud. Pereció el presente y la derramadura de la casa de Jehová: los sacerdotes ministros de Jehová pusieron luto. El campo fué destruído, el mosto se secó, el aceite pereció. Avergonzaos, labradores, aullad, viñeros, por el trigo y la cebada; porque la mies del campo se perdió. Secóse la vid, y la higuera pereció, el granado también, la palma, y el manzano: todos los árboles del campo se secaron: por lo cual el gozo se secó de los hijos de los hombres. Ceñíos, y lamentad,

sacerdotes: aullad, ministros del altar; venid, dormid en sacos, ministros de mi Dios; porque quitado es de la casa de vuestro Dios el presente y la derramadura. Pregonad, ayuno, llamad a congregación, congregad los ancianos, y todos los moradores de la tierra en la casa de Jehová, vuestro Dios, y clamad a Jehová. *¡Ay al día! porque cercano está el día de Jehová; y vendrá como destrucción hecha por Todopoderoso.* ¿El mantenimiento, no es quitado de delante de nuestros ojos: la alegría, y el placer de la casa de nuestro Dios? El grano se pudrió debajo de sus terrones, los bastimentos fueron asolados, los alfolíes destruídos; porque el trigo se secó. ¡Cuánto gimieron las bestias! ¡cuán atajados anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pastos! También los rebaños de las ovejas fueron asolados. A ti, ¡oh Jehová! clamaré; porque fuego consumió las cabañas del desierto, y llama abrasó todos los árboles del campo. Las bestias del campo también bramarán a ti; porque se secaron los arroyos de las aguas, y las cabañas del desierto consumió fuego. TOCAD TROMPETA EN SION; Y PREGONAD EN MI SANTO MONTE: TIEMBLEN TODOS LOS MORADORES DE LA TIERRA; PORQUE VIENE EL DIA DE JEHOVÁ, PORQUE CERCANO ESTÁ.» Joel, 1: 2- 20; 2 : 1.

El versículo XV del capítulo I, y el primer versículo del capítulo II de esta profecía de Joel, enseñan que el «día de Jehová» es el tiempo a que alude la visión; y esta descripción de lo que ha de verse en aquel tiempo en el mundo es muy directa y clara. En




En muchos casos, el mismo nombre del insecto denota la índole de su potencia destructora. En caso contrario, se indica a continuación del nombre la cosecha, planta o árbol a que ataca.

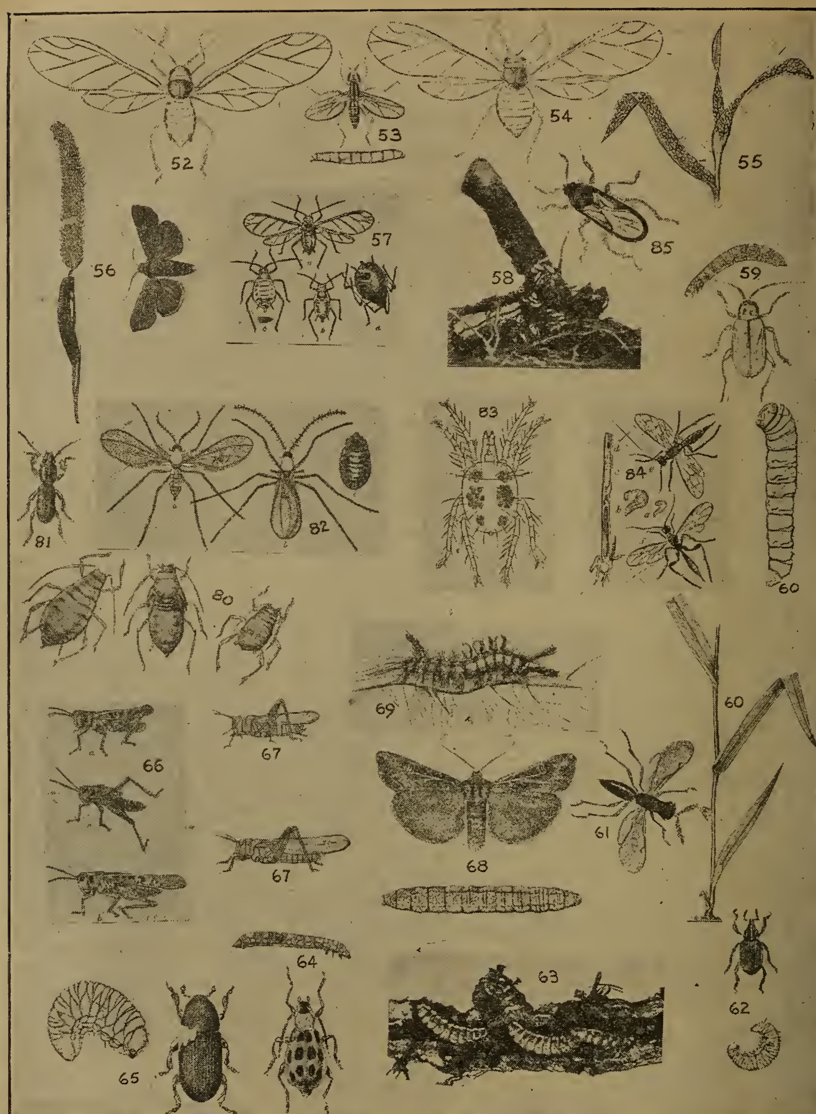
29. Pulgón de la vid con su crisálida. 30. Oruga y pulgón de las raíces de la vid. 31. Pulgón de las hojas de vid. 32. Larva y polilla de la uva. 33. Polilla del gusanillo negricéfalo del arándano. 34. Arrugahojas de la vid. 35. Daño que causa el barreno tomatero en el tallo de la planta. 36. Racimo de uvas atacado de podre negra. 37 y 41. Dos aspectos del gorgojo de la fresa. 38. Saltón de la rosa. Al descubrirlo los ento-

los demás pasajes citados vimos cómo la tierra ha de « envejecerse como ropa de vestir ». Este capítulo de Joel entra en pormenores y nos dice algo de lo que significa este envejecimiento.

Primero se nos habla de los insectos y gusanos que han de traer consigo la destrucción de las cosechas. Se mencionan « la oruga gusanera», «la langosta », « el pulgón », « el revoltón ». Y luego de dirigirse al borracho, invitándole a que llore y aulle porque el vino « os es quitado de vuestra boca », dice el profeta: « Porque gente subió a mi tierra, fuerte, y sin número: sus dientes, dientes de león; y sus muelas, de león. Asoló mi vid, y descortezó mi higuera; desnudando la desnudó, y derribó; sus ramas quedaron blancas. » Joel, 1 : 6, 7.

Vemos así como no sólo los pocos insectos y gusanos destructores mencionados destruirán la vegetación, sino que una « gente subió a mi tierra, fuerte, y sin número »; y como resultado de ello la vid es destruída, y el vino le es quitado al borracho. Pero a la par que esto le pasa al borracho, le queda la sed de bebidas alcohólicas, y así llora y aulla. Mucho mejor es que nos libertemos ahora de tan perversos deseos, para que en el tiempo próximo venidero nos hallemos

mólogos se creyó que este insecto contraía sus depredaciones a los rosales; pero se ha observado que también ataca al manzano, peral, cerezo, melocotonero, ciruelo y otros árboles frutales y silvestres. 39. Huevos de curculio depositados en la uva. 40. Hoja de vid atacada por el tizón velloso. 42. Uvas atacadas por la podre de ojo-de-pájaro. 43. Podre madura de la uva. 44. Hongo que causa el polvillo tizonero de la uva. 45. Diversos estados del chinche de la col. 46. Racimo de uvas atacadas por la podre gris. 47. Insecto perfecto de la oruga de la grosella y espina crespa. 48. Oruga e insecto perfecto del barreno de la calabaza vinatera. 49. Dos aspectos del piojo del lúpulo. 50. Insecto perfecto del chinche marchitero, que ataca a casi todos los brotes de semillero y de jardín. 51. Mariposa de la col.




El nombre de los insectos y plagas se continúa al final de la página siguiente. En muchos casos el mismo nombre del insecto denota la índole de su potencia destructora. En caso contrario se indica a continuación del nombre la cosecha, planta o árbol a que ataca.

libres en Dios. Nótese la fuerza de otras declaraciones de este notable pasaje: « El campo fué destruído, el mosto se secó, el aceite pereció. Avergonzaos, labradores; aullad, viñeros, por el trigo y la cebada; porque la mies del campo se perdió. Secóse la vid, y la higuera pereció; el granado también, la palma y el manzano: *todos los árboles del campo se secaron,* por lo cual el gozo se secó de los hijos de los hombres. » Joel, 1 : 10-12.

¡Qué forma de expresión tan contundente para representar las condiciones que han de prevalecer progresivamente en estos últimos días: el campo asolado, la tierra de luto; las cosechas perdidas, la vid secada, y el manzano, y hasta todos los árboles del campo también secados! Pero no es esto todo. Sigamos leyendo: « El grano se pudrió debajo de sus terrones, los bastimentos fueron asolados, los alfolíes destruídos; porque el trigo se secó. ¡Cuánto

---

52. Hembra alada del pulgón de las hojas de gramínea. 53. Oruga e insecto del bulbo del trigo. 54. Hembra alada del pulgón de las raíces de las gramíneas. 55. Tallo de trigo atacado por la oruga verde. 56. Larva e insecto de la polilla de las mieses. 57. Piojo triguero. En algunos puntos ha causado en las cosechas de trigo tantos estragos como la mosca Hessian. 58. Larva de la chinche de la col atacando la raíz y el tallo de la planta. 59. Larva e insecto del pulgón graminero del Oeste. 60 y 60. Larva de polilla triguera e insecto depositando el huevo en el tallo del trigo en cuyo hueco se desarrolla después la oruga o larva. 61. Vista aumentada de la polilla triguera. 62. Larva e insecto del gorgojo de las hojas de trébol. 63. Larva del barreno vinatero estragando la vid. 64. Larva e insecto del pulgón graminero del Sur. 65. Larva e insecto del barrenillo del trébol, alfalfa y guisantes. 66. Langosta de alas amarillentas, llamada vulgarmente saltamontes, con cuyas patas en forma de sierra destroza por completo las cosechas sobre las que cae como una nube en innumerables bandadas. 67 y 67. Otras dos variedades de langosta, llamada vulgarmente saltamontes o saltamartín, que ha estragado varias veces las cosechas de algunos puntos de California. 68. Larva y mariposa del cortadillo. 69. Oruga de la polilla forrajera que ataca especialmente al manzano, aunque también estraga otros árboles. 70 a 79. No tienen lugar. 80. Diversos aspectos del pulgón metamorfoseado de la oruga verde a que se refiere el n.º 55. 81. Escarabajo graminero. 82. Mosquito triguero en sus tres estados de metamorfosis. 83. Araña algodonera, llamada también cresa, que ataca las hojas del algodonero. 84. Mosca aserradora, que estraga los trigales de Europa cortando los tallos de la planta por la acción de las larvas según se ve en la figura. 85. Chinche graminero.

gimieron las bestias! ¡cuán atajados anduvieron los hatos de los bueyes, porque no tuvieron pastos! A ti, ¡oh Jehová! clamaré; porque fuego consumió las cabañas del desierto, y llama abrasó todos los árboles del campo. Las bestias del campo también bramarán a ti; porque se secaron los arroyos de las aguas, y las cabañasdel desierto consumió fuego. Tocad trompeta en Sión, y pregonad en mi santo monte: tiemblen todos los moradores de la tierra; porque viene el día de Jehová, porque cercano está. » ¿Quién puede dejar de ver lo que entrañan tales palabras que tanto estremecen el corazón?

¡Cuán impresionante es este capítulo de Joel, que nos dice cuán literalmente y cuán en absoluto la tierra « se envejece como ropa de vestir » y cuán completamente ha de disolverse! Las palabras de Isaías aclaran la causa de todo esto: « Con temblor temblará la tierra, como un borracho; y será traspasada, como una choza; y su pecado se agravará sobre ella; y caerá, y nunca más se levantará. » Isaías; 14 : 20.

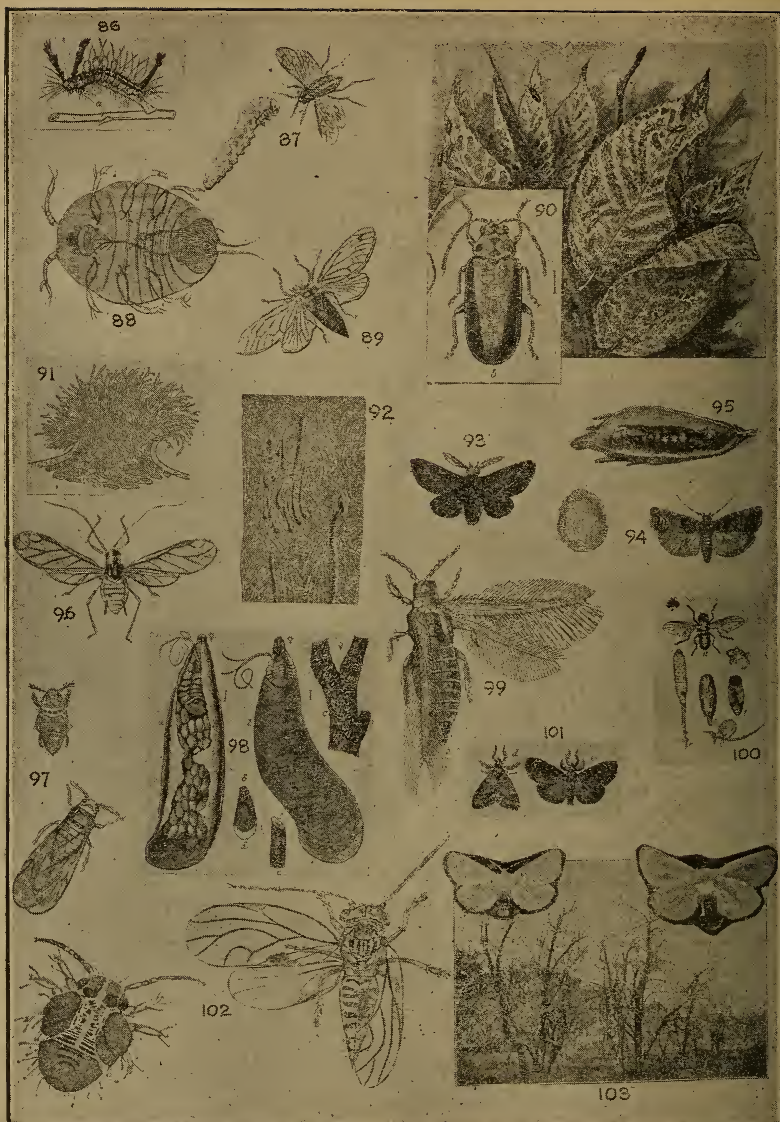
« Su pecado se agravará sobre ella. » La transgresión, o sea la maldición causada por el pecado, remata en toda esta ruina y desolación. El que prefiere desdeñar las leyes de la naturaleza debe sufrir las consecuencias de su locura. En vez de los sanos colores de la salud, la palidez del rostro delatará la fiebre de la enfermedad que le arde dentro del cuerpo. Y así le pasa a nuestra vieja tierra. La maldición de «la transgresión » es « grave sobre ella». Las vergon-

zosas iniquidades del hombre han corrompido la tierra hasta el extremo de quebrarse bajo el peso de ellas, y la tenemos envejecida y dispuesta a ser presa de los fuegos consumidores de los postreros días. Nuestro buen Padre Celestial hubiera podido ahorrarle todos estos padecimientos, de haber consentido el hombre pecaminoso en someterse a la bondadosa voluntad de su divino y amoroso Padre; pero habiendo respondido el hombre con un rechazo, lo único que lógicamente le quedaba que hacer al Señor era dejar que el pecado siguiera su curso, hasta que llegara el tiempo en que toda imaginación de los pensamientos del corazón fuera mala de continuo. Cuando llegue este tiempo, no quedará ni un rayo de esperanza de que ni a un solo malvado alcance la gracia de Dios; al contrario, llegará a ser de toda evidencia que los malvados se habrán hecho tan depravados, que el acto más misericordioso que puede esperarse será concluir con el reino de pecado mediante los juicios de los postreros días.

Todo agricultor está dolorosamente convencido de que se va haciendo más y más difícil recoger las cosechas. Muchas plagas y muchos destructores de las cosechas de una u otra especie se han esparcido por todas las regiones de la tierra.

Los países más adelantados tienen cada cual su oficina general de entomólogos, es decir, de especialistas en el estudio de los insectos, complementada por oficinas locales o regionales.

La guerra que hay que seguir haciendo a todas




El nombre de los insectos y plagas se continúa al final de la página siguiente. En muchos casos el mismo nombre del insecto denota la índole de su potencia destructora. En caso contrario se indica a continuación del nombre la cosecha, planta o árbol a que ataca.

estas plagas queda brevemente explicada en el *Scientific American* en un párrafo encabezado con este título: « La Batalla anual contra los Insectos », por Jorge E. Walsh.

« Por espacio de un cuarto de siglo, la ciencia ha trabajado en pro de la agricultura para reducir el número de plagas que asuelan los jardines y tenerlas a raya. La guerra que se hace cada año a los insectos dañinos empieza ya a principios de la primavera y dura hasta fines de otoño; y el agricultor o el jardinero no está del todo seguro de sus cosechas, sino cuando las tiene ya recogidas. A despecho de todos los agentes de protección con que la ciencia ha rodeado campos y huertas, estallarán aún de vez en cuando desastres de proporciones gigantescas por el repentino aumento de varios insectos dañinos o el desarrollo de hongos parásitos. Por ejemplo, un año el escarabajo del Colorado destruirá la cosecha de patatas; otro año se malograrán completamente los trigos en ciertos Estados por el tizón o el pulgón; o se echarán a perder los algodonales a causa de otro in-

86. Oruga forrajera que ataca a casi todas las especies de árboles umbrosos menos a los de la familia de las piníferas. 87. Larva e insecto de la babosa peralera, que además del peral ataca al cerezo, ciruelo y otros frutales análogos. 88. Escama de San José; insecto abundante en los Estados Unidos, que ataca toda clase de árboles frutales. 89. Cigarra periódica que ha venido apareciendo en nubes como de langosta cada diez y siete años a contar de 1715. 90. Escarabajo olmedero. 91. Podre negra del cerezo, melocotonero, ciruelo, etc. 92. Vista aumentada de los surcos que en la corteza de los árboles frutales abre el escarabajo cortiquero. 93. Insecto de la oruga manzanera. 94. Polilla manzanera, que según informes destruye anualmente la mitad de la cosecha de manzana en los Estados Unidos. 95. Gorgojo saquero que estraga los árboles umbrosos, los arbustos, setos y especialmente la siempreviva. 96. Pulgón del manzano rosado. 97. Crisálida e insecto de la filoxera de la vid. 98. Concha de corteza en que deposita las larvas el pulgón del manzano. 99. Moscardón del peral, almendro, manzazano, albaricoquero, cerezo, higuera, vid, melocotonero, ciruelo y nogal. 100. Gorgojo cicutero, que perjudica las maderas de construcción. 101-102. Pulgones de las plantas trepadoras. 103. Macho y hembra de la polilla toquinegra, que devora el follaje del peral según aparece en el grabado.




El nombre de los insectos y plagas se continúa al final de la página siguiente. En muchos casos el mismo nombre del insecto denota la índole de su potencia destructora. En caso contrario se indica a continuación del nombre la cosecha, planta o árbol a que ataca.

secto. En una u otra parte de los Estados Unidos hay muchas probabilidades de que se malogren las cosechas por completo o parcialmente, debido a los insectos o a los hongos en casi cada estación del año... A mediados del verano, los insectos dañinos hormiguean por las huertas en todas las plantas. Los piojos o afides atacan las plantas débiles, y *se multiplican a razón de cinco a veinte millones por uno en una temporada.* » Los viñedos asolados en California, en los collados y valles de Francia, Suiza, España e Italia y en otras partes del mundo, muestran que el surtido de vino del borracho está incierto y los días de su sed de bebidas alcohólicas van en aumento.

Sin embargo, no hay para qué multiplicar testimonios sobre el particular. Todo aquel que tiene plantas de cualquier clase sabe a qué atenerse respecto de la veracidad y del alcance general de lo dicho por el señor Walsh. Miles de personas han quedado im-

---

104. Barrenillo listado del castaño, abeto, pino y a veces del roble. 105. Piojo manzanero, uno de los que afectan al fruto del manzano. 106. Saltamontes bufalense, que daña los huertos, planteles, y a veces los árboles umbrosos. 107. Vista de frente y espalda de la hembra del pulgón guisantero, que entre otras plantas ataca especialmente las cosechas de guisantes. 108. Oruga y macho y hembra de la polilla Gypsy, que deshoja los leñosos árboles de los bosques según aparece en el grabado. 109. Superior: Gorgojo roedor de primavera. 109. Inferior: Gorgojo roedor de otoño, que deshoja los árboles frutales. 110 y 122. Insecto y oruga del catalpa, que ataca especialmente a esta planta ornamental, aunque también perjudica a otros árboles. 111. Macho adulto del escama de San José. 112. Mosca blanca del naranjo y limonero. 113. Escama del arce algodonero, que ataca especialmente a los brotes de este árbol, aunque se le ha encontrado también en cerca de cuarenta y siete otras especies de árboles y arbustos. 114. Otro aspecto de la oruga manzanera. 115. Curculio atacando una ciruela. También daña otras frutas carnosas y a veces las manzanas. 116. Mosca blanca de casaverde, que perjudica los tomates, pepinos y muchas otras plantas. 117. Renuevo de melocotonero marchito por el ataque de las orugas del barrenillo. 118. Gorgojo europeo, que ataca a las gramíneas y también al manzano. 119. Pulgón sarnoso, que pica las cortezas del peral entre los árboles frutales, del álamo entre los umbrosos y la grosella entre los frutos menudos. 120. Barrenillo manzanero, muy parecido al de la variedad de cabeza redonda. 121. Pulgón melonero. 123. Oruga, crisálida e insectos macho y hembra del barrenillo melocotonero. Es uno de los más temibles enemigos de los frutales carnosos y se posa debajo de la corteza del árbol, generalmente cerca del suelo.

presionadas por lo más y más difícil que se va haciendo año tras año la maduración de las cosechas; pero; ¿se han dado cuenta de que esto se debe a la circunstancia de que la tierra « se envejece » y va en completo decaimiento a consecuencia de las maldades corruptoras que la contaminan? Y esto no es más que un eslabón del gran encadenamiento de pruebas que nos muestran en forma concluyente que « el fin de todas las cosas se acerca ».

El resultado de tan general decaimiento de la fuerza de producción de la tierra conforme nos vamos acercando al fin ha de ser el hambre y la pestilencia que cundirán por todas partes, pues ¿no ha dicho el Señor: « Y habrá grandes terremotos en cada lugar, y hambres, y pestilencias; y habrá prodigios, y grandes señales del cielo »? Lucas, 21 : 11.

« Hambres » y « pestilencias » se han ensañado en la tierra en el curso de los siglos, como nos lo demuestran la historia y las Escrituras con toda evidencia, de modo que de por sí solos no constituyen señal del fin del mundo. Pero estas « hambres y pestilencias » de los pasados siglos no fueron nada en comparación de lo que podemos esperar en las actuales décadas que han de finalizar el curso de los tiempos. Las palabras del profeta vuelven otra vez a nuestra mente en forma viva: « Y la tierra fué mentirosa debajo de sus moradores; porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho, rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa el quebrantamiento del juramento consumió a la tierra, y sus moradores fueron asolados,

por esta causa fueron consumidos los moradores de la tierra, y los hombres se apocaron.» Isaías, 24:5,6.

De modo que cuando la tierra se vuelva «mentirosa, debajo de sus moradores», se dirá: «Por esta causa el quebrantamiento del juramento consumió a la tierra, y sus moradores fueron asolados.» Y cuando pueda decirse que la temible «maldición» del pecado ha consumido la tierra, cualquiera de las hambres o pestilencias del pasado serán sombra en comparación de lo que ha de experimentar la edad de entonces. Las hambres de la India, de China y del Japón, el malogro de las cosechas en varias partes del mundo, no son más que esbozados principios de lo que ha de ser el estado de cosas cuando tan vivamente se haya cumplido el tiempo descrito por los profetas.

Continuamente estallan nuevas formas de enfermedades entre hombres y animales. Estas enfermedades se hacen epidémicas, y cunden por el país como plaga destructora. Hay hombres de ciencia que estudian estas dolencias siempre crecientes y sus causas. Han demostrado que todas ellas son consecuencia de la violación de las leyes de la naturaleza. La glotonería, la embriaguez, los vicios licenciosos, contra los cuales se nos han dado avisos tras avisos en la palabra de Dios, están en la raíz de estos males físicos de la humanidad. Pero el señalar estos males no basta para hacerlos cesar. Los apetitos y las pasiones, junto con la general indiferencia para con las inexorables leyes de la naturaleza, ofuscan la mente de los hombres y no hacen caso de los avisos.

El conocimiento de la higiene y de la medicina no estuvo nunca tan difundido ni fué tan grande como hoy día, ni tan capaz de elevar y purificar el mundo de su fárrago de males corruptores; pero los hombres siguen siempre adelante y a ciegas a despecho de la luz y de los hechos demostrados de las leyes físicas, sumergiéndose más y más en los pecados degradantes y destructores de su organismo corporal. No puede decirse que obren así por fatal ignorancia, pues Dios concentra todo rayo de luz respecto de las leyes de la vida y de la salud en las gentes de la actual generación.

Mediante el conocimiento aplicado de las leyes fisiológicas y sanitarias, se ha realizado una obra maravillosa. El término medio de la vitalidad ha subido incontestablemente; pero, como insinuó hace poco uno de los médicos más entendidos y más afortunados en sus investigaciones, esta prolongación de la vitalidad no es tan lisonjera como suponen las estadísticas. Los recientes experimentos de la ciencia habilitan al médico para conservar la vida de los afectados de numerosas infecciones y enfermedades contagiosas por un período más largo que el que se conseguía en otros tiempos, pero con esto sólo se consigue producir una raza, una especie aun más viciada por la progresiva tendencia al estado enfermizo o morboso. De modo que la prolongación de la vida no reporta los resultados que se esperaban y que no eran más que aparentes o superficiales.

La tierra gime por causa de « su transgresión »

que se agrava sobre ella. Las profanaciones de la humanidad, la transgresión de las leyes físicas, la inobservancia de los principios más elementales de la ciencia sanitaria, crean un terreno apropiado para el desarrollo de los gérmenes de descomposición y de pestilencia; y Satanás, que « ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo », ejerce su poder para aumentar y exacerbar el mal cada vez más extendido. Este espíritu maligno ha estado en la escuela del pecado por espacio de seis mil años. Tiene fácil entrada en los laboratorios de la naturaleza, y sus extensas investigaciones lo capacitan para combinar lo más acertadamente posible los elementos de la transgresión y producir las maléficas semillas con que sembrar la epidemia de la degeneración. Algunos se inclinan a considerar este asunto como de poca monta, pero fijémonos en las enérgicas declaraciones de la palabra de Dios, escuchemos la voz de su Espíritu que estampa estas palabras en el alma, veamos los hechos reales que estremecen, tales como los vemos en torno nuestro, y preparémonos para afrontar este sencillo e inquebrantable testimonio ante el tribunal del Eterno.

Nuestro Padre celestial no tiene la culpa de tantos padecimientos como aquejan al mundo hoy día. A veces no comprendemos por qué los permite. Pero el pecado ha levantado su horrorosa y cruel cabeza en nuestro planeta; y todo el universo de Dios ha de recibir la lección experimental de lo que Satanás quisiera realizar por medio de su reinado de odio y

egoísmo. Ha intentado hacer constar que el Padre celestial es un « hombre duro » que recoge donde no plantó, y cosecha donde no sembró. Y así es que se deja medrar el pecado. Sus consiguientes miserias, sus envilecedoras y contaminantes corrupciones, sus crueles tormentos, han de madurar y dar la cosecha del mal. Entonces todos verán lo terribles que son los frutos del pecado; y la declaración hecha por el jefe de la rebelión de que nuestro Dios es « hombre duro » rebatirá para siempre el unánime testimonio del universo. Cuando el último vestigio del pecado haya sido destruído, ¡con qué júbilo « toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en la mar, y todas las cosas que en ellos están, » se unirán al canto de la antífona: « Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea bendición, y honra, y gloria, y poder para siempre jamás!»

Los redimidos de Dios entonarán pronto el canto de salvación en presencia de todo el universo. ¡Qué día tan bendito será aquel! ¡Y cuánto nos alegraremos a cada nueva prueba de la venida del « Príncipe de paz »! « Ve por los caminos, y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. » Esta fuerza es la fuerza divina de su amor; y ojalá saquemos provecho de estas señales de su venida, para recibir al Huésped celestial en nuestros corazones, y no sólo estar dispuestos para ir a su encuentro, sino para ser mensajeros de justicia que ganen a otros para el « Cordero de Dios que quita el pecado del mundo ».




## CAPÍTULO XIV

LOS sucesos que se desarrollan y que hacen de nuestra época la más maravillosa de todas, son bien conocidos; pero los hombres tan interesados en notar el adelanto material ya realizado y gozar de él, no se dan cuenta de que el siglo pasado ha sido igualmente maravilloso por el modo en que circularon las Sagradas Escrituras y por la actividad que en su obra desplegaron los misioneros, como por sus adelantos en descubrimientos e invenciones.

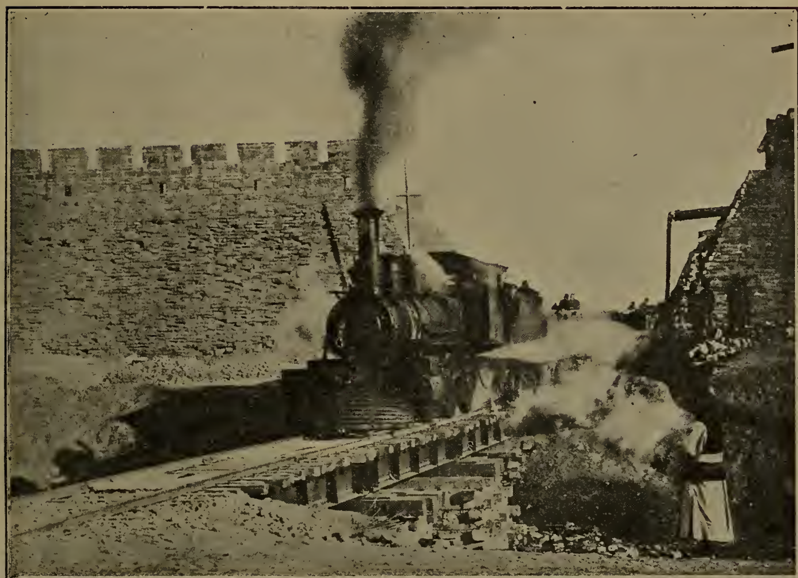
Al ser interrogado Nuestro Señor por Sus discípulos respecto de « ¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo? » les responde directamente dándoles como una de las señales de su «venida» el hecho de que « será predicado este evangelio del reino en todo el mundo por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin ». Nótese el carácter afirmativo de la declaración del Maestro. « Vendrá el fin » cuando « será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones ».

Pero considérese qué tarea tan grande la de pro-

clamar « este Evangelio del reino » a « todas las naciones ». Hace un siglo, Africa, la India, China, el Japón, España, la América del Sur, y todo el Oriente, y tantas y tantas islas del mar, pobladas de millones de almas, a la sazón sin cuento, parecían estar absolutamente cerrados a toda influencia extranjera. No parecía también sino que Satanás hubiera logrado mantenerlos fuera de alcance del más mínimo rayo de la luz del Evangelio. No obstante, el Señor había dicho que Su « evangelio del reino » había de alcanzar a todas las naciones « en todo el mundo ». Y cuando llegó el tiempo del cumplimiento de este designio, cayeron los baluartes, y Dios aseguró los medios, por muy maravillosos que fueran, que debían asegurar el cumplimiento de Su obra. El Japón rompió sus cadenas; otro tanto hizo China; la India se ha convertido en centro de acción del esfuerzo de los misioneros; las vallas de la intolerancia en general se vienen al suelo, y las islas esperan « Su ley ».

Puesto que Dios ha hablado al mundo ¿por qué no esperar algo de la proclamación del evangelio al mundo, algo de carácter tan notable que llegue a ser patente? Cualquiera que se tome la molestia de fijarse en ello verá cómo se está realizando en forma impresionante. Y precisamente tan seguro como que la proclamación del evangelio al mundo ha de constituir una de las mayores pruebas de que los tiempos llegan a su último término, es que dicha proclamación ha de efectuarse en forma que manifieste la presencia de Jehová, penetrándolo todo y animándolo

con la majestad de Su poder en medio de la gran obra. En la tarea de predicar el evangelio a todo el mundo han de combinarse varios y muy importantes elementos. En primer término, han de derrumbarse de tal suerte las vallas de la intolerancia que permita



Boquete abierto en la antiquísima muralla de China para dar paso al ferrocarril.

la penetración del evangelio en los diferentes reinos y países. Además han de asegurarse facilidades para que la predicación alcance al mundo entero. Cuando la Providencia haya abierto así el camino para que se pueda entrar en todas partes, mediante la destrucción de los cimientos de la intolerancia, y la provisión de medios de comunicación y de facilidades para los

viajes, entonces se combinará con estos elementos la disposición de parte de una clase del pueblo para predicar el mensaje por todo el mundo. Los hombres han de sentirse movidos en la actualidad por el deseo de hacer la obra tanto como por el de ver abiertas las puertas para ello.

En los tiempos de la Edad Media, la superstición, la intolerancia y la ignorancia confabuladas habían dado por resultado tal despotismo religioso que hacía parecer ilusoria toda esperanza de ofrecer el mensaje del evangelio del divino perdón y de la salvación a todo el mundo. Pero Dios había hablado al mundo y el camino había de quedar expedito. Así es que en medio de las tinieblas del siglo XVI sobrevino en toda Europa aquella admirable iluminación intelectual y espiritual.

Pero a pesar de que la Reforma del siglo XVI fué, desde los días apostólicos, uno de los más importantes períodos de actividad espiritual, no se notó ninguna señal o movimiento digno de ser mencionado en favor de la transmisión del evangelio a los pueblos paganos. La tarea que parecía cargar sobre los robustos hombros de los reformadores era la de conservar el evangelio en la iglesia misma, pues la cristiandad de entonces, que no era cristiana sino de nombre, se hallaba tan muerta, tan ciega e ignorante en lo espiritual, y tan sumida en la superstición, que no presentaba nivel superior al del paganismo de la India, de la China o del Japón.

La importancia y la necesidad de mandar misio-

neros a los países donde la luz del evangelio no había penetrado, fué advertida por personalidades de varias épocas y presentada por ellas a la atención de la iglesia; pero el camino no estaba aún formalmente abierto para esta obra. Dios no disponía aún de agentes preparados para ella, pues tan hondamente se había sumido la humanidad que se necesitaban varios siglos de deslumbrante luz del evangelio para capacitarlos para la obra de la evangelización del mundo pagano.

Los esfuerzos hechos durante los siglos XVII y XVIII para llevar el evangelio al paganismo se resintieron, en demasiados casos, de los métodos de coacción empleados en los siglos de obscurantismo. Hablando de algunos de los misioneros del siglo XVII, dice un historiador: « Sabemos que muy luego se apeló a medios contrarios al evangelio en Ceilán, por ejemplo, donde el gobernador holandés impuso la obligación de adherirse a la Confesión Helvética a todo aquel que aspiraba al puesto más humilde del gobierno y hasta a la mera protección oficial. Millares solicitaron entonces el bautismo, que fué concedido a cualquiera que sabía recitar el Padre nuestro y los diez mandamientos. »

Así es como la mayor parte de la obra de la misión que se procuró hacer en aquellos tiempos tuvo más de política que de predicación del puro, libre y salvador evangelio de Jesucristo. Sin embargo, durante la última parte del siglo XVIII, los Wesley, Whitefield y otros más, desempeñaron eficazmente

su obra. Los viajes y descubrimientos del capitán Cook infundieron nuevo interés a las que por entonces parecían ser las más apartadas regiones del mundo, incluso las islas del mar.

El ardiente deseo del Cielo de salvar a los perdidos, empezó a hacer sentir sus efectos en forma de llamas inextinguibles de afán misionero en las almas abnegadas de los discípulos de Cristo. Carlos Wesley conmovió al mundo al cantar las estrofas siguientes:

«Señor de la mies, óyenos;
Oye el grito de tus necesitados siervos,
Atiende las súplicas que nos dicta la fe,
Y suple nuestras necesidades.

»En Ti humildes esperamos,
Conoces nuestras necesidades;
La mies en verdad, Señor, es grande
Y pocos los obreros.

»Convierte y manda más de ellos
Para esparcir Tu verdad a lo lejos,
Que prediquen con poder Tu Palabra
Como obreros colaboradores de Su Dios.

»Y aunque nuestros cuerpos marchen
A regiones de variados climas,
Siempre unidos en un corazón
Somos los amigos de Jesús.

»Sigamos en la obra siempre,
En la obra de Jesús aquí en la tierra;
Y, siguiendo en pos de nuestro Jefe triunfante,
Vamos a emprender nuevas conquistas.»

Andrés Fuller, Guillermo Carey, Juan Williams, Judson y otros muchos abnegados misioneros, con celo piadoso e inteligente, y con el corazón palpitante de amor cristiano, se levantaron dispuestos a hincar la bandera de la cruz hasta en los rincones más apartados del mundo habitado.

Entrado que hubieron estos abnegados hombres, con sus no menos abnegadas mujeres, en su gran campo de acción, obsérvese cuán pronto inspiró Dios a otros corazones, que proveyeran a cuanto se necesitara para llevar « este evangelio del reino » con rapidez « a todo el mundo por testimonio a todas las naciones ». Mientras que Carey, Judson y Williams fundaban misiones cristianas en los verdaderos baluartes de la barbarie y del paganismo, Carlos, Farn, Hughes, Steinkopf, Owen, Wilberforce, Mills, Boudinot y muchos más echaban los anchos y hondos cimientos de las futuras sociedades bíblicas de Londres y Nueva York.

Volvamos ahora a la profecía de Daniel, 12 : 4 y estudiémosla de nuevo. El profeta declara que « multiplicarse ha la ciencia ». Y no debemos pasar por alto que esto ha de verificarse en « el tiempo del fin ».

Como hicimos resaltar en un capítulo anterior, este pasaje anuncia una inteligencia general entre el pueblo para el tiempo en que se cumpla esta profecía; mas para que este cumplimiento sea al pie de la letra hemos de esperar a que un movimiento ponga la Biblia al alcance de todos, puesto que esta Biblia

encierra el mensaje y las promesas de « este evangelio del reino », y presenta la luz profética que predice el aumento del conocimiento en el tiempo del fin.

Al considerar esto en particular, encontramos que entre todas las grandes maravillas de esta tan maravillosa época contemporánea de desarrollo material, de adelanto y de invención, nada resalta con más claridad y con más fuerza que los hechos relativos al inmenso número de ejemplares de la palabra de Dios, impresos y difundidos en el curso del pasado siglo.

A pesar del interés que por la Biblia despertó la Reforma, a principios del siglo XIX eran las Biblias tan escasas y caras, que muy pocas personas podían conseguir un ejemplar del Sagrado Libro, y muchos hubieran andado leguas para escuchar su lectura.

Pero en Marzo de 1804 quedaba organizada la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera. En el mes de Mayo de 1816 se fundó la Sociedad Bíblica Americana; y relacionadas con estas dos principales sociedades, se formaron centenares de sociedades auxiliares con el único propósito de poner la Biblia en manos de todo el pueblo en los países civilizados y paganos. Mediante los combinados esfuerzos de los empeñados en esta obra, la Biblia, ora entera, ora en porciones, se lee ahora en más de quinientos veinticinco lenguas y dialectos. Se imprime la Biblia a razón de más de diez millones doscientos cincuenta mil ejemplares al año; y más de trescientos millones

de ejemplares han sido puestos en circulación desde que se fundó la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera.

Durante los quince primeros siglos de la era cristiana, muy pocas personas pudieron proporcionarse un ejemplar de la Biblia. Vino la Reforma y despertó hondo interés en la Biblia, y si bien es verdad que merced al descubrimiento de la imprenta fué posible con las toscas máquinas de aquel tiempo entregar ejemplares de la Biblia entera con mayor rapidez que en los siglos anteriores, no alcanzó a satisfacer la demanda. El coste de impresión y encuadernación, dados los medios disponibles antes de nuestro siglo, eran obstáculo para que se pudiera poner el Sagrado Libro en manos de todo el pueblo. Además de esto no habían nacido aún las almas generosas que dedicaran sus vidas y sus caudales a la obra de proporcionar la Biblia a todos, en sus respectivos idiomas.

Pero llega « el tiempo del fin »; y como por ensalmo, debido al toque de sobrenatural poder, el adormecido mundo que se había movido como soñando y que había realizado tan escasos adelantos en su vida material con que romper la desabrida monotonía de la existencia, se agita de súbito extraordinariamente. En el corto espacio de una vida humana, la imprenta llega a maravillosa perfección; el ferrocarril y el buque de vapor, en el mismo espacio de tiempo se perfeccionan hasta el extremo de transportarnos de un punto a otro como en alas del viento; la electricidad difunde también nuestro pensamiento

de ciudad a ciudad y de continente a continente con la rapidez del rayo; entonces la palabra de Dios, la gran fuente del conocimiento, se imprime por millones de ejemplares, y todos estos agentes se apresuran a llevarlos rápidamente a todas las naciones y lenguas de la tierra.

¡Cuán a la letra, cuán cabal y maravillosamente se cumplió la divina predicción de que en « el tiempo del fin » « ha de multiplicarse la ciencia »! Aquella Palabra que nos capacita para conocer la promesa del que viene; aquella Palabra que nos revela las pruebas mediante las cuales podemos saber que estamos en « el tiempo del fin »; aquella Palabra que es verdaderamente lámpara de nuestros pies y luz de nuestro camino, que descubre a nuestra visión, de otro modo entenebrecida, lo que significan las maravillas de nuestros días; aquella Palabra, merced a su multiplicación en millones de ejemplares, está ahora esparcida por el mundo entero. Los que tienen recursos pueden proporcionársela a precio reducido, mientras que para los demasiado pobres o demasiado indiferentes para comprarla, la generosidad de nuestras grandes sociedades bíblicas las provee « sin dinero y sin precio ». Dios ha hecho seguramente lo que estaba de su parte. Ha cumplido sus promesas proféticas tan completamente que no podemos menos que reconocer su estricta verdad con admiración y adoración.

En 1777, durante la guerra de la independencia Americana, el Congreso recibió una solicitud en de-



**La clase de un colegio misionero**

Alumnos y alumnas de una clase con sus profesores. El anhelo capital de todos ellos es prepararse convenientemente para que cuanto antes puedan desparramarse por el mundo y propagar el conocimiento de las profecías que demuestran la pronta venida de Cristo. Como esta clase hay otras igualmente numerosas en análogos colegios establecidos en todas las partes del globo. Admirable es el potente ejército de fervorosos e inteligentes jóvenes de ambos sexos, temerosos de Dios, que en estos nuestros tiempos se alinean para proseguir la obra, yendo a todos os países y a todos los climas para enseñar a toda clase de gentes que Jesús ha de venir muy pronto.

manda de que se imprimiesen treinta mil Biblias para satisfacer pedidos. Pero la falta de papel y de tipos imposibilitó la realización de esta empresa; de modo que la junta de comercio quedó facultada para importar de Holanda, Escocia o de alguna otra parte, veinte mil ejemplares del Sagrado Libro, a costa del Congreso. Pero ni aun esto pudo realizarse. En 1794, a los diez años de edad, María Jones, niña del País de Gales, empezó a ahorrar cuanto pudo para proporcionarse una Biblia. En 1800, después de seis años de continuos ahorros, se vió dueña de la cantidad necesaria. Anduvo más de 40 kilómetros hasta llegar a Bala, donde vivía el pastor Tomás Charles, a quien había sido dirigida. « Cuando se halló ante el pastor y éste le hubo dicho que los pocos ejemplares que tenía los guardaba para las personas que ya los habían encargado, se deshizo en lágrimas y sollozos. La tan acariciada esperanza desde hacía tantos años parecía desvanecerse en un momento. Estas manifestaciones de su triste disgusto movieron al señor Charles a que le dijera al fin a la niña: « Si difícil es, hija mía, conseguirte una Biblia, imposible es, sí, de todo punto imposible, negártela. » Y así la niña volvió a casa con una Biblia que fué su más precioso tesoro durante los sesenta y seis años restantes de su vida. »

Tal era el estado de cosas hace cien años en las Islas Británicas, donde nacieron las sociedades bíblicas. Diez y ocho siglos de cristianismo habían transcurrido, y sin embargo los gérmenes vitales de la

verdad evangélica habían sido tan combatidos por las densas tinieblas del error y de la superstición, que sólo con las mayores dificultades y sacrificios pudo una hija de Dios proporcionarse un ejemplar de Su palabra.

En aquellos tiempos no se publicaban Biblias ni en los Estados Unidos ni en el extranjero en número suficiente, ni bastante baratas para que los pobres poseyeran cada cual un ejemplar de la sagrada Palabra; pero las sociedades bíblicas que nacieron durante los veinte primeros años del siglo XIX, no tardaron en facilitar a cada familia la adquisición de la Biblia en el mundo entero. En 1806 la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, pudo mandar su primera remesa de Biblias al País de Gales. « Fueron recibidos estos libros como el arca del pacto, y el pueblo, con gritos de alegría, los introdujo en la ciudad. » Pero hoy día las Biblias se embarcan a cargamentos desde los depósitos de nuestras sociedades bíblicas, y el País de Gales no es el único en regocijarse al ver expenderse la Biblia con tanta profusión.

Han ido misioneros a muchas tribus paganas que carecían de literatura y por consiguiente de lenguaje escrito. Estos fieles mensajeros del evangelio han trabajado pacientemente hasta reducir los dialectos a lenguaje escrito, y después tradujeron las Escrituras en palabras que aquellas gentes pudiesen entender. Y ahora en toda nación y en las islas de los océanos, la Biblia se expende por millones de ejemplares, en más de quinientas veinticinco lenguas

y dialectos. Más de noventa millones de dólares gastaron nuestras sociedades bíblicas, verdaderas instituciones divinas, durante el siglo XIX, en suministrar las Escrituras a los que carecían de las verdaderas riquezas ofrecidas en los divinos preceptos y promesas.

¡Qué empresa la de dar así la palabra de Dios al mundo entero! ¡Y cuán maravilloso el éxito con que fué coronada! En todo el curso de los tenebrosos siglos, el indestructible y poderosísimo Libro esperaba que se le preparase suelo suficiente en que morar; y ahora, culminante en su estupendo crecimiento, su difusión aventaja a las maravillas de todas las edades.

Sin embargo, tan lisonjeras condiciones no se alcanzaron hasta «el tiempo del fin»; pero llegado ya este tiempo, el mundo entero se agita para cumplir la gran obra de Dios. La doctrina del Nazareno se abre paso por entre los escombros intelectuales que se han ido amontonando por siglos. La luz del día eterno despunta en los anhelantes corazones de Inglaterra, Alemania, Suiza, y el evangelio preside la acción civilizadora, liberadora y regeneradora de estos países que ha de alcanzar a « todas las naciones » « en todo el mundo ». Surgen sociedades bíblicas, y millones de ejemplares del sagrado Libro salen de las prensas. El pobre que busca la verdad divina no necesita andar nueve leguas llevando en el bolsillo el importe de sus economías realizadas durante seis largos años, para ver casi defraudadas sus es-

peranzas de asegurarse la posesión de un ejemplar del precioso Libro. De ninguna manera. Ahí están los misioneros, llenos sus corazones de amor a sus desdichados semejantes; ahí están, recogiendo el río de Biblias que sale de la prensa, y no queda rincón del mundo sin visitar, y el Libro de los libros se ofrece, y aun se insta a la gente para que lo acepte.

Carey no tenía miedo de tropezar con obstáculos al llevar el evangelio a la India. El valeroso Juan Williams no vaciló en hincar el estandarte de la cruz en las islas de los caníbales del Pacífico; Roberto Morrison dejó a sus amigos y a su país para irse a China, donde dedicó su vida a la distribución de las Escrituras al pueblo de aquel país en su idioma; y el Japón, China y Corea, después de rudo batallar y de haber perdido la vida muchos cristianos de ambos sexos, abrieron sus puertas a la palabra de Dios.

Y nótese aquí también que no cabe mayor milagro que el que penetren en la vida de un hombre principios que le hagan desprenderse de su hogar y de su país para arrostrar peligros y penalidades, por no decir nada de las desagradables compañías con que ha de tropezar viviendo y trabajando en medio de pueblos paganos y bárbaros. El misionero no se interna en las lobregueces del mundo pagano para breve campaña y para volver después a su hogar a recrearse por el resto de sus días. No hay para él esperanza de volver a reunirse con sus antiguos amigos para darse buena vida, tanto más descansada cuanto que contrastaría con la breve estancia en

un país sin sociedad ni amigos y que beneficiaría del lustre y educación que suelen adquirirse en los viajes. El misionero da de mano a todas las relaciones de sociedad y todas las perspectivas a que el mundo concede tanta importancia. Su vida entera resulta un continuo y vivo sacrificio al dar el evangelio de Cristo al obcecado adorador de ídolos.

Hay un maravilloso poder que se apodera así de hombres y mujeres y los mueve a ofrecer sus vidas en el altar. Con su visión profética Dios pudo mirar el curso de las edades y ver a estos abnegados obreros cómo desempeñaban con toda abnegación la obra que se habían impuesto. Podía ver con siglos de anticipación, a hombres y mujeres recibir gozosos el mismo gozo que movió al Señor Jesús a dejar su hogar de gloria inmarcesible en los cielos y venir a este mundo de pecado para salvar a todos cuantos consintieran en aceptarle.

La visión de este ejército de valerosos e inteligentes misioneros, temerosos de Dios, que desfilaban ante el profeta, le capacitó para vaticinar que « pasarán » muchos y que el conocimiento sería reanimado hasta volverse ardiente llama de gloria en « el tiempo del fin ». Cuando Sus atributos proféticos quedaron infundidos en Sus huestes de misioneros, el Hijo de Dios, rodeado de unos cuantos pescadores rudos y de otros humildes discípulos, pudo decir con positiva certeza: « Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo. » El estupendo cumplimiento de la divina predicción profética constituye

un sublime monumento comprobatorio. Este carácter comprobatorio ha de cubrir de desesperación y de vergüenza a los rostros que por lo endurecidos pueden volverse y alejarse para no oir la voz de Dios que invita a todos a participar con El de los inestimables goces de la eternidad, y que con resonante trompeta pregona sus amonestaciones a esta generación.

Esta apertura de las puertas del progreso para recibir la luz del evangelio no se contrae a los llamados tenebrosos países paganos del lejano Oriente, sino que también las han abierto uno tras otro los países de Europa y del Asia occidental que se negaron a discutir asuntos de religión con el resto del mundo, y las cerraron a los misioneros que les traían la luz y la verdad. La misma Rusia, que ha pasado por una de las potencias más despóticas e intolerantes, ha inclinado la cabeza ante las influencias con que el Cielo inunda el mundo, y el mismo zar bajo esas mismas influencias ha concedido formalmente a sus súbditos en el decreto de tolerancia religiosa, y de libertad de la prensa, el derecho de seguir los dictados de la conciencia en asunto de adoración a Dios. Y aun al Tibet se le insta a salir de su obstinado apartamiento de modo que sus habitantes aprovechen la invitación divina a unirse con las muchedumbres, que pronto entrarán en los goces del cielo, mediante la personal aceptación de las joyas de salvadora verdad que centellean en el inspirado Libro.

Así es como una tras otra las naciones y las islas

han sido visitadas por los mensajeros de Dios, hasta que el mundo entero posea las Escrituras de verdad. Se derrumban las vallas del despotismo religioso que encerraban y separaban a las naciones, y el Rey cuyo poderoso cetro alcanza a todos los mundos del universo, nivela el camino para que su gran mandato se cumpla pronto y seguramente. « Este evangelio del reino » será proclamado en breve en toda la tierra, y « entonces vendrá el fin ».

No es habladuría desconcertada el afirmar que « este evangelio del reino » lo predican hoy en todo el mundo un numeroso ejército de abnegados soldados de la cruz. El Espíritu del gran Misionero ha triunfado en nuestra generación. No hay país en donde el mensaje del evangelio no se anuncie firme y claramente hoy día. El potente grito misionero de nuestros días es: « El Evangelio a todo el mundo en esta generación. » Es realmente admirable el notable aumento del ejército de jóvenes de ambos sexos dominados plenamente por la convicción de que deben dedicarse sin reserva a la tarea de llevar el conocimiento de Cristo y de Su venida a todos sus prójimos en todas las naciones del mundo.

« Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. » La profecía no dice que hayan de convertirse todas las naciones. No hay promesa definida respecto al número de convertidos a la fe; pero la palabra de Dios dice terminantemente que el evangelio será predicado eficazmente en todo

el mundo « por testimonio ». La profecía proclama el testimonio que del evangelio dan por todo el mundo los abnegados misioneros. Por supuesto habrá conversiones, y los conversos se unirán para proclamar en alta voz el mensaje; pero no se necesita especificar el número de conversos para que se cumpla la profecía. Lo que veremos es la obra del testimonio.

¿Dice alguien que es mera coincidencia el que la presente época sea la de la actividad misionera, de las sociedades bíblicas y de la imprenta de modo que estas sociedades bíblicas dispongan de inagotable provisión de Biblias; que sea la época de los ferrocarriles, de suerte que los misioneros pueden visitar a las gentes de cada país en su aldea, pueblo o ciudad; que sea el siglo de los buques de vapor que llegan a las más lejanas islas; que sea el siglo del telégrafo eléctrico y de múltiples maravillas que presenciamos?

Pues bien, llámese coincidencia si se quiere; pero con todo, es el resultado de la acción manifiesta de la omnipotente mano de Dios. ¡Deteneos! Mirad en torno vuestro. ¿No es evidente que « este evangelio del reino » está dando su final testimonio en « todo el mundo »? ¿No se nota un prodigioso aumento de conocimientos, en tan vastas proporciones, que apenas pueden abarcarlos nuestras mentes?

La obra ha adquirido desarrollo tal que el mundo entero parece una inmensa congregación en escucha del mensaje del evangelio. Desde las zonas glaciales a la tórrida, desde Groenlandia y Siberia hasta Cei-

lán y las llanuras del Sahara, desde los climas saludables hasta los mortíferos de las maniguas en que alienta la epidemia, han de oir y están oyendo la historia de Cristo y el mensaje del evangelio. Puertas y corazones se abren por doquiera para recibirlo; hombres de todas las naciones se consagran a la tarea de pregonarlo, y la continua sumisión de almas al evangelio atestigua la eficacia de la obra realizada.

En vista de todo esto, ¿cabe duda alguna de que estamos en «el tiempo del fin»? Al ver cuán al pie de la letra se puede decir que las invenciones modernas han avecinado al mundo entero, ¿cabe dudar de que el Maestro lo ha dispuesto todo convenientemente para que sea «predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones»? Y precisamente, tan luego como el mundo oiga el gozoso mensaje de «Su gloriosa venida» «entonces vendrá el fin».

«Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y que alcanza hasta partir el alma, y aun el espíritu, y las coyunturas, y tuétanos; y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.» Hebreos, 4 : 12.

«Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra del Dios viviente, y que permanece para siempre. Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba: la hierba se secó, y la flor se cayó; más la palabra del Señor permanece perpe-

tuamente: y ésta es la palabra que por el Evangelio os ha sido evangelizada. » 1 Ped., 1 : 23-25.

« Porque mis pensamientos no son como vuestros pensamientos, ni vuestros caminos como mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son más altos mis caminos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. Porque como desciende de los cielos la lluvia, y la nieve, y no vuelve allá, mas harta la tierra, y la hace engendrar, y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come: así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, mas hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. Porque con alegría saldréis, y con paz seréis vueltos: los montes y los collados levantarán canción delante de vosotros, y todos los árboles del campo os aplaudirán con las manos. En lugar de la zarza crecerá haya; y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna, que nunca será raída. » Isaías, 55 : 8-13.

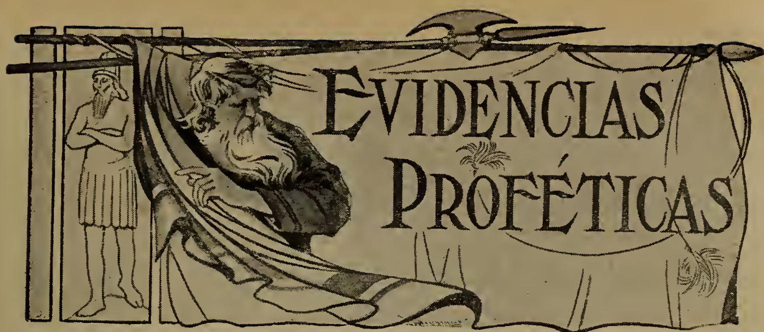
Tales son los términos del decreto de nuestro Padre Celestial. Su palabra no ha de volver a El vacía. Y tan cierto como que este es el decreto del Omnipotente, lo es también que la actual difusión de la Biblia por el mundo es la semilla del « evangelio del reino ». La tarea de la siembra está en plena actividad. El Maestro dice que cuando esté concluída « entonces vendrá el fin ». El nos ha dicho: « La siega es el fin del mundo. » Mateo, 13 : 39. ¡Qué fin tan glo-

rioso ha de ser este! No es el fin del gozo, sino el fin de la miseria, del dolor, de la desesperación y del pecado; y al par que es el fin de estas cosas miserables, es también el principio de la tranquila bienaventuranza de aquella vida feliz que llega a las ilimitadas perspectivas de la eternidad. ¡Qué buenas nuevas! Unámonos al coro y alcemos el canto hasta que llegue a todo oído que escuche y a todo corazón que espere.

El más alegre de los alegres días está casi alboreando. Por todas partes se ven y oyen los heraldos del porvenir, que nos invitan a ponernos en disposición de sentarnos como gozosos huéspedes a « las bodas del Cordero ». La invitación se oye por todo el mundo y dice así: «Y el Espíritu, y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida, de balde. » Revelación, 22 : 17.

Todos están convidados. ¿No consentiréis que el Amigo de los pecadores, vuestro Salvador, os ponga el vestido de boda para aquel festín? « Hartura de alegrías hay con tu rostro: deleites en tu diestra para siempre. » Salmos, 16 : 11.






# CAPITULO XV

EN los anteriores capítulos, hemos considerado algunas de las profecías que se están cumpliendo en nuestros días; pero además de estas predicciones referentes a los acontecimientos actuales, hay otras muchas sucesivamente eslabonadas que predicen cuáles serán las naciones que se irán levantando una tras otra. Estas profecías, que se encuentran principalmente en los libros de Daniel y de la Revelación, son tan claras que los comentadores de la Biblia han estado de acuerdo por muchos años sobre los rasgos principales de su interpretación.

El capítulo II de Daniel puede servir de ejemplo de las profecías que predicen cuáles serían los reinos que se levantarían sucesivamente en este mundo. Este pasaje es uno de los más interesantes de la Biblia y dice así:

1. « Y en el segundo año del reino de Nabucodonosor, soñó Nabucodonosor sueños, y su espíritu se quebrantó, y su sueño se huyó de él.

2. » Y mandó el rey llamar magos, astrólogos,

y encantadores, y caldeos, para que enseñasen al rey sus sueños: los cuales vinieron, y se presentaron delante del rey.

3. » Y el rey les dijo: He soñado un sueño, y mi espíritu se ha quebrantado por saber el sueño.

4. » Y los caldeos hablaron al rey en síriaco: Rey, para siempre vive: Di el sueño a tus siervos, y mostraremos la declaración.

5. » El rey respondió, y dijo a los caldeos: El negocio se me fué de la memoria: si no me mostráis el sueño y su declaración, seréis hechos cuartos, y vuestras casas serán puestas por muladares.

6. » Y si mostrareis el sueño y su declaración, recibiréis de mí dones, y mercedes, y grande honra: por tanto mostradme el sueño, y su declaración.

7. » Respondieron la segunda vez, y dijeron: Diga el rey el sueño a sus siervos, y mostraremos su declaración.

8. » El rey respondió, y dijo: Yo conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones, porque veis que el negocio se me ha ido de la memoria.

9. » Si no me mostráis el sueño, una sola sentencia será de vosotros. Ciertamente respuesta mentirosa y perversa que decir delante de mí aparejáis vosotros, entretanto que se muda el tiempo: por tanto decidme el sueño, para que yo entienda que me podéis mostrar su declaración.

10. » Los caldeos respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el negocio del rey: además de esto, ningún

rey, príncipe, ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago, ni astrólogo, ni caldeo.

11. » Finalmente el negocio que el rey demanda es singular, ni hay quien lo pueda declarar delante del rey, salvo los dioses, cuya morada no es con la carne.

12. » Por esto el rey con ira y con grande enojo mandó que matasen a todos los sabios de Babilonia.

13. » Y el mandamiento se publicó, y los sabios eran llevados a la muerte; y buscaron a Daniel, y a sus compañeros para matarlos.

14. » Entonces Daniel habló avisada y prudentemente a Arioch, capitán de los de la guarda del rey, que había salido para matar los sabios de Babilonia.

15. » Habló, y dijo a Arioch, capitán del rey: ¿Qué es la causa que este mandamiento se publica de parte del rey tan apresuradamente? Entonces Arioch declaró el negocio a Daniel.

16. » Y Daniel entró, y pidió al rey que le diese tiempo, y que él mostraría al rey su declaración.

17. » Entonces Daniel se fué a su casa; y declaró el negocio a Ananías, Misael y Azarías sus compañeros.

18. » Para demandar misericordia del Dios del cielo sobre este misterio, y que Daniel y sus compañeros no pereciesen con los otros sabios de Babilonia.

19. » Entonces el misterio fué revelado a Daniel en visión de noche: por lo cual Daniel bendijo al Dios del cielo.

20. » Y Daniel habló, y dijo: Sea bendito el nombre de Dios de siglo hasta siglo; porque suya es la sabiduría y la fortaleza.

21. » Y él es el que muda los tiempos, y las oportunidades: quita reyes, y pone reyes: da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos:

22. » El revela lo profundo y lo escondido: conoce lo que está en tinieblas, y la luz mora con él.

23. » A ti, ¡oh Dios de mis padres! te doy las gracias, y te alabo, que me diste fortaleza y sabiduría; y ahora me enseñaste lo que te pedimos, porque nos enseñaste el negocio del rey.

24. » Después de esto, Daniel entró a Arioch, al cual el rey había puesto para matar a los sabios de Babilonia: fué y díjole así: No mates los sabios de Babilonia: méteme delante del rey, que yo mostraré al rey la declaración.

25. » Entonces Arioch metió prestamente a Daniel delante del rey, y díjole así: Un varón de los transportados de Judá he hallado, el cual declarará al rey la interpretación.

26. » Respondió el rey, y dijo a Daniel (al cual llamaban Beltsasar): ¿Podrás tú hacerme entender el sueño que vi, y su declaración?

27. » Daniel respondió delante del rey, y dijo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni adivinos, lo pueden enseñar al rey.

28. » Mas hay un Dios en los cielos el cual revela los misterios; y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer a cabo de días. Tu

sueño, y las visiones de tu cabeza sobre tu cama, es esto:

29. » Tú, ¡oh rey!, en tu cama, tus pensamientos subieron por saber lo que había de ser en lo porvenir; y el que revela los misterios, te mostró lo que ha de ser.

30. » Y a mí, no por la sabiduría que en mí hay más que en todos los vivientes, ha sido revelado este misterio, mas para que yo notifique al rey la declaración, y que entendieses los pensamientos de tu corazón.

31. » Tú, ¡oh rey!, veías, y he aquí una grande imagen. Esta imagen, que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime, estaba en pie delante de ti, y su vista era terrible.

32. » La cabeza de esta imagen era de fino oro: sus pechos y sus brazos de plata: su vientre y sus muslos de metal.

33. » Sus piernas de hierro: sus pies en parte de hierro, y en parte de barro cocido.

34. » Estabas mirando, hasta que una piedra fué cortada, no con manos, la cual hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro cocido, y los desmenuzó.

35. » Entonces fué también desmenuzado el hierro, el barro cocido, el metal, la plata y el oro, y se tornaron como tamo de las eras del verano; y levantólos el viento, y nunca más se les halló lugar. Mas la piedra que hirió a la imagen, fué hecha un gran monte, que hinchió toda la tierra.

36. » Este es el sueño: la declaración de él diremos también en la presencia del rey.

37. » Tú, ¡oh rey!, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado el reino, la potencia, y la fortaleza, y la majestad.

38. » Y todo lo que habitan hijos de hombres, bestias del campo, y aves del cielo, ha entregado en tu mano; y te ha hecho enseñorear sobre todo ello: tú eres aquella cabeza de oro.

39. » Y después de ti se levantará otro reino menor que tú; y otro tercer reino de metal, el cual se enseñoreará de toda la tierra.

40. » Y el reino cuarto será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza, y doma todas las cosas, y como el hierro que quebranta todas estas cosas, desmenuzará y quebrantará.

41. » Y lo que viste a los pies y los dedos en parte de barro cocido de ollero, y en parte de hierro, el reino será dividido, y habrá en él algo de fortaleza de hierro, de la manera que viste el hierro mezclado con el tiesto de barro.

42. » Y los dedos de los pies en parte de hierro, y en parte de barro cocido, en parte el reino será fuerte, y en parte será frágil.

43. » Cuanto a lo que viste el hierro mezclado con tiesto de barro, mezclarse han con simiente humana: mas no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto.

44. » Mas en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que eternalmente no se co-

rromperá; y este no será dejado a otro pueblo; el cual desmenuzará, y consumirá a todos estos reinos, y él permanecerá para siempre.

45. » De la manera que viste que del monte fué cortada una piedra, no con manos, la cual desmenuzó al hierro, al metal, al tiesto, a la plata y al oro, el Dios grande mostró al rey lo que ha de acontecer en lo porvenir. Y el sueño es verdadero, y fiel su declaración.

46. » Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro, y humillóse a Daniel, y mandó que le sacrificasen presentes y perfumes.

47. » El rey habló a Daniel, y dijo: Ciertamente que el Dios vuestro es Dios de dioses, y el Señor de los reyes, y el descubridor de los misterios, pues pudiste revelar este misterio.

48. » Entonces el rey significó a Daniel, y le dió muchos y grandes dones, y púsolo por gobernador de toda la provincia de Babilonia, y por príncipe de los gobernadores sobre todos los sabios de Babilonia.

49. » Y Daniel demandó del rey, y él puso sobre los negocios de la provincia de Babilonia a Sadrach, Mesach y Abed-nego: y Daniel a la puerta del rey. »

La primera parte del capítulo habla del sueño que tan hondamente impresionó el ánimo del rey. Los sabios del reino fueron convocados para interpretarlo. Estos magos, astrólogos y hechiceros se jactaban de aclarar obscuros misterios y vaticinar el porvenir.

Parece como si providencialmente se hubiera prescindido de Daniel hasta que la sabiduría pagana,

representada por los hombres más entendidos de aquel tiempo, resultara impotente para penetrar el misterio. Entonces Daniel, que era profeta de Dios, y por su firmeza de carácter y verdadero mérito desempeñaba un elevado cargo responsable en el reino de Nabucodonosor, fué llamado para no sólo declarar, sino también interpretar el sueño que había tenido el rey. Era ésta una difícil prueba.

El rey, como vemos en el versículo 26, sorprendióse de que Daniel pudiera declararle lo que soñara e interpretar también el sueño. Los sabios magos de su corte « respondieron delante del rey, y dijeron: No hay hombre sobre la tierra que pueda declarar el negocio del rey; y además de esto, ningún rey, príncipe, ni señor preguntó cosa semejante a ningún mago, ni astrólogo, ni caldeo. Finalmente el negocio que el rey demanda es singular, ni hay quien lo pueda declarar delante del rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne. » Versículos 10 y 11.

Pero Daniel le dijo al poderoso monarca de aquel gran imperio universal y en el lenguaje de Aquel que « enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas », que el rey había visto una gran estatua con cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de bronce, piernas de hierro, y pies parte de hierro y parte de barro. Después vió también la piedra que desprendida por sí sola hirió la estatua en los pies y la hizo pedazos.

Después de relatar el sueño en lenguaje reves-

tido de la autoridad dimanante del verdadero conocimiento, pasó a dar la interpretación. Le dijo al rey Nabucodonosor que, como señor de Babilonia, representaba la cabeza de oro. Después dijo, versículo 39: « Y después de ti se levantará otro reino menor que tú. » Después sucedería un tercer reino, representado por el bronce, que « se enseñoreará de toda la tierra. » A este tercer reino le substituiría un cuarto, que « será fuerte como hierro ». El lenguaje de la profecía demuestra que el hierro, símbolo del cuarto reino, indica que tendría extraordinaria potencia, es decir, que sería uno de los grandes reinos de mayor duración, y más poderosos. Pero al llegar a los pies y a los dedos de la parte de hierro de la estatua, vemos que el hierro está mezclado con barro. De aquí, que «en parte será fuerte, y en parte será frágil ». Y por causa de esta fragilidad, afirma el profeta que dicho cuarto reino « será dividido»; pero aun después de haber sido dividido, «habrá en él algo de fortaleza de hierro, de la manera que viste el hierro mezclado con el tiesto de barro ».

Tenemos también el adicional pormenor de que los reinos de aquel estado dividido « mezclarse han con simiente humana: mas no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto ». Y llegamos al punto más importante cuando se nos dice que en « los días de estos reyes » el Dios de los cielos establecerá su reino, que nunca será destruído. Y ya hemos expuesto en otros pasajes de este libro que el establecimiento del reino de Dios ha de efec-

tuarse después de la segunda venida de Cristo.

El profeta Daniel declaró e interpretó el sueño del rey Nabucodonosor unos seiscientos años antes de Jesucristo. En sencillo y explícito lenguaje, la interpretación le enseña a Nabucodonosor que a su reino le sucederá un tercero y al tercero un cuarto.

En el capítulo VIII de la profecía de Daniel, el profeta representa los reinos sucesivos de la tierra, no bajo el símbolo de una gran estatua, como la que figura en el sueño del rey Nabucodonosor, sino en figura de bestias. El profeta vió un carnero que estaba delante del río, el cual tenía dos cuernos, y también un macho cabrío con « un cuerno grande entre sus ojos ».

Y en la interpretación de su profecía, dice el texto: « Aquel carnero que viste, que tenía cuernos, son los reyes de Media y de Persia; y el macho cabrío, el rey de Grecia; y el cuerno grande que tenía entre sus ojos, es el rey primero. » Daniel, 8 : 10, 21. De aquí que el profeta de Dios no sólo predijo que otros imperios sucederían al imperio de Babilonia, sino que dió los nombres de dos de estos imperios posteriores: Medo-Persia y Grecia.

Unos sesenta y cinco años antes de la caída de Babilonia, le predijo Daniel a Nabucodonosor que su reino sería destruído. Unos quince años antes de la interpretación del sueño, el profeta había dado el nombre de Medo-Persia a la potencia que realizaría este hecho; pero hasta pasados más de doscientos veinte años de tan extraña profecía, no llegó Grecia

a enseñorearse del mundo. El « cuerno grande entre sus ojos » que, según el texto, simboliza al primer rey de la Grecia unida, representa a Alejandro Magno; y este mismo monarca ha figurado desde entonces hasta hoy como uno de los personajes más eminentes de la historia.

La historia universal nos dice que Medo-Persia derrotó a Babilonia y se adueñó del mundo el año 538 antes de la era cristiana. Alejandro Magno, al frente de los ejércitos griegos, conquistó a Medo-Persia en 331 antes de Cristo, y la gran monarquía de hierro de Roma sucedió a Grecia en el imperio del mundo, el año 168, y por espacio de más de cinco siglos fué la dominadora universal. La historia de los acontecimientos posteriores a la época de Nabucodonosor y Daniel, se contrae necesariamente a la historia de Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma. No había otros grandes reinos que llamaran la atención del historiador.

Cuando Daniel hizo sus inspiradas predicciones, Media y Persia eran provincias o reinos vasallos del imperio de Babilonia. Sin embargo, predijo su elevación al poder y dominio del mundo. Al vaticinar Daniel la suerte de Grecia estaban los griegos esparcidos en insignificantes colonias a lo largo de las costas septentrionales del Mediterráneo, mientras que mucho más hacia el Poniente se formaban las colonias que con el tiempo se convertirían en el férreo imperio romano.

Las predicciones de Daniel debieron parecerles

toscas conjeturas a los grandes hombres de su época; pero la historia confirma del modo más notable y exacto la influencia del Espíritu de Dios que obraba en la mente del profeta.

No sólo nos habló Daniel de estos cuatro poderosos reinos que iban a surgir, sino que dice, como ya apuntamos, que el cuarto, esto es, Roma, « será dividido ».

En el capítulo VII de su libro profético, Daniel nos dice el número exacto de reinos que se levantarían de entre las ruinas del imperio romano. Dijo que serían cabalmente diez; y una vez más la voz de la historia declara que entre los años 351 y 476 de la era cristiana, los « bárbaros » del Norte consiguieron, con sus continuas incursiones en el imperio romano, dividirlo en diez partes distintas.

Pero la profecía de Daniel 2 especifica más aún. Después de señalar el quebrantamiento y despedazamiento de Roma, dice en el versículo 43: « Cuanto a lo que viste el hierro mezclado con tiesto de barro, mezclarse han con simiente humana: mas no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto. » Quiere decir que seiscientos años antes de Cristo, el profeta de Dios anuncia que una cuarta poderosa monarquía se levantaría en su correspondiente tiempo de sucesión, y que después de haberse dividido en diez partes, « mezclarse han con simiente humana: mas no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto». El hecho, pues, de mezclarse estas partes con la semilla de los hom-

bres no puede referirse más que a alianzas matrimoniales; y el propósito de estas alianzas, tal como lo señalan las palabras del profeta, es el de aumentar y cimentar su poderío. Pero haciendo caso omiso de estos matrimonios diplomáticos, dice el profeta que no « se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto ». Seguirán en estado de separación hasta el fin del mundo.

Las naciones de la Europa moderna han sucedido a los reinos que surgieron del antiguo imperio romano; y cualquiera que esté familiarizado con el actual estado de cosas, conoce los continuos matrimonios que entre las familias reinantes se han venido concertando por siglos con propósito de cimentar mejor sus uniones y aumentar su poder político. Pero prescindiendo de esto, los reinos siguen siendo en realidad lo que eran cuando el desmembramiento del imperio romano.

Algunos de los hombres más poderosos del mundo, de notable genio militar, intentaron unir a Europa en un solo imperio, pero todos fracasaron en su propósito. Así queda demostrada la exactitud de la predicción del profeta de que « no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el tiesto ».

En los párrafos anteriores, no quisimos exponer toda la profecía del segundo capítulo de Daniel, sino tan sólo llamar la atención sobre el hecho de que la profecía está enunciada en el sencillo lenguaje del vulgo, en forma que todos la entiendan.

Interesante sería proseguir estos estudios de la

profecía de Daniel, y considerar también alguna de las igualmente sencillas y especiales del libro de la Revelación; pero no entra en los límites de las presentes páginas el pormenorizar tan importantes profecías, que han descrito escrupulosamente la aparición y caída de los grandes reinos e imperios de la tierra. Otros escritores han presentado extensamente y con claridad este encadenamiento de profecías que exponen el surgimiento y ruina de reinos e imperios, echando una ojeada general al estado social y político en el curso de los tiempos. Han demostrado que la historia del mundo, en sus principales rasgos, ha sido la exacta copia de la inspirada predicción. Las profecías que a través de los siglos, desde los días de la antigua Babilonia, han llegado hasta nosotros, han sido el gran dedo de Dios que señala nuestra generación como la que iba a ver realizado el objeto principal de la profecía: la segunda venida de Cristo.

Para dejar demostrado con toda claridad y sin duda alguna que nuestra generación es la « del tiempo del fin », la profecía especifica repetidamente las épocas de creciente conocimiento; habla de las riquezas que se amontonan, de los vicios degradantes, y de las demás condiciones mencionadas en las declaraciones proféticas de la inspiración divina citadas en las anteriores páginas.

Cuando se consideran en conjunto las profecías de la Biblia, ofrecen un ejemplo tal de fuerza y de claridad, que el espíritu sencillo y sincero ha de conven-

cerse de que el mundo está en su período final, de que Dios está ajustando cuentas con el pecado y de que alborea la mañana de la eternidad. ¡Sublime e importante conclusión!

Como esta prueba procede directamente de la palabra de Dios, no ha de dejar de hacer impresión en vuestra mente. Muy probablemente os presentará deberes que cumplir, que desde luego no os parecerán agradables. Y si no sois prudentes, reconoceréis que estáis esforzándoos en que no parezcan verdad estas cosas que Dios os dé, y como, si al fin y al cabo, no estuvieran tan cercanas la consumación del tiempo y la venida de Cristo. No faltará algún vecino o amigo que no ha visto la luz de la palabra de Dios, o que se resista a verla, que con toda probabilidad pretenda ayudaros a desdeñar tan terminante e impresionante prueba. Pero Dios mandará su Espíritu para que « él os guiará a toda verdad », y este mensajero que nunca deja de acudir con todos los textos bíblicos que puedan penetrar en vuestra mente, os hablará de continuo en voz tan baja que nadie inmediato a vosotros pueda oirla, pero en forma tan expresiva a vuestro corazón y a vuestra mente, que os parecerá oir resonar en las profundidades del alma una trompeta que os avise y convenza.

Se os invita a que prestéis atención a esta voz combinada de la palabra y del Espíritu de Dios. Esta instancia y estas pruebas han llegado hasta vosotros. Conocéis el peso decisivo de su fuerza convincente. Es una prueba evidente que Dios ha puesto fuera del

alcance de los mortales, en lo más recóndito de la fortaleza de vuestro ser. Si no le hacéis caso, no habrá nada tan duro para vosotros como el comparecer ante el tribunal del juicio postrero, de ese juicio tan inminente para el mundo. Bien puede no haber peligro alguno en desatender algunos de los dichos de los hombres; pero cuando el gran Padre de todos nosotros, aunque invisible para el ojo natural, nos habla tan claro que reconocemos infaliblemente su voz, nuestro interés, nuestro gozo y seguro porvenir exigen que prestemos atento oído a su Palabra.






## CAPÍTULO XVI

«ASI también vosotros cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cercano, a las puertas.» Mateo, 24 : 33. «Y cuando estas cosas comenzaren a hacerse, mirad, y levantad vuestras cabezas; porque vuestra redención está cerca.» Lucas, 21 : 28. Así, pues, cuando comencemos a ver las señales de su pronta venida, entonces tendremos que mirar y levantar la cabeza, pues nuestra redención « está cerca »; pero cuando veamos « todas » las señales que El ha nombrado, entonces debemos saber que El está « cercano a las puertas ».

Hay que hacer resaltar la palabra « todas ». Nada en las profecías puede constituir verdaderamente de por sí y aparte de todo lo demás una señal de la segunda venida de Cristo. Pero cuando todos los elementos se unan en potente coro, entonces podremos saber con positiva seguridad que la venida del Maestro está « a las puertas ».

Hubo muchos períodos en la historia del mundo en que unos cuantos privilegiados recibieron edu-

cación superior, y en que hubo muchas luces; pero nunca se conoció tan general cultura como ahora. Jamás pudo decirse de la masa de la humanidad, como hoy puede decirse, que haya sido « multiplicada la ciencia » y que muchos estén « pasando de aquí por allá » por toda la extensión del mundo.

Ha habido ricos en todo tiempo y en toda nación; pero jamás se ha visto semejante acumulación de riquezas relacionada con los « clamores de los obreros » como la que se ve y se oye en la hora presente. Nunca el amor de sí mismo y el amor al dinero se habían combinado para acarrear semejantes peligros internacionales.

En varios tiempos y en varios puntos hubo focos en que se enseñó la criminalidad; pero jamás desde los días de Noé se ha comprobado tanto como en los nuestros semejante hundimiento de la mayor parte de la humanidad en los abismos de la injusticia, de la violencia y del vicio.

El formalismo, la superstición y la apostasía consiguiente han arrojado en varios tiempos la semilla de la corrupción y del mal en la iglesia que pretende representar al Hijo de Dios; pero nunca en presencia de semejantes oportunidades, frente a semejantes dificultades y peligros, y en posesión de tantas facilidades y de tantos recursos intelectuales y materiales para hacer el bien, y dueña de tantos centros de luz, nunca pareció la iglesia tan tibia, tan despreocupada y tan sumida en tan peligrosa indiferencia. Nunca como hoy día han originado semejante peli-

gro universal el formalismo religioso y la falta de fe.

En los pasados siglos Satanás fué promotor de engaños, pero nunca fueron éstos tan grandes como los que promueve en estos postreros días merced a la experiencia y maestría adquiridas en la práctica del pecado por espacio de miles de años.

Hubo «guerras y rumores de guerras» en los pasados siglos, pero nunca como ahora poseyeron las naciones de la tierra tantos pertrechos de guerra, tantos millones de soldados y tantos instrumentos de destrucción de tan espantosa eficacia. Nunca fué tan patente que los « espíritus de demonios » se han dirigido a los « reyes de la tierra y de todo el mundo, para congregarlos para la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso ».

Graves errores han cundido por las regiones de la tierra en los pasados años, pero nunca hasta hoy se ha dado el espectáculo de « muchos pueblos » y de « muchas naciones » que claman « paz y seguridad » cuando a cualquier espíritu de buena fe le consta que la « destrucción de repente » de Armagedón es inminente.

Ha habido grandes tormentas y pestilencias acá y allá en todas las edades, pero jamás los flagelantes elementos derramaron entre los moradores de la tierra tantos presagios como ahora. Hubo a veces en otros tiempos terremotos muy desastrosos, pero jamás nada parecido a las continuadas sacudidas que han sembrado la destrucción en una y otra ciudad en estos últimos años.

Ha habido siempre cosechas malogradas, con sus consiguientes hambres en varios puntos de cuando en cuando, pero jamás como ahora quedó probado hasta la evidencia que la tierra está envejeciendo « como ropa de vestir » por empezar a caer en ruinas y a desmenuzarse bajo el peso de su « transgresión ».

El evangelio ha hecho maravillosos adelantos en el curso de los siglos, pero quedábale reservado a la época actual proporcionar las grandes facilidades obtenidas de la prensa, los ferrocarriles, los vapores, etc., junto con el acceso a las naciones que acababan de abrir sus puertas a la civilización, para que «este evangelio del reino» fuera llevado al mundo entero.

Aunque algunas de estas cosas ocurrieron en siglos pasados en forma limitada y en diferentes puntos, nunca aparecieron conjuntamente como condiciones del mundo, problemas de alcance universal y peligros generales. El Maestro no nos dijo que cuando viéramos efectuarse una de estas cosas en algún punto aislado podríamos saber que su venida estaba cercana, sino cuando viéramos « todas estas cosas ». Hoy día las vemos todas, pero han de ir acentuándose más y más conforme vayan sucediéndose los postreros tiempos.

Pero además de estas señales que se están cumpliendo en torno nuestro, no debemos pasar por alto las grandes líneas de la profecía de los libros de Daniel y de la Revelación, que no haremos más que señalar en las presentes páginas. Baste decir que estos libros

presentan la profecía, línea tras línea; algunas de estas líneas predicen las condiciones especiales que resaltarán especialmente en la historia, otras predicen el curso del desarrollo religioso del mundo. Pero cada línea, al par que os lleva a lo largo del curso de la historia del mundo, viene a converger en esta nuestra generación que ha de ser testigo de la segunda venida de Cristo.

Así es como tenemos multitud de testigos que unánimemente confirman la misma gran verdad. Todos se combinan para aumentar el armonioso coro que deja oir al mundo entero las inconcebibles buenas nuevas de que a Jesús, el Mesías y Salvador, lo esperan en la tierra de un momento a otro.

Cuando vemos estas cosas « comenzar a hacerse», estamos por « alzar la cabeza »; pero cuando veamos « todas estas cosas » entonces « sabremos que está cerca, a las puertas ».

¿Qué impresión os hacen estas cosas? ¿Veis « todas estas cosas »? Conteste cada cual según su conciencia y ante Dios. No hay aquí lugar para acalorada discusión ni controversia. Harto y de sobra las ha habido ya entre cristianos de profesión. Pero exhortamos encarecidamente al lector para que preste oídos a la voz de Dios y se prepare para la vida eterna ofrecida a todo aquel que quiere aceptarla. ¡Y cuán placentero pensar que la noche de pecado ha casi concluído, y que los heraldos del día de la gloria sin fin pregonan con trompeta la invitación: « ¡Venid, que ya todo está aparejado! »

# "TIEMPO de ANGUSTIA"





## CAPÍTULO XVII

«Mas en aquel tiempo Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo, se levantará; y será tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo tu pueblo escapará, es a saber, todos los que se hallaren escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.» Daniel, 12 : 1-2.

El « gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo, se levantará », no puede ser sino Cristo, llamado Miguel en este pasaje. Cristo dice de su estado actual que está sentado con su Padre para obrar como Intercesor y Sumo Sacerdote.

El pasaje de Daniel habla del tiempo en que « se levanta » Miguel. Su obra de Intercesor y Sumo Sacerdote está concluída, y « se levanta » para ser revestido con la vestidura de que está escrito: « Rey de reyes y Señor de señores. » El gran día de la libe-

ración está cercano, pues «en aquel tiempo será libertado tu pueblo, es a saber, todos los que se hallaren escritos en el libro ».

De aquellos cuyos nombres fueron escritos en el libro, dice otro pasaje: « Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban en pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fué abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. » Revelación, 20 : 12.

Así prueban claramente las Escrituras que el rescate de « todos los que se hallaren escritos en el libro » es la gran obra del juicio y de la resurrección. Este hecho resalta aún más con claridad y con mayor énfasis en las ya citadas palabras de Daniel: « Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados. » Daniel, 12 : 2. De modo que desde cualquier punto de vista ¡con cuánta claridad queda comprobado que el « levantarse » Miguel está relacionado con las escenas del juicio y con la resurrección en el gran día aquel en que Cristo ha de venir!

¡Oh, cuán sublime gozo el pensar en ello! La iglesia ha cantado en el curso de los siglos el día glorioso en que todos los hijos de Dios que duerman en los sepulcros han de salir de ellos para gozar la bienaventuranza de una vida sin fin y entrar en posesión de las esenciales realidades de la vida. La iglesia de pasadas épocas hubo de contentarse con la perspectiva de participar en algún lejano porvenir de la bendición de estas escenas de la resurrección; pero ahora

el día está cercano. Casi llegó la hora. El Señor ha dispuesto las señales que nos ayuden a conocerla.

Cuando se le representó al profeta este espectáculo de la liberación del pueblo de Dios, esto es, el día de la resurrección, obsérvese que vió que habría un « tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces». Daniel pudo ver en diminuto bosquejo, pero de modo admirable, el levantamiento y la caída de naciones que iban a sucederse desde el tiempo en que vivía hasta la segunda venida de Cristo. Las sangrientas escenas de las cruentas guerras que iban a estallar en el curso de todos los conflictos, y en todas las luchas y opresiones al través de las edades, llegaron a ser familiares al ojo profético de Daniel. Sí, hasta vió la misma revolución francesa, con sus crudas brutalidades, sus horrores y su « Reinado del Terror ». Y después de todo esto le fué dado ver «el tiempo del fin». Ve las dificultades, los males y las perplejidades; contempla lo que hace levantarse a Miguel como « Rey de reyes y Señor de señores »; y entonces escribe las proféticas palabras: « Será tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces. »

Para quienes hayan leído los horrores que hace más de cien años enlutaron a Francia durante la revolución y estén familiarizados con la historia de otras calamidades nacionales y con las muchas eras de disturbios que nuestro mundo ha presenciado, ha de ser pasmosa revelación que ninguna de estas escenas del pasado suministren suceso alguno que corra

parejas con « este tiempo de angustia » en « el tiempo del fin »; y no obstante es la declaración de las Escrituras. En vista de la condición de nuestro mundo actual, ¿qué otra cosa se puede esperar? Tal como estamos en el tiempo en que, según anuncia la palabra de Dios, « toda imaginación de los pensamientos » de los corazones han de ser « malos de continuo », el único resultado de ello ha de ser un « tiempo de angustia » resultante de la desenfrenada perversidad del tiempo de Noé, toda vez que el número de obreros de iniquidad es hoy día mayor, y que la habilidad y el poder de Satanás para engañar son, por su dilatada práctica, más eficaces y astutos.

Otros pasajes de la Escritura atestiguan que los últimos días de la vida de la tierra son « un tiempo de angustia ». Lucas consigna las palabras del Maestro en la forma siguiente: « Entonces habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y en la tierra apretura de naciones, con perplejidad bramando la mar y las ondas; secándose los hombres a causa del temor, y esperando las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra; porque las virtudes de los cielos serán conmovidas. Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en una nube con poder y grande gloria. » Lucas, 21 : 25-27.

Así anuncia el Señor la « aflicción de las naciones con angustia » que ha de experimentarse en la tierra en el día de su venida. No sólo estarán las naciones en « angustia » y « perplejidad », sino que habrá cataclismos fatales, « bramando la mar y las ondas ».

Los hombres verán estas « cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra » y sus corazones flaquearán de temor. Tales son las predicciones de la palabra de Dios, y los hechos demuestran su exacto cumplimiento.

Harto conoce el lector la declaración de Pablo en II Timoteo, 3 : 1-5, que habla de los « tiempos trabajosos » que vendrán « en los postreros días ». También conoce el lector la gran lista de pecados en ella enumerados y que se echarán de ver no sólo en el mundo, sino también entre los que « tienen la apariencia de piedad », y que han de originar los peligros del último día. El egoísmo, la avaricia, la crueldad y otros vicios semejantes han sido ya fuente de peligro en el mundo; pero este peligro culminará en el « tiempo de angustia » y será motivo para « temores, perplejidades » y « peligros » en los « postreros días ».

Acuden a la mente otros pasajes que precaven contra los peligros que habrá en los últimos años del reinado del pecado en la tierra; pero tal vez ninguno de ellos pinta la situación tan a lo vivo como las siguientes palabras de Sofonías: « Y será en aquel tiempo, que yo escudriñaré a Jerusalén con antorchas; y haré visitación sobre los hombres que están sentados sobre sus heces, los cuales dicen en su corazón: Jehová, ni hará bien ni mal. Y será saqueada su hacienda, y sus casas asoladas; y edificarán casas, mas no las morarán; y plantarán viñas, mas no beberán el vino de ellas. Cercano está el día grande de

Jehová, cercano, y muy presuroso: voz amarga del día de Jehová: gritará allí el valiente. Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto: día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de obscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento: día de trompeta y de algazara sobre las ciudades fuertes, y sobre las torres altas. Y atribularé los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron a Jehová; y su sangre será derramada como polvo, y su carne como estiércol. Ni su plata, ni su oro los podrá librar en el día de la ira de Jehová; porque toda la tierra será consumida con el fuego de su celo; porque ciertamente consumación apresurada hará con todos los moradores de la tierra. » Sofonías, 1:12-18.

El nombre de « Jerusalén » suele aplicarse igualmente a la ciudad de este nombre que a la iglesia cristiana, como sucede claramente en este último pasaje. No sólo añaden estas palabras de Sofonías su armonioso testimonio a lo que dicen otros pasajes respecto de nuestros tiempos, sino que dan solemne aviso a los cristianos de profesión « que están sentados sobre sus heces », y que « dicen en su corazón: Jehová, ni hará bien ni mal». Este es el tiempo de la mayor responsabilidad para la iglesia, pues « cercano está el día grande de Jehová, y muy presuroroso ». Sofonías dice: « Gritará allí el valiente. » Dice que es « un día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto: día de alboroto y de asolamiento, día de tinieblas y de obscuridad, día de nublado y de entenebrecimiento ». El profeta añade que es « un día de

trompeta y de algazara sobre las ciudades fuertes, y sobre las torres altas », expresando así, por supuesto, el espíritu de guerra que reinará en la tierra; y a causa de estos inminentes peligros, la iglesia debe dar pruebas de diligencia en la obra de su Maestro.

¡Cómo debieran aprovechar estos avisos a nuestra tan perversa generación! Dice el Señor: « Y atribularé los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron a Jehová. Y « ni su plata, ni su oro » que, como más arriba fué insinuado, atesoraron « para en los postreros días », « los podrá librar en el día de la ira de Jehová ». Seguramente este pasaje añade un testimonio más terminante al hecho de que habrá un gran « tiempo de angustia » inmediatamente antes de la venida del Justo.

« Y atribularé los hombres », dice Jehová, « y andarán como ciegos, porque pecaron a Jehová ». El brazo omnipotente del fuerte y poderoso acabará con esta angustia. Los hombres pecaron, y así como la siega viene tras la siembra, así también la angustia que resulta del abandono de Dios viene tras el pecado. El Padre misericordioso exhorta con amor; y si los hombres no acatan estas manifestaciones de Dios, entonces Dios los compele por medio de la angustia. Pero si ni aun en su angustia quieren volver a El, se ve Dios en la dolorosa necesidad de entregarlos a la destrucción en que tanto se empeñan.

Ya vimos cómo los postreros días han de ir llenos de engaños satánicos. Cualesquiera que sean los peligros y la angustia a que estos engaños lleven a los

hombres, sólo puede revelarlos la previsión divina. Se nos advierte de antemano que en la « venida del Hijo del hombre » así como en los días de Noé, « todo el intento de los pensamientos del corazón de ellos ciertamente será malo todo el tiempo »; de que « toda carne » corromperá « su camino sobre la tierra »; que la tierra será « llena de violencia »; que la justicia « se puso lejos »; que los vicios corruptores de Sodoma mancharán el mundo; que « la apariencia de piedad » substituirá en la iglesia al poder del evangelio; y que consecuentemente, muchos cristianos serán « amadores de placeres, más bien que amadores de Dios ». Hemos leído los pasajes que hablan de los que amontonarán « tesoro para en los postreros días », y de antemano hemos oído alzarse el grito de los trabajadores, víctimas de esta opresión. El actual conflicto entre el capital y el trabajo está vivísimamente expuesto en la palabra inspirada: Nuestro espíritu ha quedado impresionado por las predicciones de la terrible obra que han de realizar las naciones airadas, cuando los espíritus malignos las congreguen para « la batalla de aquel gran día ». El Señor nos ha dicho que los elementos del mundo físico se desatarían en terribles tempestades y terremotos, hasta que « con quebrantamiento es quebrantada la tierra, con desmenuzamiento es desmenuzada la tierra, con removimiento es removida la tierra. Con temblor temblará la tierra, como un borracho; y será traspasada, como una choza; y su pecado se agravará sobre ella; y caerá, y nunca más se levantará. » Además, tam-

bién la tierra « como ropa de vestir se envejecerá ». En su estado decadente, las cosechas son inseguras, y el hambre y la peste llenarán el mundo.

Pero ante todas estas tan terminantes declaraciones del Señor, y aunque viven en la misma época en que los hechos que cumplen la palabra divina son realidades tangibles e innegables, los hombres dirán: «No hay por qué apurarse. No se vislumbra tal tiempo de angustia. » Descansemos tranquilos, pues las naciones « no se ensayarán más para la guerra », y tenemos « paz y seguridad por delante ».

Muchos han expresado ignorantemente esta falsa seguridad de paz. Se les ha enseñado que así es y así lo dan por cierto; pero la Palabra de Dios es explícita y El hace cuanto puede por desvanecer esta ilusión. Muchos empiezan a ver el peligro que amenaza, y dan el grito de alarma. No todos ellos entienden el alcance de los peligros que nos rodean, y aparecen mucho más sombríos por nuestro frente; pero no obstante los ven.

Dice el arzobispo Ireland: « Los lazos de la sociedad se han aflojado. Los principios tradicionales están en vías de perder su carácter sagrado, y peligros hasta hoy desconocidos amenazan la vida del organismo social.» (*La Iglesia y la Sociedad Moderna*, pág. 4.) León XIII habló sobre el particular en los siguientes términos: « No tiene por qué sorprendernos qne el espíritu revolucionario que por espacio de tanto tiempo dominó en las naciones del mundo, haya traspasado los límites de la política, y haya hecho sentir

su influencia en el vecino campo de la economía práctica. Los elementos del conflicto son inconfundibles; el incremento de la industria y los sorprendentes descubrimientos de la ciencia; la alteración sufrida por las relaciones entre patronos y obreros; las enormes fortunas individuales y la pobreza de las masas; la creciente confianza en sí mismo y la natural unión cada vez más estrecha que se advierte en la población obrera; y finalmente el general desgaste moral. La excepcional gravedad del actual estado de cosas llena la mente de dolorosos recelos; los sabios los discuten; los hombres prácticos proponen soluciones; las asambleas populares, parlamentos y soberanos se preocupan de ello, y nada hay que tan hondamente conmueva la atención pública. » (*Encíclica sobre las condiciones de los oficios.*)

Precisamente al terminar el siglo XIX, decía Benjamín Kidd: « Los problemas que obscurecen el umbral del nuevo siglo *superan en magnitud a cualquiera de los que hasta ahora hubo de resolver la civilización.* » *Evolución social*, pág. 1.

El señor Crispi, el más eminente estadista italiano, decía: « Europa se parece a España en cierto sentido. *La anarquía domina por doquier.* En realidad no hay Europa. El consabido concierto europeo es una siniestra burla. Nada puede esperarse de tal concierto de las potencias. *Marchamos hacia lo desconocido.* ¿Quién sabe lo que nos reserva el día de mañana?

El doctor Carlos William Eliot, el sabio e idóneo rector de la universidad de Harvard desde 1869 hasta

1908, decía en un discurso que pronunció en Nueva York en 1908: « Las defensas de la sociedad contra los criminales han sido otros tantos fracasos. Para cada región de nuestro país se necesita una policía montada con una organización enteramente militar, y esto tanto para el Norte como para el Sur, el Este y el Oeste... La impunidad en que quedan los crímenes más violentos es una desgracia para el país y demuestra la apremiante necesidad de mayor fuerza represiva. Pero una forma mucho peor aun de licencia es la violación de la ley por las sociedades poderosas. Todo particular, todo gremio empeñados en negocios que bordean el Código penal, son moralmente ilícitos. »

Hablando del mecanismo y aparato de que se ha provisto la legislación para proteger a la sociedad, dice: « Omiten precisamente la organización de las fuerzas necesarias para asegurar su tranquilidad. Descuida la educación de los niños en el respeto y obediencia y les inspira el amor a la libertad bajo la ley. Repudia el contubernio con ladrones y falsarios, pero no con los fomentadores de la improbidad, empleados corrompidos y abogados de malas causas. »

Huelgan comentarios. Las anteriores citas son afirmaciones que a diario se oyen en la tribuna y en la prensa y demuestran que muchos han convertido su atención a la gran tormenta que se está fraguando. Ven la « angustia de las naciones » y no saben qué hacerse; « secándose los hombres a causa del temor, y esperando las cosas que sobrevendrán

a la redondez de la tierra » se dan cuenta de que han llegado « tiempos trabajosos » y ven acercarse rápidamente el «tiempo de angustia ».

Dios no engaña. De ahí que no haya dejado al mundo sin aviso acerca de la inevitable fructificación de siglos de pecado. Cuidadosamente nos anuncia el tiempo de angustia que se acerca. El médico veraz dirá siempre al enfermo la dolencia mortal que le aqueja para darle tiempo de afrontar las peores contingencias y disponer sus cosas; pero aunque a semejanza del médico terrenal, pronuncia Dios el verdadero diagnóstico de la enfermedad mortal, se diferencia de aquél en que no deja al enfermo sin esperanza. Hay salvación para los que desde el fondo de la sima del mal invocan el nombre del Señor. La funestísima enfermedad del pecado tiene completo remedio.

En estos tiempos trabajosos, y mientras los corazones de los hombres flaquean de temor al ver la inconfundible aproximación de este « tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces », no ha de sonar la trompeta en falso. No se diga: Paz, paz, cuando no hay paz, sino téngase alta la luz de la bendita Biblia para que se enteren los hombres de sus grandes profecías y vean la « ciudad de refugio » cuyos baluartes dispuso la mano todopoderosa del Omnipotente, cuyos cimientos durarán por toda la eternidad, y cuyos moradores no sabrán jamás lo que es enfermedad, ni tristeza, ni angustia, ni dolor.




## CAPITULO XVIII

PRESENTADA así la prueba de la profecía, no deja de impresionar. Las divinas predicciones, la voz de la historia y el actual estado de cosas demuestran conjuntamente que está muy próximo el gran día. Pero este testimonio se obscurece en muchas mentes por la creencia de que ha de haber mil años de paz, prosperidad y felicidad antes de la venida del Señor. Esta doctrina de un milenio de paz ha cundido con tanta persistencia y amplitud, que algunos se sorprenderán al saber que la palabra « milenio » no está en ningún pasaje de la Biblia, ni tampoco encontramos en el Sagrado Libro fundamento alguno de esta doctrina tan popularmente enseñada.

Los pasajes que se suelen citar en comprobación de este milenio de paz son Isaías, 2, Miqueas, 4, y Revelación, 20. Los dos primeros hablan de « muchos pueblos » y de « muchas naciones » que dirán que la espada y la lanza se trocarán en arado y azada, y el tercero dice que Satanás permanecerá atado durante mil años. Ya estudiamos en un capítulo precedente

a Isaías, 2 y Miqueas, 4, y vimos que el Señor no autorizó a « muchos pueblos » ni a « muchas naciones » a decir tales cosas. Dios ha dicho que el espíritu de la guerra y no un período de paz caracterizaría los últimos días de la historia de la tierra. Vemos, pues, que Dios no es autor de la popular doctrina referente a espadas y lanzas.

En páginas anteriores se ha demostrado copiosamente, según la palabra de Dios, que los postreros días han de estar caracterizados por peligrosas condiciones a causa del predominio del vicio, de la injusticia, de la violencia y del crimen, y que las furias de Armagedón, lejos de ser un período de profunda paz, han de ser el punto culminante de la carrera pecaminosa de la tierra.

Dios hizo estas predicciones. Los hechos están en armonía con sus proféticas declaraciones. La única nota disonante es la voz del pueblo, que insiste en afirmar que las cosas no son como son.

Muchos creen engañadamente que nuestra raza gana en robustez física; pero los hechos aducidos por el profesor Watt Smith, escritor inglés, ponen las cosas en su verdadero punto. Nos dice que en 1813, la talla para la admisión en el ejército era 1‘85 m. Pues bien, esta talla ha ido bajando poco a poco hasta llegar en 1901 a sólo 1‘54 m. Es decir, hace cien años podía encontrar Inglaterra bastantes hombres de 1‘85 m. de estatura con que nutrir las filas de su ejército, mientras que en 1901 tuvo que bajar el tipo de admisión a 1‘54 m. Y de todas las grandes poten-

cias militares, Inglaterra es la que tuvo uno de los ejércitos más reducidos.

Esto demuestra un grado de degeneración cuyo efecto se nota visiblemente en la condición física de la raza. De conformidad con los hechos aducidos por el profesor Smith está la siguiente declaración del eminente y ya difunto alienista doctor Forbes Winslow:

« El mundo enloquece rápidamente. La civilización va camino de la ruina... Me impacientan los que achacan la tremenda situación al incremento de la concurrencia mercantil y al desgaste inherente a la vida moderna. Si no quedara más que un hombre sano en este mundo de epilépticos, murmuraría la misma absurda disculpa. No. El motivo verdadero es la amortiguación del sentimiento de responsabilidad. Las verdaderas causas de la insania son los vicios, no los contratiempos, de la civilización. »

El doctor Forbes Winslow no era pesimista. No intentaba abogar victoriosamente por una causa. No hacía más que suponer los hechos tales como los hallaba en el mundo social, y tuvo para ello excelentes y favorables ocasiones. Pero tal vez nadie ha expuesto tan concluyentemente el estado de cosas en los tiempos modernos como el doctor Alfredo Russel Wallace, cuya autoridad infunde general respeto. Fué uno de los mayores sabios de su tiempo, ardoroso partidario de la evolución, cuyas doctrinas cimentó en colaboración con Darwin, dedicando la vida a extensas investigaciones encaminadas a sentar sus

dogmas de la evolución, hasta que los hechos le obligaron a reconocer que nuestra civilización y adelantos eran vana jactancia.

El doctor Wallace murió hace algunos años, y en un libro que publicó poco antes de fallecer, discurre sobre el adelanto material que ha realizado el mundo en el modo de aprovechar las fuerzas de la naturaleza, tales como el vapor y la electricidad; pero afirma que a nuestros notables adelantos en las cosas materiales igualan tan sólo la rápida degradación y decadencia de las cosas morales. Después de hablar de los vicios, de la falta de honradez, de las sofisticaciones, del soborno, de la lujuria, del juego, verdadera maldición de nuestra época, dice:

« *En vista de estos indudables hechos, muchos de los cuales son tan enormes, tan terribles, que no pueden pasar por alto, no es exagerado decir que nuestra organización social está podrida de pies a cabeza, y que el conjunto del ambiente social y en relación con nuestras posibilidades y pretensiones, es el peor que haya visto jamás el mundo.* » (La bastardilla es del autor.)

« Tales son los nocivos resultados del ambiente social que hemos formado en el transcurso de sólo un siglo que ha ido de peor en pésimo; y aunque de cuando en cuando hemos aplicado remedios, fueron ineficaces para curar los males, que continuaron en aumento. »

Dios dijo en Su Palabra que los malvados y los seductores « aumentarán de peor en peor ». El doctor Wallace no tomó nunca en serio la palabra de

Dios. Creía que las teorías de la evolución eran más científicas y más razonables que los escritos de Moisés. De aquí que aunque ponía en tela de juicio el valor de gran parte del Sagrado Libro, y se entregaba por completo al estudio de la ciencia, confesaba por último que la época actual « era la peor que hubiera visto jamás el mundo ». Más adelante, dice: « Todo va de mal en peor », y afirma también que « los males han ido en aumento ».

La opinión del escéptico sabio viene en apoyo de que las condiciones del mundo son el más acabado cumplimiento de la divina predicción. El testimonio del escéptico evolucionista es valiosísimo y del todo convincente, pues como dice el rector Asa Mahan: « Las concesiones a la verdad por parte de sus enemigos son las mejores pruebas en su favor. »

El doctor Hillis, después de hablar de la labor científica de Wallace, resume el discurso pronunciado por éste en un banquete con que se le agasajó en Londres en 1913. Dice el doctor Hillis:

« Afirmó Wallace que nuestro adelanto es ficticio y no verdadero. Insistió en que los pintores, escultores, arquitectos de Atenas y de Roma fueron tan superiores a los modernos, que los fragmentos de sus mármoles y de sus templos desesperan a los artistas de hoy día. Dijo que el hombre perfecciona el telescopio y los lentes, pero que pierde la vista natural; que perfecciona los telares y se entorpece los dedos; perfecciona el automóvil y la locomotora, y se encoge las piernas; refina los alimentos y se echa a perder

el estómago. Añade que la moderna trata de blancas, los asilos de huérfanos y las viviendas vecinales de las ciudades fabriles son una negra página de la historia del siglo xx. »

La Federación Americana para el Fomento de la Higiene Sexual, formada por personalidades de las más cultas e influyentes, declaró en su Memoria anual correspondiente a 1912 que la « inmoralidad y las perturbaciones sociales le cuestan al país tres mil millones de dólares al año ». Sir James Stansfeld decía en el primer Congreso Internacional contra la explotación del vicio: « Toda nación que en el transcurso de la historia del mundo se sumió en el vicio sexual, fué reducida a esclavitud o desapareció de la haz de la tierra, barrida por el soplo de Dios. »

Las modernas deshonestidades en el traje y en la danza cayeron sobre el mundo con tan alarmante rapidez, como el estallido de la gran guerra europea. Estas cosas deberían abrirles los ojos a las gentes para ayudarnos a ver que, como afirman autoridades competentísimas, nuestra jactanciosa civilización y presumida moralidad son ficticias y no verdaderas.

Una sola parábola del Maestro, leída y creída, basta para desvanecer por completo la ilusoria creencia en un milenio de paz y en la conversión del mundo. Al leer la enseñanza encerrada en esta parábola, acude a los labios la pregunta de cómo es posible que quien lea la Biblia se extravíe hasta el punto de creer las populares especulaciones respecto del milenio. La parábola del gran Maestro dice así:

« Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que siembra buena simiente en su campo. Mas durmiendo los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña entre el trigo, y se fué. Y como la hierba salió y dió fruto, entonces la cizaña apareció también. Y llegándose los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues de dónde tiene cizaña? Y él les dijo: Algún enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Pues quieres que vayamos, y la cojamos? Y él les dijo: No, porque cogiendo la cizaña, no arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo allegadlo en mi alfolí. » Mateo, 13 : 24-30.

No cabe posibilidad alguna de dar errónea interpretación a esta parábola, pues el Señor mismo la explica en los siguientes términos:

« Entonces, enviadas las multitudes, Jesús se vino a casa; y llegándose a él sus discípulos, le dijeron: Decláranos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiendo él les dijo: El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre. El campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del reino; y la cizaña son los hijos del Malo; el enemigo que la sembró, es el Diablo; la siega es el fin del mundo; y los segadores son los ángeles. De manera que como es cogida la cizaña, y quemada al fuego, así será en el fin de este

siglo. Enviará el Hijo del hombre sus ángeles, y cogerán de su reino todos los estorbos, y los que hacen iniquidad; y los echarán en el horno de fuego: allí será el lloro, y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán, como el sol, en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oir, oiga. » Mateo, 13 : 36-43.

Todos pueden comprender esta divina explicación de la parábola. El trigo representa a los buenos, y la cizaña a los malos. Unos y otros han de crecer juntos hasta la siega; y « la siega es el fin del mundo ». El mundo no puede ir más allá de su fin. Por lo tanto, si los buenos y malos crecen juntos hasta al fin del mundo, conforme lo enseñó el Maestro, no habrá lugar para un temporal milenio.

Los que atienden a estas palabras de Cristo no caerán en el error, aunque muchas gentes lo pregonen, de que este rebelde y perverso mundo descansará en el redil de la paz sin que el arrogante y procaz pecado se rinda voluntaria e incondicionalmente.

A pesar de la irrebatible prueba en contrario, muchos seguirán pregonando el fatal error. Por lo tanto, es preciso creer la Biblia, y procurar que el mayor número posible de seres humanos eviten el error de tomar los dichos de gentes engañadas, por la voz del Dios de verdad.

Mas no obstante este cúmulo de irrebatibles pruebas, puede quedar en la mente del lector el perezoso pensamiento de que la sujeción de Satanás será un período de paz. Y ya que nos falta espacio para un estudio detenido del capítulo que contiene la pre-

dicción del encadenamiento del gran engañador, bastarán unas cuantas insinuaciones para demostrar que la creencia popular se ha difundido merced a teorías humanas, sin tener en cuenta lo que la Biblia dice. El capítulo de la profecía dice así:

«Y vi un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo, y una grande cadena en su mano. Y agarró al dragón, antigua serpiente, que es el diablo, y Satanás, y le ató por mil años. Y le arrojó al abismo, y le encerró, y selló sobre él; porque no engañase más a las naciones hasta que los mil años fuesen cumplidos, y después de esto, es necesario que sea desatado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fué dado el juicio: y vi las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y que no habían adorado la bestia, ni a su imagen, y que no habían recibido su marca en sus frentes, ni en sus manos; y vivieron, y reinaron con Cristo mil años. Empero los demás muertos no tornaron a vivir, hasta que fueron cumplidos los mil años: ésta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre los tales: antes serán sacerdotes de Dios, y de Cristo, y reinarán con él mil años. Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión; y saldrá para engañar las naciones que están en las cuatro esquinas de la tierra, Gog y Magog, a fin de congregarlas para la batalla, el número de las cuales es como la arena de la mar. Y subieron sobre

la anchura de la tierra, y anduvieron al derredor de los ejércitos de los santos, y de la ciudad amada. Y de Dios descendió fuego del cielo, y los tragó. Y el diablo que los engañaba fué lanzado en el lago de fuego y azufre, donde está la bestia, y el falso profeta, y serán atormentados día y noche para siempre jamás. Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de delante del cual huyó la tierra y el cielo; y no se halló lugar para ellos. Y vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban en pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos; y otro libro fué abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y la mar dió los muertos que estaban en ella; y la muerte, y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos; y fué hecho juicio de cada uno de ellos según sus obras. Y la muerte, y el infierno fueron lanzados en el lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que n fué hallado escrito en el libro de la vida, fué lanzado en el lago de fuego. » Revelación, 20.

Hemos transcrito el capítulo entero para que el lector sepa cuanto la Biblia dice sobre el particular. Primero, hay que observar que un ángel viene del cielo llevando en la mano la llave del abismo, y una cadena: ata a Satanás y lo arroja al « abismo ».

La palabra griega traducida por « abismo » es la misma empleada en la versión griega de los Setenta (Antiguo Testamento), Génesis, 1 : 2, donde se dice que « las tinieblas estaban sobre la haz del abis-

mo ». En suma, la divina inspiración llama « abismo » el estado caótico de la tierra anterior al tiempo en que Dios la habilitara para morada mediante la obra de la creación.

Además, si dejamos que la Biblia se interprete a sí misma, vemos cómo Satanás ha de ser arrojado a un abismo semejante al que era la tierra en su estado caótico al principio de la creación; y según uno de los versículos citados de Jeremías en un capítulo anterior, el profeta lo contempló en visión profética. Dice así: « Vi la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía; y los cielos, y no había en ellos luz. Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados fueron destruídos. Miré y no parecía hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y he aquí el Carmelo desierto, y todas sus ciudades eran asoladas a la presencia de Jehová, a la presencia de la ira de su furor. » Jeremías, 4 : 23-26.

Así es que la «presencia» de Jehová en la segunda venida de Cristo deja convertido el campo feraz en « desierto », y la tierra asolada y « vacía », y los cielos alrededor de la tierra privados de luz. Esto es, que la visión de Jeremías describe el abismo y el caos tales como fueron al principio, antes de la creación del hombre. A este caótico abismo es arrojado Satanás. Y en lugar de dejar un mundo poblado de seres que gocen paz, deja un mundo sin un solo morador, pues el capítulo citado de la Revelación enseña que inmediatamente después de atado Satanás y arrojado al abismo, los redimidos sentados en tronos para

ejercer juicio « vivieron, y reinaron con Cristo mil años. Mas los otros muertos no tornarán a vivir, hasta que sean cumplidos mil años. Esta es la primera resurrección. »

Según este pasaje, la primera resurrección ocurre al principio de los mil años, y ya hemos citado copiosos textos para probar que la refulgente venida de Cristo destruye todos los malvados. Satanás queda entonces atado en la tierra. No le es permitido abandonarla. Y mientras los redimidos de Cristo están con su Señor sentados en tronos para juzgar, el gran engañador tiene oportunidad para reflexionar sobre los estragos ocasionados por sus iniquidades y su rebelión. Después, al fin de los mil años, según la Biblia, ocurre la resurrección segunda, cuando los malvados resucitan para recibir su eterno y merecido castigo. Entonces Satanás saldrá de su encierro, según el relato, « para engañar a las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, Gog y Magog, a fin de congregarlas para la batalla, el número de las cuales es como la arena del mar ».

La segunda venida de Cristo ocurre en el fragor de la batalla de Armagedón, y al fin de este período de mil años, cuando vuelva el Maestro y resuciten los malvados, Satanás los juntará para proseguir la guerra comenzada mil años antes. Otros puntos de esta índole pueden entresacarse del capítulo veinte de Revelación, máxime si se le estudia en relación con otros pasajes de la Escritura. Pero ¿quién inferirá de este capítulo ni un solo indicio de que este mundo

haya de convertirse y gozar de una era de paz universal? La enseñanza de la palabra de Dios es unilateral. Demuestra con inconfundible claridad que este perverso mundo ha de ir empeorando más y más hasta que venga Cristo. Las condiciones, tales cual las presenta un testimonio irrecusable, concuerdan con la predicción de la Biblia. ¿Consentirá el lector en que la enseñanza de la palabra de Dios, tan en armonía con los hechos, sea su infalible guía?

Dios no predice lo que desea que acontezca o lo que debiera acontecer en este particular, sino lo que ocurrirá a despecho de cuanto hagan en contrario los agentes del bien. La cuestión que cada cual se ha de plantear a sí mismo es la de saber si ha de estar por Dios y con Dios, o hundirse en los engaños que arrastran al mundo a su ruina fatal.






## CAPITULO XIX

LA Biblia abunda en promesas de la segunda venida de Cristo. Este acontecimiento fué siempre la desplegada y gozosa bandera de la bendita esperanza. A cuantos acaben por confiar en El, les manda el Maestro la gozosa proclamación: « No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay: si así no fuera, os lo hubiera yo dicho. Yo voy a aparejaros el lugar, y si me fuere y os apareјare el lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. » Juan, 14 : 1-3.

Por el estudio de la última parte del capítulo trece de Juan, se verá que el Señor, sentado con sus discípulos en la última cena de inolvidable recuerdo, la misma noche en que iba a ser entregado para la crucifixión, les dijo que iba a serles arrebatado por algún tiempo. Esta declaración les entristeció el corazón. En el acto les da, y no sólo a ellos sino también a nosotros, esta preciosísima promesa: « Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. »

Más tarde, después de la crucifixión y en el momento de ascender al cielo, mientras que en El tenían fijos los ojos sus discípulos, unos ángeles vinieron a decirles de parte de Dios: « Varones galileos ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús que ha sido tomado arriba de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo. » Nótese que la promesa, dice « este mismo Jesús ».

Los discípulos habían visto en Jesús el « Deseado de todas las naciones ». Sus hambrientas almas se habían saciado de las palabras de vida salidas de los divinos labios del Maestro, y descansaban en el indecible gozo que experimentan los que tienen conciencia del perdón de los pecados y de las vigorizantes fuerzas de una renovada vida. Natural era que desearan que el Señor permaneciera con ellos. Pero si bien habían gustado la felicidad de una dichosa experiencia cristiana, no habían llegado aún a la plenitud de conocimiento y de fe que un día les capacitaría para comprender cuanto el Maestro había procurado inculcarles en la mente. No comprendían la gran verdad tan explícitamente expuesta por el Salvador: « Os es necesario que yo vaya; porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si yo fuere, os le enviaré. » Juan, 16 : 7.

El Señor expone su verdad en lenguaje claro; pero se necesita tiempo para que la inteligencia humana se asimile esta verdad. Y cuando esta verdad choca con rancios errores y preocupaciones, es por demás difícil la tarea de desarraigarlos. Imaginaban los

judíos que, en su primera venida, el Mesías establecería un reino temporal, y vencería a los romanos por las armas, libertando al pueblo del yugo extranjero. Así lo creían dulce y firmemente, aunque en realidad fuese vana esperanza. Tan general era la creencia de que Cristo iba a ser rey temporal y a reinar en Judea, que las enseñanzas del Señor en contrario no habían conseguido desarraigarla ni aun de las mentes de los discípulos, pues en su última conversación con ellos, al punto mismo de ascender al cielo y al trono de su Padre, « los que se habían juntado le preguntaron, diciendo: ¿Señor, restituirás el reino a Israel en este tiempo? » Hechos, 1 : 6.

El Maestro había tenido particular cuidado en explicar que Su primera venida abriría una era de penalidades y padecimientos, del humilde cumplimiento de un abnegado servicio que culminaría en Su muerte en la cruz. Había aludido a Su muerte y resurrección, y expuesto las profecías que predicen la larga noche de tinieblas por que subsiguientemente pasaría la iglesia; y finalmente había insistido en el gran acontecimiento de Su segunda venida que pondría fin a la tristeza, al padecimiento y al pecado.

Pero los discípulos no habían comprendido ni se habían dado cuenta del significado de las palabras de su Señor. Estaban sus mentes todavía ofuscadas por la idea del reino terrenal que por entonces había de establecerse en su país, cuyo rey sería el Señor y en el que ellos desempeñarían importante papel. Parecía imposible apartar sus mentes de tan aca-

riciado error y elevarlas a la esfera del plan divino. Los caminos y designios de Dios son siempre óptimos; pero ¡cuán difícil es a la humanidad caída desprenderse de lo falso y aceptar lo verdadero! Por esto permitió el Padre a los discípulos que contemplaran con sus ojos carnales a su Salvador al ascender al trono celestial. De este modo desarraigó para siempre toda esperanza posible de un reinado temporal del Mesías sobre el pueblo judío en Palestina.

Mientras sus mentes estaban en mayor receptividad y contemplaban embelesados la ascensión del Señor, aparecieron los ángeles encargados de recordarles que « este mismo Jesús que ha sido tomado arriba de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo ». Hechos, 1 : 11.

« Este mismo Jesús » que estuvo en persona en este mundo, volverá en persona. Todo lo que era cuando estuvo aquí, será cuando vuelva; pero vendrá en la manifestación de su gloria, más bien que en la manifestación de su mansedumbre y humildad. Privilegio de todos es aguardar su venida con gozo perfecto, pues ¿no proclama la palabra de Dios al mundo entero que Cristo es el Amigo de los pecadores? Todo acto de su vida de sacrificio voluntario fué viva expresión de la gran verdad de que nos ama. Al leer la narración evangélica, quedamos conmovidos por la honda compasión del Salvador, y por la ternura con que se sacrificó por el hombre caído. Tanto se acercó a nosotros, y tanto se identificó con nosotros, que « se pueda compadecer de nuestras flaquezas ». Y

cuando estamos abrumados por el pecado y el dolor, y sabemos que no hay amigo humano capaz de entendernos y ofrecernos su simpatía y ayuda, y aun cuando las palabras nos falten para expresar nuestro desamparo y nuestras congojas, podemos acudir confiadamente a nuestro Redentor, y decirle que sabemos que El nos entiende perfectamente. Podemos decirle que el « compadece » nuestras « flaquezas » y sabe por experiencia personal cómo aplicar el bálsamo con que curar nuestros doloridos corazones. ¡Oh, qué Salvador tan compasivo!

Vedle en Betsaida, en busca del enfermo abandonado que dijo: « Señor, no tengo hombre que, cuando el agua fuere revuelta, me meta en el estanque; porque entretanto que yo voy, otro antes de mí ha descendido. » El activo y palpitante poder de la vida se hallaba en las palabras que el gran Médico dirigió al hombre aquel, afligido y sin amigos; y en el mandato del Maestro: « Levántate, toma tu lecho, y anda » (Juan, 5 : 7, 8), encontró completa curación para todos sus dolores. ¿Por qué pasó de largo el Señor ante todos los demás enfermos, y se fijó especialmente en aquel desamparado? Porque se unió tan íntimamente con la humanidad, que *siente* nuestra flaqueza y desamparo. ¡Qué misericordioso! ¡Qué atento! ¡Qué tierno!

En otra ocasión, le encontramos junto al sepulcro de Lázaro. Al lado de El están las hermanas y los amigos desconsolados del finado. *Siente* el dolor que embarga sus corazones, pero no sólo le oprime el co-

razón la aflicción *de ellos*, sino toda la tristeza que en el curso de las edades iban a acarrear el pecado y la muerte. La narración, dice: « Jesús lloró. » ¡Cuánto no entrañan ahora estas cortas palabras para nosotros, como entonces para ellos! En su tierno amor que todo lo abarca, el corazón del Creador se siente conmovido, y su compasivo dolor participa del de sus criaturas. ¿Qué mucho que los judíos que le acompañaban, dijeran: « He aquí, cómo le amaba »? Y sin embargo, no era tan sólo el amor a Lázaro o a sus hermanas lo que conmovía el corazón de Jesús, sino el amor que sentía por la humanidad doliente y afligida de todas las edades. Y bien podemos decir con el Apóstol « mas Dios encarece su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros. » Romanos, 5 : 8.

Así podemos seguir al Maestro en el transcurso de Su vida abnegada, y verlo siempre mezclándose con el pueblo, compartiendo sus gozos y sus tristezas, aliviando su desamparo y sanando a los enfermos. Cristo se entregó por completo a la humanidad, que fué el gran objeto de su amor. Este amor no consiguieron apagarlo ni siquiera las crueles manos y los corazones empedernidos que le atormentaron en la cruz. Aun entonces pronunciaron sus labios esta oración: « Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen. »

¡Con qué estremecimiento de alegría no hemos de oir estas palabras!: « Este mismo Jesús que ha sido tomado arriba de vosotros al cielo, así vendrá, como

le habéis visto ir al cielo.» Hechos, 1: 11. El es el *mismo Jesús;* el mismo compasivo y tierno Salvador; el mismo que « ciertamente nuestras enfermedades él las llevó, y él sufrió nuestros dolores... Mas él herido fué por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga hubo cura para nosotros. » ¡Cuánto no harán rebosar de gozo nuestros corazones tan gratas nuevas!

El, « así vendrá, como le habéis visto ir al cielo ». Sí, « *así* ». Cuando los discípulos le vieron irse, era el Jesús personal, Aquel con quien se habían asociado y a quien habían amado y adorado como a su compañero y Salvador. Y « así » vuelve.

El modo en que se fué queda consignado en términos por demás fáciles de entender: « Y habiendo dicho estas cosas, mirándole ellos, fué alzado, y una nube le recibió, y le quitó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo entretanto que él iba, he aquí, dos varones se pusieron junto a ellos en vestidos blancos. » Hechos, 1: 9, 10. Y mientras que « ellos estaban con los ojos puestos en el cielo », el Maestro desapareció.

Los discípulos no sólo estuvieron mirando, sino que miraron fijamente al Señor Jesús mientras se iba. Pronto después fueron llamados a describir su ascensión, y hablar de su segunda venida. Han de ser capaces de explicar estas palabras: « Así vendrá. » De ahí que el Maestro los tuviera « con ojos puestos en el cielo » fijamente, contemplándole mientras se iba.

Ellos nos dicen que « fué alzado, y una nube le recibió, y le quitó de sus ojos ». Son de alcance eterno las consecuencias concentradas en la segunda venida de Cristo, y este suceso no puede quedar a merced de conjeturas y especulaciones. Han de darse de él las nociones definidas, positivas y claras, pues el gran adversario procurará extraviar las mentes de los hombres acerca de cómo volverá el Señor. Todo ha de quedar perfectamente claro y obvio.

« Una nube le recibió, y le quitó de sus ojos » al ascender. No sólo declara este texto de los Hechos que el Señor «así vendrá», sino que también nos dicen otros pasajes que las nubes le acompañarán cuando vuelva. « He aquí, viene con las nubes, y todo ojo le verá, y también los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él. » Revelación, 1 : 7. « Y entonces se mostrará la señal del Hijo del hombre en el cielo, y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra; y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria.» Mateo, 24 : 30. «Y entonces verán al Hijo del hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. » Marcos, 13 : 26.

Estos pasajes expresan una sencilla verdad en lenguaje tan preciso, que no da lugar a errónea interpretación. El Señor desea que sepamos lo que hemos de esperar de su segunda venida; y no nos dejaremos engañar por falaces sofisterías, si prestamos cuidadosa atención a lo que nos revela el inspirado Libro.

La palabra de Dios va más allá y nos dice que

cuando el Redentor venga por segunda vez, vendrá envuelto en la más brillante gloria: « Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles; y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. » Mateo, 16 : 27. Además: « Cuando el Hijo del hombre vendrá en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria. » Mateo, 25 : 31. Nótese la descripción de su venida: « El Hijo del hombre vendrá *en la gloria de su Padre* » y « El Hijo del hombre vendrá *en su gloria* ». De modo que en este acontecimiento como en cualquier otro, la gloria del Padre y del Hijo se entrefunden en refulgente armonía.

Y nótese que no ha de volver solo, pues con Él y con el refulgente esplendor que Dios les ha dado, están « todos los santos ángeles ». Hablando del número de ángeles, se nos dice: « Y miré, y oí voz de muchos ángeles al derredor del trono, y de los animales, y de los ancianos; y el número de ellos era miriadas de miriadas, y millares de millares. » Revelación, 5 : 11. Diez mil veces diez mil, son cien millones. Pero esto es tan sólo una parte de la vasta cohorte, porque el profeta añade inmediatamente: « Y millares de millares. »

Nótese también la inspirada descripción del único ángel que apareció junto al sepulcro de Cristo en la mañana de Su resurrección: « En el fin del sábado, así como iba amaneciendo el primer día de la semana, vino María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro. Y, he aquí, fué hecho un gran terremoto;

porque el ángel del Señor descendiendo del cielo y llegando, había revuelto la piedra de la puerta del sepulcro, y estaba sentado sobre ella. Y su aspecto era *como un relámpago*; y *su vestido blanco como la nieve.* Y del miedo de él los guardas temblaron, y fueron vueltos como muertos. Y respondiendo el ángel, dijo a las mujeres: No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fué crucificado. No está aquí; porque ha resucitado, como dijo. » Mateo, 28 : 1-6.

Puesto que un solo ángel es tan resplandeciente, ¿qué no será el resplandor cuando la gloria de las innumerables huestes de Dios se una a las del Padre y del Hijo en la segunda venida? La majestad del rey de la eternidad ha de aventajar en tal forma a la del luminar del día, que éste palidecerá en tinte crepuscular comparado con el resplandor de las triunfales cohortes del que vuelve a la tierra.

¡Qué acontecimiento tan glorioso ha de ser la segunda venida del Señor! ¡Qué poder tan mayestático, qué destellos de deslumbrante luz despedirá tan imponente hueste cuando el Cordero de Dios vuelva en triunfo a recoger los trofeos de su gracia y de su amor! « Porque como relámpago que sale del Oriente, y se muestra hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre. » Mateo, 24:27.

Cuando Aquel que creó los brillantes soles que se mueven en el dilatado espacio y que mantiene el poderío de que dimanan los rayos de luz que inundan

el sistema del universo venga en persona a rescatar a sus redimidos de este revuelto planeta, aparecerá con gloria tan propia del acontecimiento como de la majestad de su carácter. La mente alcanzará su mayor capacidad al contemplar el esplendor del para el alma alegre día de la segunda venida del Señor. Y aun así avivadas nuestras limitadas y finitas potencias, sólo nos darán pálida idea de lo que en aquel supremo día será el Rey de reyes y Señor de señores.

Pero el gran engañador no quiere que tengamos idea exacta de lo que significa la segunda venida de Cristo para este pecaminoso mundo, y por esto procura ofuscar la inteligencia de los hombres respecto a la proximidad de la venida del Maestro y de lo que en sí es el acontecimiento. El Salvador nos dice: «Vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán.» Mateo, 24 : 5. Pero nadie puede tener la pretensión de presentar al mundo el literal cumplimiento de todas las puntualizaciones que han de señalar la venida del glorificado Hijo de Dios. Sin embargo, se nos dice de los « falsos Cristos y falsos profetas » que « darán señales grandes y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos ». Mateo, 24 : 24.

La palabra de Dios no sólo describe fielmente el modo y forma en que por segunda vez ha de venir el Señor, sino que descubre las falacias de que se valdrá el enemigo para sorprendernos y perdernos. De aquí que hayamos de estudiar detenidamente el Libro de

los libros. La ordinaria lectura de la Biblia no basta para proteger el corazón contra los engaños ideados por el diablo para los postreros días. Hemos de alimentarnos de la divina palabra. Hemos de vivir en comunión con Dios por medio de su palabra y de la oración. De este modo, podremos asimilarnos tan enteramente a su vida y su carácter, entrar en tan íntimas relaciones de amistad con El y ser tan sensibles al poder de su venida, que no caigamos en engaño. Conoceremos la voz del verdadero Pastor, y ningún impostor, por astuto que sea, podrá apartarnos del buen camino, pues cuando el verdadero Pastor « ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen; porque conocen su voz. Mas al extraño no seguirán, antes huirán de él; porque no conocen la voz de los extraños. » Juan, 10 : 4,5.

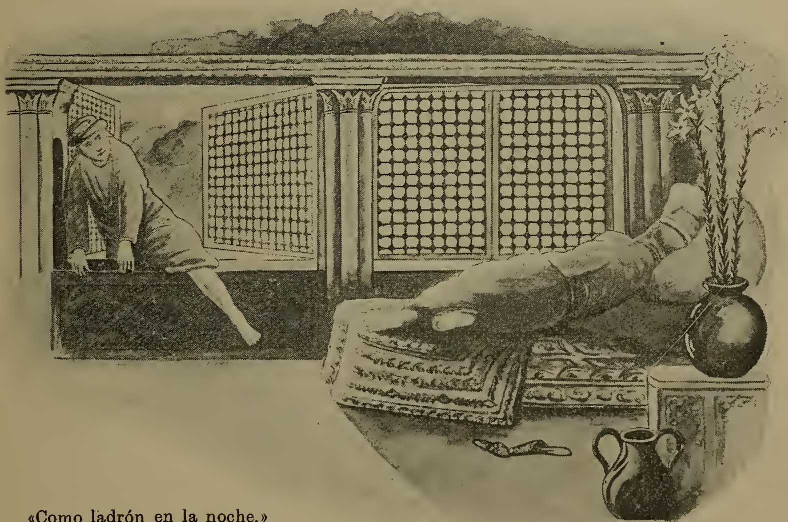
Sólo conocemos «a este mismo Jesús»; sólo a El, el único perfecto; sólo a El que dió su vida en sacrificio voluntario por la humanidad perdida. Sólo el Hijo de Dios « el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí », como puede decir todo creyente, puede llenar el sitio que El ganó en el corazón del cristiano. El astuto enemigo puede suscitar engaños, y revestir entre sus « grandes señales y prodigios » brillante apariencia que inducirá a muchos a creer que Cristo vino ya; pero sólo quedarán así engañados los que hayan desechado o descuidado los avisos de la palabra de Dios.

El apóstol Pablo dice: « Porque el mismo Señor con algazara, y con voz de arcángel, y con trompeta

de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán los primeros.» 1 Tes., 4 : 16. Sí, el Señor mismo, y ningún otro, ha de volver.

Y este texto enseña que la resurrección de los muertos ocurrirá a la segunda venida de Cristo; pues « los muertos en Cristo resucitarán los primeros ».

Así es que el Maestro ha de volver. Será el mismo Jesús. Viene con la voz del arcángel, y tocando la trompeta de Dios. Viene en las nubes del cielo, viene en gloria indescriptible, acompañado de todas las huestes de los ángeles de Dios. El texto es tan claro sobre el particular que no hay disculpa para el error. Además, el apóstol Pablo nos dice: « Empero acerca de los tiempos y de los momentos, no tenéis, hermanos, necesidad de que yo os escriba: porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor,



«Como ladrón en la noche.»

como ladrón en la noche, así vendrá. Que cuando dirán: Paz y seguridad: entonces vendrá sobre ellos destrucción de repente, como los dolores del parto sobre la mujer preñada; y no escaparán. Mas vosotros hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os agarre como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del día: no somos hijos de la noche, ni hijos de las tinieblas. »

En este pasaje vemos claramente que los que están en la luz conocerán « los tiempos y momentos » del «día del Señor ». Hablando a sus « hermanos » dice el apóstol: « Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor, como ladrón en la noche, así vendrá. » Pero este gran día no vendrá del mismo modo para todos; pues más adelante dice: « Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os agarre como ladrón. » Los « hermanos » andan en luz, y por eso conocen « los tiempos y momentos » del « día del Señor ».

Habrá, pues, una categoría de gentes que dirán: « Paz y seguridad » y sobre los cuales vendrá « destrucción de repente »; y otra categoría que «no están en las tinieblas » y de aquí que este día no los sorprenda « como ladrón ». Sobreviene la ruina de la primera categoría de gentes porque prefirieron huir y esconderse de la luz, mientras que las de la segunda categoría se salvan porque aceptaron « la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo». Juan, 1 : 9. Pues « ésta es la condenación, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinie-

blas que la luz; porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean redargüidas. Mas el que obra verdad, viene a la luz, para que sus obras sean hechas manifiestas, porque son hechas en Dios. » Juan, 3 : 19-21.

Los que « amaron más las tinieblas que a la luz » dirán, por supuesto: « Paz y seguridad » aun cuando se hallen en presencia de « destrucción de repente »; y como permanecen en tinieblas que los ciegan, no pueden ver la evidencia misma de que « está cercano, a las puertas ». Pero el salmista, dice: « Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbre a mi camino. » Salmo, 119 : 105. El devoto estudiante que abre su corazón y su mente para recibir esta palabra, se encontrará entre los que disciernen las señales de los tiempos.

Si resumimos los hechos consignados en la Biblia referentes al modo en que nuestro Señor y Salvador Jesucristo ha de aparecer, llegamos a las conclusiones siguientes: 1.ª Que la venida de Nuestro Señor no es a la muerte, como algunos lo han afirmado, pues el Señor viene como vivificador. Viene a destruir la muerte. « Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Dícele Jesús: Yo soy la resurrección, y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? » Juan, 11 : 21, 25, 26. « Y el postrer enemigo que será destruído, es la muerte. » 1 Corintios, 15 : 26. Es el propósito divino destruir « al que tenía la potencia

de la muerte, es a saber, al diablo ». Hebreos, 2 : 14.

De modo que podríamos revisar todos los textos de la Biblia para convencernos más y más de que la segunda venida está en oposición a la muerte. Significa la resurrección de los muertos y la vida eterna para todos cuantos estén preparados para recibirla.

2.ª La venida de nuestro Señor no es meramente una copiosa efusión de su Espíritu, pues dijo antes de su crucifixión: « Empero yo os digo la verdad, que os es necesario que yo vaya; porque si yo no fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si yo fuere, os le enviaré. Y cuando él viniere, redargüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. » Juan, 16 : 7, 8.

El Consolador, o « Espíritu de verdad » como el Señor le llama en otro versículo del mismo capítulo, fué enviado para permanecer con su iglesia mientras estuviera El ausente. Por lo tanto, este Consolador que iba a estar con nosotros durante la ausencia del Señor, no podía en manera alguna substituir razonablemente a la segunda venida de Cristo, por grande que pudiera ser cualquiera manifestación efusiva del potente Espíritu de Dios.

3.ª Su segunda venida no podían ser las manifestaciones presenciadas en las cámaras secretas de las sesiones espiritistas, pues su palabra dice: « Así que si os dijeren: He aquí, en las cámaras; no creáis. » Mateo, 24 : 26.

4.ª Su venida no ha de localizarse en determinado punto de la tierra. No ha de ser en el desierto,

como enseñan los mormones, ni en la antigua Jerusalén, como otros enseñan, pues « si os dijeren: He aquí, en el desierto está; no salgáis », y « si alguien os dijere: He aquí, está el Cristo, o allí; no creáis. » Mateo, 24 : 26, 23. La palabra, dice: « He aquí, viene con las nubes, y todo ojo le verá. » Revelación, 1 : 7.

5.ª Su venida no ha de ser sigilosa y secreta, para que los habitantes de la tierra que hubieren de presenciar el acontecimiento se esquiven de los demás que nada supieran de lo ocurrido, pues la gloria del Hijo de Dios ha de ser revelada con todo el carácter de acontecimiento cuando « con algazara y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. » 1 Tes., 4 : 16.

Esta gloriosa esperanza de la segunda venida de Cristo es tema que en toda época ha inspirado sublimes frases a insignes escritores. De uno de los profetas que anduvo con Dios, se ha dicho: « De los cuales también profetizó Enoc, que fué el séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, el Señor es venido con sus santos millares. » Judas, 14.

En uno de los dulces cantos del salmista se encuentran estas palabras: « Decid salmos a Jehová con arpa: con arpa y voz de salmodia. Con trompetas y sonido de bocina: cantad alegres delante del Rey Jehová. Brame la mar y su plenitud: el mundo y los que habitan en él. Los ríos batan las manos: juntamente hagan regocijo los montes delante de Jehová; porque vino a juzgar la tierra: juzgará al

mundo con justicia: y a los pueblos con rectitud.» Salmo, 98 : 5-9.

Isaías declara: « Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, a quien esperamos, y salvarnos ha: éste es Jehová a quien esperamos, gozarnos hemos y alegrarnos hemos en su salud.» Isaías, 25 : 9.

En uno de los sermones que el mismo Maestro pronunció estando en la tierra, dijo: « Vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bien, saldrán a resurrección de vida; y los que hicieron mal, a resurrección de condenación.» Juan, 5 : 28, 29.

Y así lo proclama el discípulo amado desde el peñón de Patmos: « He aquí, viene con las nubes, y todo ojo le verá, y también los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán sobre él.» Revelación, 1 : 7.

« Y el cielo se apartó como un libro que es arrollado; y todo monte y islas fueron movidos de sus lugares; y los reyes de la tierra, y los magnates, y los ricos, y los capitanes, y los fuertes, y todo siervo, y todo libre se escondieron en las cavernas, y entre las piedras de los montes, y decían a las rocas: Caed sobre nosotros, y escondednos de la cara de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero: porque el gran día de su ira es venido, ¿y quién podrá estar firme?» Revelación, 6 : 14-17.

« Y miré, y he aquí una nube blanca, y sobre la nube uno asentado semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su

mano una hoz aguzada. Y otro ángel salió del templo, clamando con alta voz, al que estaba sentado sobre la nube: Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar te es venida, porque la mies de la tierra está madura. Y el que estaba sentado sobre la nube echó su hoz sobre la tierra, y la tierra fué segada.» Revelación, 14 : 14-16.

« Y, he aquí, yo vengo prestamente, y mi galardón está conmigo, para recompensar a cada uno según fuere su obra. El que da testimonio de estas cosas, dice: Ciertamente vengo en breve. Amén, sea así. Ven, Señor Jesús. La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.» Revelación, 22 : 12, 20. « Así también Cristo habiendo sido ofrecido una sola vez para cargar con los pecados de muchos, la segunda vez aparecerá sin pecado a los que le aguardan para salud.» Hebreos, 9 : 28.

El que inspiró todas estas promesas no es personaje menos real que el que creó el universo. Posee en sí mismo todo el poder con que sostiene en el espacio este vasto mundo en que vivimos, guiándolo en armonía con el sinnúmero de vastos mundos que El sostiene y dirige también en el espacio. Al considerar una declaración o una promesa, conviene considerar el poder y capacidad del que la hace. Ciertamente que el que dió este tesoro de promesas acerca de la vuelta del Señor Jesús, tiene amplio poder para patrocinar a su Hijo en la confirmación y sanción de su palabra.

Por lo tanto, aun cuando el mundo esté lleno de

angustia y de dolor, de modo que aun los más valerosos tiemblen ante el amenazante mal, hay heraldos que proclaman la venidera mañana. El Maestro ha prometido volver, y todos cuantos le conocen anhelan que llegue el día por venir.

Las profecías que acompañan a estas promesas de Su venida, enseñan que todos los desastres y peligros que hoy amenazan al mundo son los bajíos y rocas que se extienden a lo largo de la lejana orilla del tiempo. No hay que temerlos, pues hemos tomado a bordo al Maestro piloto. Son las señales visibles y evidentes de que está a la vista la tierra de nuestro eterno hogar del Edén. ¡Cuán gozoso es este conocimiento! ¡Qué áncora de descanso para el alma!






# CAPITULO XX

HEMOS considerado la descripción bíblica del estado de cosas que ha de imperar en la tierra al fin de los siglos. Vimos las inspiradas declaraciones respecto del «tiempo de angustia» y de «los peligros» del día postrero. Hemos leído en el libro de Dios lo que se nos dice acerca del «envejecimiento de la tierra, y del bramido « del mar y de las olas ». Nos hemos enterado de lo referente a las naciones airadas, de los que oprimen al trabajador y de los que han « allegado tesoros para en los postreros días». Vimos también cómo Dios predijo que el vicio, el crimen, la injusticia y la violencia llenarían el mundo. Si sólo atendemos a estas descripciones, no veremos más que tinieblas, angustia y dolor; pero muy por encima y al través de todo esto resplandece una gran luz.

¿Permitirá nuestro Padre celestial que Satanás infeste la tierra de falacias y corruptores y aflictivos pecados, sin manifestar las bendiciones y gozos de

la verdad y de la bondad? ¿Consentirá que el mal levante su asquerosa aunque ataviada y dorada cabeza hasta las cumbres de la locura, para mejor hundir a los hombres en las últimas profundidades de la perversidad y el infortunio, sin poner de manifiesto el peligro y salvar a los engañados y seducidos objetos de su amor? Las antífonas de los ángeles pregonaron la primera venida de Cristo. El poder y el amor maravillosos del Salvador se manifestaron en la predicación a los pobres, en la curación de los enenfermos y en la resurrección de los muertos. El día de Pentecostés hubo una potente efusión del Espíritu de Dios. ¿Y esta distribución iniciada en un ambiente tan lleno de maravillas y encaminada a manifestar el poder de Dios, habría de concluir en obscuridad y flaqueza? ¿Quedará tan gloriosa luz reducida a humeante pabilo o desaparecerá sepultada entre los escombros de este pecaminoso siglo? ¡No, mil veces no! El capítulo XVIII de la Revelación ofrece sin duda alguna la más enérgica, concluyente e inquisitiva condenación de los pecados de la última generación que encontrarse pueda en el inspirado Libro. Léase el capítulo entero, para que nos permita advertir el divino desagrado hacia el mal; pero no dejemos de estudiar detenidamente las primeras frases: « Y después de estas cosas vi otro ángel descender del cielo, teniendo grande poder; y la tierra fué alumbrada de su gloria. Y clamó con fortaleza en alta voz, diciendo: Caída es, caída es Babilonia la grande, y es hecha habitación de demonios, y guarda de todo espí-

ritu inmundo, y guarda de todas aves sucias, y aborrecibles.» Revelación, 18 : 1, 2.

¡Cuán sublime es la descripción de este poderoso ángel que levanta tan potente voz contra los pecados de Babilonia! Esta Babel del mal que procura con su corrupción trastornar la postrera generación humana ha de ser vituperada. Hay que arrojar luz sobre estas ocultas y tenebrosas obras de iniquidad que hacen peligrosos los postreros días, y son causa de un « tiempo de angustia » cual nunca visto hasta entonces; así que el mensajero celestial viene a iluminar la tierra con su gloria. Aquí tenemos una promesa que inflama las elevadas emociones del alma con el arrobador pensamiento de que en medio del baluarte de iniquidad, y de su más desesperada actuación, el Maestro ejerce su absoluto poder, y la tierra es alumbrada de su gloria.

El Señor prometió a su iglesia que « estas señales seguirán a los que creyeren: En mi nombre echarán fuera demonios: hablarán nuevas lenguas: alzarán serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les dañará: sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.» Marcos, 16 : 17, 18.

El Maestro inspiró a uno de sus apóstoles para que repitiera esta promesa en los siguientes términos: « Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero doctores, luego facultades, luego dones de sanidades, ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas.» I Corintios, 12 : 28.

De entre los que son inducidos por Dios a estu-

diar la Biblia y a creerla, algunos llegan a adquirir cierto desarrollo que los hace capaces de manifestar como instrumentos de Dios los dones divinos que El « puso » « en la iglesia ». A algunos les será dada « la palabra de sabiduría »; a otros « la palabra de ciencia »; a otros les será otorgado el don de « fe »; a otros el don de « curación »; a otros « el de obrar milagros »; a otros el don de « profecía »; a otros el de «discernimiento de espíritus»; a otros el don de «lenguas »; y a otros « el de la interpretación de lenguas ». 1 Corintios, 12 : 8-10.

Maravillosa fué la manifestación del poder del Espíritu de Dios cuando en el día de Pentecostés los « dones » obraron poderosamente en la iglesia; pero bajo la efusión del Espíritu en estos postreros días, los dones substraídos por el formalismo y la incredulidad, volverán para realizar más poderosa obra. Satanás ve el desenvolvimiento del gran plan de Dios. Se enfurece al ver que no puede mantener a los hombres en los supersticiosos errores de las tinieblas.

Despliega todas sus maquinaciones para engañar a la humanidad. Puede inducir a muchos a cometer crímenes tan enormes y a sumirse en tales vicios que ningún vislumbre de la aparición del día del Juicio los mueva a mirar a Dios. Puede mantener a otros en cierta incredulidad mundana que mira con lástima a los que creen la palabra del Señor. Pero hay también muchos otros que, si bien se atienen a la Biblia, lo hacen negligente y maquinalmente, sin

asimilarse su vitalizadora verdad; a éstos les aguardan grandes desengaños.

Satanás sabe que Dios está educando a sus verdaderos adoradores, hoy por hoy esparcidos por doquiera, que rindiéndole culto en diversidad de nombres confesionales, realizan una magna obra. « Y será en los postreros días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos, y vuestras hijas profetizarán, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros viejos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán. Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo. El sol se volverá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor grande y manifiesto; y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. » Hechos, 2 : 17-21.

El maligno conoce estas profecías relativas al derramamiento del Espíritu de Dios « en los postreros días ». Sabe que Dios ha dicho que un ángel poderoso tiene el mandato de alumbrar la tierra de Su gloria; y si no habéis visto hasta ahora la astucia de Satanás, comprobadla en los impostores « curanderos » y en las « curaciones por fe » de cuyos perniciosos y extraviadores efectos llenan el mundo. Los que se atienen a la Biblia negligentemente, y no benefician los filones de la verdad para fortalecerse mediante el conocimiento personal de lo que dice exactamente la propia palabra de Dios, se dejarán

seducir más fácilmente por los sofismas de Satanás.

Si otra prueba no os convenciera de que Dios se dispone a realizar una obra maravillosa en estos postreros días, bajo la influencia del derramamiento de su Espíritu, ved las imposturas que se esparcen para desacreditar el avance de la obra de Dios. Hombres y mujeres surgen por todas partes arrogándose los dones de milagros y curaciones, dones que Dios estableció en la iglesia. Un conocimiento superficial induce a creer que la enseñanza de estos impostores está confirmada por las Escrituras; pero un conocimiento más profundo, el estudio diario de la Palabra, la acendrada fe en su doctrina y la plena sumisión a la voluntad de Dios por la que se obtiene el don de « discernir los espíritus » son las únicas cosas que nos capacitarán para conocer si son impostores o si vienen con autoridad del Cielo y poder de lo alto.

Estemos seguros de que cuando el Maestro otorga a un hombre el « don de curar », este hombre dirá como dijo Pedro al cojo que estaba a la puerta del templo: « En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda »; y estas palabras encerrarán el poder de Dios, y cesará la enfermedad. Lo que Dios hace es perfecto, y no cabrá duda de la realidad de la curación. La habilidad del médico no necesitará decirle al paciente que ya está bueno; pues los colores de la salud atestiguarán que el poder omnipotente ha respirado en él. El hombre de fe puede orar por los afligidos, y la palabra de Dios dice que « la oración de fe hará salvo al enfermo » (Santiago, 5:15),

pero el que tiene « don de curación » está encargado por el cielo de dominar la enfermedad y el divino Creador obra por medio de su agente humano para realizar la definitiva curación.

Pero conviene recordar que habrá casos que desde el punto de vista humano parezcan curaciones milagrosas y sin embargo no las opere el poder de Dios. Ya hemos aprendido que para intensificar sus grandes engaños en los postreros días, Satanás obrará « con toda potencia, y señales, y milagros mentirosos ». Cabe preguntar: ¿Por qué se le permite obrar así? Para que el maligno virus del pecado quede manifiesto, y sus obras de engaño conocidas; pero Dios muestra el cuidado que tiene de sus criaturas desenmascarando al monstruo de maldad de tal manera que todos conozcan su verdadero carácter. También cumple Dios su palabra con promesas que nos capacitan para evitar los engañosos encantos del pecado, y permanecer firmes a toda hora ante la deslumbradora luz y poder de la verdad. Sí, el lector puede igualmente ser uno de los que se unan con el poderoso ángel en estas últimas horas del tiempo para llenar la tierra con la luz y la gloria del Señor.

Ha de ser evidente para quien quiera que haya considerado las pruebas de la Biblia, que el definitivo conflicto en que han de consumarse las edades se está desatando derechamente sobre el mundo. Las fuerzas tenebrosas están ya por un lado dispuestas en orden de batalla; pero por el otro, semejante a un alboreante sol de esperanza, vemos la creciente

luz de la verdad y del poder del evangelio, destinada a irradiar hasta que el mundo entero quede lleno de su gloria refulgente. Nunca hubo en el mundo acontecimientos que como los actuales estimulen al denodado heroísmo en el servicio. Nunca como ahora tuvieron los hombres la inspiración dimanante de encontrarse la humanidad en los umbrales de la resurrección y de respirar, tras breve período de espera, los edénicos y perfumados céfiros del mundo eterno. Nunca como ahora tuvieron los hombres tanto motivo para intensificar sus más elevadas y gozosas emociones por la certidumbre de que el omnipotente Padre está disponiendo sus legiones de ángeles celestes para que escolten al Rey de la eternidad, al Redentor del mundo, en su marcha triunfal hacia esta menesterosa y vacilante tierra. Sabiendo que puede disponer de hombres y mujeres llenos de tan embelesadores pensamientos, nuestro Padre Celestial pudo anunciar con certeza la iluminación de toda la tierra con su divina gloria.

Decidlo por doquiera, decidlo y repetidlo: « Cosas gloriosas se han dicho de ti, ¡oh ciudad de Dios! » Sepa el mundo entero que Dios manda de los cielos a su poderoso ángel y que la tierra será alumbrada de su gloria. Recibid la palabra de Dios. Permaneced firmes en la plenitud del poder de la fe; y así como nuestro Padre derrama su Espíritu para cumplir su potente obra, así también se valdrá de vosotros como de instrumentos de justicia, servicio y gloria.




## CAPÍTULO XXI

EL « tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces», arroja sus sombras sobre nosotros. Pero ante tamaña acumulación de peligros, quédanos un refugio. El brazo de nuestro omnipotente Padre está extendido para protegernos y rescatarnos.

El lector tal vez se cuente entre los que están cargados de corruptores pecados, entre los injustos, opresores y crueles. Si así es, motivos tiene de aliento en la Palabra; pues dice: «Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. » 1 Timoteo, 1 : 15. Cristo salva sin excepción a « los que por El se allegan a Dios ». Hebreos, 7 : 25. ¿Puede pedirse más? Aun el « primero » de los pecadores es llamado. Efectivamente, el Señor no podía llamar a otros en este mundo, sino a los pecadores: « por cuanto todos pecaron, y están destituídos de la gloria de Dios ». Romanos, 3 : 23.

« Lavad, limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de la presencia de mis ojos: dejad de

hacer lo malo: aprended a bien hacer, buscad juicio, restituid al agraviado, oid a derecho al huérfano, amparad la viuda. Venid pues, dirá Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos: si fueren rojos como el carmesí, serán tornados como la lana. » Isaías, 1 : 16-18.

La « grana » y el « carmesí » son colores indelebles. Sin embargo, el Señor promete que aunque nuestros pecados sean como «*la grana*», los cambiará como « la nieve »; y « si fueren rojos como el carmesí, serán tornados como blanca lana». Salva « hasta el último extremo», hasta al « primero de los pecadores ». ¿Qué más podría pedirse? ¿Qué más podría desearse?

En vano procuraríamos inquirir cómo puede limpiar Dios a tan viles pecadores, pero consuela pensar que Dios puede hacer muchas cosas que no podemos comprender. No sabemos cómo una bellota puede dar nada menos que una encina, mientras que un grano de trigo sembrado junto a ella no dará infaliblemente más que una espiga como la de que él mismo salió. ¿Podéis explicarlo? Poco cuesta decir que « es la naturaleza » la que así obra. Pero « la naturaleza » no se creó a sí misma, ni tampoco engendra el poder que admiramos en sus obras. Nuestro Padre celestial crea y conserva toda esta perfecta y hermosa manifestación de vida que nosotros, muchas veces sin pensar en lo que decimos, llamamos « naturaleza ». En condiciones normales la naturaleza es la materia obediente a la voz de Dios. El Padre celestial, todopode-

roso, siempre presente y siempre activo, produce toda esta vida maravillosa y esta no menos maravillosa actividad en el mundo natural.

¡Sabe, pues, pecador, que Jesús es infinito en poder de salvación! El que gobierna las poderosas y misteriosas fuerzas de la naturaleza, dice que aunque tus pecados sean del tinte más obscuro, se volverán tan blancos como la nieve. Así pues, « buscad a Jehová; mientras se halla: llamadle, entretanto que está cercano. Deje el impío su camino, el varón inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será grande para perdonar. Porque mis pensamientos no son como vuestros pensamientos, ni vuestros caminos como mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son más altos mis caminos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. Porque como desciende de los cielos la lluvia, y la nieve, y no vuelve allá, mas harta la tierra, y la hace engendrar, y producir, y da simiente al que siembra, y pan al que come: así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, mas hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié. » Isaías, 55 : 6-11. Lee estas promesas, medítalas, créelas, y el Espíritu de Dios te consolará y te confortará el corazón por medio de ellas.

Sucederá tal vez que aunque seas Hijo de Dios, tu corazón « desfallezca » « a causa del temor, y esperando las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tie-

rra; porque las virtudes de los cielos serán conmovidas. » Quizá te infundan terror las crecientes y temibles tempestades y terremotos, y el sacudimiento general de la naturaleza. Pero no debiera ser así. Dios hace las siguientes promesas: « No habrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día, ni de pestilencia que ande en obscuridad: ni de mortandad que destruya al mediodía. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra: a ti no llegará. Ciertamente con tus ojos mirarás; y verás la recompensa de los impíos. Porque tú, ¡oh Jehová! eres mi esperanza: y al Altísimo has puesto por tu habitación. No se ordenará para ti mal: ni plaga tocará a tu morada. » Salmos, 91 : 5-10.

« No habrás temor. » ¡Qué satisfacción para el alma en esta palabra! El Señor no sólo nos *amonesta* a que no temamos; no nos dice lisa y llanamente que no *debemos* temer, sino que afirma en su decreto de divino poder que no *temeremos*. « Porque a sus ángeles mandará cerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, porque tu pie no tropiece en piedra. » Salmos, 91 : 11,12.

Si hay quienes teman por causa de las hambres que más y más prevalecerán en la tierra al ir ésta « envejeciendo », dice la Palabra: «El que camina en justicia, el que habla rectitud, el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos de recibir cohecho, el que tapa su oreja por no oir sangres, el que cierra sus ojos por no ver cosa mala: Este habitará en las alturas: fortalezas de rocas se-

rán su lugar de acogimiento: a éste se dará su pan, y sus aguas serán ciertas. Tus ojos verán al rey en su hermosura: verán la tierra que está lejos. » Isaías, 33 : 15-17. « No serán avergonzados en el mal tiempo: y en los días de la hambre serán hartos. » Salmos, 37 : 19.

Y vuelve a decir el Señor: « Cuando pasares por las aguas, yo seré contigo; y en los ríos, no te anegarán. Cuando pasares por el mismo fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo soy Jehová, Dios tuyo, Santo de Israel, Guardador tuyo. » Isaías, 43 : 2, 3. « Toda herramienta que fuere fabricada contra ti, no prosperará; y a toda lengua que se levantará contra ti en juicio, condenarás. Esta es la verdad de los siervos de Jehová, y su justicia de por mí, dijo Jehová. » Isaías, 54 : 17.

No hay circunstancias ni contingencias, ni aun en las peores posibilidades de la edad presente, ni en los portentosos días por venir, que no penetre Dios con promesas que traen consigo esperanza y consuelo y fuerza.

Satanás ha requerido todo su maligno poder en su último y supremo esfuerzo para oprimir y destruir el pueblo de Dios. Pero este peligro mueve al pueblo a impetrar la tierna misericordia y amor del Padre; y el grito del Eterno ha de oirse en la forma consignada en la sublime profecía inspirada: « Despiértate, despiértate, vístete de fortaleza, ¡oh brazo de Jehová! Despiértate como en el tiempo antiguo, en los siglos pasados. ¿No eres tú el que secó la mar, las

aguas de la gran hondura: el que al profundo de la mar tornó en camino, para que pasasen los redimidos? » Isaías, 51 : 9, 10.

El Señor hizo cosas maravillosas en tierra de Egipto; sacó a su pueblo de la esclavitud, de la grosera idolatría y del pecado en que estaba sumido en aquel tenebroso país; lo sacó « con mano fuerte y con brazo extendido, y con espanto grande, y con señales y con milagros »; pero con más maravilloso y más glorioso despliegue de su amor y de su poder lo sacará del cúmulo de corrupciones y de pecados y vicios que lo envilecen en nuestro tiempo. Amplio fué el ejercicio que hizo Dios de su poder en aquel tiempo para salvar a su pueblo de la cruel tiranía de Faraón; pero en nuestros días, cuando Satanás concentra sus malignas fuerzas, vigorizándolas con todo lo que le sugiriera la experiencia y la práctica del largo reinado de pecado y de crimen, las circunstancias requieren un correspondiente despliegue de divina majestad y fuerza. « Y Jehová bramará desde Sión, y desde Jerusalén dará su voz; y los cielos y la tierra temblarán; mas Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. » Joel, 3 : 16.

¡Cuán propio para inspirar al alma el pensar que los « postreros días » han llegado ya, y que en nuestros días ha de cumplir el Señor aquellas sus palabras que se encuentran en Jeremías: « Por tanto, he aquí que vienen días, dijo Jehová, que no se dirá más: Vive Jehová, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del aquilón, y de todas las tierras donde los

había arrojado; y tornarlos he a su tierra, la cual di a sus padres.» Jeremías, 16 : 14, 15. En aquel tiempo el Señor sacó a Israel de Egipto y lo condujo a una Canaán terrenal; mientras que hoy día Dios reúne a su pueblo de todas partes del mundo para llevárselo a su eterna Canaán celestial. ¡Cuán gloriosa, pues, no ha de ser esta liberación final, ya que ha de superar en tal forma a las poderosas obras de Dios en Egipto, y que ha de subsistir por obra de Dios por toda la eternidad como único y monumental ejemplo de la acción majestuosa del poder de Dios! « Cierto los redimidos de Jehová tornarán: volverán a Sion cantando; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas: poseerán gozo y alegría; y el dolor y el gemido huirán. » Isaías, 51 : 11.

Sólo la poesía de la inspiración y la inspiración de la poesía pueden expresar de este modo las « cosas gloriosas » que « son dichas de ti, ciudad de Dios ». Dichosos, pues, de nosotros, si permanecemos firmes en el fundamento de la palabra segura de Dios, de modo que podamos reconocer a los heraldos del porvenir que pronto está por llegar, y manifestar a todo ojo vigilante y a todo corazón en espera, las satisfactorias realidades de la eternidad. Y como se va haciendo más y más evidente que nuestro Salvador no ha de tardar en venir, oremos y digamos con Juan el muy amado: « Ven, Señor Jesús, ven. »




## CAPÍTULO XXII

NUESTRO Padre celestial no sólo señala los peligros de los tiempos en que vivimos y nos dice lo que significan, sino que eleva nuestras mentes por encima de estas tribulaciones y calamidades, y las hace solidarias de nuestra completa victoria final y de las riquezas de nuestra eterna recompensa. El sublime lenguaje del Apocalipsis da una breve descripción del canto de salvación y de victoria que ha de ser entonado en aquel día. De aquel tiempo leemos lo siguiente:

«Y vi como una mar de vidrio mezclada con fuego; y los que habían alcanzado la victoria de la bestia, y de su imagen, y de su marca, y del número de su nombre, estar en pie sobre la mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios. Y cantan la canción de Moisés, siervo de Dios, y la canción del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; tus caminos son justos y verda-




deros, Rey de las naciones. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y no glorificará tu nombre? porque tú solo eres santo; porque todas las naciones vendrán, y adorarán delante de ti; porque tus juicios son manifestados.» Revelación, 15 : 2-4.

Este pasaje nos representa una compañía que ha ganado una gran victoria. La vemos figurar con arpas de Dios, y en coro por demás grande para descrito por palabras humanas, estremece la cúpula del universo con su canto triunfal. ¡Qué hermoso el pensar en ser parte de este coro! Un solo momento de aquella eternidad de gozo vale más que todo cuanto pueda ofrecernos la tierra. Y el Señor nos ha invitado a que pregonemos las gloriosas nuevas de que todos pueden formar parte de aquel coro. Todo debe ponerse por obra para evitar que nos sorprenda engaño alguno que nos arrebate tan rica recompensa.

No cabe duda de la plenitud y gloria de la segura victoria que no ha de tardar en ser una realidad para todo hijo de Dios que en él confía y espera. Incúmbele

a cada cual saber si quiere compartir aquel triunfo y cosechar tamaño gozo.

Ganada la victoria, entramos en posesión de la recompensa, cantada por el profeta:

«¡Oh, si rompieses los cielos, y descendieses,
Y a tu presencia se escurriesen los montes, como fuego, que abrasando derrite,
Fuego que hace hervir el agua, para que hicieses notorio tu nombre a tus enemigos.
Y las naciones temblasen a tu presencia!
Como descendiste, cuando hiciste terribilidades, cuales nunca esperamos,
Que los montes se escurrieron delante de ti.
Ni nunca oyeron,
Ni orejas percibieron, ni ojo vió Dios fuera de ti,
Que hiciese otro tanto por el que en él espera.»

Isaías, 64: 1-4.

Un comentario del Nuevo Testamento dice respecto de las anteriores palabras de Isaías: « Antes, como está escrito: ni ojo vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió lo que Dios preparó para los que le aman. Empero Dios nos lo reveló a nosotros por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo comprende, aun las profundidades de Dios. » 1 Cor., 2 : 9, 10. No podemos por nosotros mismos descubrir lo que tiene reservado el Señor para nosotros en el mundo por venir, « empero Dios nos lo reveló a nosotros por Su Espíritu ».

Tan grande es esta recompensa, que nadie podría formarse el más mínimo concepto de ella en esta

vida, de no haber revelado Dios su gloria por medio de la luminosa inspiración de Su Espíritu. Si bien es cierto que todos los cristianos comprenden y creen que puede haber perfecta felicidad en el mundo por venir, no todos saben lo que la palabra de Dios nos dice respecto de las gozosas realidades de nuestra morada eterna. Somos por demás limitados para tener definido y positivo concepto de las cosas de aquella vida; pero no todos conocemos la verdad definida que Dios ha revelado en su palabra acerca de la morada en que habremos de pasar la eternidad. Si los hombres quisieran tomarse la molestia de enterarse de lo que el Señor, Creador del cielo y de la tierra, tiene reservado para todo aquel que quiera adherirse a la causa de la verdad y de la justicia, toda nube obscura quedaría desvanecida y los tenebrosos y melancólicos se inundarían de luz y gozo.

Basta prestar respetuosa y detenida atención a las sencillas palabras del Señor para ver el verdadero plan definido que El forjó para nuestro porvenir eterno. Hay que fijarse en el alcance de estas palabras de Isaías:

«Israel es salvo en Jehová, salud eterna:
No os avergonzaréis, ni os afrentaréis por todos los siglos.
Porque así dijo Jehová, que cría los cielos,
El mismo, el Dios que forma la tierra, el que la hizo,
Y la compuso: No la creó para nada,
Para que fuese habitada la creó:
Yo Jehová, y ninguno más que yo.
No hablé en escondido, en lugar de tierra de tinieblas;

No dije a la generación de Jacob: En vano me buscáis.
Yo Jehová que hablo justicia, que anuncio rectitud.»

Isaías, 45 : 17-19.

El Señor nos dice en este pasaje que El formó la tierra para ser habitada, y que no la creó en vano. Todos saben que el justo Dios no creó esta tierra para que fuera habitada por una raza de pecadores, lo que hubiera sido un propósito desacertado, puesto que Dios dice: « Anuncio rectitud. » Podemos, pues, inferir de esto que el Señor formó esta tierra para que fuera habitada por una raza que obrara en justicia. La hizo para que fuera lugar de felicidad y no de tristeza como lo ha sido por tantos siglos. El hombre pecó, y hoy por hoy podría parecerles a los que no se han tomado la molestia de estudiar el plan de Dios, que el Señor fué contrariado en sus designios, pero no fué así. Todo pecado y todo pecador no arrepentido será destruído y barrido de la superficie de esta tierra, que será reconstituída en toda la perfección de que estuvo revestida al principio, y se convertirá en hogar de los salvados. Si la idea de que esta tierra quede limpiada de todo dolor y de todo mal y que se convierta en morada eterna de los redimidos, os parece extraña y fantástica, no dejéis tan pronto de mano el asunto, sino seguid estudiándolo. Podréis ver entonces que ni es extraño ni fantástico: es más, reconoceréis que está de todo punto conforme con las Escrituras.

Cuando Dios creó esta tierra, tenía en vista un

objeto definido. Pero el problema del mal necesitaba solución en alguna parte y por causas que no podemos comprender ahora el conflicto llegó a esta tierra. Sin embargo, antes que la perversidad levantara la mano, precisamente a la conclusión de la obra del Creador, formada ya la tierra, y establecido el hombre en ella, dijo Dios: « Y vió Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. » Poco después tenemos la relación de la caída del hombre. Consumada ésta, el Señor le dijo al hombre: « Maldita será la tierra por tu causa: con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás hierba del campo. En el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado: Porque polvo eres, y al polvo serás tornado. » Génesis, 3 : 17-19.

No dice el texto que el Señor maldijera al *hombre* porque hubiera pecado, sino que maldijo el *suelo* por causa del hombre, o para expresarnos tal vez mejor, diremos que la maldición alcanzó al hombre para precaverlo de caer tan hondo que no pudiera jamás llegar hasta él la gracia de Dios. Efectivamente, a consecuencia de la maldición lanzada contra la tierra, la humanidad tenía que habérselas con espinas y cardos y con toda la maleza simbolizada en estas dos palabras. Al hombre se le dijo: « En el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra. » En esta incesante rueda del trabajo debiera quitar el hombre la ocasión de caer en la sima de vicios y crímenes dimanantes de la ociosidad. Hay una dignidad

y una fuerza inherentes al trabajo que propenden de continuo a levantar al caído o al que está a punto de caer. Sólo al hombre absolutamente justo y puro en un mundo redimido puede concedérsele la holganza que hubiera sido propia de esta tierra a no impedirlo la maldición del pecado.

Por doquiera en la tierra vemos abundar la maleza donde el suelo no recibe el beneficio del continuo y esmerado trabajo. Muchos se admiran de que la maleza crezca siempre espontáneamente. Se ha creído que esto se debía a la circunstancia de traer las aves la semilla, pero lo sencillo y evidente sobre el particular es que Dios dijo: « Maldita será la tierra por tu causa », y « espinos y cardos te producirá ». De ahí que doquiera dirija al hombre sus pasos en esta tierra, tropieza con la maldición que el sabio Padre celestial lanzó sobre el suelo por culpa del hombre. La palabra pronunciada por Dios en un principio es la razón científica que explica la presencia de la maleza en todas partes. Y así seguirá siendo hasta que cese la maldición.

La manera en que esta maldición cesará en la tierra está expuesta en la siguiente profecía y promesa del Nuevo Testamento:

« Sabiendo primero esto, que en los postrimeros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el tiempo en que los padres se durmieron, todas las cosas perseveran así como desde el principio de la crea-

ción. Porque ellos ignoran esto voluntariamente, que los cielos fueron en el tiempo antiguo, y la tierra que por agua y en agua está asentada por la palabra de Dios: Por lo cual el mundo de entonces pereció anegado por agua. Empero los cielos que son ahora, y la tierra, son conservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio, y de la perdición de los hombres impíos.

» Mas, oh amados, no ignoréis una cosa, y es, que un día delante del Señor es como mil años, y mil años son como un día. El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; empero es paciente para con nosotros, no deseando que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento. Mas el día del Señor vendrá como ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra, y las obras que en ella haya, serán enteramente quemadas.

» Pues como sea así que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿qué tales conviene que vosotros seáis en santo proceder y en piedades, esperando, y apresurándoos para el advenimiento del día de Dios, en el cual los cielos siendo encendidos, serán deshechos, y los elementos siendo abrasados, se fundirán? Pero esperamos cielos nuevos, y tierra nueva, según Sus promesas, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en esperanza de estas cosas, procurad con diligencia que seáis de El hallados sin mácula, y sin reprensión en paz. » 2 Pedro, 3 : 3-14.

Este pasaje nos dice que el plan de Dios es derretir esta vieja tierra, ennegrecida bajo la pesadumbre del pecado, en los fuegos del Juicio del día postrero. Nos dice también que habrá impíos que irán entonces a la perdición. Los elementos de la tierra «se fundirán ». Han de ser deshechos. Aunque la tierra ha de ser « deshecha » en sus naturales elementos gaseosos, la palabra dice que « las obras que en ella haya, serán enteramente quemadas ».

Mas a pesar de este proceso de fundición y combustión, « esperamos cielos nuevos, y tierra nueva, según sus promesas, en los cuales mora la justicia ». El fuego es uno de los más grandes agentes purificadores conocidos, y de él se valdrá el Señor para purificar la tierra de la maldición de « espinos y cardos », como también de la mancha del pecado; y después de esto saldrá de este material fundido una nueva creación. Dios hace obra nueva de creación, en lo que se refiere a este mundo, y uno de los más sublimes pensamientos relacionados con esto es que todos los redimidos hijos e hijas de Adán serán testigos oculares del gran acto creador. Habremos pasado por todas las pruebas, salido airosos de toda dificultad, y por fin estaremos con nuestro Creador mientras haga pasar nuestro planeta por el bautismo de fuego y lo forme para ser morada de eterna justicia. Es ésta una perspectiva capaz de hacer brotar de la imaginación la más viva y más alta alabanza. No obstante, aun cuando esto sea así, la representación no es imaginaria. No se trata aquí de .la descripción de una

teoría fantástica. Es la sencilla expresión de un hecho material en el sencillo y directo lenguaje de las promesas de Dios mismo. Discutir sobre el particular, no sólo sería inútil sino que ensombrecería una de las más claras y hermosas verdades.

Otro de los pasajes que presentan estas escenas de la tierra nueva, y consignan las promesas de gozo y de gloria que se realizarán en nuestro hogar redimido de Edén, es:

« Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva; porque el primer cielo, y la primera tierra se fué, y la mar ya no era. Y yo Juan vi la santa ciudad de Jerusalén Nueva, que descendía del cielo, aderezada de Dios, como la esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo, que decía: He aquí, el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; ni habrá más pesar, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas son pasadas. Y el que estaba sentado en el trono, dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. » Revelación, 21 : 1-5.

Así nos presentan las Escrituras en múltiples pasajes los nuevos cielos y la tierra nueva. Así nos muestran que la « restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde el siglo » (Hechos, 3 : 21), incluye la renovación de la tierra, su purificación del

pecado, y su entrega a los redimidos como eterna morada.

El hermoso Edén que fué perdido por el pecado ha de ser restaurado por medio de la redentora obra de nuestro Salvador Jesucristo. Entonces llegará la realización de aquella otra escena contemplada por el apóstol Juan en Patmos y así descrita por él: « Y miré, y oí voz de muchos ángeles al derredor del trono y de los animales, y de los ancianos; y el número de ellos era miriadas de miriadas, y millares de millares, que decían en alta voz: El Cordero que fué inmolado es digno de recibir poder, y riquezas, y sabidurías, y fortaleza, y honra, y gloria, y bendición. Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en la mar, y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea bendición, y honra, y gloria, y poder para siempre jamás. » Revelación, 5 : 11-13. Se dice de los que se unen en esta indescriptible antífona de victoria que « reinaremos sobre la tierra ». Revelación, 5 : 10. Este coro triunfante de alabanzas a la Majestad de los cielos se ha de oir cuando ya no haya ni una nota discordante de pecado en el gran universo de Dios. « Toda criatura » se asocia al canto, de corazón, alma y espíritu.

¡Qué estremecimiento de gozo despierta el pensar que estaremos allí! Nadie en la tierra puede echar de menos esta oportunidad. ¿Quién puede despreciar la invitación que el Señor ha hecho a « toda criatura »? Cuando esta vieja tierra se haya disuelto,

cuando de la superficie de la tierra haya sido quemada hasta la última partícula de pecado, cuando los nuevos cielos y la nueva tierra hayan salido de los elementos fundidos y purificados, y cuando la inmortal belleza de esta nueva creación haya sido manifestada en medio de aclamaciones de gozo y de triunfo, ¡cuán infinitamente triste sería nuestra perdición eterna!

Ningún agente humano puede describir la substancial recompensa que se ofrece a los leales discípulos de Cristo. El espíritu que escudriña las cosas profundas de Dios ha de ser el guía que nos ilumine.

El rinconcito más hermoso de toda esta tierra no deja de presentar huellas de la maldición lanzada sobre ella y que empaña su actual belleza, de tal modo que la mente se convierte al inmarcesible esplendor del redimido Edén. Nuestro Dios no quiere que fijemos nuestros afectos en las cosas pasajeras de esta vida o de este mundo, sino que quiere que veamos las perdurables y nos afirmemos en ellas. Con tan claras promesas a la vista sobre la redención de la tierra, volvamos a la admirable descripción profética de lo que serán sus redimidas condiciones; y al leerla, pidamos que el Espíritu de Dios imprima cada una de sus frases en las sensibilizadas películas de nuestras almas. Isaías describe las redimidas condiciones de la tierra en este pasaje:

«Alegrarse han el desierto y la soledad: el yermo se gozará, y florecerá como la rosa.
Floreciendo, florecerá, y también con gozo se alegrará, y cantará:

Honra del Líbano le será dada, hermosura del Carmelo, y de Sarón.
Ellos verán la gloria de Jehová, la hermosura del Dios nuestro.
Confortad a las manos cansadas: esforzad las vacilantes rodillas.
Decid a los medrosos de corazón: Confortaos, no temáis:
He aquí que vuestro Dios viene con venganza, con pago, el mismo Dios vendrá, y os salvará.
Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán.
Entonces el cojo saltará como un ciervo, y la lengua del mundo cantará;
Porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.
El lugar seco será tornado en estanque, y el secadal en manaderos de agua:
En la habitación de chacales, en su cama, será lugar de cañas y juncos.
Y habrá allí calzada y camino, y llamarse ha, camino de santidad:
No pasará por él hombre inmundo; y habrá para ellos en él quien los acompañe, de tal manera que los insensatos no yerren.
No habrá allí león, ni bestia fiera subirá por él, ni se hallará allí;
Para que caminen los redimidos. Y los redimidos de Jehová, volverán,
Y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas;
Y retendrán el gozo y alegría, y huirá la tristeza y el gemido.»

Isaías, 35.

Tal es el cuadro de la nueva tierra cuando los « redimidos de Jehová » hayan entrado en ella con « gozo perpetuo sobre sus cabezas ». Y cuando llegue este tiempo sobrepujaráse la gloria de los renombrados bosques del Líbano, y los desiertos y los palúdicos pantanos quedarán transformados de suerte que aventajen la fama del Carmelo y del Sarón. Lo

mejor que la naturaleza pueda ofrecernos ahora en este mundo es leve sombra de las glorias de esta nueva tierra y de los campos y jardines de la eternidad. Y entonces todo ojo ciego se abrirá para gozar del indescriptible cuadro; y todo oído cerrado podrá alborozarse al oir las triunfales armonías y melodías, de coros y voces que en el supremo lenguaje de la música expresen con la insuperable elocuencia del sonido las emociones cuya sublimidad no cabe expresar con palabras. En las jubilosas escenas de los inmortales y redimidos, no habrá lengua muda ni miembro lisiado que entorpezcan la poética expresión del movimiento corporal, cuando los nervios vibren sinfónicamente al pensamiento de verse ya en la Nueva Jerusalén, capital del universo, metrópoli de la renovada tierra y centro de gozo por toda eternidad.

Ante las eternas realidades que nuestro Padre celestial nos ofrece, toda riqueza que pueda darnos este mundo no es más que penuria de mendigos.

Al echar una mirada sobre la tierra, vemos angustia, perplejidad y descorazonadoras perspectivas. Vemos cumplida la profecía del Maestro de lo que sucederá en aquellos días, « secándose los hombres a causa del temor, y esperando las cosas que sobrevendrán a la redondez de la tierra ». Esta angustiosa condición es cuanto puede ofrecernos la tierra; pero si con el telescopio de la profecía y de la divinamente inspirada promesa miramos más allá de las escenas de los postreros días, es decir, hacia los her-

mosos dominios de nuestro Padre celestial, veremos la « Santa ciudad de Nueva Jerusalén, que descendía del cielo »; veremos que la mano del Omnipotente da a la tierra el purificador bautismo de fuego. En este crisol de maldita destrucción vemos incubarse la creadora obra que devuelve a la humanidad su perfecta nueva tierra en la primaveral lozanía e incomparable belleza de los floridos y fragantes esplendores del Edén; y finalmente veremos girar de nuevo por su libre sendero del espacio, nuestro redimido y renovado planeta poblado por las felices criaturas que se solazan en los diáfanos placeres y labores de su eterna existencia.

«Empero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por tanto hablé: nosotros también creemos, y por lo tanto hablamos; estando ciertos que el que levantó al Señor Jesús a nosotros también nos levantará por Jesús; y nos pondrá con vosotros. Porque todas estas cosas padecemos por vosotros para que abundando la gracia por muchos, en el hacimiento de gracias sobreabunde la gloria de Dios. Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior empero se renueva de día en día. Porque lo que al presente es momentáneo y leve de nuestra tribulación, nos obra un sobremanera alto y eterno peso de gloria. No mirando nosotros a lo que se ve, sino a lo que no se ve; porque lo que se ve, es temporal, mas lo que no se ve, es eterno. » II Corintios, 4 : 13-18.

# Indice de autoridades citadas





